



La calma
del más fuerte
VEIT HEINICHEN

Siruela/ Policiaca

Veit Heinichen

La calma del más fuerte

Traducción del alemán de
Isabel García Adánez

Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Portada

Portadilla

LA CALMA DEL MÁS FUERTE

Citas

Pina presa del pánico

El deseo de Duke

Hacia el abismo

Caviar y tren

Ante el abismo

Ardillas disecadas

Derivados

Navidad, Navidad, dulce Navidad...

De camino hacia el abismo

Abrazados seáis, millones...

Junto al abismo de Trebiciano

En tierra de nadie

Alegría, bellas chispas divinas

Después del abismo

Todos los hombres se hermanan

Noche de paz

El séptimo día

Ha de morar un padre bueno

Notas

Créditos

LA CALMA DEL MÁS FUERTE

Il sempre sospirar nulla rileva¹.

Petrarca

Ya había pasado el joven a través de los aires por encima de Europa y de la tierra de Asia; arriba a los parajes de Escitía. Linco era el rey del país; visita aquél la casa del rey. Al preguntársele por dónde ha venido, el motivo de su viaje, su nombre y su patria, dijo: «Mi patria es la gloriosa Atenas, Triptólemo mi nombre. No he venido ni en navío a través del mar ni a pie a través de la tierra; el aire se abrió a mi paso y ha sido mi camino. Os traigo los dones de Ceres para que, esparcidos en los anchos campos, os proporcionen meses cargadas de grano y alimentos bienhechores». El bárbaro siente envidia, y, con el propósito de ser él mismo quien proporcione tan extraordinario don, lo recibe como huésped y cuando está cargado de sueño lo ataca con el hierro; pero cuando se disponía a atravesarle el pecho, Ceres lo convirtió en lince y ordenó al joven mopsopio que arrease a sus sagrados corceles. Había acabado su sabia canción la mayor de nosotras; por su parte las ninfas dijeron con voz unánime que habían vencido las diosas que habitan el Helicón. Las vencidas se pusieron a arrojar insultos, y entonces dije yo: «Puesto que para vosotras no es bastante haber merecido un escarmiento por vuestro desafío, sino que añadís a vuestra culpa las injurias, y nosotras no somos capaces de seguir soportándoos, pasaremos al castigo y obraremos conforme nos dicte nuestra cólera».

Ovidio, *Metamorfosis* 5, 3²

Pina presa del pánico

El jadeo se acercaba más y más. Al principio no había prestado atención a aquel sonido pero ahora, alarmada, lanzaba una mirada por encima del hombro. Enseñando los dientes como una fiera, un perrazo blanco y marrón, puro músculo, se acercaba a ella y no tardaría en alcanzarla. No parecía precisamente cariñoso, con aquellos belfos contraídos bajo los que brillaban las encías rojas y una potente mandíbula blanca. Cien metros más y el animal saltaría a por ella. Presa del pánico, pedaleaba para ganar distancia, pero la carretera tenía muchas curvas y, donde no había más remedio que seguir la calzada y luchar para no caerse al arcén con la bicicleta, el animal la enfilaba directamente. Mucho más abajo, en el valle, atisbaba los rojos tejados de un pueblecito bajo el sol de diciembre, pero veía muy difícil llegar hasta allí. El perro la perseguía como a un conejo, como si alguien le hubiera dado orden de ir tras ella para hacerle caer al suelo y despedazarla sin compasión. Por fin divisó un prado con unas balas de heno que no le habrían cabido en el cobertizo al correspondiente campesino y así las almacenaba al aire libre bajo una gran sábana de plástico blanco. Pina se dirigió directamente hacia allí, saltó de la bicicleta e intentó trepar por el plástico escurridizo. Durante una fracción de segundo, el jadeo que la acosaba dejó de oírse, luego, de golpe, notó el pie izquierdo inmovilizado, un dolor punzante la hizo estremecer y un gran peso comenzó a tirar de ella hacia el suelo. Entre rabiosos gruñidos, el perro había hincado los dientes en su zapatilla y se había quedado colgando a un metro del suelo, arañando el plástico con las patas. Pina trataba de darle patadas con la pierna libre, pero en aquella postura no acertaba. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas logró subir un poco más y agarrarse a una cuerda que sujetaba el plástico. De nuevo intentó, en vano, darle una patada al perro. Era una situación sin salida. ¿De dónde habría salido aquel bicho, y cuánto aguantaría? ¿De qué raza era? ¿Pitbull, dogo argentino, mastín napolitano? Pina odiaba a los perros y siempre se había negado a aprender a diferenciarlos. Aquél seguía colgado de su pie, revolviéndose como un saco de rabos de lagartija, gruñía furioso y su mordida era peor que un cepo. Sus colmillos habían atravesado el cuero de la zapatilla de deporte, a Pina le ardía el talón de dolor. ¡Si al menos pudiera quitarse la zapatilla y así librarse de

aquella fiera que, obviamente, se volvía aún más salvaje al sentir la sangre que goteaba del cuero!

No tenía elección, lo único que podía serle de alguna ayuda era gritar con todas sus fuerzas. Durante su formación había aprendido que, en situaciones de ese tipo, la voz era lo más efectivo, pero la sarta de improperios con la que se desgañitó no pareció impresionar demasiado a su cuadrúpedo enemigo. Ni en sueños hubiera imaginado hallarse alguna vez en una situación ante la cual ni sus múltiples conocimientos de los deportes de lucha más agresivos, ni su cuerpo musculado a golpe de gimnasio ni sus rapidísimos reflejos le servirían de nada. Chillaba como si la estuvieran matando con la esperanza de que pronto la oyese alguien. El perro no cedía ni un segundo. Por fin, Pina logró darse un fuerte impulso para girar y, con la espalda pegada a la bala de heno, ganar cierta libertad de movimientos y flexionar la pierna. Y al fin logró también dar una espléndida patada con el pie derecho, cuya enorme fuerza impactó de pleno en el hocico del animal, haciendo crujir su mandíbula superior. Cayó sobre la hierba sin emitir el más mínimo sonido, se tambaleó un instante sobre su propio eje y, acto seguido, se dispuso a saltar de nuevo como si no sintiera dolor alguno. Pero, por el momento, Pina estaba a salvo. Con el corazón desbocado, miró al perro, el cual parecía no tener más objetivo que esperar a que ella bajase.

Desde el pueblo del valle se escuchó el tañido de las campanas de la iglesia, la llamada a la misa de nueve de cada domingo. Pina abrió su riñonera y comenzó a hurgar en busca del móvil. Un silbido en la lejanía la distrajo un instante. Y cuando se dispuso a mirar de nuevo a los ojos de su acosador, el perro no estaba. Se lo había tragado la tierra.

Como cada domingo por la mañana, si no llovía y no estaba de servicio, Giuseppina Cardareto había salido de excursión con su bicicleta. Y como cada domingo, se había levantado antes que entre semana, cuando apenas despuntaba el amanecer. Si estaba sobre el sillín a las siete de la mañana, para el mediodía habría logrado recorrer unos ciento cincuenta kilómetros, cien mil veces la medida de su cuerpo. Desde su piso en el centro de Trieste, es decir desde el nivel del mar hasta la altura del Carso, subía cada vez por una ruta distinta. Según se encontrase en mejor o peor forma, escogía una subida más o menos agotadora. La carretera de la costa, a lo largo de los abruptos acantilados, no era reto suficiente para ella. Aquella mañana de diciembre, Pina se sentía más fuerte que Popeye. En la cuesta de la Via Commerciale casi ningún rival estaba a su altura; el verdadero tormento no comenzaba hasta más arriba, al llegar a Conconello, pasando junto a los mástiles de las antenas de telefonía móvil pintadas de blanco y rojo. Sin apearse de la bicicleta, resollando y bañada en sudor, avanzaba metro tras metro. A menudo se debatía en su interior, tentada de abandonar, pero su voluntad de hierro se imponía sobre cualquier flaqueza y, si conseguía subir hasta los cuatrocientos cincuenta metros de altitud, al descender hacia Banne y luego en dirección a Bassovizza el viento que le daba en la cara le resultaba muy agradable. Cruzó el puesto de frontera de Lipizza sin detenerse. A los guardas de ambos lados los deportistas les inspiraban respeto... o compasión.

Tres años llevaba entretanto la mini-inspectora calabresa en Trieste, y ya le resultaba difícil encontrar algún lugar de excursión por donde no hubiera pasado ya, por lo general con el coche patrulla y acompañada de los aullidos de la sirena. Y eso a pesar de que la ciudad no solía ofrecer demasiado trabajo a los criminalistas ambiciosos y ávidos de hacer carrera. Cierto es que una serie de robos fríamente escenificados en las villas de la clase alta dominaba los titulares de los diarios desde hacía bastante tiempo, y que un nuevo y preocupante incremento de la inmigración ilegal procuraba sus quebraderos de cabeza a la policía; sin embargo, para el gusto de Pina, las investigaciones en los casos de asesinato dejaban mucho que desear. Allí los grandes asuntos sucedían detrás de unos bastidores que apenas nadie lograba penetrar: los caudales financieros que fluían por Trieste mantenían en vilo a la Guardia di Finanza, que también se ocupaba de las importaciones ilegales por el puerto o por los diversos pasos a lo largo de la frontera. Si había que enviar a alguien al otro barrio, quienes manejaban los hilos evitaban que se hiciera en la ciudad. De esta forma, el muerto les caía a los compañeros de otras localidades. Pina sólo había podido llevar por cuenta propia un caso de asesinato que el comisario había dejado en sus manos sin pensárselo dos veces y que, en su opinión, era muy representativo de cómo era aquella zona. Un hombre de ochenta y cuatro años había apuñalado a su vecina, de noventa y uno, y después había notificado el crimen a la policía él mismo. Poco, por no decir nada, había tenido que investigar Pina, puro papeleo: pasar al ordenador el informe del interrogatorio del sospechoso confeso, así como las declaraciones de los testigos, y enviarle la documentación al fiscal. Eso había sido todo. El aguerrido anciano ni siquiera ingresó en la cárcel, sino que fue puesto bajo arresto domiciliario y supervisión psiquiátrica, pues parecía poco probable que se convirtiera en asesino en serie. Él incluso se había reído de la condena, ya que ahora al fin reinaba en la casa vecina lo que tanto echaba en falta... hasta el punto de agarrar el cuchillo: silencio. Así daba gusto quedarse entre sus cuatro paredes.

Durante el último caso realmente espectacular en el que había trabajado, Pina se había librado de un proceso disciplinario por muy poco, sólo la salvó el haber actuado por previo acuerdo con su superior, el comisario. Al final, todo había quedado en una amonestación que no figuraba en su expediente. Pero, aunque por fin resolvieron y cerraron el caso que ocupara a las fuerzas del orden de Trieste durante años, a Pina no le valió ningún punto para acelerar su carrera. En cualquier caso, su febril ambición se había aplacado con aquel jarro de agua fría y ahora guardaba para sí la intención de conseguir el traslado de regreso al sur lo antes posible. Era más que conveniente mostrar sumisión durante un tiempo. Ahora incluso sus negros cabellos habían pasado del peinado al estilo erizo insurrecto a un largo que, cuando menos, confería a su aspecto un ligero atisbo de feminidad. Y lo más curioso de todo es que había desarrollado un grado de amabilidad –sobre todo hacia las compañeras– del que nadie la hubiera creído capaz. Cumplía con su trabajo a la perfección y, en su tiempo libre, tres veces por semana perfeccionaba su técnica de kickboxing en el club deportivo de la policía y otros dos días se entrenaba con el profesor particular Wing Tsun Kung-Fu. Siempre que los criminales no le trastocasen el horario. La inspectora Giuseppina Cardareto perseguía aunar su

inteligencia con una técnica de combate excelente, pues así sería invencible incluso en el caso de que alguna vez y por algún motivo —aunque, desde luego, no era su deseo— tuviera que abandonar el cuerpo de policía. Sin embargo, eso podía pasar casi sin comerlo ni beberlo, pues en una hastiada sociedad de masas los medios de comunicación, siempre sedientos de noticias escandalosas, no conocían el perdón ante cualquier infracción que las fuerzas de seguridad pudieran cometer contra las leyes y preceptos. Lo mismo sucedía con los criminales y sus abogados. Todos ellos esperaban ansiosos cualquier ocasión de endosarle a un agente del orden público las más terribles barbaridades, de acusarle de brutal desacato e inventar abusos de autoridad que a éste no se le habrían pasado por la cabeza ni en las situaciones más hostiles. Y qué pronto podía ser también que, tirando de un hilo, uno se topase con enredos cuyo descubrimiento no interesaba ni lo más mínimo a ciertas instancias influyentes. La vida era como un arriesgado juego de azar. La inspectora Pina Cardaretto se obligaba a mantener la calma incluso cuando su entorno era como un polvorín a punto de estallar. Tenía que seguir siendo la más fuerte.

Un amable sol calentaba aquella mañana de invierno en que Pina bajaba en su bicicleta desde el pie del monte Nano hacia el valle del Vipava. Llevaba dos horas pedaleando como una loca, ya llevaba setenta kilómetros a sus espaldas, había superado barrancos, cuestas y curvas y se sentía plenamente en su elemento. No obstante, aquella carretera se encontraba en un estado lamentable y no era santo de la devoción de ningún ciclista. Cada bache se transmitía al manillar, y a Pina le costaba un gran esfuerzo mantener la velocidad media deseada sin perder el equilibrio. El tráfico de vehículos pesados que recorría aquel tramo durante la semana había dejado profundos surcos, el asfalto parecía una alfombra vieja llena de parches y remiendos, y los domingos no paraban de circular los turismos de domingueros. Una y otra vez, coches con matrícula de Ljubljana o de Italia pitaban a Pina para que se hiciese a un lado. Decidió cambiar de ruta en cuanto tuviera la oportunidad, y al fin, cerca de Hraste, llegó a un cruce donde un cartel señalaba la «Vinska Cesta», la carretera apenas transitada entre los viñedos del Carso esloveno, al pie del calvo monte Nano, que se alzaba muy por encima de toda la región y formaba la línea divisoria natural de las aguas del Adriático y el Danubio. Desde hacía semanas, su cima estaba coronada de nieve, mientras que la temperatura del valle se mantenía agradable. Pina no llevaba consigo ningún mapa de carreteras, aunque era la primera vez que tomaba aquel camino. En algún momento desembocaría en la pequeña localidad de Vipava, en cuyo cementerio quería ver dos sarcófagos de cuatro mil quinientos años de antigüedad, procedentes del antiguo Egipto, para después volver pedaleando a Italia por Nova Gorica.

En lugar de eso, ahora se encontraba con el talón chorreando sangre en medio de un prado asolado por el invierno, sobre una bala de heno de cuatro metros de alto, muerta de miedo ante un perro de pelea que, de pronto, se había esfumado sin dejar rastro. Consternada, miraba la pantalla gris de su teléfono móvil y repasaba la agenda. ¿A quién podía llamar? Al otro lado de la frontera habría notificado lo ocurrido a sus compañeros,

pero allí ni siquiera sabía el número de emergencias de la policía eslovena.

La zapatilla de deporte que el dueño de la tienda había tenido que encargarle a propósito porque su almacén no solía trabajar la talla 35 y que tan cara le había costado estaba echada a perder sin remedio. El mordisco del perro había dejado profundas cicatrices en el cuero, si bien el refuerzo del talón al menos había impedido lo peor. Únicamente los colmillos habían atravesado el cuero como mantequilla para clavársele en el pie, y todo apuntaba a que incluso habían penetrado hasta el hueso. El dolor la sacudía con cada latido y seguro que tendría que someterse a tratamiento en prevención de la rabia.

Pina se hizo un vendaje provisional con un pañuelo e intentó ponerse de pie. Una vez más recorrió toda la zona con los ojos entornados y, finalmente, se armó de valor para deslizarse hasta la hierba. Al notar el suelo bajo sus pies emitió un silbido entre los dientes. Si pisaba de puntillas le dolía menos. Fue cojeando hasta la bicicleta y la levantó del suelo pero, en contra de sus esperanzas, le resultó del todo imposible pedalear. Caminando como buenamente podía junto a su montura de metal, apoyada en el manillar, percibió rítmicos resoplidos y el sonido de los cascos de un animal a su espalda. De nuevo le invadió el pánico, los jinetes solían ir acompañados de perros. Soltó la bicicleta e intentó adoptar una postura defensiva a pesar del dolor. Como aquel chuchito del demonio se atreviera a atacarla otra vez, sería lo último que hiciera en su perra vida, pues esta vez era ella quien partía de una posición ventajosa. El golpe le alcanzaría aún en el aire, como tantas veces había practicado en sus entrenamientos. Sería lo bastante rápida... y el dolor en el pie después del golpe, insoportable. Entonces vio al jinete que venía hacia ella sobre una yegua lipizzana a galope moderado y en una silla de montar de señora.

—Dobro jutro! —con un suave tirón de las riendas, la yegua se paró a cinco metros de ella, y Pina se extrañó al oír una voz masculina que no esperaba de una persona que montaba en silla de señora. Las siguientes palabras, en esloveno, no las entendió. Contaba con que, si seguía en Trieste, terminaría aprendiendo aquel idioma, a diferencia de la mayoría de triestinos de habla italiana, pero aún no había perdido la esperanza de que la trasladasen de vuelta al sur. Se encogió de hombros con gesto impotente y, por fin, relajó sus puños y dejó caer los brazos.

El jinete sonrió compasivo.

—¿Va todo bien? —preguntó entonces en italiano.

Pina se preguntó por qué sonreiría. ¿Porque la veía ridícula, allí, en medio del campo, en posición de defensa? ¿Por el vendaje chapucero que se había hecho con el pañuelo, completamente ensangrentado? ¿O tal vez sólo porque ella no sabía el idioma del otro lado de la frontera mientras que él dominaba el de sus vecinos y se hallaba así en situación de superioridad?

—La he visto de lejos, en lo alto de la bala de heno. Chillaba como si la estuvieran matando. Así que pensé: voy a ver qué sucede.

—¿Y el perro? —preguntó Pina—. ¿No será suyo?

—No he visto ningún perro. ¿Está herida? ¿Necesita ayuda? —el hombre era algo más joven que ella, la palidez de su rostro llamaba la atención y llevaba el cabello rubio como si ambos compartieran peluquero. Para peinarlo en dos pasadas con las manos y listo. Hablaba italiano sin ningún acento y de su manera de expresarse se infería que era de buena familia.

Pina le enseñó el pie.

—Con esta herida no puedo ir en bicicleta. Si al menos consiguiera llegar al pueblo más próximo...

—Yo no me puedo bajar —dijo el joven—, pero tal vez pueda usted subir conmigo —dio una orden a la yegua para que se acercara a la pequeña inspectora—. La llevaré hasta nuestra casa y llamaré a un médico de la zona para que le mire ese pie. ¿Sabe cómo montar? Esta yegua es la tranquilidad hecha animal, no tema.

Con un impulso poco elegante, Pina consiguió subir a la grupa.

—¿Y qué pasa con mi bicicleta? —preguntó una vez colocada. Entonces pudo ver bien que el hombre iba sujetado con correas a la silla de montar. Sus piernas eran más delgadas que los brazos de Pina y quedaban colgando, sin vida, sobre el faldón, de un cuero negro muy bien cuidado.

—Enseguida mando que la recojan —dijo el joven, que había captado la mirada de Pina, y dio una orden a la yegua y emprendieron el paso. Sacó un teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y dio una serie de indicaciones que Pina no entendió—. Tengo una lesión en la tercera vértebra lumbar —dijo finalmente—. Pero me crié con esta yegua y no pierdo la esperanza de que, a pesar de todo, algún día suceda un milagro. A todo se puede renunciar en la vida menos a la esperanza. Tal vez algún día pueda montar de nuevo como todo el mundo, sin tener que aguantar que la gente desconocedora de la situación se ría de mí por ir en silla de señora. ¿Usted sabe montar?

Pina negó con la cabeza. De niña, en su pueblo de Calabria, Africó, en la Costa dei Gelsomini, alguna vez había montado en burro; allá en el sur, la mayoría de las familias eran demasiado pobres como para que las niñas soñaran con caballos. Allí la carne de caballo se comía sin blandirla antes cabalgando.

—¿Cómo se llama? —preguntó al joven, esforzándose por suavizar el tono de policía en que se comunicaba a diario.

—Mis amigos me llaman Sedem —respondió él sin más explicaciones—. ¿Y usted?

—Puede llamarme Pina, de Giuseppina. ¿Adónde me lleva? —habían cruzado la carretera y subían, al otro lado del valle, por un tramo boscoso de pendiente tan marcada que Pina casi se caía de la grupa de la yegua—. ¿No queda más cerca el pueblo? Podría dejarme allí.

—En casa la atenderemos mejor. Allá arriba está la villa de mi padre. Ya se ha avisado a un médico. La estaré esperando para cuando lleguemos. Y luego irá un conductor a buscar su bicicleta con un *pickup*.

—Hubiera podido esperarles yo a ellos... —prosiguió Pina y, tras captar la mirada contrariada de aquel joven que se hacía llamar Sedem, sólo terminó la frase por cortesía—, en lugar de causarle tantas molestias.

Y, pasado un rato, preguntó:

—¿De verdad que no ha visto ningún perro?

Sedem meneó la cabeza.

—¿Un perro de pelea marrón y blanco de manchas? —levantó el pie izquierdo. Entretanto, el pañuelo era una pura mancha roja—. Pretendía hacerme pedazos. Y le ha faltado un pelo para conseguirlo, hubiera llegado usted para enterrarme directamente. ¡Qué raro que no haya visto al perro!

—Desde lejos, algunas cosas se ven de otra manera —dijo Sedem—. Ya casi hemos llegado.

En una suave colina desde la que se abría una magnífica vista hacia el sur había una pequeña finca, restaurada sin reparar en gastos. Dos pabellones laterales en ángulo recto con respecto al edificio principal impedían ver el patio interior. Un gran portón en forma de arco, todo de mármol del Carso, formaba la entrada, aunque lo completaban pesadas puertas de acero que se abrieron automáticamente después de que Sedem introdujera una contraseña en su móvil.

—No se extrañe, por favor —dijo a Pina—. Esto ya no es una granja. Las antiguas caballerizas son oficinas, las instalaciones de enfrente, viviendas para los invitados. Sólo hay una cuadra para esta yegua que me soporta con tanta paciencia.

Un empleado esperaba junto a una rampa ante la cual se detuvo la yegua y ya tenía preparada una silla de ruedas.

—Me temo —dijo Sedem—, que hoy necesitamos dos. Haga el favor de traer la silla de repuesto. Nuestra invitada está herida. ¿Ha llegado ya el doctor?

—Usted primero —dijo después a Pina—. Yo sé arreglármelas solo.

Con cuidado, Pina se dejó caer desde la grupa de la yegua blanca y permitió que el empleado la ayudase a sentarse en la silla. Sentía tales latidos en el talón que creía que iba a estallar, pero no quiso que su cara reflejase el dolor cuando vio cómo su salvador desabrochaba las correas que sujetaban sus muslos y caderas a la silla de montar y se deslizaba a la silla de ruedas sin ayuda de nadie. ¡Con qué elegancia se desenvolvía a pesar de su lesión!

Un criado se llevó la yegua del patio y, cuando dejó de oírse el sonido de sus cascos, Pina creyó percibir un ladrido detrás de los edificios.

El deseo de Duke

—¿«Istria libera» dices que se llaman? —Goran Newman rió a carcajadas—. ¿Y quieren matarme? ¡Qué fantástico! —luego, de golpe, se puso muy serio, y sus ojos claros como el agua miraron a su ayudante—. Buen trabajo, Vera.

Aunque llevaba guantes de seda gris, sus dedos recorrieron ágilmente página tras página del dossier que ella había depositado sobre su mesa. En las paredes del despacho, cuatro pantallas planas mostraban, día y noche, los cursos bursátiles de las principales sedes financieras. Singapur acababa de abrir, una flecha junto a los valores en constante variación señalaba hacia arriba en perpendicular. Duke devolvió el mando a distancia a la mesa.

—No es ninguna broma, Duke.

En un sillón junto al de la esbelta rubia se sentaba Edvard, un hombre de treinta y pocos años, llamativamente alto y musculoso, cuya elegante vestimenta no tenía nada que envidiar a la de su jefe.

—Quienes están detrás de todo ello son Schladerer, Mervec y Lebni. Se sienten frustrados porque los has dejado tirados por enésima vez. La compra de esos terrenos al norte de Trogir ha sido la gota que ha colmado el vaso. Después de la derrota que sufrieron en la isla de Hvar. Y ahora recurren a ese grupo de «idealistas militares», como ellos mismos se hacen llamar. Ahí se ve por dónde van los tiros.

—No te preocupes, no hay que perder la calma. Conozco a esos tipos desde hace mucho, los conocí antes que a ti. Les cuesta digerir las derrotas. Pero tendrán que aprender, o si no... —terminó la frase con un gesto inequívoco: se pasó dos dedos estirados por la garganta.

Doce años atrás, Goran Newman, a quien todo el mundo llamaba Duke, había colaborado con aquellos tres buitres de los negocios, y no había tardado en descubrir sus debilidades. Schladerer estaba en muy buenas relaciones con algunas instituciones financieras que se habían expandido por doquier en los países del este con negocios arriesgados pero lucrativos... y, de haber llegado a la luz pública, no siempre los más indicados para dar una buena imagen. Para tales negocios era imprescindible el acceso al Clearingbank de Luxemburgo, que regulaba el flujo de dinero a través de varias cuentas

sumergidas. Se hacían cargo de las garantías de prefinanciación en las compras de terrenos, y más de una junta directiva se llevaba su buen porcentaje de las plusvalías. Sólo que Schladerer tenía la mala costumbre de alardear en demasía de unos éxitos que, en su opinión, eran mérito suyo y de nadie más. Una y otra vez aparecía su nombre en relación con la adquisición de grandes extensiones de terreno, supuestamente llevada a cabo por encargo de un superior que prefería guardar el anonimato en la vasta costa del Adriático croata. Apenas se cerraba el correspondiente trato, gracias a la intervención de políticos locales corruptos, los terrenos recibían la licencia de urbanización. De Mervec, un hombre de cuarenta y cinco años de rasgos angulosos, se decía que garantizaba la fuerza resolutiva del grupo gracias a sus contactos con las secciones de lo que en tiempos fueran los servicios secretos. Si hacía falta intimidar a alguien para conseguir su firma, bastaba con una llamada de Mervec y cierta cantidad de dinero en efectivo. Por último, era Lebni quien comparecía oficialmente como avalista y vendía las ventajas de las adquisiciones. Muy hábil orador, sabía argumentar por qué era ventajoso, sobre todo para la gente de la calle, reconvertir grandes superficies de las reservas naturales en terreno edificable destinado a instalaciones turísticas... y también sabía callarse muy bien que la inversión inicial solía multiplicarse por cincuenta a la hora de cobrarse los beneficios.

Schladerer, Mervec y Lebni no tenían escrúpulos y tampoco brillaban precisamente por la elegancia de sus procedimientos. Duke decía siempre que sólo podían hacerse tan jugosos negocios siendo un caballero, pues era el modo de evitar innecesarias investigaciones posteriores. Aquellos tres hombres, sin embargo, carecían de instinto y sensibilidad. Cuando no encontraban otra opción, recurrián a la violencia. Sobre todo a la violencia más turbia. Cuando Duke, de un día para otro, se escindió de la empresa común Adria-Pro, renunció a dieciséis millones de dólares. Desde aquel momento, era casi exclusivamente su empresa AdriaFuture, con sede en Londres, en York Street, la que realizaba los grandes negocios. Sus antiguos socios se quedaban con tres palmos de narices y, como era de esperar, hervían de rabia. La empresa madre de AdriaFuture firmaba como Dukefutures I Trader AG en el paraíso fiscal del cantón suizo de Zug y gestionaba trece filiales, la mayoría de ellas muy temidas en el mundo del comercio de materias primas a nivel internacional. «Deshazte de lo que te cause pérdidas, conserva lo que te haga ganar», se leía en la entrada de la empresa, debajo del nombre; y la imagen de la diosa romana Ceres con el cuerno de la abundancia al brazo adornaba el papel de cartas y las tarjetas de visita.

El bruto de Mervec había conseguido librarse de la prisión preventiva en Austria bajo fianza y tenía abierto un procedimiento legal contra su extradición a Croacia, donde, tras un primer proceso, pesaba sobre él una condena de hasta diez años de cárcel por malversación de propiedades del Estado. Él, que tantas veces había enseñado a tantos lo que era el miedo, temía ahora por su propia vida y había amenazado, entre otros, a Duke con contar cuánto sabía. No obstante, excepto que éste había figurado oficialmente como director de una sociedad gestora de Viena durante dos años, donde –por otra parte– jamás lo había visto nadie durante ese intervalo de tiempo, Mervec no tenía nada que

contar. Pero no se resignaba. Conservaba sus contactos con oscuros personajes de su patria natal... al menos mientras tuviera que seguir pagando a sus esbirros. Eso sí, el mero hecho de que, en colaboración con Schladerer y Lebni, ahora pretendiese atentar contra su antiguo socio con tan burdos recursos lo revelaba a los ojos de Duke como un miserable perdedor.

Hacía poco, Duke había adquirido seiscientas hectáreas de terreno en la isla de Hvar, en Dalmacia, y nada más reconvertirlas en superficie urbanizable, las había transferido a una cadena hotelera internacional según el procedimiento acordado. Se había embolsado ciento veintiséis millones de euros de beneficios, de los cuales luego el quince por ciento se había ido en las comisiones a políticos y mediadores. Los buenos contactos tenían su precio. El proyecto en la romántica ciudad de Trogir, en el norte de Dalmacia, se tradujo en ganancias muy similares. Y al contrario que sus antiguos socios, no dependía de terceros para conseguir la financiación inicial, pues para eso contaba con la empresa madre de Suiza. La empresa para el desarrollo inmobiliario AdriaFuture de Duke producía dinero a espuertas, si bien ya era más que evidente que aquellos negocios no continuarían para siempre. En cuanto se cerrase el acuerdo para la incorporación de Croacia a la Comunidad Europea, se impondría hallar nuevos resquicios legales para hacer negocio. Después de todo, ¿por qué iba a ser la Comunidad Europea el fin de la corrupción?

—¿Qué proponéis? —Debo cancelar mi vuelo a Londres? —el tono de voz de aquel caballero de complexión atlética, cabello entrecano y guantes de seda gris siempre era suave pero tenía una evidente nota de sarcasmo—. —Por amor a Istria y a Dalmacia libres? —No sabréis, por casualidad, a quién le han encargado esa misión de enviarme al más allá?

—A un fracasado —dijo Vera, entregándole una foto—. Un taxidermista de Trieste.

—Se dedica al contrabando para ellos, por sacarse un sobresueldo que luego despilfarra en las apuestas. Lo tienen cogido por salva sea la parte —completó Edvard.

—¿Y dónde está el problema? —preguntó Duke con malicia.

—Nos conviene ser precavidos. A los dos nos parecería mejor que, por el momento, no aparecieras en público —dijo Vera con ojos de cordero degollado.

—¡Por favor! —Duke se puso de pie, se acercó a la ventana y dejó que su vista se perdiera en el vasto paisaje de colinas—. Pero si no me ve nadie prácticamente nunca. La última vez que salieron fotos mías en la prensa fue hace ocho años. Mira, Edvard, en cuanto hayas cumplido el encargo pienso volver a la luz pública, aunque hasta ahora no entrara en mis planes hacerlo. Tienen que saber quién manda, si no lo intentarán una y otra vez. La calma del más fuerte: si los humillamos, se pelearán entre ellos.

—Sabemos que el hombre en cuestión está ahora mismo de viaje a Ancona para recoger una maleta llena de caviar que llega por barco y está destinada a los restaurantes de Cortina d'Ampezzo. Para que los rusos se sientan como en casa durante las Navidades —dijo Vera.

—En el viaje de vuelta lo soluciono —añadió Edvard en tono relajado.

Duke se mostró satisfecho.

—Confío en ti. El sábado acudiré al paso fronterizo en Škofje/Rabuise para asistir a la ceremonia oficial con motivo de la ampliación del territorio Schengen. La puesta en escena no podría ser mejor: sólo asistentes con invitación expresa, jefes de Estado y gente importante, todo peces gordos de unos y otros sectores. Y también muchos que llevan tiempo esperando, por fin, la oportunidad de calentarme la oreja con sus ideas de negocios. Sumadle a eso la prensa y la televisión de media Europa. A nuestros antiguos socios les va a doler.

—¿Cuándo necesitas el coche? —preguntó Edvard. Llevaba ocho años trabajando para Duke y su jefe apreciaba su agudeza mental y su carácter directo. Edvard llevaba a la práctica sus indicaciones tal y como él mismo lo habría hecho... sin grandes rodeos.

—Tomaré el vuelo por la tarde desde Ljubljana. Resérvame primero un vuelo a Zúrich, por favor, y otro pasado mañana para ir a la junta de Londres. Vuelvo el jueves después de comer. Lo mejor será un *lowcost* de Stansted a Trieste, así estoy aquí sobre las cuatro de la tarde.

El secretario salió de la habitación. Vera se levantó y se acercó a Duke para pasarle las manos por el cabello.

—¿Vas a echarle un ojo a la nueva gestora de fondos en Londres? Por lo visto es muy guapa.

—Sí, y tiene más pelos en la lengua que un oso en la espalda. La tal Kristin Muller viene directamente de Baring-Asett. Y nuestro buen dinero nos cuesta, conoce muy bien su propio valor de mercado. Pero es buena, en tres años ha sacado un doscientos sesenta y dos por ciento de beneficios con el Hongkong China Dollar Fund.

—Con el Duke Credit Opportunities 1&2 hicimos un quinientos noventa y un trescientos cincuenta por ciento respectivamente.

—Por supuesto, Vera, la mejor eres tú —Duke le besó la mano—. Novecientos diecisiete millones en dos años y medio, sólo con Credit Default Swaps. Por más que, hoy en día, todo el mundo afirme que se veía venir. Hacía quince años que se sabía lo de la burbuja inmobiliaria en América, y como muy tarde en febrero, cuando los institutos de créditos *subprime* de California notificaron sus pérdidas, estaba más que claro que los avales crediticios subirían como la espuma. Toda apuesta por quiebras de tal calibre era poca. No podía ser de otra manera. El Gobierno de Bush se pone a imprimir dólares como poseso para mantenerse en el poder. En lugar de ocuparse de la política económica de un modo efectivo, ese bufón hizo que la moneda se fuera al garete y encubrió la recesión. La guerra de Irak no supuso más que gastos y trajo más problemas que ganancias, si es que no saben sacar provecho del precio del crudo; luego va el venezolano loco y les caga en sus mismas narices, los rusos se les suben a la chepa... como al resto del mundo, todo hay que decirlo... y el endeudamiento tan excesivo baja el clima de consumo. ¡Bang! Quien no aprovecha para sacar tajada de ahí es que es tonto. Y el dólar sigue cayendo. Compraremos dos o tres apartamentos más en Nueva York. Me ocuparé cuando vaya a la próxima junta del IAB.

—Todo eso tendrían que haberlo sabido también los presuntuosos de Bearn Stearns —Vera se retiró un mechón de pelo de la cara y posó la mano en el hombro de Duke—.

Perder varios miles de millones en pocas horas es un golpe difícil de superar. Si no los hubieran salvado Bernanke y la FED, los institutos de crédito del mundo entero se habrían venido abajo. *Too connected to fail*³, se dice.

—Eso ya llegará. Estoy seguro de que lo sabían perfectamente. Es obligado salvar a quien se halla en situación de arrastrar consigo al abismo a muchos otros. De todas formas, deberíamos retirarnos definitivamente del mercado con «Ceres 3» a finales de marzo —Duke dio unos golpecitos con el dedo a un papel lleno de tablas y diagramas que tenía sobre la mesa.

—¿Los certificados para la leche? En Chicago casi doblamos los ingresos en dos años —Vera se mostraba escéptica, aunque la gran experiencia que tenía Duke casi siempre le había dado la razón.

—La industria láctea paga cada vez menos a los granjeros, te digo que eso dará problemas. Tanto en Europa como en los EE UU, el *lobby* de los granjeros es lentísimo, pero tendrá una fuerza tremenda el día que despierte. En ese mercado no volverá a haber crecimiento interesante hasta dentro de unos años.

—«Ceres 4» y «Ceres 5», en cambio, seguirán siendo un bombazo el año próximo, las dos llevan una marcha imponente. Y en dieciocho meses nada más.

—Los cereales y la soja son un banco seguro —Duke se levantó—. Ahora voy a ocuparme de la invitada que ha traído mi hijo. Por cierto, encárgate de que él no se entere de esas amenazas. No quiero que se excite —dijo Duke—. Bastante siniestro me resulta ya, a veces, con ese silencio impenetrable. Hasta ha contratado una línea de Internet y un servidor propios, y no será porque en esta casa falte la alta tecnología. Cualquiera diría que tiene algo que ocultar. Su minusvalía le está volviendo cada vez más retorcido.

—¿Qué te parece si pasamos las Navidades en algún lugar con nieve? —preguntó Vera.

—En el Nano? —bromeó Duke y señaló la espalda del monte al otro lado del valle—. No me gustaría dejar solos a Sedem y a mi madre. Vete tú si te apetece —dio un fugaz beso a Vera y salió.

El empleado había conducido a Pina por un largo pasillo de una de las alas del edificio, del que salían muchas puertas y cuyas paredes estaban llenas de obras de arte contemporáneo. Algunas de ellas le sonaban. ¿En qué revistas las había visto? Por fin, el empleado la aparcó en el amplio cuarto de baño de uno de los apartamentos para invitados, con una pared entera de cristal que daba sobre un viñedo. Apenas había tenido tiempo de mirar dónde estaba cuando llamaron a la puerta, un toque seco y firme, y antes de que llegara a responder entró un hombre de unos cuarenta años con un maletín de médico. Se presentó como el doctor Černik, médico de la familia que también trabajaba en el hospital de Nova Gorica. Acercó una silla para colocar sobre ella la pantorrilla de Pina y con cuidado le retiró el vendaje, empapado de sangre.

—Muy buen aspecto no tiene —el médico meneó la cabeza—. Es un mordisco profundo.

Pina apretó los dientes y cogió aire cuando le limpió la herida.

El doctor Černik la miró arrugando la frente.

—¿Cómo andamos de vacunas? ¿Tétanos?

—No hay problema.

Dos años atrás, antes de su traslado a Trieste, Pina se había hecho un chequeo y había renovado todas las vacunas, como si el encargado de la sección de personal del Ministerio de Interior la enviase al Tercer Mundo.

—Hay que hacerle una radiografía y coserle la herida —dijo Černik—. Si se ha dañado el periostio, tendrá que tomar antibióticos. También es imprescindible hacerle los análisis de la rabia. En unos días tendrá los resultados. Lo mejor es que la lleve a nuestro hospital.

El médico le vendó el pie.

—Por el momento, no puede cargar la pierna. Hasta Reyes estará de baja obligada.

—Oiga, doctor —dijo Pina titubeante—. Es que vivo en Trieste. ¿No podría ir al hospital allí? Sería mucho más fácil.

—Cuando la hayamos tratado, joven, podrá pedir que vengan a recogerla. Con nosotros está usted en buenas manos, y puedo ocuparme personalmente de que la atiendan de inmediato sin necesidad de pedir turno —dijo Černik—. Además, un incidente como éste debe notificarse a la policía.

Pina oyó carraspear a sus espaldas.

—¿De modo que ésta es la invitada que mi heroico hijo ha rescatado?

Un atlético caballero de pelo entrecano, elegantemente vestido, le tendía la mano sin quitarse los suaves guantes de seda gris.

—Por lo que he oído, ha tenido usted suerte. ¿No es cierto, Peter? Nuestro doctor vive muy cerca. Pero antes de llevarla al hospital debería recuperar fuerzas, Pina. Mi hijo me ha dicho su nombre. Llámeme Duke.

—Encantada —dijo Pina mirándole fijamente a las manos. ¿Tendría alguna enfermedad?

—Mandaré que la lleven al salón. Tenemos tiempo, ¿no, doctor? —la mirada de aquel hombre, a diferencia de su voz, era gélida como el agua de un glaciar.

—Primero administraré a la joven un analgésico. Y si te ocupas de avisar a la policía de Sežana, nuestra paciente podrá resolver el trámite de la declaración desde aquí mismo.

—¿A la policía? —el tono del padre de Sedem sonaba sarcástico.

—Sí, claro, tengo que notificarlo cada vez que alguien sufre el ataque de un perro de pelea. Hay que encontrar al animal y hacerle la prueba de la rabia. E impedir que se repitan este tipo de incidentes —el doctor Černik tendió a Pina una pastilla y un vaso de agua—. Le aliviará el dolor. Es usted valiente, *signorina*. Tiene que dolerle muchísimo pero usted apenas da muestra de ello.

Suave música de swing salió a su encuentro cuando la llevaron a través de una amplia puerta. El salón era grande y estaba decorado en un estilo muy moderno, sus paredes de grandes losas de piedra del Carso, de un metro de grosor, estaban pulidas y ensambladas al milímetro, no había una mota de polvo en ningún lado. Casi parecía un espacio estéril, salvo porque en el centro ardía el fuego en una chimenea abierta, en forma de campana y alrededor de la cual se agrupaban modernos sofás y sillones para unas veinte personas. Duke apartó a un lado uno de los sillones para que pudieran colocar la silla de Pina. Ella jamás había entrado en una casa tan suntuosa. Ni siquiera en las revistas había visto

semejante lujo. Era increíble la riqueza que se había creado entretanto en Eslovenia. De hecho, allí casi apestaba a dinero, del que tampoco carecían precisamente los altos cargos del crimen organizado del sur de Italia que ella conocía, aunque éstos, por el contrario, no tenían buen gusto. Aparte de que evitaban mostrar sus fortunas de cara al exterior. La estructura social sobre la que se apoyaban era demasiado delicada cuando se trataba de hacer negocios sucios. ¿Pero allí? ¿Y qué hacía Pina con un pie recién vendado en medio de todo aquello? Se sentía como un personaje en la película equivocada. Nunca olvidaría aquella mañana de domingo.

Duke dio una orden concisa y amable al empleado, quien al poco volvió con una bandeja llena de canapés y una botella de champán y copas; las sirvió y se retiró sin hacer un solo ruido. Acababan de dar las once y Pina no estaba acostumbrada a beber, a lo sumo un trago de cerveza o de vino alguna noche después de entrenar. Pero aquel día todo era distinto.

Se dio casi media vuelta al oír el sonido del motor de la silla de ruedas en la que Sedem entró en el salón. Antes de unirse al pequeño grupo, el joven se había cambiado de ropa en un momento y había enviado un correo electrónico urgente, la confirmación de una orden importante. Le gustaba aquella mujer bajita, su forma tan directa de hablar y de preguntar indicaba que tenía carácter. Y compensaba la belleza que le faltaba con coraje y seguridad en sí misma.

—Mi padre está de buen humor esta mañana —bromeó Se-dem al ver el champán—. Como siempre que tiene invitados. Cosa que, por desgracia, sucede en muy raras ocasiones.

—Nuestra paciente —intervino el doctor Černik— sólo puede beber una copita. Por los medicamentos.

Cuando llegaron los dos policías de Sežana saludaron al señor de la casa con un respeto muy especial. Duke les invitó a tomar asiento para cumplir con su obligación; a su vez, rechazaron el ofrecimiento de tomar algo. Anotaron los datos personales de Pina y sonrieron al oír que era una compañera de la ciudad vecina. Tan sólo la mirada de Duke perdió amabilidad al enterarse de la profesión de la invitada. En pocas palabras, Pina contó lo que había sucedido y describió al perro lo mejor que supo. Los dos agentes se despidieron después de un cuarto de hora y prometieron informar en cuanto tuvieran alguna novedad. Pina conocía aquel tono de voz por experiencia propia; probablemente, ni ellos mismos creían que fueran a descubrir nada. Pero el médico había cumplido con su deber y se sentía aliviado. Poco tiempo más tarde, Pina dio las gracias a sus anfitriones con suma amabilidad y prometió recoger su bicicleta en cuanto le fuera posible. Al despedirse, su mirada recayó de nuevo en los guantes grises de Duke. ¡Qué tipo tan raro! —pensó—, debe de temer a algún contagio.

—Venga a visitarme —dijo Sedem en tono cordial—. Siempre que quiera. Si no puede conducir usted misma, le enviaré un chófer. Tiene que conocer a mi abuela. Hoy había quedado con sus amigas a comer carne de oso —y, al ver la cara de incredulidad de Pina, añadió—: sí, sí, lo que oye. Le gusta el oso más que nada en este mundo, no renunciaría a esas comidas por nada.

Luego se sentó en el coche junto al doctor Černik.

—En media hora estará usted en el hospital de Nova Gorica —dijo el médico con voz serena.

—Qué gente tan amable —dijo Pina—. ¿Hace mucho que Sedem está así?

—Ocho años —dijo Černik y bajó el volumen de la radio, desde donde la voz del papa alemán exigía retomar la costumbre cristiana de santificar el domingo—. Le pasó el día en que cumplía dieciocho años. Su padre le había regalado un coche muy rápido. Demasiado rápido. Es milagroso que saliera vivo. Duke sufre mucho. Sedem es su séptimo hijo, el primer varón. En realidad se llama Sebastian, pero Sedem, siete en esloveno, es su número de la suerte, según parece. Siete vueltas de campana dio el coche... y créame que fue un verdadero milagro que sobreviviera. Nada puede con él. Su fuerza de voluntad supera incluso a la de su padre. Con eso le digo todo.

—¿En serio? Pues da la sensación de ser una persona muy relajada.

—Duke no pierde la calma jamás. Ese hombre posee una autodisciplina increíble y un poder de convicción igual de grande al menos. Fíjese que ya empezó a construir aquí en 1992. Poco después de que Eslovenia se separase de la Federación Yugoslava y se armara la que se armó en los Balcanes. Duke tuvo la amplitud de miras necesaria para saber que aquí todo avanzaría a pasos agigantados. Ya ha visto usted la presencia tan imponente que tiene, y eso que ni siquiera ha pasado por el ala de las oficinas. Alta tecnología y los puestos de trabajo más modernos. Duke está conectado con el mundo entero.

—¿Y qué es lo que hace Duke en esas oficinas? —preguntó Pina.

Nadie hubiera pensado que podía sacarse mucho dinero de las pequeñas localidades de Tabor y Jakovce, esos dos pueblos tan cercanos que prácticamente se funden uno con otro. O de las viejas granjas dispersas en lo alto de la colina... Algunas de ellas estaban abandonadas, con las ventanas cerradas, las contraventanas ladeadas por el viento y la pintura cayéndose a jirones.

—*Big business*. Duke habla con fluidez cinco idiomas. Lo conozco desde que apareció por aquí la primera vez. Creció en Alemania, pero su madre es de este pueblo y huyó de Tito en 1945 porque no quería vivir en un país comunista. Luego volvió a casarse en el norte de Alemania, creo que el padrastro de Duke es de Bremen. Envió a Duke a Inglaterra a estudiar en un *college* y luego a una universidad en Estados Unidos. Nada más terminar, Duke trabajó para diversas empresas y, por lo que cuentan, hasta llegó a ser asesor financiero en la embajada americana en Moscú y vivió el escándalo del Clearstream, tras lo cual se independizó en el sector de las finanzas y se vino aquí. Una tras otra fue recomprando las tierras de la familia de su madre, pues entretanto tenían otros dueños, renovó las viejas casas sin reparar en gastos y construyó otras nuevas. ¡Qué gran hombre! Si todos pensaran como él, la economía de esta región iría muchísimo mejor.

—Pero Duke no es su verdadero nombre —dijo Pina.

—No —rió el médico—, es un apasionado del swing, y alguien dijo de él que manipulaba a su familia y sus colaboradores igual que contaban de Duke Ellington. El nombre se lo

puso Sedem después de leer en una biografía del músico que Ellington reinaba con mano de hierro en guante de satén. Y todos se quedaron con el nombre.

—¿Y qué le pasa en las manos? —quiso saber Pina.

—¿Lo dice por los guantes? —respondió el doctor—. Siempre le he visto así. Una vez que le pregunté me dijo que era una simple medida de precaución.

—¿Alérgico?

El médico no le dio ninguna respuesta.

—¿Y la madre de Sedem? ¿Dónde vive? ¿Y sus hermanas?

—En América. Por lo que sé, se quedaron allí.

—Eso quiere decir que el muchacho está aquí completamente solo.

—Viaja con frecuencia. No se forme una imagen equivocada de él. Sedem sabe arreglárselas a la perfección. Y dinero no le falta, se lo puedo asegurar. El accidente no hizo mella en su coraje y sus ganas de vivir, ni mucho menos. Todo lo contrario. Eso sí, a qué se dedica exactamente no lo sabe nadie. Ni siquiera su padre.

—Por fin lo tengo, Sedem —dijo Duke con alegría y sirvió a su hijo el resto del champán. Luego se dirigió hacia una imponente estantería que ocupaba una pared entera, hecha a medida en el wengé más caro con el único fin de albergar su colección de discos. Más de doce mil vinilos antiguos, la mayoría de ellos grabaciones originales de la época del swing. Se subió a una escalera y sacó uno—. «Shangai Shuffle», con arreglos de Fletcher Henderson, la primera grabación de todas. 11 de julio de 1924, Vocalion A 14935. De setenta y ocho revoluciones.

—Vaya, no sabía de tus inclinaciones por el Lejano Oriente, excepto en relación con los mercados financieros y la explosión de los precios de las materias primas... —dijo Sedem en tono sarcástico, pero retomó el tema de la música antes de que su padre pudiera replicarle y citó de memoria los nombres de los componentes de la banda. Con eso se disolvió la tensión—. Eso sí que era una auténtica Big Band, cincuenta y ocho músicos tocando juntos, Fletcher Henderson al piano y como arreglista, luego Henry Red Allen, Louis Armstrong, Roy Eldridge a la trompeta y el gran Coleman Hawkins al saxo... tenor, contralto y bajo. ¿Dónde encontraste esa grabación?

—La semana pasada en Nueva York, por pura casualidad —Duke echó el aliento sobre el disco negro que sostenía a la luz con sus guantes de seda y se dirigió hacia un gran cubo de mármol con vetas rojizas pulido como un espejo, un bloque de metro cúbico aproximadamente sobre el que, a prueba de vibraciones, reposaba un tocadiscos Thorens-Reference Nr. 7—. Entre los discos de mi difunto padre —añadió al tiempo que levantaba el brazo del tocadiscos—. No te puedes ni imaginar las cosas que aún quedan allí, es increíble. El piso de abajo de la casa de Brooklyn Bridge sigue lleno de cajas.

—Y eso que murió hace cuatro años.

—Cada cosa a su debido tiempo.

—Eso es verdad —dijo Sedem en tono soñador y se concentró en las primeras notas del disco, que, a pesar de lo antiguo que era, apenas crepitaba.

—Esa chica que has rescatado hoy te gusta, ¿a que sí? Tus ojos brillaban como dos

faros.

Sedem levantó la vista asombrado. No se había parado a pensar en ello. Había observado a Pina desde lejos, y también había visto cómo el perro, de repente, había desaparecido valle abajo en dirección a la granja que pertenecía a Dean, un tipo de la capital a quien de cuando en cuando compraba unos gramos de marihuana de óptima calidad. Dean trapicheaba con todo. Sedem conocía su historia. Antiguo miembro de los desaparecidos servicios secretos yugoslavos, puesto que, tras la declaración de independencia de Eslovenia, en el nuevo organismo en la sombra no quisieron saber nada de él porque conservaba unos lazos demasiado estrechos con Belgrado, supo aprovechar sus buenos contactos de otra manera. No había nada que no pudiera conseguirse a través de Dean. Y al parecer no andaba escaso de fondos... se veían demasiados coches con matrículas de media Europa aparcados delante de su granja. Tan sólo unas horas antes, Sedem había visto allí un Mercedes-Combi con matrícula de Hamburgo.

—Sedem, acabo de preguntarte algo —dijo su padre, sacando otro disco de la estantería.

—Sí, tienes razón. Pina me cae muy bien. Creo que es testaruda, inteligente y flexible al mismo tiempo. Una mezcla curiosa.

—Como tú —dijo Duke con una sonrisa pilla y socarrona. Conocía a su hijo, aunque desde hiciera bastante tiempo éste no le permitiera saber nada de sus actividades—. ¿Y cómo van los negocios?

—No te preocunes, Duke. Tu capital sigue bien invertido, no corre riesgo alguno y rinde bien con entera legalidad. Con un interés de dos puntos por encima del tipo de descuento. ¿Qué disco es ése que tienes en la mano?

—A ver si lo reconoces.

Sedem escuchó los primeros compases y respondió enseguida.

—¡Qué fácil! «The Hawk Flies» de Coleman Hawkings.

—¡Pues no! —exclamó Duke triunfal—. Pero seguro que sólo lo has dicho para dejarme ganar. Es otra vez Fletcher Henderson: «I Wish I Could Make You Cry».

Hacia el abismo

Todo está negro. El collar de cuero con pinchos me tira del cuello y me duele cómo me corta la respiración. Jadeando, tiro hacia delante, quiero correr, sólo correr, pero un fuerte tirón me echa para atrás, me ahogo y resuello, los golpes de una correa de cuero arden en mi espalda. Por un momento, me quedo quieto y, muerto de miedo, levanto la vista hacia el hombre que me manda. Su paso firme hace crujir la gravilla, sigue tirando de mí. Estoy enloquecido de rabia y odio, de humillación y desesperación, pero él es mi amo. Y yo le obedezco.

Hace unos minutos me hicieron salir del maletero en el que no he parado de dar bandazos durante todo ese viaje tan estresante. La amortiguación del coche era muy mala y cada alteración de la carretera repercutía en mis huesos. Los últimos metros fueron un camino pedregoso lleno de baches muy profundos. El coche frenó bruscamente, las piedras chirriaron bajo las ruedas. Caí contra el fondo del maletero y esperé con el pulso disparado. ¿Qué pasaría? Las puertas del coche se cerraron con un ruido sordo, oí acercarse los pesados pasos de los dos hombres. Intercambiaron unas palabras. La luz me cegó al abrir el maletero y entró una ráfaga de aire frío. Salí de un salto y quise escaparme corriendo, pero aquel alivio duró muy poco. Mi amo tenía un spray en la mano y me echó un líquido amargo que me frotó por todo el cuerpo. Luego me echaron otro spray con solución de silicona y me pasearon hasta que estuve seco del todo. Los dos hombres fumaban un cigarrillo tras otro y apenas hablaban.

—Si gana, somos ricos. Si no, más nos vale que el jefe no vuelva a vernos.

—¿Tienes el dinero? —preguntó mi amo y me apretó el collar.

El otro asintió con la cabeza, se dio unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta, que se notaba abultado, y se agachó hacia mí. Sacó una jeringa y me inyectó una droga en el cuello que me aceleró el pulso de golpe, como si el corazón se me fuera a salir catapultado del pecho.

Me hiere la sangre, tengo un calor espantoso, ya ni siento el hambre. Sólo rabia, una rabia infinita. Y odio.

Desde hace dos días me dan muy poco de comer, y antes de eso solamente carne cruda sin grasa y cócteles vitamínicos a cubos. Tengo a mis espaldas doce días de

durísimo entrenamiento: tredmill, catmill, flirtpole, springpole, simulación de caza... Ocho horas diarias, siempre con el mismo horario. Siete días a la semana. Sin descanso. Al final tampoco me consentían beber agua salvo en muy pequeñas cantidades, justo lo necesario para no perder las fuerzas y para que tampoco tuvieran que darme ningún diurético. Había que afinar hasta el último gramo. Cada día me colgaban del collar en el gancho de una balanza de resorte. Si el peso era excesivo, me seguían entrenando hasta que era exacto. Gramo a gramo. Antes del viaje me habían metido en un cubículo tan estrecho que no podía darme la vuelta. A veces llovían palos contra las paredes, tan fuertes que me estallaban los tímpanos y me invadía un pánico mortal, a veces abrían la tapa de golpe y, sin darme tiempo para reaccionar, me cegaba la luz. Luego me molían a latigazos. No podía refugiarme en ninguna parte. Cada día me sacaban a una especie de ruedo iluminado por un foco donde cada vez me esperaba un rival distinto. Los liquidaba a todos enseguida. A cambio, me correspondía un pedazo de carne cruda.

Hoy, el convention day, como lo llaman todos, el entrenamiento ha sido más suave. Aunque he tenido que moverme todo el tiempo para conservar los músculos calientes. Hasta el momento de la llamada. De nuevo me encerraron en el maletero. Hasta ahora mismo. Por unas piedras picudas y estropeadas por la intemperie me llevan hasta el pie de una dolina, las hojas secas crujen bajo los enérgicos pasos de los hombres, a veces se oye el chasquido de alguna rama podrida. El humo del aliento se mezcla con el de los cigarrillos. Luego nos acercamos a otras personas. Dos mujeres y muchos hombres. Ahora, las voces de mi amo y su acompañante suenan algo más amables. Saludan a otra gente cuyo olor no me gusta. Luego me llevan hasta abajo de la dolina, justo bajo una potente luz. Los cochazos aparcan en los bordes, en una apretada hilera. Iluminan el terreno encendiendo los faros, como si fuera la arena de un circo. A voces, en un idioma que no entiendo, el organizador jalea al centenar de personas que habrá llegado a juntarse allí entre los coches. Dos hombres se mueven de acá para allá, reciben gruesos fajos de billetes, toman notas y extienden recibos. En una pizarra colgada de un árbol, el contable va apuntando lo que le gritan esos dos, se oye el chasquido de la tiza al partirla entre sus dedos, luego chirría al escribir. En cierto momento hay más palitos en el lado donde pone mi nombre, luego hay más palitos en el otro lado.

Por fin lo veo. Lo traen por el otro lado de la sima. También va atado del cuello y como yo tira hacia delante y jadea, intenta respirar desesperado. Quince metros median entre los dos. Le odio. Si estuviera suelto, lo mataba aquí mismo.

Y él me odia a mí.

—Friends! —el organizador, un hombre que lleva gafas de sol incluso a estas horas de la tarde, una chaqueta negra, una pajarita roja con lunares blancos y una bufanda blanca, pide silencio. Cuando por fin se callan todas las voces, se dirige a mi amo y al del otro—. Friends —repite—, daos las manos y jurad que será una pelea limpia. A la báscula.

Las dos manos sólo se rozan fugazmente. Me pesan primero a mí, de nuevo me

cuelgan de un gancho por el collar y el árbitro hace público mi peso. Mi amo me baja y me devuelve a mi sitio dando un rodeo lo bastante amplio como para no acercarme demasiado a mi rival, a quien no pierdo de vista un segundo.

—Elegid una cara de la moneda —dice el árbitro.

—Cara —dice el amo de mi rival.

—Cruz —dice el mío.

El árbitro lanza la moneda, que gira y titila bajo la luz del foco. La coge al vuelo y la exhibe a la luz. Le toca al otro ir primero hacia el cubo para que lo laven con una esponja y un líquido jabonoso, luego voy yo. A continuación, mi amo me envuelve en una toalla blanca y me levanta como a un campeón. Luego viene un hombre al que nunca había visto antes y que el árbitro presenta al público como el «taster». Me lame el cuello y luego paladea, como si estuviera catando vino. Bebe un trago de agua, escupe y se dirige hacia mi rival, a quien lame de igual forma. Luego va hacia el árbitro y le susurra algo al oído. A plena luz, el organizador le entrega dos billetes de un color rosa rojizo.

—No se detecta ningún sabor negativo —anuncia el árbitro—. La pelea puede comenzar.

Mi amo hace un guiño a su acompañante. La película de silicona ha superado la prueba del agua jabonosa, encubriendo el amargor de la solución de sulfato de nicotina que no le va a gustar nada a mi rival en el caso de que llegara a echarme el diente. Yo no le quito ojo de encima. Incluso cuando me llevan en la dirección opuesta, intento darme la vuelta. Uno de los dos tiene que atacar primero. El que gana el primer ataque lleva ventaja.

Caviar y tren

¿Por qué demonios no lo había sabido antes? Ya llevaría un buen rato en casa si la recién convocada huelga del personal de a bordo de Alitalia no hubiera trastocado su plan de viaje. La compañía aérea estatal estaba en venta y los jefes de los sindicatos hacían uso de su fuerza una vez más para conseguir garantías de la conservación de los puestos de trabajo de sus miembros, acuerdos a los que, de todas formas, nadie se atendría una vez que la empresa estuviera en manos de la competencia extranjera. Pasar otra noche en Roma era imposible, de modo que el comisario, a regañadientes, optó por tomar el Eurostar Roma-Milán y hacer trasbordo en Bolonia al Intercity a Venecia, y así contaba con estar de vuelta en Trieste hacia medianoche.

Si hubiera renunciado a la comida con los compañeros de Roma, hubiera podido salir de allí tres trenes antes, y así hubiera podido dar una sorpresa a su madre, de ochenta y cuatro años, y a su hija Patrizia, que habían salido esa misma mañana de Salerno para pasar las navidades con toda la familia. ¡Qué cara habrían puesto al verle subir a su tren al pasar por Roma, sin haberlo imaginado siquiera! Sólo sabían de él que, el día anterior, había salido en avión hacia la capital a una hora en que ni las gallinas están despiertas, porque tenía que asistir a la conferencia de seguridad, y que había prometido tomar un avión de vuelta que le permitiera llegar a tiempo para recogerlas –junto con sus pesados equipajes– en la estación.

Proteo Laurenti estaba en Mestre, la estación más desangelada del mundo, gruñendo y estudiando los horarios. Por el retraso del primer tren, acababa de perder el penúltimo regional que salía esa noche para Trieste; se le había escapado en sus mismas narices. En aquel sórdido edificio de hormigón armado gris ni siquiera estaba abierto el bar, tan sólo unos pocos viajeros deambulaban por los andenes, y el siguiente tren no partía hasta dos horas y media más tarde. Los trenes a Milán y Zúrich, Verona y Múnich estaban por salir. ¿Qué pasaría si, de pronto, se montaba en uno de ellos sin decirle nada a nadie y desaparecía durante unos días? Meneó la cabeza y regruñó para sus adentros. Y, para colmo del desconsuelo en aquella inhóspita estación, a través de la niebla se le acercaron dos agentes de uniforme y le pidieron la documentación. Esta vez se libró de ellos enseguida, pues hubiera sido impensable realizar el viaje a la conferencia de seguridad en

Roma sin el carné de la policía. Los dos agentes se quedaron atónitos cuando volvió a guardarse el documento plastificado y le vieron el arnés con el arma bajo la chaqueta. Musitaron un *buona sera*, cambiaron unas palabras entre ellos mientras se alejaban y enfilaron a otro viajero, un tipo de unos cuarenta años que llevaba un traje ajado y arrastraba una maleta enorme con visible esfuerzo. Tras registrar aquel peculiar equipaje lleno de latas redondas que brillaban bajo la lánguida luz de neón, se llevaron al viajero con ellos. Los policías de Mestre debían de aburrirse mucho, cuando se interesaban por una maleta de latas de conserva.

Proteo Laurenti subió finalmente al vagón de segunda clase que había parado justo delante de él y que sólo iba una estación más lejos: Venezia-Santa Lucia. Tal vez allí quedara abierto algún local para turistas cerca de la estación, aunque en diciembre y a esas horas la *serenissima*, como llamaban a Venecia, estaba aún más tranquila que de costumbre. Los venecianos, en su día famosos por la animada vida de su ciudad, hacía tiempo que se las habían ingeniado para traspasar sus propiedades venidas a menos a extranjeros solventes, obteniendo no pocos beneficios y dejándoles a ellos el tremendo gasto de renovarlas; se habían trasladado a tierra firme y ahora ponían el grito en el cielo porque su amada y en tiempos tan orgullosa ciudad natal parecía cada vez más una Disneylandia de lujo donde prácticamente no vivía ya ningún veneciano auténtico.

Laurenti no había estado allí desde hacía años, ni siquiera iba a la Bienal, que su mujer visitaba con regularidad. Le echaba la culpa al trabajo. Aunque en realidad sólo pensaba en hacer una excursión a Venecia cuando leía en los periódicos que la exposición, recién clausurada, había sido un gran éxito de público. Así pues, Laurenti tenía dos horas y media por delante, hasta que a medianoche –así lo esperaba– saliera el último tren a Trieste, con lo cual podría caer en la cama sobre las tres de la mañana. Hasta entonces, al menos tenía la posibilidad de estirar las piernas por las callejuelas húmedas, entre los palacios decrépitos, y pillar un buen resfriado en lugar de exponerse a una depresión en aquella estación espantosa y dejada de la mano de Dios a las afueras de Mestre.

Venecia estaba oscura y ya habían apagado incluso la iluminación navideña. Aparte de las luces de los amarraderos del *vaporetto*, tan sólo unas cuantas farolas alumbraban el camino hacia Cannaregio. Al fin encontró un bar en el que un grupo de americanos tomaba cervezas y retrasaba la hora de echar el cierre: la típica persiana metálica. Al parecer, su sed anticipaba la caída en picado del dólar. El barman, un tipo fortachón de treinta y tantos años, cabeza afeitada y cara colorada por el alcohol, se aburría detrás de la barra y tiraba cervezas con absoluta desgana. Laurenti pidió un vino blanco y, al primer sorbo, hizo una mueca de asco.

–Esta guarería la guardas para los turistas –le increpó Laurenti, devolviéndole el vaso–. ¿Es que no tienes vino de verdad?

–Pues hasta ahora no se ha quejado nadie –respondió el barman sin inmutarse y devolvió el vino del vaso a la botella–. Tómate un tinto, que es mejor. O una cerveza. Además, en media hora voy a cerrar de todas maneras.

Con una frasca de vino tinto, Laurenti se dirigió hacia una mesa vacía, en el último rincón del angosto local, limpió el banco con la mano antes de sentarse e intentó ahogar

su fastidio en el alcohol. Pensó en avisar a Laura de que llegaría más tarde de lo esperado, pero el vocerío de los americanos borrachos era demasiado ruidoso. Laura se pensaría que estaba rodeado de amigos en la barra de un bar, mientras que su madre y su hija habían llegado hacía rato y le esperaban en casa. Las triestinas, había leído hacia poco, eran las mujeres más estresadas de toda Italia. ¡Ay, Señor! ¡Hasta dónde había llevado el *Piccolo* aquella encuesta...! ¡Y cuántas veces la había citado después Marietta, su ayudante, para quejarse de las horas extra que le tocaba hacer! Un escueto SMS bastaría, pensó Proteo, para anunciar su retraso. El hijo educado, el atento esposo, el cariñoso padre.

La conferencia de seguridad en el Ministerio de Interior llevaba anunciada mucho tiempo y se había pospuesto varias veces. El secretario de Estado, oriundo de Trieste, había insistido en que también Laurenti acudiera al Viminale, un imponente palacio neoclásico que, por su estilo, igualmente podría haber estado en Trieste. El político apreciaba al comisario, aunque éste no le correspondía. Laurenti no se fiaba de la valía de los «protegidos del partido» que debían sus puestos a relaciones de dependencia y, por lo general, tenían más serrín que otra cosa en la cabeza. Si pretendía seguir siendo un ciudadano íntegro, prefería no saber nada de los sueldos mensuales de más de quince mil euros, amén de otra serie de privilegios que también era mejor no calcular en su equivalente económico.

Por desgracia, el secretario de Estado se había acordado de Laurenti y había hablado con entusiasmo de su eficiencia y amplitud de miras. Era imprescindible que un hombre como él formara parte del comité de coordinación de las medidas de seguridad cuando llegasen a Roma las grandes personalidades de toda Europa. Flaco favor le había hecho a Laurenti con ello. El presidente de la Comisión Europea, el primer ministro de Portugal, José Sócrates, quien con ocasión de la conferencia pasaba la presidencia a su homólogo esloveno Janez Janša, el ministro de Interior Giuliano Amato, así como las primeras figuras de ambas localidades de la frontera... —sólo eso ya suponía que los helicópteros pasarían horas zumbando por el cielo y, por carretera, habría que mantener el paso libre para incontables limusinas blindadas y con escolta—, y luego acudirían otros setecientos cincuenta invitados escogidos. La apertura de los controles de seguridad en la frontera gracias a la incorporación de Eslovenia a la zona Schengen se celebraba oficialmente en una suntiosa carpa montada en la tierra de nadie del paso fronterizo Škofje/ Rabuise. Obviamente, excluyendo por completo la gente de a pie, en presencia de periodistas debidamente acreditados, con tornos de seguridad en las entradas, un millar de agentes uniformados de ambos países con la misión de vigilar el vasto terreno de los alrededores y mantener despejados los accesos por carretera y, al final, mientras durasen los fuegos artificiales de la clausura, cortar el paso por esas mismas carreteras hasta que se hubieran marchado las autoridades. Y todavía más agentes de paisano, que en lugar de radiotransmisor llevaban una especie de botón en la oreja con un discreto cablecito que desaparecía en el bolsillo interior de la chaqueta, pasando por encima del arnés con la pistola. Por último, los hombres de las unidades especiales, tiradores de precisión y

guardaespalda, así como los gorilas de los servicios secretos de ambos países, fácilmente reconocibles por sus trajes caros y por la arrogancia natural con que se abrían paso a codazos. Si alguien planeaba cometer un atentado allí es que estaba mal de la cabeza... o era un suicida. Y como el pueblo llano no tenía acceso al lugar, ni siquiera habría que preocuparse de los cazadores de autógrafos.

Durante la conferencia en el Ministerio de Interior, Laurenti había estado sentado junto a uno de los hombres de traje gris y, durante los descansos, había charlado bastante con él. Tiberio Biason incluso le era simpático. Pronto habían encontrado un buen tema de conversación: cocina y vino, así como la decisión de la Comisión Europea de prohibir que el Tocai del Friuli siguiera utilizando esa denominación –un decreto incomprensible más–. Los húngaros se habían impuesto incluso a los franceses, mientras que el resto de países fuera de la UE podrían hacer lo que les diera la gana. Probablemente, ahora vendrían los chinos a ofrecer un Tocai suyo. Un empresario del Friuli denunciaba el uso no autorizado del nombre Glera, el blanco añejo del Carso, uva madre del Prosecco, pues, aunque él mismo no era viticultor, había patentado el nombre hacía algunos años. Los mismos problemas tenía la célebre yeguada de Lipizza, cerca de Trieste, del lado esloveno del Carso, después de que un austriaco listillo hubiera comprado los derechos de su nombre para una tarta. Rapiñas modernas... Ya sólo faltaba que alguien se hiciese con los derechos del apellido Laurenti, y Proteo tendría que pagar impuestos por él.

Biason era oriundo del Friuli, de una granja cercana al pequeño pueblo de Ruda, justo detrás del aeropuerto de Trieste y al lado del restaurante Altran, uno de los más recomendados por los expertos. Llevaba diez años viviendo en la capital, haciendo carrera en el servicio secreto del Ministerio de Interior, y sólo volvía a su casa en vacaciones o en días de fiesta muy señalados. Tenía la intención de iniciar sus vacaciones de Navidad en cuanto los invitados ilustres se hubieran marchado de la fiesta en la frontera, sin pasar otra vez por Roma. Ya tenía muchas ganas de volver a la habitación que conservaba en casa de sus padres y de ver a sus viejos amigos.

—Es una lástima —dijo Biason— que se vuelva usted hoy, si no hubiéramos podido ir en el mismo coche.

Laurenti sonrió porque le pareció un gesto amable de su parte. Él también tenía ganas de volver a casa. Acababa de terminar la huelga de transportistas de larga distancia que había causado interminables atascos y había dejado sin gasolina a numerosas estaciones de servicio. ¿Quién podía estar seguro de que no repitieran la jugada justo antes de las Navidades? Y dos días en Roma eran más que suficientes. La casa del emperador Augusto todavía no se había reabierto al público, aunque su nuevo amigo del servicio secreto hubiera podido conseguirle el acceso, y el estrés de la capital le resultaba excesivo, coger un taxi era toda una odisea y, cuando uno lo conseguía, tenía que estar muy alerta de que no le estafaran al cobrar. Además, el aire de casa era mejor. Echaba de menos a su familia, el mar y la tranquilidad de Trieste, al margen de que aún le quedara un montón de trabajo por resolver antes de las fiestas. Hasta la víspera del acto oficial tenían que celebrarse todo tipo de reuniones en las que repetir una y otra vez que todo estaba claro y que nada podía salir mal. Había que cuidar la imagen de Italia ante los

extranjeros –bastante deteriorada estaba ya–, y no cabía duda de que los compañeros eslovenos se regodearían en el mal ajeno si eran precisamente los italianos quienes metían la pata. Todo tenía que salir tal y como lo habían planeado los estrategas del Ministerio de Interior. Y aquélla era la última de las interminables juntas de coordinación tras una interminable serie de reuniones anteriores. En Italia, en Eslovenia, a veces de carácter nacional, otras internacional. Luego, ni siquiera los altos cargos de la policía como era Laurenti habían podido contribuir con ninguna propuesta especial, pues no tenían acceso a las instancias que de verdad estaban al mando y que, evidentemente, no iban a conceder una atención exclusiva a las valoraciones de estos cuerpos secundarios a la hora de concretar sus planes.

–Tengo que volver a casa –había dicho Laurenti–. Mi madre viene de Salerno a pasar las fiestas, y la acompaña mi hija, que vive en Nápoles. Hace mucho que no las veo. Además, mañana tengo que informar en Trieste de todo esto, aunque ya conste por escrito.

–Es un horror –dijo Biason, poniendo los ojos en blanco–. ¡Qué le voy a contar de la ristra de reuniones como ésta que llevo a mis espaldas! Eso sí, la planificación es perfecta. Podemos estar bien tranquilos. Además, al servicio secreto nos llegan mucho antes las informaciones que podrían constituir motivo de preocupación.

–Esa suerte que tenéis –farfulló Laurenti, que había creído percibir cierto tono de superioridad en las palabras de Biason–. Nosotros, por el contrario, solemos tener la sensación de ser los últimos en esa cadena de información, pero luego hemos de reaccionar los primeros.

–Me temo que eso no tiene remedio, son las leyes de la burocracia. Y en lo que respecta a la ceremonia del veintidós de diciembre, no me preocupa nada. En comparación con el resto de Europa, en Trieste lo tenéis bastante fácil. Según las estadísticas italianas, Trieste es menos interesante para cometer un crimen que un cementerio para ponerse a hacer un hijo –dijo Biason y se echó a reír a carcajadas ante tan, en su opinión, brillante ocurrencia–. ¿Qué hacéis para que hasta los malhechores den un rodeo y no pasen por vuestra ciudad?

–Tampoco exageremos. A cambio, las cosas que pasan en Trieste son más complicadas que en el resto del país. Seguro que en Roma se os hunden los estantes bajo el peso de los expedientes relacionados con nuestra ciudad que tenéis acumulados. Lo que pasa es que nadie se ocupa de ellos. Los casos relacionados con Trieste tienen que permanecer en secreto, o el Estado se vendría abajo.

Biason hizo una mueca de disgusto, como si supiera muy bien lo que estaba diciendo Laurenti.

–Siempre creo que el siguiente caso que *no* sucede es el mejor que *no* tengo que resolver.

–Ya, ya... –farfulló Laurenti–. La máxima eficiencia se alcanza cuando lo poco que uno tiene que hacer se deja sin resolver en el mínimo de tiempo. Así hay lugar suficiente para más asuntos sin resolver.

Biason rió.

—Esperemos que todo vaya sobre ruedas en la ceremonia, que no nos agüe la fiesta ningún chiflado con delirios de grandeza y que luego pueda descansar con los pies en alto y ponerme tibio con la comida de mi madre —ardía en deseos de comer los platos típicos de su tierra y se le hacía la boca agua al pensar en el *frico*, el queso gratinado, en la sopa de cebada con judías blancas, la polenta y la *gubana*, un tipo de bollo de levadura. O en los vinos: Collio, Ribolla gialla y Tocai.

—¡O la carne de oso del valle del Vipava! —añadió Laurenti—. Hay un restaurante que tiene que visitar sin falta, Pri Lojzetu, donde sirven oso en todas las posibles variantes de la alta cocina: carpaccio, estofado, o manitas hervidas a las finas hierbas.

—¿Oso? —preguntó Biason incrédulo.

—Como lo oye, oso. Los osos jóvenes tienen una carne muy delicada; los viejos hay que dejarlos marinar varios días y tenerlos más tiempo a remojo en leche agria, si no se nota demasiado el sabor de las feromonas. Claro que la cabeza de oso con setas frescas es el *summum*. Sólo hay que tener cuidado de que lo hayan cocido bastante, por la triquinosis. ¿Por qué no lleva a su madre de excursión allí una vez pase la Navidad?

Biason dudó si el comisario, que miraba por la ventana con gesto obstinado, no estaría tomándole el pelo, pero éste ya se rebuscaba los bolsillos y sacaba un pedazo de papel para anotarle la dirección.

Laurenti se despertó del susto. Con una frenada de emergencia, el tren se paró en seco como una gran masa de hierro chirriante y al comisario le faltó muy poco para salir disparado de su asiento. Soltó un taco y, en un acto reflejo, se llevó la mano a la pistola. Una de sus costumbres había cambiado, en efecto. Desde que había escapado por un pelo a la bala de un francotirador, ya nunca salía de casa sin su arma. Si antes ni siquiera sabía bien en qué cajón guardaba la Beretta, lo primero que comprobaba ahora antes de cerrar la puerta tras de sí era que la llevaba encima.

¿Dónde diablos se había parado el tren? El comisario había subido —al final, en el último momento— en la estación terminal Venezia-Santa Lucia y había recorrido vagón tras vagón hasta la parte delantera para luego no tener que andar en Trieste. Para salvar las horas de espera se había bebido dos frascas de vino tinto, de medio litro cada una, y, una vez que, para alivio del barman, por fin se fueron los americanos, no se había dado prisa en abandonar el local. De todas formas, aquel calvorota de pocas palabras tenía que limpiar antes de cerrar. Laurenti hizo caso omiso de sus comentarios entre dientes hasta que lanzó una mirada al reloj, agarró su bolsa de viaje, salió corriendo sin despedirse y, poco después, entró en la estación a toda prisa, justo cuando los altavoces anuncianaban la salida del tren.

El regional, que hacía parada incluso en el apeadero más miserable, estaba hecho una porquería. A pesar de las muchas protestas, no se había producido ningún cambio en los ferrocarriles del Estado, y para llegar a Trieste en tren hacía falta mucho coraje. En el segundo vagón, contando desde la cabecera, viajaba un cura joven muy alto y con guantes de cuero negro, mirando fijamente por la ventana. Iba justo detrás del tipo delgado del abrigo raído que no podía con la maleta y al que habían controlado los

agentes de Mestre. Se sentaba en diagonal, con las piernas estiradas encima del maletón, que ocupaba parte del pasillo, obligando a Laurenti a pasar de medio lado. Llevaba la cabeza inclinada sobre el hombro, un grueso mechón de pelo grasiento le caía sobre la cara, y de su boca entreabierta salía un potente ronquido. Debía de haber subido en Mestre; si no, aún estaría despierto. ¿Cómo es que el cura sufría aquel tormento voluntariamente? Sería una penitencia. Laurenti recordó un vuelo a Roma en el que un gordo seboso le había amargado el viaje con un particular concierto de rugidos. Sólo había vuelto en sí al pasar la azafata con las bebidas y las galletitas de rigor para, tras apurar el vaso y engullir dos bolsas de galletitas, entregarse de nuevo a su «Gran Serenata Nocturna». Laurenti pasó al primer vagón, en el que viajaban tres personas que no hacían ruido. Se bajaron en Dona del Piave y le desearon una buena noche. Cuando el tren arrancó de nuevo, Laurenti creyó ver cómo el maletón desaparecía en la oscuridad del andén. Luego debió de vencerle el sueño hasta que el frenazo le despertó de golpe.

Un simple vistazo por la sucia ventanilla le bastó para reconocer los almacenes del Porto Vecchio de Trieste y la carretera que discurría por debajo de las vías. Por lo tanto, el tren se había detenido sobre el puente de Roiano, poco antes de la entrada en la estación. ¿Qué había pasado? Al oír un alboroto de voces, Laurenti abrió la portezuela del vagón y un hombre al que no pudo reconocer en la oscuridad le gritó, con un pitido, que hiciera el favor de volver a su asiento. Los haces de luz de las linternas recorrían la vía secundaria como un enjambre de insectos. Laurenti desobedeció la indicación, se aseguró de que no se acercara ningún tren en dirección contraria y se apeó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sosteniendo su identificación bajo la luz.

—Ahí abajo —dijo el conductor del tren y señaló el pie de la muralla de seis metros de altura que se alzaba desde el Viale Miramare, la autovía de cuatro carriles, hasta donde empezaba el puente—. Ahí está —un haz de luz acompañó sus palabras.

Laurenti reconoció un cuerpo. La mitad había quedado encima de un arbusto. Estaba boca abajo, con los brazos en cruz. Un abrigo oscuro le cubría la cabeza, por la cintura asomaba el borde de una camiseta interior blanca. Las piernas invadían la pequeña acera para los peatones, un zapato había ido a caer sobre la calzada a un metro de distancia.

—Malditos suicidas —farfulló el conductor, que todavía llevaba el susto escrito en la cara—. Para colmo, a un par de metros del final del trayecto.

—¿Se ha tirado delante del tren? —la voz de Laurenti denotaba desconfianza—. ¿Lo ha visto usted?

El conductor negó con la cabeza.

—Yo he reaccionado a la señal del freno de emergencia. ¡Ojalá hubiera tomado otro tren!

—¿El freno de emergencia? ¿Y cómo es que está ahí abajo? —murmuró Laurenti—. ¿A qué velocidad va en este tramo?

—Más o menos a cuarenta por hora hasta que se inicia el frenado automático y la velocidad se reduce mucho más.

—¿Distancia de frenado? —preguntó secamente Laurenti.

—Eso no se me había ocurrido —dijo el conductor después de rascarse la cabeza con gesto de apuro.

—¿Dónde se habría detenido el tren si ese hombre se hubiera tirado delante de la locomotora y usted hubiera reaccionado de inmediato?

El conductor señaló vagamente hacia la oscuridad y se mordió los labios.

—Piense en qué vagón se accionó el freno de emergencia.

—En el segundo, aquí mismo —el revisor había oído las palabras de Laurenti y también se había apeado del tren.

—Ilumíneme el camino, por favor. ¿Cómo puedo bajar hasta allí? —pidió Laurenti y caminó sobre la gravilla hasta el borde de los raíles. Aquello no le gustaba nada. Estaba claro que el conductor se había llevado un susto de muerte. No se le podía reprochar. Ahora bien: ¿quién se toma la molestia de subirse a un puente para arrojarse delante de un tren?

La muralla era demasiado alta para saltar desde ella. No había donde agarrarse. Cuando el revisor ató una cuerda a un árbol y Laurenti bajó agarrándose a ella, le cegó el haz de luz de la linterna del conductor. Luego saltó como pudo por encima del arbusto y se inclinó sobre el cuerpo. Levantó el abrigo y por fin pudo ver la cara: el hombre del maletón. ¿Pero no había visto la maleta en el andén de San Dona? Laurenti le palpó el cuello para buscarle el pulso y se detuvo contrariado. Notó un alambre, continuó palpando y comprendió al instante que a aquel hombre no le había pasado el tren por encima. La herida en la cara que presentaba el cadáver sólo podía estar causada por el golpe contra el asfalto. Laurenti registró los bolsillos del abrigo y de la chaqueta, sacó un manojo de llaves y un teléfono móvil bastante antiguo y, por último, una billetera muy sencilla y desgastada con cincuenta y cinco euros, el billete a Trieste, un recibo arrugado, y el carné de identidad. Entonces oyó la sirena de una ambulancia y, a continuación, la de los compañeros de guardia. Poco después, los faros de los coches patrulla iluminaron el escenario de la muerte.

—¿Y ahora cómo vuelvo a subir? —se preguntó. Era fundamental que inspeccionara el vagón por si revelaba alguna señal de lucha. Y tal vez la maleta siguiera allí y él se había confundido antes. ¡Qué raro era todo! Intrigado, levantó la vista para recorrer la pared de piedra, sobre la cual todavía pendía la cuerda por la que había bajado.

Cuando Laurenti, hacia las tres de la madrugada, por fin salió del coche patrulla que lo dejó frente a su casa, en la carretera de la costa, y bajó las escaleras a través del jardín, aún había luz en el interior. Al abrir la puerta oyó risas en el salón. La familia entera seguía despierta, e incluso su anciana madre, a pesar del largo viaje, estaba más fresca que una lechuga, sentada en un sillón contando anécdotas. Marco acababa de llegar. Desde que trabajaba en el Scabar, el restaurante más famoso de Trieste, siempre era el último en irse a dormir. Y, por supuesto, siempre se levantaba muy tarde, salía de la cama como un sonámbulo, con los pelos revueltos, e iba dando tumbos hasta la cafetera... aunque lo cierto era que antes del restaurante hacía exactamente lo mismo. Patrizia Isabel, su hija predilecta, se levantó de su sillón de un salto para abrazar a su

padre con verdadera pasión. No había vuelto a casa desde las vacaciones de verano, pero ahora, para especial gozo de Laurenti, se quedaría con ellos hasta después de Año Nuevo.

—¡Al fin! —exclamó sin querer soltarse del abrazo de su padre. Laurenti se sintió commovido, a Patrizia le unía una complicidad que no tenía ni con Marco ni con Livia, la mayor de los tres hermanos, quien llegaría al día siguiente desde Múnich, donde trabajaba en una empresa de alta tecnología dedicada al reciclaje de papel.

—Suéltame, Patrizia, hija, o tu abuela nos desheredará a todos como no la salude también a ella —dijo Laurenti, acariciando el cabello de su hija, espeso y negro como la pez... sin duda, heredado de él.

—Como si hubiera algo que heredar, Proteo —replicó su madre—. La pensión apenas me llega para dos semanas y media, con lo caro que se ha puesto todo, y los ahorros se van consumiendo, claro. Justo les estaba contando cómo viniste al mundo, hijo mío —y le dio un beso en la mejilla.

—Sí, por poco te tiran a la basura —se carcajeó Marco—; no distinguían al niño de las secundinas.

El comentario le valió una mirada de reproche de Laura. Habiendo traído al mundo a tres hijos, no consentía ninguna broma sobre aquellos temas.

—Muy gracioso —dijo Laurenti—. Quiero una copa de vino antes de irme a la cama. Yo que venía tan contento pensando que ya llevaríais un buen rato acostados y que, por fin, podría relajarme un poco después del día que llevo...

—Te habrías quedado dormido delante de la tele —siguió burlándose Marco—, como de costumbre.

Proteo Laurenti hizo oídos sordos al comentario y se llenó la copa.

—Mañana a las ocho y media tengo la primera reunión.

Les habló de su viaje de vuelta y del cadáver a la entrada de la estación Trieste-Centrale. Había informado al agente de turno de que el mismo hombre había sido sometido a un control por parte de los compañeros de la estación de Mestre, a quienes convenía pedir la información correspondiente. Además, sus hombres debían interrogar a todos los viajeros y tomarles los datos. Había que precintar el tren con la correspondiente orden judicial y esperar a que lo examinara la policía científica. Ya que había sucedido tan cerca de él, el propio comisario se ocuparía del caso.

—Tu hija también tiene novedades —dijo Laura al final.

Laurenti abrió mucho los ojos.

—Déjalo, mamá, pueden esperar a mañana. Papá está muerto de cansancio. Así no le va a hacer ninguna ilusión —dijo Patrizia haciendo con un suave gesto con la mano.

Ante el abismo

Me llaman Argos. No conozco el dolor y no me quejo nunca. Ni siquiera cuando me aterrorizan con electroshocks que llevan mi agresividad hasta la locura, al igual que los latigazos en la cabeza, que me embuten en un saco negro. El entrenamiento es duro. Dos horas y media al día corro sobre una cinta que simula una pendiente. Eso es lo que llaman trendmill. Para impedir que me pare, llevo un collar muy ancho que se fija a las barandillas de los lados de la cinta. Si no corro, me estrangula. Las pesas que me cuelgan de la espalda me imponen un esfuerzo adicional. Los músculos del cuello y la espalda son los que más en forma deben estar. Dos horas al día nado. A escasos centímetros por encima de la superficie del agua hay una cuerda que se tensa a ambos lados de la piscina y en cuyo centro sujetan mi collar. Si no nado, me hundo y me ahogo. Una vez cumplido este programa, me secan con una toalla suave y me dan media hora de masaje, luego mi amo me lleva de paseo o a correr junto a su bicicleta. La región es verde y llana, llueve a menudo y casi siempre sopla un fuerte viento. El aire sabe salado. Una vez tuvimos problemas con unos paseantes que se apiñaron unos contra otros y llamaron la atención a mi amo. Chillaron para que me atara. El se limitó a reír y les amenazó con enviarme a por ellos adrede, con lo cual se callaron intimidados.

Luego empieza la segunda parte del programa diario, casi siempre sin haber recibido nada de comer. Agua sí. El flirtpole es perfecto para mi instinto cazador. Me dejan perseguir cosas y cazarlas, me lanzo a por algún juguete, a veces es un muñeco para perros que, claro, hago pedazos en un instante, más veces suele ser un manojo de trapos o un viejo pellejo de oveja que mi amo ata a una larga cuerda que, a su vez, maneja con un palo. Las carreras, los giros veloces y los saltos estimulan mis reflejos y mi movilidad. Atrapo el pellejo y ya no lo suelto, lo sacudo como si fuera un rival hasta que se muere. Lo esencial no es la fuerza del mordisco, sino la violencia con que lo sacudo y el tiempo que resisto. Así mis dientes se hincan poco a poco y cualquier rival termina en el suelo, suponiendo que no le haya arrancado la carne del cuerpo antes. Y luego viene el springpole. Los días malos es un neumático de coche, los buenos una quijada de vaca entera que se balancea colgada de un árbol a dos metros del

suelo. Yo salto y le hincos los dientes y puedo pasarme así una hora sin ningún esfuerzo. Al principio me aburría muy pronto, pero si me soltaba me daban latigazos. Poco a poco he ido aguantando más. El programa diario termina con el catmill, también llamado «flying Jenny». Es una especie de noria con un tablón paralelo al suelo. En una red ponen una presa y tengo que correr dando vueltas hasta cazarla, no siempre es un gato, a veces es algún chuchillo callejero. No sé de dónde los saca. Yo corro y corro detrás, nos separa tan sólo un palmo de distancia cuando me arrebatan el bocado del hocico. Cada vez soy más rápido, soy un luchador, pero no hay forma de que llegue a atrapar la presa. Hasta que mis fuerzas no flaquean y mi amo detiene la noria, deja salir el gato de la red y me suelta de la correa no lo pillo, justo antes de que logre escapar. Es el premio por un día tan duro.

A veces el amo me saca sangre y la manda analizar. Me ponen inyecciones con regularidad, medicamentos para desarrollar la masa muscular, para aumentar el porcentaje de oxígeno en la sangre, para mejorar la respiración. Y a veces me tiene días sin comer.

No soy el único al que entrena aquí. En épocas de descanso me paso el día atado con una cadena muy pesada que no me permite ningún movimiento. O me encierran en un cubículo estrechísimo a través de cuyas rendijas veo cómo preparan para sus peleas a los demás. Eso sí, el campeón absoluto soy yo, y cuando alguno de los otros no cumple con sus expectativas, me lo dan a mí... en un cuarto cerrado que tiene un foco halógeno colgando del techo. En cuanto estoy dentro, se abre una puerta y me arrojan el otro perro. La mayoría de las veces, a los pocos minutos ya sacan su cadáver y lo lanzan a la parte trasera de la camioneta. Sólo una vez me hicieron falta tres cuartos de hora, de aquella pelea conservo una larga cicatriz en el hombro que mi amo me cosió con sus propias manos, y luego me puso una inyección de penicilina.

Yo fui el más fuerte de mi camada, y aunque no era el más grande me abría paso hacia los pezones con más fuerza de voluntad que los demás. Una y otra vez veía gente alrededor de la jaula que nos miraba. A menudo me levantaban en vilo y me examinaban con palabras de elogio. Crecí deprisa y en el juego siempre vencía a mis hermanos a mordiscos. A las seis semanas me separaron del grupo y me cortaron las orejas y el rabo casi del todo. A los tres meses me entregaron al amo. Ese día empezó mi entrenamiento.

El nuevo amo hablaba otro idioma y el viaje hasta mi nuevo hogar duró más de lo que yo fui capaz de contener la vejiga. Al ver el charco en el asiento me pégó. Luego continuamos el viaje por una región llana y verde que no tenía fin y donde no paraba de llover, las únicas elevaciones del terreno eran diques cubiertos de hierba en los que pastaban las ovejas, y entre unos y otros había rebaños de vacas, de manchas blancas y negras. En algún momento, giramos hacia una granja apartada de todo. Cuando el amo me sacó del coche por fin y, pasando por unos establos vacíos, me condujo a un patio trasero, me cambió el collar por uno con pinchos y remaches y me ató a una cadena demasiado pesada para mí. Para cobijarme me correspondía una pequeña caseta en la que había unos cuantos trapos que oían a mis predecesores. Había seis

casetas como aquélla en el patio, a gran distancia unas de otras. Sólo podíamos mirarnos. Por entonces yo aún era el más pequeño de todos, pero eso no tardó en cambiar.

A ver a mi amo venía con frecuencia gente muy peculiar, conduciendo cochazos de neumáticos muy gruesos. Hombres altos de hombros imponentes con cadena de oro y enormes relojes de pulsera, a veces en compañía de mujeres rubias de bote demasiado maquilladas, con botas de charol hasta la rodilla, faldas muy cortas y escotes muy pronunciados. Fumaban unos cigarrillos que olían muy raro y esnifaban un polvo blanco que extendían por el capó de sus coches. Más adelante, me inyectaban a mí ese mismo polvo, disuelto en algún líquido, cada vez que me servían a un nuevo rival. Examinaban y aprobaban mi comportamiento en el ataque, como también el del contrario. Una vez, uno de esos tipos le quitó a su acompañante el caniche que llevaba en brazos y lo soltó por allí, luego me soltó a mí. La bolita de pelo blanco no llegó muy lejos, le clavé los dientes en el cuello y la sacudí hasta que dejó de dar señales de vida. La rubia, con la boca abierta y la correa con lentejuelas en la mano, dio media vuelta con los ojos llorosos y finalmente se metió en el coche enfurruñada. Los hombres elogiaron mi rapidez y se dieron palmaditas en el hombro unos a otros.

—De ése saldrá un campeón —dijo mi amo orgulloso—. Ahora y ya es más agresivo que los demás... y más rápido. Un pedigüero excelente, tercera generación de una familia de campeones que no sienten el dolor, fulminantes en el ataque. Me costó un pastón. Pero pronto lo habremos amortizado. Con nueve meses tendrá su primera pelea. Lo siento por la bolita de pelo —dijo para terminar, sonriendo socarronamente a la joven rubia—. Te compraré otro.

Un día fuimos a una pelea. Mi amo no supo el lugar exacto hasta dos horas antes del comienzo de mi primera convention. Primero pasamos dos horas en el ferry que cruza el Elba, de Wischhafen a Glückstadt, y luego fuimos hasta un parque eólico cerca de Brunsbüttel. Llegamos poco antes de la medianoche, había un ring iluminado. Cincuenta hombres se apelotonaban alrededor y comentaban lo que pasaba y que yo no alcanzaba a ver. Hasta el principio de mi primera pelea me mantuvieron en movimiento, aunque suave, luego me dieron un masaje, me metieron en una caja, me pegaron, me excitaron y me azuzaron, y al final me pusieron esa inyección que me hace hervir la sangre. Mi rival era un macho de dóberman del que no me costó deshacerme. No tenía ni punto de comparación con mis siguientes rivales, cuyo pelo brillaba y cuyos músculos parecían a punto de reventar. Aquel era un animal inseguro que estaba fuera de lugar. Un bobo. Pero eso no importa. Estoy entrenado para matar. O yo o el otro.

Todo es negro, la noche, el saco que me ponen en la cabeza, la rabia, la muerte. También cuando la pelea no se desarrolla entre iguales. También las apuestas fueron bajas aquella vez, como es lógico. Pero mi amo quedó contento conmigo y me acarició con orgullo; agradecido, yo le lami la mano, que olía a tabaco. Detrás de mí se pelearon otros dos perros. A la vuelta faltaba uno de ellos. Yo no llevaba ni un rasguño.

El entrenamiento cambió. A partir de entonces me hacían enfrentarme a rivales más

grandes con mayor frecuencia. Luego llegó el día en que barrieron muy bien todo el patio y, poco después, llegó un hombre de tipo atlético en una limusina negra. Iba mejor vestido que los visitantes habituales y hablaba con un acento raro. Unos lo llamaban Domenico, los otros Calamizzi o simplemente «el Calabrés». Y le tenían muchísimo respeto. Lo acompañaba un experto llamado Karol.

Me soltaron, me pasearon de un lado para otro, me hicieron saltar y, por último, trajeron un staffordshire terrier y me dejaron con él en uno de los establos vacíos. Después, en lugar del collar con remaches me pusieron uno nuevo de cuero suave. Un grueso fajo de dinero cambió de manos, abrieron el maletero de la limusina y me mandaron saltar al interior de un trasportín. El viaje por autopista duró mucho, sólo me dejaron salir a moverme por un aparcamiento de gasolinera dos veces. Mi nuevo amo me llamó Argos.

Un día antes de la siguiente convention me soltaron en un jardín con piscina, rodeado por una valla muy alta. Dos horas de natación, a secar y un masaje. Luego soltaron un conejo, pero antes de que lo atrapara, una cadena tiraba de mí hacia atrás. Una y otra vez. Al final lo ataron con una cuerda y lo colgaron de la gruesa rama de un tilo a dos metros del suelo. Y por fin me soltaron de la cadena.

Ardillas disecadas

—Te tengo dicho que no me llames —gruñó al teléfono Boris Mervec, medio dormido. Aún no había amanecido y la espalda de la montaña cubierta de nieve sobre la que daba su apartamento del Worthersee se dibujaba sobre el cielo como una mera sombra.

—No he tenido más remedio. Manfredi está muerto. Acaban de dar la noticia en el informativo local de Trieste de las siete. Pero han dicho muy poco, sin ninguna foto. Lo estrangularon esta noche y lo tiraron del tren poco antes de Trieste-Centrale. De un puente. Está más muerto que muerto —Dean fumaba el quinto cigarrillo de la mañana al mismo tiempo que se mordisqueaba la uña del pulgar derecho.

—¡Mierda! —se le escapó a Mervec en voz tan alta que la mujer que dormía a su lado se despertó sobresaltada.

—No tengo quien le sustituya —dijo Dean y carraspeó.

—Pues el asunto tiene que salir adelante. Vente para acá y podremos hablarlo cara a cara y a solas. Ni una palabra más por teléfono, ¿entendido?

—Estoy esperando a unos clientes, y luego son dos horas de viaje. Antes de la una, imposible.

—Date prisa. El tiempo corre.

La cara de Mervec se había vuelto de piedra, colgó el teléfono furioso y se metió en el baño. Lo había tramado todo con tanta precisión que ni la más mínima pista conducía a él. Y cuando el trabajo estuviera hecho, también liquidaría a su esbirro, el único que aún podría darle algún problema. Manfredi estaba tan pillado por Dean y sus colegas de Izola que no tenía más opción que ejecutar el encargo. Y Dean conocía a Mervec desde hacía ya veinte años. Mervec le había formado personalmente para la UDBA, la policía secreta de la antigua Yugoslavia, y después le había convertido en su mano derecha. Sin embargo, con la desmembración de Yugoslavia y la disolución de la unidad, Dean intentó hacer carrera en los recién creados servicios secretos eslovenos y se estrelló porque uno de sus antiguos rivales le acusó de conservar relaciones demasiado buenas con los antiguos compañeros de Zagreb y también de Belgrado. Lo cierto era que tan sólo había organizado el contrabando de armas para los croatas a través del aeropuerto de Maribor, gracias al cual superaron el embargo de Naciones Unidas en las propias narices de los

servicios secretos occidentales. Y en aquel asunto también estuvieron mezcladas otras personas que, a día de hoy, ocupaban los cargos más altos del Estado. Al igual que Boris Mervec, Dean supo sentar las bases de nuevos negocios enseguida. Y aunque bebía cada vez más y había engordado mucho, sobre su lealtad no cabía la menor duda. El gran golpe era que el atentado que planeaban podía endosársele a otros. No lo atribuirían a Mervec y a sus socios de ninguna manera. Pero ahora Manfredi estaba muerto.

—¿En una caravana cerca de la frontera? —Proteo Laurenti se rascó la sien mientras leía superficialmente las dos páginas con los breves datos biográficos del hombre del tren—. ¿Todo el año?

No era la primera vez que escuchaba que algunos tipos raros vivían en algún tipo de infravivienda en el Carso, en soledad absoluta o, si acaso, en compañía de algún perro, sin duda mejor alimentado y con mejor aspecto que su amo, que no entraba en contacto con el agua caliente sino en raras ocasiones y cuya tez colorada revelaba el exceso de vino barato.

—Ya sabes, algunos heredan un terreno pero no consiguen el permiso para construir allí por lo de la reserva natural. Vendiendo la parcela no sacarían mucho, así que se compran una caravana de segunda mano, la plantan debajo de un árbol, instalan una barbacoa delante y cavan una fosa a modo de retrete detrás de un enebro frondoso. Y así, al principio pasan allí arriba la tarde del sábado, y a los pocos meses ya es el fin de semana entero. El hombre llega a casa borracho, tiene broncas con la parienta, total que se queda más tiempo aún en su pequeño paraíso... él solo, claro. Primero pasa el verano porque la mujer prefiere ir a la playa, luego lo alarga hasta el otoño, el invierno y la primavera.

—¿Y qué hacen allí el día entero? ¿De qué viven?

—Chapuzas ocasionales. Sus únicos amigos son el perro, pastor alemán por lo general, y la botella de vino. Cuando hace frío, frecuentan más la *osmizza*, la rústica taberna en la que al menos arde un fuego para calentarse. Ya no figuran en ninguna dirección postal, el único dato oficial de empadronamiento es de algún pariente. En este caso, la madre, en la Via della Cattedrale. Si el hijo hubiera vivido más que ella, en unos pocos años le habría caído una hermosa herencia, las casas de ese barrio valen su buen dinero.

—¿Datos personales?

—El hombre se llamaba Marzio Manfredi, cuarenta y un años, divorciado. Trabajaba como taxidermista en el Museo de Historia Natural de la Piazza Hortis.

—¿Era uno de éhos que disecan ardillas? Bonita profesión.

—Ardillas, arrendajos, osos, perros. Ya sabes que en el museo tienen bichos polvorrientos para aburrir.

Laurenti miró la primera página del expediente. Abandonó de los estudios a los dieciséis años, muerte prematura del padre en accidente laboral en uno de los muelles, donde había llegado a ser encargado. La madre, hasta su jubilación ocho años atrás, tenía una mercería en la Cavana y vivía en una casita unifamiliar en propiedad en el Colle di San Giusto, la colina del castillo.

—¿Antecedentes? —pasó la página. En los años setenta, el hombre había tenido bastante

trato con las fuerzas del orden. En su día formó parte de una banda de matones neofascistas de cierto calado en la estructura política italiana: algunos de sus cabecillas, dándoselas de demócratas, llegaron a alcanzar puestos importantes en Roma, lo cual, por otra parte, no significaba que se volvieran más competentes ni más simpáticos. Todo lo contrario: al igual que esos grupos de escaladores que van unidos por una cuerda, formaron una cadena de influencias, de tal suerte que las competencias públicas fueron adjudicándose a miembros del partido y tampoco pudo frenarse su progresivo avance en los gremios decisivos de los medios de comunicación. Muy lentamente, el país fue avanzando hacia la dictadura... una dictadura envuelta en los algodones de la televisión. El tal Manfredi había sido detenido en varias ocasiones, aunque siempre lo habían declarado inocente. Laurenti recordaba cómo, recién llegado él a Trieste, aquel grupo había intentado tomar por la fuerza la emisora de la RAI. Según los informes, Manfredi había participado en aquel acto. Más adelante, los neofascistas lo expulsaron del grupo porque, al parecer, había caído en la adicción al juego y no era de fiar. Donde más se había echado a perder era en el Casino de Lipizza, muy cerca del célebre criadero de yeguas que luchaba por su supervivencia y la de la noble raza lipizzana.

—Está acusado de malos tratos a su ex mujer. El año anterior al divorcio, solicitado por ella según apunta todo. Tuvo que acudir una patrulla a su casa en dos ocasiones, aunque luego la mujer retiró las denuncias. Además tiene pendiente una sanción económica y catorce meses de prisión, en libertad condicional, por importación ilegal de animales de especies protegidas procedentes de Bosnia.

—¡Me cago en esta ciudad! —profirió Laurenti con un sonoro resoplido—. Si es que aquí nunca pasan cosas normales... ¿Qué tipo de animales?

—Aves recién cazadas de la región de Mostar. Para ser exactos: mil trescientas cincuenta alondras, valoradas en más de cien mil euros. Por lo visto, su intención era disecarlas y venderlas a coleccionistas, pero en ese momento le sonó el teléfono y su contacto le preguntó si ya estaba en Italia. Las aves tenían un destino mejor: los pucheros de algunos restaurantes para gourmets de la Lombardía.

—Paté de alondra, ¡qué rico! —se relamió el comisario—. ¿Y qué hay del recibo que encontré en su bolsillo? —Laurenti vio el papel arrugado sobre la mesa de Marietta. Se lo había entregado esa misma mañana, antes de ir a la reunión para informar a los comandantes de los otros cuerpos de seguridad sobre los resultados de la conferencia de seguridad en Roma.

—Caviar ruso —dijo Marietta, relamiéndose ahora ella—. Sesenta y cinco kilos en treinta y cinco latas de kilo ochocientos cincuenta cada una. Se ve que hasta los más colgados tienen sus caprichos. Más que maleta, llevaría un baúl, ¿no?

Laurenti asintió con la cabeza.

—Un maletón como una casa de veraneo. Tanto caviar debe de valer una fortuna. ¿No hay una orden de embargo para esas cosas?

—Acuerdo de Washington sobre las especies protegidas, su importación está prohibida en la Comunidad Europea —Marietta rebuscó por la mesa hasta dar con un papelito—. Aquí, ese caviar podría alcanzar fácilmente un precio de mercado de trescientos mil

euros. Depende de qué tipo sea. A juzgar por el recibo, tu hombre adquirió la mercancía de manera totalmente legal a través de un mayorista, por eso le dejaron ir los agentes de la estación de Mestre. La mercancía se compró ya dentro del país. No se le podía inculpar de nada, siempre podía alegar que algo tenía que comer. Eso sí, la empresa va a recibir una visita de la Guardia di Finanza en breve.

—¿Y no han confiscado la mercancía? —se extrañó Laurenti—. La maleta bloqueaba el pasillo del tren, tuve que trepar literalmente por encima de ella.

—No —respondió Marietta—. Al parecer, todo estaba dentro de lo legal.

—Si esto es lo legal...! Un tipo que vive en una caravana viaja por ahí con un quintal de caviar en la maleta. ¿Y los rusos, kazajos, chechenos y turkmenos que están detrás de todo esto qué? ¿Dónde está el informe de la autopsia? —preguntó Laurenti, y le vino a la mente que no podía dejar pasar un día más sin llamar a Galvano, el que antaño fuera forense de la ciudad y que ahora, a sus ochenta y cinco años, jubilado a la fuerza y muy a su pesar desde hacía cinco, jamás iba a ninguna parte sin su fiel amigo de cuatro patas, Clouseau, un perro policía de color negro, también retirado, cuya edad, probablemente, aún superaba en años perrunos a la de su amo. A Proteo Laurenti le remordía la conciencia por haber desatendido al anciano en las últimas semanas, pero todas aquellas reuniones para garantizar la seguridad en la ceremonia de apertura de la frontera no le dejaban mucho tiempo libre para su vida privada. ¿No sería buena idea invitarlo a pasar las Navidades con su familia? Estaba claro que los suyos no acogerían la propuesta con unánime entusiasmo, pero tampoco se podía dejar solo al anciano, y menos en aquellas fechas.

—El informe por escrito está en camino —informó Marietta.

—¿Y qué se sabe?

—Nada nuevo. Estrangulamiento.

—O sea que el asesino le puso el alambre al cuello, accionó el freno de emergencia, lo empujó fuera del tren, lo estranguló según llegaban al borde de la muralla y, por último, lo lanzó por el puente —a Laurenti no le gustaba nada aquella versión.

—Tuvo que ser un hombre alto y de complexión fuerte.

—Sobre todo, un especialista, alguien que conociera la distancia de frenado de un tren. Me huele a que hay una mano larga detrás de este asunto. Ahora bien: ¿por qué? ¿Por el caviar?

—Vale mucho dinero... Claro que, para deshacerse de alguien, hay formas más sencillas.

—Es como si buscaran a propósito la atención que despierta un acto así. ¿Cómo va la policía científica con el examen de los vagones?

Esa misma noche, el juez de instrucción había mandado precintar todo el tren y conducirlo a una vía secundaria.

—La compañía ferroviaria insiste en que se devuelva el tren a la circulación cuanto antes. Aunque con lo guarros que van los vagones, tienen para largo —la mirada de Marietta cambió por completo y, de repente, comenzó a hablar con voz melosa—. Por cierto, me gustaría tomarme la tarde libre. Aún no tengo ni un solo regalo de Navidad.

Laurenti arqueó las cejas.

—Déjalo para mañana, todavía te sobra tiempo. Quedan cuatro días para Navidad. Ahora mismo te necesito más que nunca.

Marietta rió sarcástica.

—Ya lo sabía. ¿Eres consciente de que llevamos juntos... tú y yo quiero decir... más que tu mujer y tú? Pero nunca me has dicho que no puedes vivir sin mí. ¡Ése sí que sería el mejor regalo que puedo imaginarme!

—Siempre pensando en lo mismo, Marietta —el comisario puso los ojos en blanco, su ayudante era incapaz de abandonar aquel jueguecito, por más que Laurenti no hubiera querido entrar en él jamás—. Anda, venga, dame esa nota con la dirección de nuestro sibarita del caviar. Tengo que salir a la próxima reunión. Pregúntale a Galvano si quiere acompañarme. Le sentará bien una excursión.

—Dentro de poco se va a montar una buena allá arriba. Un fiestón popular en toda regla, por lo que voy oyendo. A diferencia de la ceremonia oficial ésa por la que te hacen perder el culo —Marietta le quitó de las manos la carpeta verde musgo con el expediente y la depositó sobre una gran pila de papeles.

—Quien no participe en ello, se pierde un momento histórico. Libre circulación para todos los ciudadanos libres y punto final a la polémica de los últimos sesenta años. Con lo que te gustan a ti los agentes de uniforme de culito prieto... Aunque, por otra parte, ¿puedes concebir un mundo sin controles de aduanas? —Laurenti se guardó el papelito—. Anda, por favor, hazme un *expresso*. Estoy que me caigo de cansancio.

—Tu cara habla por sí misma. ¿Por qué no envías a Pina a registrar esa caravana y tú, en cambio, aprovechas para echar una cabezada de una hora? Puede pedir un coche con conductor si aún le duele la patita.

En efecto, la segunda tarde que había tenido que pasar sola, metida en su casa, la inspectora había pedido el alta voluntaria y esa mañana había vuelto a aparecer en la oficina, cojeando. En un tono de falsa compasión, Marietta le había preguntado si el bastón con empuñadura de plata labrada en el que se apoyaba era un préstamo de Galvano.

—Sólo te falta el perro —había sido su comentario final.

Pina hizo como si no lo hubiera oído y declaró, cortante, que podía ayudar perfectamente en el servicio interno en lugar de quedarse como tonta entre sus cuatro paredes. Laurenti se alegró al enterarse, pues en los días siguientes necesitaría todo el apoyo posible. En realidad, no había contado con Pina: la primera noticia que le había dado Marietta aquella mañana, antes incluso de ponerle el *expresso*, era que su compañera, el domingo anterior al viaje del comisario, había ido a buscarle las cosquillas a un perro, ya que con los hombres no iba bien la cosa. A él no se lo había dicho antes porque, claro, no iba a llamarle a Roma para semejante minucia. Gracias a Dios, la mini-inspectora había aparecido en la oficina antes de lo previsto, su ambición superaba cualquier dolor.

—Quinientos a Cherries Blood United Brief II a ochenta y seis —dijo Sedem al teléfono,

y ya avanzaba por el parqué de la Bolsa de Frankfurt, resoplando, el arbitrajista que recibió su orden a través de los auriculares.

Delante de Sedem había cuatro pantallas en las que seguía los movimientos de la bolsa en sus principales mercados. Después de su paseo matutino a caballo, durante el cual había aprovechado para hacer una breve visita a la granja de Dean, a las siete y media de la mañana ya estaba sentado a su mesa, como cada día laborable, y no se movería de allí hasta las dos. Para entonces quería haber resuelto sus negocios del día para ocuparse de otros negociados. Observaba las discrepancias de curso en los distintos mercados, compraba y vendía en un abrir y cerrar de ojos y tomaba notas.

Sedem había podido arrancar por cuenta propia cuando, tres años atrás, habiendo abandonado sus estudios universitarios y tras muchos intentos y discusiones terribles con su padre, había logrado convencerle para que dejara cierto capital en sus manos. Duke le había hecho prometer que, para finales de año, aquel dinero no habría perdido su valor. Al principio, Sedem era demasiado precavido, se fiaba de los consejos de amigos, de los empleados de los bancos y de los *brokers*... y tenía pérdidas. Entonces cambió de estrategia y se despidió del mercado bursátil clásico, que resultaba demasiado lento para su gusto y donde sus recursos no podían alcanzar grandes beneficios. Los agentes de los bancos, como es natural, intentaban colocarle sus «productos» más nuevos, con los que los propios institutos financieros se llevaban la mayor parte de las ganancias. Desde su accidente, Sedem tenía tiempo de sobra para analizar y observar. Lo que más le había llamado la atención eran las contradicciones entre las informaciones públicas del mundo de la economía y el verdadero desarrollo de los valores. Consiguió su primer gran golpe apostando por la desarticulación del gran grupo Daimler-Chrysler, algo que se veía venir hacía años. Las cifras de la cuenta de Sedem se dispararon. En los últimos años, cada vez se había fijado más en los problemas de las grandes fusiones. ¿Cómo podían los gerentes de aquellas empresas estar tan seguros de su crecimiento ilimitado? ¿Y hasta qué punto podían equivocarse en sus cálculos, confiando en que dominarían las nuevas y descomunales estructuras, recién creadas con el dinero de sus socios, cuando no tenían en cuenta que sus anteriores empresas ya habían acumulado problemas suficientes bajo su égida? Al contrario que la mayoría de inversores en bolsa, tras analizar cada caso en detalle, Sedem solía apostar por el fracaso de tales fusiones... y solía acertar. Los dos últimos años había conseguido unos beneficios importantes. También había apostado en contra del Dow Jones, que llevaba todo el año cayendo en picado. Según los cálculos de Sedem, esta caída era previsible porque la economía norteamericana estaba demasiado cimentada en el endeudamiento y en meras ilusiones; las máquinas imprimían más y más dólares para inflar el mercado y que la inevitable crisis aguantase sin estallar hasta el final del mandato del presidente. ¡Vaya juego de azar!

Los doscientos mil euros que Duke había puesto a disposición de su hijo se habían convertido en catorce millones en menos de dieciocho meses. Su número de la suerte multiplicado por dos. Cuando desayunaban juntos, a las seis de la mañana, a veces Sedem le mostraba el extracto de la cuenta en que el capital inicial estaba invertido en una cartera conservadora. Sin embargo, si su padre le preguntaba a qué se dedicaba

exactamente, nunca le daba una respuesta. Además, en cuanto se enteró de que Duke espiaba sus datos, eliminó todas sus conexiones a Internet a través del servidor de la casa. Una empresa joven de Ljubljana se ocupó de la instalación de un servicio propio que Sedem financiaba por su cuenta sin gran esfuerzo.

—Transfiera cuatrocientos setenta mil a Sedem Seven Continents, por favor —fue la indicación que dio a su gestor personal del banco, con quien hablaba por teléfono dos veces al día. Luego, muy en contra de su costumbre, interrumpió bruscamente la conversación cuando vio el número que marcaba la pantalla de llamadas entrantes. Esperaba ansioso aquella llamada.

—¿Sedem? Soy yo, Pina —había dudado mucho si llamar a su salvador para darle las gracias. Aquel peculiar encuentro la había desconcertado muchísimo. El joven y su voz dulce le gustaban, y le impresionaban realmente la seguridad en sí mismo y la naturalidad con que trataba su minusvalía.

Sedem respondió con alegría:

—¿Cómo evoluciona su pie? El doctor Černik me dijo que ha tenido suerte y que el periostio está intacto. Y por lo visto le cosió la herida él mismo. Siete puntos. Mi número de la suerte. ¿Se da cuenta de lo bien que encaja todo? Ahora sólo nos queda esperar los resultados del análisis de la rabia.

—Me duele muchísimo —dijo Pina. Se asombró de que el médico hubiera sido tan poco discreto con sus datos, pero por otro lado tampoco le pareció raro que su salvador hubiera preguntado cómo se encontraba—. Sólo quería darle las gracias... por su ayuda... y por su amabilidad. Por favor, dígale también a su padre...

—De nada, no faltaría más. Me encantó conocerla. Aunque fuera en circunstancias realmente extrañas: yo, en una silla de montar de señora, usted con el talón ensangrentado... —Sedem rió—. Un hombre y una mujer que no pueden andar a lomos de una yegua blanca, como en un cuento.

—La verdad es que fue muy extraño... —la voz del joven animó a Pina.

—¿Cuándo va a venir a verme? No suelo tener mucha compañía aquí, en lo alto de la colina.

—No lo sé todavía —Pina, apurada, no sabía qué decir. Por otro lado, quería recuperar su bicicleta, que seguía en la villa de los Newman.

—Véngase a cenar hoy, mandaré un coche a recogerla. Nuestra cocinera preparará un delicioso asado con hierbas silvestres. No es un genio de la cocina, pero el cochinillo a la leña le sale mejor que a cualquier chef con muchas estrellas. Seguro que no come algo tan rico hace mucho —por su voz, el propio Sedem estaba entusiasmado con su idea—. ¿Qué dirección le indico al conductor?

—Es que estoy de baja...

Las palabras de Pina sonaron poco convincentes. Y el joven al teléfono no le dejó ni un segundo de tiempo para inventarse más excusas. ¿No le había contado el médico que su fuerza de voluntad en los negocios superaba incluso a la de un triunfador como su padre? Además, ella tampoco tenía nada mejor que hacer. Sus entrenamientos diarios

eran impensables con el pie herido, y el programa de televisión en su nuevo piso de la Via Lazzaretto Vecchio, adonde se había mudado tras cerrar el caso anterior, era igual de monótono que en el cuchitril de antes. Había pasado dos días machacando el mando a distancia, echando pestes de todos los canales que, bien no emitían más que basura, bien parecían haberse puesto de acuerdo para poner películas más o menos buenas todos al mismo tiempo. ¡Y luego esas interminables sartas de anuncios! El último invento era que podía comprarse absolutamente de todo en módicos plazos sin interés; por no hablar de la publicidad de prestamistas que, según prometían, ayudaban a cualquiera a vivir mejor mediante un microcrédito que no exigía ningún tipo de aval. Claro, de los intereses de usurero que recogía la letra pequeña no se mencionaba ni palabra. Era un síntoma de que la mitad de la población debía de estar con el agua al cuello. Aunque lo peor de todo era pensar en el contenido de su nevera... Bien podía competir con la programación de RAI Uno en lo menesteroso y desesperante: pizza congelada y un plato preparado con fecha de caducidad más que pasada. Un trozo de parmesano que requería martillo, dos limones mohosos y un pack de yogures para –supuestamente– bajar el colesterol. Y nada más. Pina aceptó la invitación. A las seis y media estaría esperando el coche en la Riva Nazario Sauro. ¿Pero qué podía llevar como regalo?

Antes de ir, sin embargo, tenía que hacer bastantes cosas. Laurenti, cosa rara, había ido a buscarla a su despacho en lugar de pedirle que acudiera ella al suyo. Cuando el comisario empezó a deshacerse en elogios por su diligencia y le pidió que le relatara el incidente con el can, Pina captó un ligero movimiento en la comisura de los labios de su jefe, señal de que se estaba divirtiendo. El comisario nunca había callado que cualquier deporte, excepto remar, le parecía una estupidez. Y eso que todo el mundo sabía que hacía dos años que no cogía un remo y que pronto se borraría del club local para ahorrarse la cuota de socio. Si corría como el que más sin perder el resuello cuando la misión lo requería era por su gran fuerza de voluntad y no tanto por su forma física, que mejoraba algo en verano porque nadaba en el mar a diario. En invierno, en cambio, la camisa se le tensaba peligrosamente sobre la barriga, que casi tapaba la hebilla del cinturón. Laurenti, que llevaba el cansancio grabado en el rostro, entregó a Pina el delgado dossier verde pidiéndole que procurase hallar algo de luz en la vida de aquel disecador de ardillas. Al menos en la medida en que pudiera resolver las cosas sin moverse de la mesa. Tras hacer unas pocas llamadas, Pina comprendió que así no averiguarían mucho. Informó al compañero que se encargaba de coordinar las patrullas móviles de que iba a recurrir a algunos de los coches que se hallaran por la zona.

Su primera visita fue para la madre de Marzio Manfredi, de quien, sin embargo, no pudo sacar más que un sollozo tras otro. ¿Cómo se podía llorar tanto a semejante sinvergüenza? El hijo sólo pasaba por su casa cada varias semanas para recoger el correo, le contó la mujer con la voz quebrada. En invierno también aprovechaba para darse un baño y siempre agradecía una comida caliente. Hacía años, una vez había ido ella a verle al Carso. En el mes de mayo, justo después del divorcio, la madre tuvo miedo de que el dolor le llevara a cometer algún disparate. No lo había encontrado en la

caravana, pero un campesino de la zona le había aconsejado buscar en la *osmizza* de Walter Pertot, en Aurisina. En efecto, allí estaba su hijo, en el patio, sentado tan a gusto frente a medio litro de vino y un plato de jamón crudo; a su lado, un polvoriento pastor alemán al que, de cuando en cuando, le echaba un pedazo. Un bicho asqueroso, siempre con la baba colgando. Eso era más o menos cuanto podía contar la mujer. ¿Y el caviar? Ella juraría que a su hijo no le gustaba comer esas cosas. Al margen de que el sueldo de mil doscientos euros netos de ningún modo podía alcanzarle. Con quién tenía trato era algo que la desconsolada madre no supo decir.

—Mi hijo, traficante... —musitó la mujer, mientras Pina se marchaba a la pata coja—. Marzio es un buen chico.

Pina subió al coche patrulla que, a los pocos minutos de llamarle, apareció dando botes sobre el vetusto y ruinoso empedrado de la Via della Cattedrale. En circunstancias normales habría tardado menos en llegar a la Piazza Hortis a pie y, sobre todo, no habría tenido que contar la estúpida historia del domingo anterior por enésima vez. Pronto lo sabría la ciudad entera. Sólo faltaba que el *Piccolo* publicase en primera página: «Inspectora bajita devorada de un mordisco por perro de pelea».

En la plaza ajardinada, la estatua de bronce de Italo Svevo que hay frente al edificio que alberga la Biblioteca Municipal y algunos museos llevaba un cigarrillo humeante entre los dedos. Algún gracioso habría decidido invitarle al «último cigarrillo» en honor a su más célebre obra. Algunos viandantes le hacían fotos con el móvil y reían la gracia. Pina, que en su día había tenido que estudiar *La conciencia de Zeno* para el examen final del bachillerato y, por esa misma razón, no sabía ni quería saber nada de la magnífica novela, entró cojeando en el edificio neoclásico y buscó —en vano— un ascensor. Tan sólo una imponente escalera conducía desde el vestíbulo de piedra gris, parcamente iluminado, hasta la Biblioteca Municipal, en la primera planta; dos más arriba, al Museo de Ciencias Naturales, del que había leído en el periódico que pronto sería trasladado a las afueras. Si, una vez allí, lo reabrían alguna vez era otra cuestión, pues se contaba con los medios para la mudanza, pero el gobierno de la ciudad aún no había aprobado el presupuesto para la recolocación de los fondos. Que los bichos disecados pasaran la posteridad, por así decirlo, entre ellos.

Escalón tras escalón, agarrándose a la barandilla de piedra para apoyar el pie izquierdo lo menos posible, Pina fue subiendo. Con todo, se estremecía de dolor a cada paso. Por fin se encontró frente a la puerta —cerrada— del museo y leyó en el cartel que cerraba al público a la una del mediodía. Sin saber qué hacer, recorrió los pasillos, fue cojeando de puerta en puerta, de un despacho vacío en otro, y por fin dio con una mujer sentada tras una mesa, de pésimo humor, con una tez tan gris como su cabello y como los muros de la escalera, y cuya edad le fue imposible adivinar. Leía el periódico al tiempo que masticaba un *tramezzino*.

Pina fue directa al grano:

—¿Es que Marzio Manfredi no trabaja por las tardes?

—No, por las mañanas no pega golpe y por las tardes no viene —la mujer ni siquiera se dignó mirarla.

—¿Cuál es su despacho?

—Cuatro puertas más allá —la mujer hizo un desganado gesto con la mano para señalar la dirección de la que hablaba—. Pero no hay nadie. Como de costumbre. Si es que deberían despedirle...

—¿Hay alguien más aquí?

—Es la hora de comer. Todo el mundo está comiendo —la mujer seguía sin hacer ademán de levantar la vista del periódico y, tan tranquila, se metió en la boca el resto del *tramezzino*.

—¿Hasta qué hora?

—Mire, ni con mi mejor intención sabría decirle si piensan volver.

Saltaba a la vista que eran un inseparable grupo de trabajo y que en términos de motivación no les ganaba nadie.

Pina sacó, por fin, su identificación del bolsillo y se la plantó delante de la nariz a aquel prodigo de la diligencia.

—Manfredi no va a volver —le dijo—. Está harto de la amabilidad de sus compañeras.

—¿Tiene usted alguna llave o he de echar la puerta abajo?

Cuando la mujer levantó la vista de una vez, Pina guardó el documento y agitó el bastón en el aire.

—¿Qué quiere decir con que no va a volver? ¿Por qué le busca?

—Se ha despedido.

—¿Qué?

—Sí, de este mundo.

—¿Cómo dice?

—¿Tiene llave o no?

La mujer rebuscó en el cajón de su mesa y, finalmente, sacó un manojo de llaves. De mala gana, se levantó y se adelantó a Pina.

—¿Qué quiere usted decir?

—Está en la mesa del forense, listo para que lo disequen a él, y se queja porque se le han quedado fríos las manos y los pies —soltó Pina cuando al fin le abrieron la puerta, con un largo chirrido como si también el precio del engrasante se hubiera triplicado de pronto.

—¿Muerto? —de pronto, el rostro de la mujer adquirió un poco de color—. ¿Qué ha pasado?

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—El viernes.

—¿A qué hora?

—Se fue de aquí a la hora de siempre, las cuatro y cuarto en punto. ¿Le ha pasado algo malo?

—Lo asesinaron —dijo Pina, examinando la habitación—. Con un bonito collar de alambre.

En el rincón, bajo una ventana que daba a la Piazza Hortis, había un escritorio; en medio de la habitación, un largo banco de trabajo en el que reinaba el desorden más

absoluto. En las paredes se veían placas de piedra con esqueletos de dinosaurios, aves disecadas sentadas en sus ramas y, en efecto, también dos ardillas. Había lagartijas en frascos de formol; en otro frasco, la ancha cabeza gris de una víbora coronaba el musculoso cuerpo enroscado. También vivía en aquel taller un oso pardo, erguido a dos patas como si fuera un hombre, pero lleno de polvo y con el pelo comido por las polillas. Debía de llevar allí desde que existía el museo... y siempre había sabido zafarse del aspirador del personal de limpieza. Pina se acercó al escritorio, mientras la empleada del museo la seguía con mirada estoica. En la pared había unas treinta fotografías de perros a las que la inspectora no prestó mayor atención, y también postales descoloridas de playas soleadas; sobre la mesa se apilaban las torres de papeles. Únicamente un par de calcetines de lana, bien juntitos y doblados, llamaba la atención.

La mujer gris seguía allí de pie como si tuviera raíces, como si también ella fuera una pieza del museo.

—Avíseme cuando termine para que pueda volver a cerrar —dijo pasado un rato, y Pina, que se había olvidado de ella por completo, se levantó de un salto para desplomarse sobre la silla del escritorio a causa del pinchazo que le dio el pie.

—Espere —dijo—, quiero hacerle algunas preguntas. ¿Cuánto tiempo llevaba Manfredi trabajando aquí?

La mujer gris se encogió de hombros.

—Mucho. Quince años por lo menos. Si lo quiere con más detalle tendrá que preguntar en la sección de personal.

—¿Siempre trabajó como taxidermista?

—Desde que recuerdo, sí.

—¿Le llamó la atención por algo últimamente? ¿Observó algo raro en su comportamiento, algún hábito inusual? Mayor nerviosismo, llamadas...

—Mire, un comportamiento raro tenía siempre, lo del nerviosismo era más bien él quien lo causaba a los demás...

—¿Con quién mantenía una relación estrecha?

—Que yo sepa, con nadie. Llegaba puntual por las mañanas, cerraba la puerta tras de sí, y por la tarde salía del edificio a las cuatro y cuarto en punto. Se pasaba el día ante su banco de trabajo, vaciaba los bichos malolientes que le enviaban y, en algún momento, te encontrabas con un ave sentada en una rama que cualquiera diría que iba a salir volando otra vez... Parecía gustarle su trabajo y también debía de hacerlo bien. Lo que no aguantaba era el estrés. Como alguien le metiera prisa para repasar alguna pieza de la exposición, echaba por la boca unos sapos que ni con mi mejor intención se los podría yo repetir... Bueno, basta con mirar ese oso. Resulta especialmente atractivo a las clases de los colegios, pero no había forma de que Marzio lo sacase de aquí. Llevará semanas el pobre bicho, los visitantes hasta preguntan por él. Ah, pero el señor se veía como un artista. Cada cosa tenía su debido momento. Luego sí, cuando se ponía con algo, le quedaba impecable. Pero, vamos, y se lo digo sinceramente, por lo general era mejor no tener mucho que ver con él. Quizá lo dé la profesión... Ser tan cinico, quiero decir. Sólo era amable con las viejas que le traían algún animalito que, según decían, se habían

encontrado. Un pajarito que se había chocado contra su ventana, una ardilla... O una culebra que había capturado alguien paseando por el Carso. La mayoría subía primero a ver a nuestro zoólogo, una planta más arriba... ése sí te soluciona lo que sea en un santiamén... , con la esperanza de haber hecho algún hallazgo especial que les haría salir en los periódicos. Pero ¿qué se va uno a encontrar aquí que no haya visto ya? Una vez, una mujer le trajo a su caniche para que se lo disecara, se le acababa de morir y era su única compañía. Fíjese que, después de que Marzio le dijo que no, ella tiró el cadáver a la basura en la plaza. ¿Más preguntas?

Pina meneó la cabeza, abrió otro cajón del escritorio y la mujer gris desapareció sin hacer ruido. Manfredi no parecía tener ningún criterio de organización especial. En los cajones reinaba un caos aún peor que el de Marietta, que al menos siempre tenía muy a mano el pintauñas. Aquí, en cambio, las pilas gastadas convivían con las nuevas, aún envueltas en plástico, con resguardos de la nómina que, efectivamente, no revelaban cantidades llamativas, notas manuscritas con una letra tosca, la mayoría de ellas: listas de cosas por comprar, unos cuantos billetes de las antiguas liras y multas de aparcamiento de un vehículo cuya matrícula se apresuró a indicar a Marietta para que hiciera las comprobaciones pertinentes. De todas formas, Marietta ya se estaba ocupando del directorio de nombres del teléfono móvil de Manfredi. Finalmente, Pina encontró un cuadernito lleno de números y abreviaturas, extrañas combinaciones de nombres, todos separados por guiones y de los cuales siempre había uno tachado... y al lado un número de cuatro cifras.

Pina metió los papeles y el cuadernito en una bolsa de plástico, aquello sí era trabajo para resolver en la oficina. Empezaría con los interrogatorios en cuanto la Dirección de Personal de los Museos Estatales le proporcionara una lista completa de los colaboradores de Manfredi, tal y como pensaba pedir a primera hora de la mañana siguiente. Un vistazo al reloj le bastaba para saber que esa tarde, en la administración pública ya no habría ningún funcionario trabajando. Al salir, le dio una palmada en la espalda al oso disecado y provocó tal nube de polvo que empezó a toser. Cuando ya abría la puerta para salir, se detuvo un instante y volvió la vista por encima del hombro. Algo no cuadraba con aquel Balú descolorido. Regresó junto a él a la pata coja y no le costó encontrar el punto que había golpeado. La mano estaba marcada en el pelaje polvoriento. Le dio otra palmada en la espalda, y de nuevo se levantó una enorme nube de polvo. Pina tanteó la zona. Mera intuición. Suponía que lo que mantenía erguido al animal era un armazón de madera tan carcomido como el exterior; sin embargo, el objeto duro que notaba era otra cosa. Además, se movía bajo la presión de la mano. Pina apoyó el bastón contra el oso y probó con las dos manos. De modo que Manfredi había comenzado a trabajar con aquella pieza hacía mucho... En la zona que correspondía a la articulación del cuello se veía una cicatriz en el pelo. Pina necesitó subirse a una silla para palpar el interior de madera del oso, y tuvo que introducir el brazo hasta pasado el bíceps para coger el misterioso objeto. ¡Acero frío! Todavía encima de la silla marcó el teléfono de Laurenti. Sonó mucho rato, lo intentó de nuevo y sólo consiguió oír el mensaje de la compañía telefónica: el número marcado no se encontraba disponible. ¡Qué cara iba a

poner el comisario!

—¿Qué, Laurenti, ya estás ante otro enigma que no sabes resolver o para qué me molestas?

Como de costumbre, la cordialidad de Galvano no tenía parangón. Llevaba años contando que tenía que darse prisa en terminar de redactar sus memorias, pero por el momento nadie había visto aún ni una sola línea de aquella maravilla del siglo. El anciano forense iba en el asiento del copiloto del coche de policía de Laurenti, que había pasado a recogerlos a él y a su perro en la Via Diaz.

—Pensé que un poco de aire fresco le sentaría bien a dos vejestorios como vosotros. Si no, os pasáis el día en casa junto a la estufa.

Una pequeña franja de sol amarillo se veía sobre el mar cuando subieron por la empinada Via Commerciale. Una luz amarillenta, difusa, casi del color del azufre, había impregnado la ciudad sobre el golfo durante todo el día, la monótona capa de nubes sólo dejaba pasar el sol como un suave resplandor.

—¡Si tú supieras! —protestó Galvano—. Clouseau me saca de la cama tempranísimo, y luego salimos dos veces al día, a comer y cenar. Yo ya no tengo edad de jugar a las cocinitas.

—La verdad es que también es más sano que no cocines tú.

—Pero, bueno, ¿adónde vamos?

—A la frontera, cerca del paso de Fernetti. A ver a un cliente.

—¿Qué cliente? ¿Es que no te han dado unos días libres para asistir a la ceremonia?

—Colega tuyo, taxidermista —rió Laurenti—. Necrófilo, igual que tú.

—¡Lo que hay que oír, Laurenti! ¿Tú sabes las manos de oro que hacen falta para recomponer un cadáver después de la autopsia y que los familiares, el día del entierro, no se desmayen sino que guarden en su memoria una dulce imagen del difunto? Difunto gracias a todos ellos, claro —protestó Galvano, y si Laurenti no le hubiera cortado habría iniciado uno de sus típicos discursos interminables sobre la complejidad de la medicina forense y sus avances en el curso de las últimas cinco décadas.

—¿Acaso no es verdad que una vez le pusiste a uno un bigotillo tipo Hitler, cuando jamás había llevado bigote en vida? Y, en lo que respecta a nuestra excursión, que sepas que luego tomamos un aperitivo en el bar Vatta de Opicina. ¿No te habrás vuelto abstemio?

Laurenti adelantó al tranvía al pasar por el obelisco y rezó porque el hecho de pasar por allí no diera pie al anciano a hacer todo un panegírico de su intervención en el último caso espectacular que habían resuelto juntos. Pero, al parecer, la propuesta del aperitivo ya había entusiasmado lo bastante a Galvano.

—Sí que tienen buenos vinos. ¿Pero no les habían desvalijado el local hace poco? —se informó.

—Eso fue a principios de julio, una noche entre las tres y las cuatro. Se llevaron la caja del día y las monedas de las tragaperras.

—Sería alguna de esas bandas que vienen de los Balcanes, dan el golpe y desaparecen al

otro lado de la frontera demasiado deprisa como para que lleguéis a cazarlos.

—Bobadas, Galvano, son gente de aquí. Siempre que pasa algo, la prensa dice que se sospecha de una banda de eslavos, así en abstracto. No hay que creerse ni la mitad. Cualquiera diría que aún estamos en la Segunda Guerra Mundial. También los países del este de Europa tienen nombres exactos. Dentro de poco van a abrirse por fin todas las fronteras... Todas menos las que tiene la gente en la cabeza, y luego algunos periodistas siguen recurriendo a los clichés más tontos con el único fin de vender unos cuantos periódicos más. La xenofobia como estrategia de marketing.

—Qué me vas a contar tú a mí. Yo viví los años que siguieron a la guerra, ahí ni tus padres eran novios como quien dice. El racismo es la idiotez más grande de todas las idioteces, de la estupidez y la ignorancia no tiene la exclusiva ninguna etnia. Yo soy italo-americano. En la guerra estaba contra los nazis, contra los fascistas italianos, los colaboradores eslovenos y croatas, y luego también contra los comunistas que pretendían incorporar Trieste a sus territorios. Incluso cuando prácticamente había cesado el fuego. Ahora, si insistes, te hago la lista completa. Sé muy bien de lo que hablo. No obstante, insisto en que los que desvalijaron el bar Vatta venían del otro lado de la frontera. ¿Quién no va echar el anzuelo en el extranjero cuando en tres minutos vuelve a estar en su casa?

—¿Y quién te dice que no fue el vecino, el de la casa que hay junto al local? Alguna vez los pillaremos y veremos quién tenía razón.

—¿Vosotros les vais a pillar? —metió cizaña Galvano—. ¡Será cuando renueven el personal de la *questura*! —no les había perdonado que, si bien bastantes años después de la edad de jubilación, le obligaran a jubilarse y le prohibieran por decreto poner el pie en las salas del Instituto Anatómico Forense. Su depósito de cadáveres era parte esencial de su vida.

—Por el momento, siempre hemos pillado a todos. Es cuestión de tiempo... Por cierto, ¿cómo vas con las memorias? —preguntó Laurenti—. ¿Cuántos centenares de páginas llevas ya?

Galvano ofreció un gruñido seco por toda respuesta, no lograba pasar del año 1945. De las historias de la guerra y los años del protectorado, del «Territorio Libero de Trieste», en los que el joven patólogo había trabajado para los Aliados y luego había decidido quedarse en la ciudad cuando éstos se retiraron. Cuando el mundo volvió a la normalidad poco a poco, tuvo que resultar traumático para toda una generación de hombres que no habían conocido otra cosa que la guerra.

En el paso fronterizo de Ferretti —pues hasta la apertura de la frontera aún tenía que cumplir su función tres días más—, Laurenti se saltó la cola de vehículos y paró directamente frente a la caseta de los guardas. Pidió que le indicaran el camino y, poco después, su coche se adentraba traqueteando por un camino de grava que las ramas de los arbustos, de hojas rojo fuego, estrechaban cada vez más. Aquel año no terminaba de llegar el verdadero frío invernal. Unas cuantas curvas más adelante pararon frente a una verja ladeada que se enganchaba en las bisagras de un poste de madera carcomida. Profundas rodadas de neumáticos conducían a través de un prado, cuya hierba reseca y azotada por el invierno no se había cortado en años, y luego bajando a una dolina, hasta

una caravana de color beige sucio con cortinas cochambrosas. Al lado, inclinado por el viento, había un poste de antena de unos quince metros de altura con una parabólica. Y, por último, para completar aquella estampa tan idílica, había un pastor alemán cuya correa estaba sujetada a una cuerda tensada en triángulo entre la improvisada vivienda y dos árboles. Intentó atacarles cuando bajaron del coche. El perro estaba nervioso, corría de un lado para otro del triángulo. Echaba la cabeza hacia atrás y aullaba más que ladraba. Era un animal viejo, cojeaba y no le brillaba el pelo.

—Tiene un problema de cadera —diagnosticó Galvano de inmediato y ató a su perro negro, que había saltado del asiento de atrás del coche—. Y le ha afectado la soledad. Se ve a la legua. Por aquí no viene nadie hace tiempo.

—Su amo fue asesinado la noche pasada. ¿Cuánto tiempo se puede dejar solo a un perro sin que se vuelva loco?

—¿Conque asesinado? Claro, por eso me necesitabas. A ver, este perro lleva solo más de un día, eso está clarísimo. Si sujetas a Clouseau, le pongo remedio —dijo Galvano y entregó su correa a Laurenti.

Sacó de su bolsillo dos galletas para perros que al parecer siempre llevaba encima y, sin dejar de hablar con su profunda voz de bajo, fue acercándose al perro. El animal lo miraba con desconfianza. Cuando estuvo a tres metros de distancia, el anciano se agachó y le lanzó una galleta que el perro engulló de dos sonoros mordiscos sin apenas oliquearla antes.

—Así que tienes hambre... —dijo Galvano y le tendió la segunda galleta. Le hablaba todo el tiempo y luego, sin mirarle a los ojos, pasó junto a él, soltó la correa de la cuerda, fue tranquilamente hasta un árbol que había mucho más allá, ató el extremo de la correa allí y fue acortando la distancia hasta que el perro se encontró a su lado y se dejó acariciar—. Llama al albergue —dijo a Laurenti—. No hace nada, no es un perro guardián. Que vengan a recogerlo, necesita cuidados.

El móvil del comisario volvió a tener cobertura cuando subió hasta el borde de la dolina. En aquella especie de grandes cráteres típicos del Carso se estaba a salvo del viento pero no siempre llegaban las ondas de telefonía. Los encargados de la protectora de animales a los que describió el camino confirmaron que acudirían de inmediato. Despues bajó de nuevo hasta donde Galvano, que entretanto había trabado amistad con el pastor alemán.

—Por mí me lo quedaba —dijo el forense jubilado—, pero me temo que mi otro amigo peludo tendría celos.

Laurenti se puso unos guantes de látex y, asqueado, recorrió con la mirada el interior de la caravana, que había abierto con las llaves que el cadáver llevaba en el bolsillo del abrigo. ¿Cómo se podía vivir en una pocilga como aquélla? Había un colchón atravesado con un saco de dormir pringoso; junto a la ventana, una bandera roída por las polillas: Forza Nuova, la extrema derecha. También en Trieste había idiotas de cabeza rapada que pretendían atraer la atención con aquel grupo. En un rincón había un televisor del que salía un cable hasta el exterior de la caravana y, en un hornillo de gas abollado, una

cazuela con restos de comida que empezaban a criar moho. Todo olía a podrido. En las paredes había fotos pegadas, onduladas por la humedad: perros con las orejas cortadas y cicatrices en el cuello y la cabeza. ¡Qué curioso ese amor por unos bichos tan feos – pensó Laurenti–, y mira que te encuentras esas criaturas mutiladas por todas partes! Uno como éso le había hincado los dientes en el talón a Pina. Ideología de extrema derecha, perros de pelea de los más agresivos, suciedad... una combinación explosiva. Laurenti no se extrañó de que en aquel gabinete de los horrores también colgara un cartel con el título «Istria libera, Dalmazia nostra». Sobre la mesa de comer había aún un plato con restos de pasta, delante de un busto de Musolini al que se le desconchaba el barniz. El tenedor estaba encima de una funda de plástico con documentos. Al lado, cuatro botellas de dos litros, llenas de vino y sin etiqueta. Laurenti metió los documentos en una bolsa de plástico, sin duda no era el momento de examinarlos. Quería salir de aquel agujero cuanto antes. Ya se ocuparían los compañeros de la policía científica. Estaban acostumbrados a hurgar entre la sangre y los excrementos. ¡Qué gente tan rara, la que elegía una profesión así! Eso sí, el caso de Galvano no era muy distinto.

Todo lo que encontró el comisario en los bolsillos de las contadas prendas de ropa que había en el armario fue un billete de cinco euros. No dejaba de ser raro que un funcionario del museo municipal y traficante de caviar en sus ratos libres no sintiera necesidad alguna de vivir en un lugar más decente. ¿Qué tipo de hombre habría sido? ¿Acaso aquella pociña proporcionaba alguna pista de las circunstancias en que lo habían asesinado? Laurenti cerró la puerta de la caravana, escondió el llavero detrás de una rueda pinchada para que la policía científica pudiera abrir después y dio la vuelta alrededor del vehículo. Al lado había botellas vacías y llenas, el cable del televisor atravesaba el campo hasta un poste de electricidad al que, sin duda, Manfredi tampoco estaba enganchado legalmente. Tal y como Marietta había descrito, un sendero abierto en la hierba a fuerza de pasar por el mismo sitio conducía hasta un hoyo pestilente con un armazón de madera clavado encima a modo de rústico retrete. Muerto de asco, Laurenti volvió junto a Galvano, que ya hablaba con la gente del albergue que venía a recoger al perro.

El comisario aparcó delante del bar Vatta, como de costumbre: justo donde estaba prohibido aparcar. Le gustaba volver allí siempre que tenía ocasión, pues junto al Gran Malabar del centro de la ciudad era uno de los pocos locales en los que siempre tenían una buena provisión de las mejores bodegas del Carso, de uno y otro lado de la frontera. Cuando uno había sucumbido a aquellos vinos de tan particular carácter, tan naturales, con un componente mineral tan fuerte, era difícil que volviera a entusiasmarle ningún otro. Laurenti ansiaba desprenderse del repugnante olor de la caravana y corrió a los aseos a lavarse las manos a conciencia. Al regresar, Galvano ya estaba sentado detrás de dos copas de Vitovska de los hermanos Vodopivec, quienes gracias a las ánforas georgianas en que producían el vino hacían de él un verdadero elixir mágico.

–La moderación es una virtud –farfulló Laurenti al brindar–, claro que no entra en tu vocabulario.

—Para empezar, pagas tú. Y, segundo, esto es lo mejor que uno puede encontrar —bromeó Galvano—. Venga, venga, saca esos papeles de la bolsa. No finjas que no te interesan. ¿Para qué hemos venido hasta aquí si no?

Laurenti sacó un par de guantes de látex del bolsillo del abrigo y se los puso. Dos hombres que estaban en la barra y ya iban por la segunda botella de Billecart-Salmon Réserve, lo miraron con guasa y empezaron a hacer chistes. Laurenti los conocía bien. El uno, de unos cuarenta años y con notorio sobrepeso, tenía un lucrativo negocio de estufas cerámicas. Como revelaba el perímetro de su barriga, la cosa marchaba viento en popa. El otro, de sospechoso buen humor, se ganaba la vida comerciando con máquinas de tejer calcetines que después colocaba en los mercados del este. A juzgar por las botellas que pedían, los dos ganaban dinero a espaldas. En la barra estaban, además, los dos hermanos del Val Rosandra, cuyo fino aceite de oliva acababa de ser elegido por el jurado de la International Olive Oil Academy como el mejor del mundo entero. Si eso no era motivo de celebración... Entre ellos habían acogido también a un escritor que no era menos que ellos a la hora de empinar el codo y sobre cuyos libros solía despoticar el comisario. Siempre había alguien que le regalaba la última novela policiaca de aquel tipo para que viese lo que de verdad tenía que hacer.

—El comisario es un sibarita —comentó el de las estufas—, se pone guantes de látex para catar el vino, para no oler otra cosa.

—Cuando uno ve lo que consumen esos tipos, alberga nuevas esperanzas en la economía de la región —gruñó Galvano—. Lo único que ya no sube son las pensiones.

Un grueso sobre salió de entre los papeles que Laurenti extendió sobre la mesa. Se inclinó hacia Galvano de manera que los borrachines de la barra no pudieran ver el contenido, aunque él ya lo había adivinado al tacto. Contó con rapidez y emitió un suave silbido.

—Veinte billetes de quinientos. Diez mil euros —susurró Laurenti—. Y fotos.

Las fue sujetando en alto ante la nariz de Galvano. Un hombre alto de pelo cano, poco mayor que Laurenti —«un caballero», en cambio—, de aspecto atlético, muy atildado, fotografiado en distintas situaciones. Dos de las fotografías estaban claramente hechas sobre imágenes del periódico, tres mostraban al hombre ante el mostrador de facturación de un aeropuerto y otra saliendo de una limusina azul marino frente a un moderno edificio de oficinas; dos parecían tomadas a través de una ventana. Si veían bien, el hombre llevaba guantes en todas las fotos. Galvano meneó la cabeza cuando Laurenti le preguntó si lo conocía. Luego, el comisario sacó un papel del montón en el que sólo se leía, en letras de imprenta: «22 de diciembre». Debajo, un sello redondo con la inscripción «Istria libera, Dalmazia nostra — Istria nezauzet, Dalmacija je nasa» y un puño en alto.

—Veintidós de diciembre a las tres y media... ¿Sabes lo que significa eso? —exclamó Laurenti exaltado, poniéndole el papel delante de la cara a Galvano.

El anciano ni siquiera respondió.

—Eso es pasado mañana. ¡Ay, Galvano: pasado mañana! Justo a esa hora comienza la ceremonia oficial en el paso de Rabuise por la que me he pasado las últimas semanas

viajando como un derviche. Y está claro que el impresentable de la caravana no era uno de los invitados.

—¿Y bien? ¿Estás pensando en un atentado? ¿Qué idiotez de sello es ése, por cierto?

—Parece el logotipo de un nuevo movimiento de ex refugiados de Yugoslavia, como siempre esperan que se les devuelvan sus tierras...

—Entonces no sería un puño sino una mano extendida en alto, y la consigna no estaría en croata. Rechazan el bilingüismo más que ninguna otra cosa.

—¿Y si el hombre de los guantes grises sí estuviera invitado al acto oficial?

—Basta con repasar las listas de confirmación de asistencia.

—Pero, hombre, ahí no hay fotos. Habría que comprobar a casi ochocientas personas, una por una. Sólo espero que tenga las manos sucias y salga en nuestros ficheros —Laurenti hizo una seña al camarero y pidió dos vinos más. Arrugó la frente y se quedó mirando el sobre. Era un hallazgo con el que no había contado. Marietta iba a tener mucho trabajo, ya podía olvidarse de sus compras de Navidad. Devolvió el sobre a la bolsa de plástico y sacó el móvil para llamar al jefe de la brigada criminalista que estaba examinando la caravana—. Alfieri —dijo el comisario—, puede que encontréis algún arma. Avísame enseguida si es el caso.

Después comenzó a examinar el resto de papeles. Marzio Manfredi tenía una letra de niño muy fácil de leer. Casi todo eran palabras sueltas, frases a medias, nombres y lugares con fechas incompletas, a menudo sólo el día y la hora. Algunos números de teléfono. Descifrar aquello también supondría bastante trabajo, si es que llegaban a encontrarle algún sentido. La vida de otro sólo se comprende en profundidad cuando se conocen sus motivaciones. De aquel tipo, aparte de sus datos personales, sólo sabían que viajaba con un maletón lleno de caviar y que tenía al menos un enemigo acérrimo: el que lo había enviado al otro barrio con un lazo de alambre.

—Laurenti, ¿sigues ahí? —preguntó Galvano en voz demasiado alta para hacer reaccionar al comisario, absorto en sus pensamientos—. ¿Qué se te está pasando por la cabeza?

—Discúlpame, por favor —dijo Laurenti distraído—. Es que tiene narices encontrarme una cosa así a tan pocos días de las Navidades.

—Ese sello es muy raro, Laurenti. «Istria libre, Dalmacia es nuestra»... Por un lado suena a la extrema derecha habitual, pero nunca había oído nada de este movimiento. Hubiera calado a la prensa de inmediato. Además, me cuesta creer que este tipo de gente se resistiera a llenar los muros de pintadas con sus consignas. Y si de verdad es una nueva conjuración, nuestros compañeros croatas podrán darnos alguna información. Llámalo. Será porque no tienes buenos contactos... ¡La guapa fiscal de Pula! Pero por lo que parece ya no es tu gran amor, ¿o me equivoco? —se regodeó Galvano sin disimulo.

—¿Živa Ravno? —preguntó Laurenti ensimismado. Durante cuatro años había mantenido una relación con la fiscal de Pula, a cien kilómetros de Trieste. Hasta que ella, quince años más joven, un buen día le había dado pasaporte, sin más. Desde entonces habían pasado dieciocho meses pero el corazón del comisario aún sentía un agujonazo cuando pensaba en ella—. Tienes razón, si hay algo lo sabrá.

—¡Qué más quieres! Por fin tienes un nuevo motivo para llamarla —quiso picarle Galvano.

Laurenti ni siquiera se dignó pestañear ante el comentario. Nunca le había contado nada a nadie de aquella aventura y, sin embargo, todo su entorno se moría de ganas de hablar del tema. La única que jamás había abierto la boca era Laura. O realmente no le había llegado nunca ningún rumor, lo cual era difícil de imaginar porque la mujer del comisario tenía todo un enjambre de buenas amigas preocupadas por ella, o estaba tan segura de Laurenti que no creía necesario armar ningún escándalo.

—Por cierto, ¿qué planes tienes para las Navidades? —preguntó para distraer a Galvano de aquel tema tan espinoso.

—Tengo que avanzar con mis memorias. Las interrupciones minan la concentración. El favor que te he hecho al acompañarte hasta aquí ya ha supuesto un gran sacrificio... aunque no lo aprecies como tal.

—¿Qué te parecería venir a casa? En Nochebuena, quizá. O en Navidad a comer. Piénsatelo —Laurenti pidió la cuenta y pagó—. Estarán los chicos y les hará mucha ilusión verte.

—A ver, a ver, más despacio —replicó Galvano en un tono que Laurenti conocía muy bien. Cuando desconfiaba y tomaba aire para una de sus peroratas, el timbre de voz del anciano se aclaraba y su melodía adquiría una agudeza especial—. Esto puede significar dos cosas. Una: necesitas refuerzos porque no quieres pasarte tres días tú solo con todo el clan. ¿No viene también tu madre de San Daniele y una de las hermanas de Laura? Marco y tú seréis los únicos hombres contra seis féminas.

—¿Y dos? —preguntó Laurenti con guasa. Desde hacía semanas le ilusionaba que volviera a reunirse la familia al completo. Sin prisas ni agobios, sin grandes obligaciones que lo distrajeran. Y conocía bien a Galvano. El viejo era sencillamente incapaz de mostrar agradecimiento por la invitación.

—¿Dos qué?

—Has dicho que pueden ser dos cosas.

—Pues dos —y el tono del forense se hizo aún más cortante—: necesitas mi ayuda en este caso e intentas llevarme al huerto con esa invitación de apariencia inocente.

Ya era de noche cuando Dean regresó de su visita a Boris Mervec, que vivía en Portschach, a orillas del Worthersee, en un apartamento dentro de la villa de un ruso con el que hacía negocios. Hasta que pudiera emprender medidas legales contra la orden de extradición de los croatas, tenía que permanecer en Austria. Dean estaba de pésimo humor. Para su desasosiego, la buena relación que hasta entonces tenía con Mervec se había echado a perder por culpa de una terrible discusión. Nada más llegar al apartamento de Mervec, a Dean le había caído un verdadero alud de reproches cuando, para colmo, no era culpa suya en absoluto que ya no se pudiera contar con Manfredi. Al fin y al cabo, él no le había matado. Ciento era que en ocasiones encargaba algún trabajo sucio al taxidermista, gracias al cual éste saldaba sus deudas de juego, pues siempre estaba de deudas hasta las orejas. Ahora bien, cualquiera sabía si también trabajaba para

otra gente. Mervec, sin embargo, había sacado sus propias conclusiones y ni los argumentos más sólidos habían logrado convencerle, con lo cual había amenazado a Dean con sacar sus negocios a la luz. Y esos negocios precisamente eran para él un motivo de preocupación aún mayor.

En la puerta de su casa encontró uno de los paquetes que, desde principios del verano, recibía con regularidad. Cien carteles del movimiento «Istria libera, Dalmazia nostra», tamaño DIN A3. Como de costumbre, eran de un estilo similar al de los típicos carteles de busca y captura de las películas del Oeste; llevaban el lema: «Mejor muerto que vivo» al pie de una foto y, a su vez, un texto de diez líneas debajo que profetizaba el fin del mundo en términos altisonantes:

Las fronteras entre la política, la economía y el crimen organizado han desaparecido. Mediante viles intrigas se han adueñado de las costas de Istria y Dalmacia oscurantistas de las altas finanzas europeas confabulados con ex agentes de los servicios secretos de la antigua Yugoslavia. La población, como sucediera antaño con los habitantes de Uskoke, se ve empujada hacia el interior; políticos comprados aprueban los permisos de edificación. Antiguos traficantes de armas, los que burlaron el embargo de Naciones Unidas ante los propios ojos de los servicios secretos, son hoy miembros de una respetable sociedad y se reparten el país entre ellos. La colaboración entre criminales de Croacia, Italia, Austria y Alemania está poniendo en peligro a toda Europa. Los medios guardan silencio, los órganos de control han fracasado. Hasta que no se haya vendido entera no permitirán a Croacia ingresar en la Unión Europea. Compatriotas, romped vuestro silencio de una vez.

Dean sólo dedicó una mirada fugaz a los carteles, para él no eran más que disparates. Por su propio pasado profesional en ciertas esferas oscuras suponía de quién se hablaba, pero no le parecía que hubiera nada reprobable en las ocupaciones actuales de toda aquella gente. No explotar bien el magnífico paisaje de la costa croata sería un verdadero desperdicio; además, el turismo era una de las principales fuentes de ingresos en el Adriático. Cada año llegaban tres veces más turistas que habitantes tenía el país. Dean abrió el sobrecito que había encima del paquete y contó rápidamente los billetes que había dentro. Tres mil euros. ¿Y ahora qué? Mervec le había exigido que cambiara aquellos carteles como a él le convenía. Eso le llevaría horas. Al final, aún podría ganarse la vida de grafista. Hasta que no estuvieran listos no podría pasarse los carteles a un amigo que se encargaría de pegarlos por toda la península de Istria. Por un tercio del dinero del sobre.

Dean encendió el televisor y buscó el canal regional de Trieste. La primera noticia del informativo de la noche fue la inminente apertura de la frontera. El ufano alcalde de Trieste anunció que acudiría también a la celebración popular convocada en el paso de Fernetti, mientras que los representantes de la Alleanza Nazionale, conscientes de la fuerza simbólica de sus actos, se dejaban ver en la Asociación de Exiliados y mostraban su indiferencia al ingreso de Eslovenia en el espacio Schengen. La visita de Berlusconi a la región se había pospuesto al año siguiente, las exportaciones de la industria triestina también revelarían un claro incremento en 2007, sobre todo en el sector de los alimentos. Sin embargo, las cifras del consumo durante el período navideño habían caído de forma drástica; en comparación con el año anterior, el bolsillo de los ciudadanos se resentía de

la importante subida de precios de los alimentos, la energía, la gasolina y las comisiones de los bancos. Luego, por fin dieron la noticia del misterioso asesinato del taxidermista Marzio Manfredi. Mostraron una fotografía suya, el lugar donde había sido arrojado desde el puente del ferrocarril y, por último, salió la madre hecha un mar de lágrimas, porfiando que su hijo era una bellísima persona que en su vida había hecho nada indebido. Fue después de abandonarlo su mujer cuando comenzó a tener dificultades. ¡Ay, las madres! Dean no pudo reprimir una carcajada. Cuando, al final del programa, comunicaron que Vladimir Putin había sido proclamado «hombre del año» por la revista *Time Magazine*, bajó el volumen del aparato y se puso manos a la obra con los carteles. ¿Dónde se había metido su contacto de Izola? Tenían que encontrar una manera de sacar de la caravana de Manfredi lo que les pertenecía; como fuera... y antes de que lo encontrara la policía. Eso era aún más importante que las órdenes de Mervec.

—¿Estás loco? ¡Para eso prefiero pasarme la Nochebuena trabajando en el restaurante! —bufó Marco en cuanto Laurenti comunicó que había invitado al horaño forense y a su perro a pasar la velada con ellos. Como todos los años, el Scabar abría durante las fiestas y hacía semanas que tenían reservada hasta la última mesa. A Marco le había costado mucho que, a pesar de todo, le dieran libre la Nochebuena, y se había ganado la ira de su jefa. Laura y Patrizia miraron al cabeza de familia como si hubiera contado un chiste guarro en la mesa.

—¿Estás mal de la cabeza o qué? ¡Aguantar a Galvano hasta en Navidad! ¡Desde luego, qué bien se te da aguar fiestas!

—A lo mejor rechaza la invitación. Eso sí, yo ya no puedo echarme atrás. Está completamente solo desde que murió su mujer. Sus hijos están en América y sólo se acuerdan de él para pensar en la herencia. Además, ha venido a casa todos los años pasados. No entiendo qué os ha dado de repente.

—Es que todos los años acabamos igual —dijo, conteniéndose, Patrizia, que por principio se ponía siempre de parte de su padre—. El viejo bebe más vino que todos nosotros juntos y luego remata con media botella de *grappa*. Ahí empiezan las anécdotas sobre sus hazañas durante la guerra, luego las historias de las fulanas, a quienes debemos el enriquecimiento de la ciudad en los tiempos de la administración de los Aliados, y al final retoma sus heroicas peripecias y no nos deja meter baza a ninguno... —se sirvió una segunda ración de la *zuppa inglese* que su abuela había preparado esa tarde, operación en la que, sin querer, había derramado la botella de ron—. Y como no le podemos interrumpir, los demás nos quedamos a su alrededor sin decir esta boca es mía. ¡Feliz Navidad!

—¿Cómo vais a dejar solo a un hombre de su edad? —protestó la madre de Laurenti—. Sé muy bien lo que es enviudar. Además, este año los árboles de Navidad están un cuarenta por ciento más caros que hace dos años. Culpa de los chinos y los árabes.

—¿Y qué tiene eso que ver con Galvano? —quiso saber Proteo, asombrado ante la lógica de su madre. Sobre todo porque ellos llevaban ocho años sin poner árbol de Navidad, pues lo que hacían era adornar la acacia del jardín con unas cuantas guirnaldas de luces

que luego no solían retirar hasta Semana Santa, cuando empezaban a brotar las hojas nuevas.

—Pues que, con lo caros que son los árboles, vale la pena que se siente en torno a él una persona más. En mis tiempos se habría dado por supuesto que vendría, ni se habría discutido siquiera. En mis tiempos, las familias eran una piña. Por mi parte, Proteo, opino que el doctor tiene que venir a casa sin falta. Vamos, sin duda alguna.

—A lo mejor la abuela consigue sacarlo a bailar —dijo Marco haciendo una mueca—. Una polca o un vals lento... ¿qué te gusta más? —por un lado, le costaba no echarse a reír en alto; por el otro, mientras hablaba la abuela Immacolata, Patrizia le había dado una terrible patada en la espinilla por debajo de la mesa.

—No entiendo qué tenéis todos contra Galvano —Laurenti recorrió todo el círculo familiar con la mirada—. Al fin y al cabo, vivimos en esta casa porque él nos la cambió por nuestro piso del centro. Es verdad que es un viejo egocéntrico, pero también es un amigo. Así que se acabó.

—Yo también opino que debe venir a casa —dijo Laura—. Así, vuestro padre no será el único en contar siempre las mismas batallitas.

—Pero bueno... —trató de objetar Laurenti, pero su madre le interrumpió de inmediato.

—Si os apetece puedo hacer comida típica de Salerno —ofreció radiante.

Todos la miraron intrigados. *Mozzarella in carrozza* o, a la napolitana, con limón y aceite de oliva, una *parmigiana* de berenjenas, *sartu di riso* —una especie de arroz a la cazuela con toda suerte de ingredientes—, alcachofas de Pestum, *pepata* de mejillones, *spaghetti alla puttanesca* o una gruesa *pasta fagioli* con laurel, pimienta, *peperoncino* y, de postre, una *pastiera* con flores de azahar... A todos se les hizo la boca agua.

—Yo te ayudo —exclamó Marco con la esperanza de aprender de su abuela alguna antigua receta con que después lucirse ante los compañeros del restaurante. Estaba en su último año de formación y pronto tendría el examen final—. ¿Qué propones? ¡Algo muy típico!

La anciana reflexionó unos instantes.

—Si no me equivoco, es uno de los platos preferidos de vuestro padre: bazo relleno de perejil, menta y *peperoncino*, a fuego lento con aceite de oliva y vinagre.

Proteo se mordió la lengua para no protestar indignado. Jamás le había gustado aquel plato, ya de niño se rebelaba literalmente cada vez que lo servían. ¿Cómo se le ocurría ahora a su madre que le daba una alegría al prepararlo?

—Ya coméis pescado muy a menudo. ¿Por qué no cenar algo distinto por una vez? *Frattaglie die bue*, por ejemplo: vísceras de buey estofadas... hígado, pulmón, corazón. Una delicia. Era el plato favorito de mi hermano. El año que viene se cumplen sesenta y cinco años de la liberación de la ciudad... y precisamente él tuvo que morir en el bombardeo de los Aliados... «Operación Avalanche» era el nombre en clave de la toma de Trieste. Duró desde junio hasta septiembre. Gigi acababa de cumplir quince años, cuatro menos que yo. Era el benjamín... las hermanas mayores lo teníamos muy mimado. Como te tienen a ti las tuyas, Marco.

—¿Mimado, yo? —protestó Marco arrugando la nariz—. Si tú supieras lo que es tener que

imponerte a dos hermanas mayores. Papá y yo estamos en minoría en esta casa. Menos mal que, desde que Patrizia y Livia se emanciparon, al menos se puede respirar con más libertad.

Su hermana le lanzó la servilleta a la cabeza y dio unos golpecitos en la mesa.

—¡Silencio! Al margen de que no me gustan las vísceras, aunque las prepare la abuela, y menos aún en Navidad, yo sí que tengo algo realmente importante que deciros. Aquí nunca se deja de hablar de la guerra, pero yo quiero hablar de una nueva vida... —dijo con patetismo.

Se hizo un silencio absoluto, sólo se oyó el ruido de los tenedores que cayeron sobre los platos.

—¿Qué? —preguntó Laurenti sin dar crédito a su hija, con la boca abierta y un pedazo de *zuppa inglese* aún sin tragar—. ¿Qué has dicho?

—Voy a tener un hijo.

—¡No! —exclamaron Proteo y Marco como un solo hombre, mientras que Laura y la abuela se sonreían. Ellas, naturalmente, lo sabían hacía tiempo.

Derivados

Puntual como un reloj suizo, una limusina de lujo con matrícula de la República de San Marino paró delante de Pina en la Riva Nazario Sauro. La inspectora se quedó boquiabierta cuando un hombre musculoso vestido con traje oscuro le abrió la puerta del Maserati Quattroporte color burdeos, invitándola a subir con una fórmula de cortesía. Se sintió todavía más pequeña cuando ocupó el asiento de cuero en tono marfil, cosido a mano, y admiró el carísimo interior de maderas nobles. La carroza atrajo las miradas de numerosos viandantes que poblaban las aceras, cargados con sus compras navideñas. Al parecer, aunque la subida de los precios afectase cada vez más a la mayoría de la población, alguna gente cada vez tenía más dinero.

Las pastas alimenticias y los lácteos costaban un tercio más que en los meses anteriores, el precio del combustible batía récords una semana tras otra, y se esperaba con horror la siguiente subida de las facturas del gas y la electricidad. Luego, los grandes bancos y aseguradoras anuncianan importantes subidas de las comisiones porque, por lo visto, era su única manera de evitar los despidos en masa. ¿Cuándo demonios empezarían a llamar a las cosas por su nombre al menos los periodistas, puesto que los fiscales parecían ciegos ante aquella realidad? No podía ser que todas las subidas de precios se produjeran al mismo tiempo y sin previo acuerdo. Pina comentaba a menudo con sus compañeros que, en el fondo, el concepto de «crimen organizado» también podía aplicarse a la economía de libre mercado. ¿No recordaba al modo de operar de las bandas aquella estrategia de que cinco grandes grupos energéticos, escudándose en la caída en picado del dólar, subieran sus tarifas de golpe pero luego no las bajaran cuando volvió a caer el precio del crudo? ¿Era casualidad? Sin embargo, en lugar de rebelarse, cada vez había más gente que admiraba a quienes eran capaces de acumular bienes y lujos aprovechando los márgenes de la legalidad y a costa del ciudadano medio, eso si no se las ingenian incluso para que confeccionasen leyes a su medida.

El robo de alimentos había aumentado terriblemente en el curso de los últimos meses; en Trieste había una banda que arrasaba los restaurantes de buffet libre, muy típicos para comer deprisa, bien y a buen precio, a menudo de pie. El verdadero drama eran, sin embargo, los pequeños delitos contra la propiedad que afectaban a los ahorros de los

jubilados. Ciento es que, desde hacía algunos años, no era raro ver a algunas personas mayores rebuscando en los cubos de basura, pero ahora la policía se encontraba, de pronto, frente a ancianas bien vestidas que habían intentado sisar cuatro productos baratos del supermercado. Ellas se morían de vergüenza; sin duda, les había costado mucho vencer sus propios escrúpulos antes de hacer algo así. Y nunca se trataba de los productos más caros. En las tiendas tampoco solían denunciarlas hasta que no las sorprendían repetidas veces. Las pobrecillas insistían, sobre todo, en que sus hijos no se enterasen bajo ningún concepto. Pina había leído en el *Piccolo* que el queso parmesano ocupaba el primer puesto en la lista de productos robados, el número dos correspondía al jamón crudo loncheado y envasado... y cada vez era más frecuente encontrar en los supermercados paquetes de pasta abiertos de los que se había extraído justo la ración para una persona. ¡Un puñado de pasta! Y eso que Trieste era la ciudad con el segundo mayor índice de ahorro por habitante y la renta per cápita más alta del noreste de Italia. El pequeño comercio se quejaba del fuerte descenso de las ventas; en cambio, el presidente de la Cámara de Comercio demostraba su capacidad de resolución defendiendo públicamente que la falta de demanda no era motivo para bajar los precios. ¡Ni que fuera licenciado en Harvard! Otro igual era el alcalde, que en una publicación sobre los intereses del puerto había confundido Rotterdam, competidor de Trieste, con Amsterdam... ¡Cualquiera diría que esnifaba salsa de rábano picante! Todo aquello era muy preocupante. ¿Cómo iban a garantizar el futuro de Trieste los tipos como aquél, cuando las consecuencias de la usura financiera ya afectaban sobre todo a la gente mayor y a las familias numerosas? También Pina estaba en fase de ahorro, su sueldo no le daba pie a grandes caprichos, aunque al menos era funcionaria. Y precisamente a ella venía a recogerla un chófer en un vehículo del que, a lo sumo, alcanzaría a pagar la rueda de repuesto... y a plazos.

En el paso fronterizo de Fernetti les hicieron una seña con la mano para que ni siquiera se detuvieran; después de todo, en dos días aquel puesto no existiría más que en el recuerdo. Un cuarto de hora más tarde, la limusina subía hacia Jakovce rugiendo por la estrecha carretera, hasta la villa en lo alto de la colina donde el doctor Černik le había prestado los primeros auxilios. Ahora se daba cuenta Pina de que la finca estaba provista de cámaras de seguridad por todas partes. La limusina atravesó el arco de entrada y se detuvo ante la puerta principal, junto a la que se extendía la gran cristalera de la fachada este del salón, cuya luz tamizada inundaba el patio. ¡Qué paz tan increíble emanaba aquella suntuosidad! Tan sólo una suave música de swing flotaba en el aire, la finca ofrecía un paisaje completamente despejado hasta donde alcanzaba la vista. Aquella noche se había aclarado el cielo porque una suave *bora* había barrido las nubes. Pina atisbó las luces de los suburbios de Trieste a lo lejos; por encima de ella, un cielo cuajado de estrellas.

El zumbido del motor de la silla de ruedas de Sedem la sacó de sus pensamientos. El joven parecía muy contento por la visita. Llevaba una camisa blanca y una chaqueta de espiguilla sin abrochar.

—Buenas noches y bienvenida de corazón, Pina —dijo, y se irguió en la silla cuanto

pudo para darle dos besos—. ¿Cómo está su pie? ¡Qué bastón tan bonito!

Pina sonrió. Efectivamente, lo había comprado en una de las tiendas de antigüedades del antiguo gueto, justo detrás de la *questura*. ¿Quién habría sido su dueño y en cuántos lugares habría estado ya antes? A la empuñadura de plata le había sacado brillo ella misma.

—Venga conmigo —dijo Sedem—, tomemos un rápido aperitivo antes de la cena —se adelantó con la silla, todas las puertas se abrían automáticamente en cuanto se acercaba. En el salón, un agradable fuego ardía en la chimenea y sonaban los sensuales compases del «Creole Love Call» de Duke Ellington. A pesar de todo, Pina no se sentía a gusto consigo misma. Aquellos ambientes románticos de tan perfecta puesta en escena no auguraban nada bueno para alguien que en el bíceps izquierdo llevaba tatuado, en dos colores, un corazón tachado con la inscripción «Basta amore». Se vio reflejada en la cristalera y se avergonzó. Se había cambiado de ropa al volver del trabajo, pero en su armario no había vestidos bonitos. Pantalones y jerseys, en cambio, tenía muchos. Y había pasado largo rato pensando qué regalo llevar. ¿Una botella de vino tinto recomendada por Walter, el dueño del Malabar? ¿Un ramo de flores... para un hombre? ¿Un libro...? ¿Cuál, entonces? Sabía demasiado poco de su anfri-trión. Al final se había sentado a su escritorio y, con rápidos trazos, había dibujado y coloreado una caricatura de Sedem a lomos de su yegua lipizzana con la inspectora sentada en la grupa. «Mil gracias a mi salvador», había añadido al dibujo, que después había enrollado y atado con un lazo azul. Con los brazos a la espalda, todavía lo ocultaba de Sedem.

—Pero sentémonos. ¿Qué le parece un Negroni? A mí me gusta más que el Americano. Sin ginebra no me dice nada... —Sedem se desplazó hasta un mueble bar en el que empezó a preparar las bebidas.

Pina oyó el tintineo de los cubitos de hielo y vio cómo el joven trajinaba con las botellas de Campari, ginebra y vermut. Ella siguió de pie, como un pulpo en un garaje. ¿Por qué habría aceptado aquella invitación?

Cuando Sedem volvió a acercarse, llevaba una bandeja con las dos copas en la mano izquierda.

—Por favor, Pina, siéntase como en su casa. Mi padre me ha pedido que le dé muchos recuerdos. Por desgracia, no puede acompañarnos esta noche. Negocios.

Pina cogió su copa, brindó con Sedem y por fin le entregó el dibujo.

—Un pequeño detalle, de recuerdo... Lo siento, no sabía qué traer... —confesó con apuro. Dio dos buenos sorbos a la copa, y el efecto del alcohol la hizo sentirse mejor.

—¡Es magnífico! Mañana mismo lo mandaré enmarcar —parecía que a Sedem realmente le había gustado el regalo—. Muchas gracias. Espero tener otra ocasión de salvarla muy pronto, o mejor dicho: de salvarla una y otra vez. Así reuniré toda una colección. Si pudiera ponerme de pie, la abrazaría y la besaría ahora mismo —le tendió una mano a Pina pero, antes de que ella tuviera que decidir si acercarse o no, oyeron la voz de una anciana.

—Conque tienes visita... ¿Ésta es la chica con la que tan embelesado estás? —la mujer era muy mayor pero caminaba erguida y sin bastón y se paró a dos metros de Pina como

un general del ejército. Llevaba el cabello recién peinado.

—Ésta es Pina —las presentó Sedem—, y ésta es mi abuela Sonjamaria. No sabía que seguías levantada a estas horas, abuela. ¿Nos acompañas? La cena estará lista enseguida.

Pina, vergonzosa, saludó y se quedó quieta nada más avanzar un paso, pues la abuela no hizo ademán alguno de darle la mano.

—¿Qué hay de cena? —preguntó la abuela de Sedem. A pesar de su edad, la anciana era más alta que Pina y no le quitaba ojo de encima—. ¿Italiana?

Pina asintió con la cabeza.

—De primero, *jota*, y luego cochinillo asado —dijo Sedem—. Con tomillo silvestre.

—También podías haberle ofrecido oso. Seguro que la *signorina* no lo ha comido nunca —tenía una pronunciación muy particular. La gramática y el vocabulario correspondían al italiano de Trieste, pero tenía acento alemán; no se notaba en absoluto que su lengua materna fuera el esloveno, como le había contado el doctor Černik.

—¿Cenas con nosotros, pues? —Pido que añadan un cubierto para ti? —preguntó Sedem.

—No podré quedarme toda la velada —la abuela Sonjamaria miró la copa que Pina sostenía en la mano—. ¿Negroni? Es lo mejor que tienen los italianos. De acuerdo, Sedem, que me pongan cubierto. Y dile a María que no me llene demasiado el plato —y se alejó a pasitos.

—Cuando la abuela decide algo, los demás no tenemos más opción que plegarnos a sus deseos. No hay discusión que valga —dijo Sedem en voz baja.

Era evidente que la anciana llevaba los pantalones en aquella casa. Sedem retiró la copa de Pina y avanzó con su silla hacia una mesa para muchos comensales, puesta con exquisito gusto por los detalles, entre ellos un ramo de flores con una cala blanca en una de las cabeceras. La abuela ya había ocupado su sitio en el otro extremo y les miraba con gesto impaciente. Detrás de ella, en la pared, había un cuadro de Fernand Léger: un lienzo de gran formato titulado *Trabajadores en la fábrica*, uno de los preferidos de su padre, según dijo Sedem. Pina no necesitó que le indicasen dónde sentarse, frente a uno de los platos no había silla.

—Así que italiana... —repitió la abuela, rompiendo el tenso silencio—. ¿Y de qué parte del país?

El conductor del Maserati les sirvió —con guantes blancos— una botella de espumoso, no sin antes presentarle la etiqueta a Sedem, quien asintió con la cabeza.

—De Calabria —respondió Pina—. Costa dei Gelsomini.

—¡Italianos! Los odio. *Salute* —levantó su copa, miró fijamente a Pina y dio un pequeño sorbo.

A la fuerza, Pina le devolvió el brindis. Las palabras que la anciana le dedicaba en la mesa no eran precisamente las de una anfitriona calurosa. También Pina era consciente de que ciertas tensiones no cesaban por culpa de un puñado de opositores nacionalistas en cada correspondiente lado de la frontera. Sin embargo, desde que la apertura de la frontera era un tema zanjado todos parecían haber caído en una especie de euforia ante tanta armonía y apenas se escuchaban ya las consignas extremistas. Incluso las asociaciones de refugiados adoptaban posturas más moderadas, como si con la

ampliación de la Unión Europea les hubiesen robado sus argumentos. Su actual lema era: «Sí a la apertura de la frontera, no a la injusticia». Cualquiera se sentía dispuesto a firmarlo. Pina guardaba silencio en espera de lo que aún pudiera venírsele encima.

—No lo tome muy en serio, Pina —dijo Sedem—, la abuela no ha querido decir eso.

—Sólo quieres suavizar la situación, Sebastian, porque opinas que no es de recibo hablar así a una invitada. Pero claro que he querido decir eso. Los odio. ¡Italianos! Odio a los austriacos, a los alemanes, a los ingleses, eslovenos, americanos y también a los franceses. Los odio a todos —el rostro de la anciana permaneció impasible y su voz no se alteró nada a pesar de tanto odio. Y sin pestañear siquiera prosiguió—: ¿Cuántos años me echa, *signorina*?

—Setenta y cinco... —mintió Pina después de carraspear con apuro. Entró la cocinera con una sopa de *jota*, la sopa de col agria típica de la región. Primero sirvió a la abuela, que hizo un gesto con la mano para indicar que era suficiente casi antes de que el cazo llegase a su plato.

—Déjese de tonterías, soy demasiado vieja para cumplidos. Añádale veinte y habrá acertado. Cuando huí de los comunistas de Yugoslavia, ya tenía treinta y cuatro, imagine la cantidad de pasaportes que he tenido a lo largo de mi vida... —y comenzó a tomarse la sopa.

Sedem lanzó una mirada de apuro a Pina y no dijo nada. Pina no estaba segura de que la pregunta fuese realmente dirigida a ella, aunque hubiera sabido la edad de la abuela. Más bien era una pregunta retórica. La anciana era igual que el viejo Galvano, al que le gustaba jactarse de su avanzada edad y de todo lo que había vivido a lo largo de su vida. Así pues, también Pina cogió la cuchara. Al menos, la sopa era excelente.

—Fíjese, hasta el día de hoy son nueve —la abuela dejó caer sonoramente la cuchara, al parecer ya había terminado de comer—. Nací en este pueblo en 1912, *signorina*, bajo la monarquía de los Habsburgo. Después de la Primera Guerra Mundial, con seis años, se instauró el Reino de Italia, que no tardó en traernos el fascismo; en 1943, los nazis expidieron nuevos documentos y, en 1945, les añadieron su sello los partisanos de Tito... de los que yo huí a Trieste. Comunista no quería ser, lo tenía muy claro, y en Trieste estaban los aliados occidentales. Pero en 1954 también huí de Trieste, tenía cuarenta y dos años y el padre de Sedem, siete. Cuando se retiraron los Aliados, la ciudad resultaba asfixiante de tanta *italianità* como rebosaba. Me fui a Alemania y me casé en Bremen, que está muy al norte del país. Así pues, en algún momento obtuve un pasaporte alemán. Sin embargo, en los años setenta, cuando mi hijo Goran estaba en Estados Unidos y acababa de morir mi marido, después de una breve estancia en América, me volví aquí. Y aquí me dieron el pasaporte yugoslavo, y después de la proclamación de independencia también me dieron el esloveno y luego el de la Unión Europea. Créame, *signorina*, en todas partes he visto cosas que todo el mundo prefería ocultar bajo el tupido velo del silencio, y de hecho era mejor hacerlo. Porque, si no, nadie sería capaz de vivir con tanta vergüenza. ¿Cómo voy a sentir respeto por ninguna nación? ¡Sólo me faltaba eso! No siento más que desprecio ante todo eso de las «naciones». No lo tome como algo personal, *signorina*, pero es que estoy harta.

Con estas palabras, se levantó de la mesa, fue hasta Sedem a pasitos y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, Sebastian —esta vez sí le dio la mano a Pina y, antes de esfumarse sin hacer ruido, incluso pareció que un atisbo de sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Creo que le ha caído bien a mi abuela —dijo Sedem por fin y rellenó la copa de Pina—. No suele compartir sus ideas con la gente. La mayoría se queda perpleja y lo toma como una ofensa personal cuando ella dice lo que piensa.

—Ya me imagino —acertó a responder Pina, que aún no había ni comprendido ni digerido el embate—. Es raro oír tanto disparate nacionalista de una sola tirada.

—¿Es posible que no la haya entendido, Pina? —Sedem estaba tan divertido que hasta se frotó las manos—. Ha enumerado exactamente a quiénes odia: a los italianos, a los eslovenos, a los alemanes, los americanos, etc. Su madre era eslovena, su padre italiano, y entre sus antepasados hay suizos, griegos, serbios y judíos, entre otros muchos. Algo muy habitual en esta región. Una vez dijo de sí misma que era «racista universal» y a Duke siempre lo llama «*el souvenir*

americano». El padre de Duke era soldado de los Estados Unidos y, al contrario de lo que jura y perjura la abuela Sonjamaria, jamás tuvo ninguna intención de casarse con ella y no volvió a dar señales de vida una vez regresó a América en 1954. Más adelante, cuando Duke fue a estudiar a EE UU, lo buscó. Ése fue su gran golpe de suerte. Ciento es que la abuela se había casado con un comerciante adinerado en el norte de Alemania, gracias al cual había podido enviar a su hijo a los mejores colegios, pero su padre biológico poseía una verdadera fortuna y, sobre todo, los mejores contactos. Pero mejor hablemos de otra cosa. Me interesa mucho más saber dónde ha aprendido usted a dibujar tan bien. Es toda una artista.

La cocinera sirvió el asado, con una costra crujiente de tomillo silvestre y flores de hinojo ralladas. Y el chófer de guantes blancos descorchó una botella de Mora Riserva de los hermanos Klinec de Medana. Pina no entendía casi nada de vinos, pero al menos iba relajándose copa tras copa. Era la primera vez desde que estaba en Trieste que contaba cosas de sí misma más allá su trabajo.

—¿Y qué hay de ti? —quiso saber Pina. Después del asado, habían pasado a un trato más íntimo—. El doctor me contó que tienes seis hermanas mayores. ¿Dónde están? ¿Y tu madre?

Sedem la miró asombrado.

—Vaya con el secreto profesional... —dijo. Una sonrisa de misterio cruzó su rostro por un instante—. Se quedaron en América. No quieren saber nada de Europa. Mi padre tenía una visión del matrimonio más abierta de lo que mi madre estaba dispuesta a tolerar. Ella es de Seattle, donde volvió a instalarse después de la separación. Yo acababa de cumplir dos años. Las chicas se quedaron con ella y yo me vine con Duke. No tenemos prácticamente ningún contacto. Nos llamamos para felicitarnos la Navidad y el cumpleaños. Eso es todo. Ni siquiera conozco a mis abuelos americanos.

—¿Y a qué te dedicas el día entero?

—Es curioso —respondió Sedem—. Desde que tuve el accidente, a nadie se le ocurre que

yo también trabajo. Todos piensan que por no poder andar me paso el día mirando por la ventana.

Pina se avergonzó. No había querido decir eso. Sin embargo, Sedem no parecía ofendido en absoluto.

—Analizo y especulo. Mi padre puso a mi disposición cierto capital y con eso hago mis operaciones. «Deshazte de lo que te cause pérdidas, conserva lo que te haga ganar» es su lema, y hasta ahora se ha atenido a él con tanta firmeza como pocos escrúpulos. Y si alguien sabe cómo ganar mucho, realmente mucho dinero, es él. Los beneficios le interesan más que nada en este mundo. No siempre es fácil vivir junto a una persona así, sobre todo porque a mí me interesan cosas que para él son una pérdida de tiempo. Por así decirlo, yo tengo un concepto distinto de lo que son las ganancias y las pérdidas. El dinero es importante, pero no es un valor absoluto, sólo es una forma de pago. Todos estos cuadros, y te juro que valen millones, para él no son más que una especie de botín, no los ve como obras de arte.

Pina recorrió las paredes con la mirada y descubrió cada vez más obras que sólo conocía por reproducciones y que creía en museos públicos.

—Bueno, pues después de una fuerte discusión —prosiguió Sedem— conseguí llegar a un acuerdo que por fin me permitió actuar por mi cuenta. Y de vez en cuando le muestro el extracto bancario para que compruebe que su capital sigue ahí intacto. Con unos pocos intereses que, por cuestión de decencia, dejo en la cuenta. Aunque, para él, esas cantidades son mera calderilla. En qué se ha convertido en realidad su capital inicial no es asunto suyo.

Pina estaba atónita. Le hubiera gustado saber cuánto era, pero no tuvo el valor de preguntar.

—¿Y en qué inviertes? —preguntó vacilante.

Después del postre se habían instalado junto a la chimenea, y Sedem se había movido de la silla para sentarse a su lado en el sofá. Cambió de música con el mando a distancia.

—Franz Ferdinand —dijo, escuchando los primeros compases—. «The Fallen». Rock *indie*. «Indie» viene de *independence* —empezó a decir, pero cuando vio la cara de Pina, que sólo conocía al Franz Ferdinand que se da en clase de historia y cuyos gustos musicales apenas iban más allá del Festival de San Remo, cambió a la siguiente canción—. Ésta es un poco más suave. «Walk away». *I love the sound of you walking away...* ¿Qué me habías preguntado?

—¿En qué inviertes? ¿En música no será?

—¡Huy, no, por Dios! Yo hago mis inversiones en función del desarrollo general de los mercados de valores o de la coyuntura. Tiene su ciencia, no te creas. El desarrollo de empresas concretas no me interesa sino muy al margen. Es demasiado engoroso.

—¿Y con eso se puede ganar dinero? —para Pina, los mercados financieros eran un enigma.

—¿Has oído hablar de las crisis de los bancos en las noticias?

Pina asintió con la cabeza.

—Yo las vi venir. Y cualquiera con dos dedos de frente habría sabido preverlo también.

En el fondo, lo que pasa es que el mundo se endeuda cada vez más. Y de eso se pueden obtener grandes beneficios. Si necesitas que te asesoren, pregúntame.

—¿Y qué haces con el dinero? —Pina no necesitaba ningún asesor financiero. Bastante le costaba ya ahorrar un poco de su sueldo de policía cada final de mes, a pesar de que vivía modestamente y no solía salir casi nunca.

—Yo creo en la sostenibilidad.

—¿De qué? —Pina no lograba entender cómo la sostenibilidad podía producir intereses.

—La crisis de los alimentos y la subida de los precios de los productos básicos se deben únicamente y exclusivamente al mercado financiero —Sedem rellenó las copas de whisky de ambos—. Los *hedge funds* no tienen nada que ver con el cultivo real, especulan con futuras cosechas y sólo consiguen sus elevadas ganancias con esas subidas meteóricas de los precios. Utilizan todos los recursos posibles para que pase lo que a ellos les interesa, hasta aprovechan la desinformación por parte de los medios de comunicación, que no se hacen cargo del verdadero problema.

—¿Y cuál es el verdadero problema? —preguntó Pina, un tanto escéptica. Le costaba imaginar que Sedem estuviera en lo cierto. Pensaba que el problema venía de la subida del precio de la energía y de los largos períodos de sequía en África y Australia. Eso era al menos lo que había visto poco en un documental en la televisión, y también lo había leído así en la prensa.

—El mercado financiero tiene un problema enorme —continuó Sedem—. Por teléfono o por ordenador se pueden comprar o vender, en cuestión de segundos, acciones y opciones de productos cuyos procesos de producción requieren meses, además de las semanas de transporte. Eso no tiene nada que ver con las cosechas reales. A día de hoy se necesitan con urgencia regulaciones completamente distintas.

—Pero tampoco se puede controlar todo, Sedem —protestó Pina—. ¿Cómo te pones así por eso?

Durante un momento, la mirada de Sedem se ensombreció. ¿Acaso le había decepcionado Pina con su respuesta?

—Tengo hijos —dijo Sedem de manera inesperada—. Se trata de su futuro.

—¿Hijos? —Pina se llevó un susto tremendo. Los niños le gustaban tan poco como los perros. Y era evidente que Sedem había bebido demasiado.

—Tres chicos en el norte de Vietnam, tres niñas en la India. Luego, otro niño en Sri Lanka, uno en Camboya, tres niñas en Nigeria, Burkina Faso y Costa de Marfil respectivamente, y una pareja de gemelos en Porto Príncipe, en Haití.

—¿Trece hijos? —rió Pina y tuvo que sujetarse la barriga entre carcajadas. ¡Aquel chico sí que era original!

Sin embargo, Sedem enumeró los nombres y edades de todos, sabía a qué escuelas iban, qué notas sacaban y con qué materias tenían dificultades. A Pina le zumbaba la cabeza y notaba los efectos del alcohol pero, contra todas sus expectativas, también se sintió profundamente conmovida al darse cuenta de que él no bromeaba. Sedem era cinco años más joven que ella y hablaba de aquellos niños con un cariño que le llegaba al corazón. Un joven paralítico que no tenía ningún contacto con su madre y ni siquiera

conocía a parte de sus abuelos se dedicaba a adoptar niños de todo el mundo. Pina lo admiraba.

—Por eso especulo. Invierto parte de mis ganancias en sus escuelas, y cuando sean mayores les pagaré los estudios. Por otro lado, no olvidemos que media humanidad no sabe lo que comerá mañana. Muchos países sufren una amenaza de hambruna de alcance incalculable. La FAO habla de un fondo de ayuda inmediata de quinientos millones de dólares. Para las naciones industrializadas, es una minucia; sin embargo, se hacen las remolonas y se pasan semanas de reuniones y consejos. Luego, el banco mundial pondrá a disposición una parte irrisoria de esa suma, como si así estuviera resuelto el problema, cuando lo que sucede es que las carencias son cada vez mayores. ¿Lo entiendes?

Pina meneó la cabeza una vez más.

—Para poder alimentar a su propia población, algunos países como Vietnam se ven obligados a limitar los contingentes de exportación de arroz, que hasta ahora ha sido su principal fuente de ingresos. Los vietnamitas han sobrevivido a ciento cincuenta años de guerras y siempre han salido invictos. Pero lo que no se logró por la fuerza de las armas se va a lograr por la vía económica. El principal objetivo de inflar los precios en el mercado de las materias primas, no obstante, es otro: quien invierta ahora en grandes grupos alimentarios y posea las patentes de granos manipulados genéticamente será el vencedor final. El miedo a las hambrunas que tanto se fomenta, al final traerá consigo la aprobación de su consumo en todo el mundo. Eso casi raya en el crimen organizado.

Pina guiñó los ojos. Sedem parecía sentir cierta debilidad por las teorías conspirativas, aunque ella tampoco podía rechazar del todo sus afirmaciones. La propia Pina sabía muy bien que los peces realmente gordos del sindicato del crimen se las ingenian para quedar limpios, y que su gente ocupaba ahora altos cargos en el mundo de las finanzas o en los partidos políticos. Y sus hijos cursaban doctorados en Oxford, Harvard, Múnich o París, eran miembros de consejos asesores o de bufetes de abogados muy finos. Al fin y al cabo, había que seguir blanqueando los dineros que se acumulaban mediante el tráfico de drogas, de personas o de armamento, para después poder invertirlos en empresas legales. Y para eso se requerían contactos de fiar en los gremios más importantes. En las altas esferas del *clearing* bancario, los consejos directivos, los partidos y los gobiernos.

—Sólo hay una cosa que no entiendo —dijo Pina—. ¿Cómo es que estas cosas te acarrean discusiones con tu padre? ¿Es que él mismo no las ve?

—Ya hace mucho que no discutimos. Él no sabe lo que hago y yo no me preocupo de lo que hace él —con una sonrisa pícara, Sedem sacó un paquete de tabaco y, con la habilidad que confiere la práctica frecuente, lió un porro—. De música sí que podemos hablar durante horas. Ahí nunca surgen diferencias de opinión.

—¡Aún no ha venido al mundo un comisario al que le guste revolver en la mierda él mismo! —soltó Alfieri cuando Laurenti entró en su laboratorio. El director del laboratorio criminalístico hizo una mueca de asco—. Ten, mira lo que hemos sacado de la fosa séptica casera que tenía tu hombre —delante de él había un paquete del tamaño de un

ladrillo. Hasta un principiante habría deducido a primera vista que la masa blanca que se veía a través de las gruesas capas de plástico transparente no eran detergente en polvo—. La mercancía estaba metida en una bolsa de nylon y ésta, a su vez, envuelta en más bolsas de la compra corrientes. Todas las huellas son de Manfredi.

—¿No estás asqueado de este trabajo? —preguntó Laurenti. Nada más salir aquella mañana, había pasado por el laboratorio forense para informarse de primera mano.

—Del trabajo no, pero estoy hasta las narices de que se me quede pegado el olor a mierda, a veces no te lo quitas de encima con nada...

—¿Cuánto hay?

—Dos kilos. Y es de la mejor calidad. En el mercado llegaría a los doscientos mil.

—Estoy anonadado con los negocios que hacía el condenado taxidermista... Hace unos años, lo de las alondras, luego lo del caviar y ahora también coca.

—En cambio, vivía más que espartanamente.

—Sí, desde luego. Claro que ¿quién trafica hoy en día para sacar calderilla? ¿Hay algún indicio de la procedencia del material?

Alfieri señaló un montón de bolsas de plástico.

—Ni idea. Dos de las bolsas son de un supermercado de Isola d'Istria.

—Demasiado a salvo se sienten esos tipos... —dijo Laurenti—. ¿Hay alguna huella de los proveedores?

Alfieri negó con la cabeza.

—Ahí tuvieron más cuidado. Ahora bien, ni se te ocurra pedirnos que saquemos muestras de ADN de los excrementos de la fosa.

Durante los meses anteriores se había confirmado la sospecha de que la pequeña ciudad de Izola, en la costa eslovena, era un punto de reunión para los pequeños traficantes de todo tipo de drogas. Del mismo modo en que los triestinos cruzaban la frontera para comprar tabaco o echar gasolina, en la dirección contraria siempre detenían a alguien con una pequeña cantidad de marihuana o cocaína. Las autoridades de ambos países luchaban en un mismo bando, pero también se especulaba que algunos miembros de la propia policía eslovena estaban metidos en el negocio. En todo caso, restringir ese tráfico a pequeña escala habría sido una medida equivocada; por eso, la estrategia era tenerlo todo vigilado sin llamar la atención con la esperanza de llegar así hasta quienes movían los hilos. La pequeña localidad de pescadores de Izola ya había dado que hablar en la Edad Media, cuando estaba bajo el dominio de Venecia, porque sus habitantes habían hecho un cañón con el tronco de una higuera y apuntado a la vecina Pirano. Al disparar, se produjeron muchas muertes en su propio lado, pero se acuñó el dicho: «Si aquí se han producido estos daños, infinitamente peores serán los del otro lado». En aquellos tiempos había más asnos que habitantes en la ciudad.

Laurenti tendría que informar de aquel hallazgo a sus compañeros eslovenos. Tal vez sirviera para agilizar por fin todo aquel tema.

—¿Y los billetes? ¿Cómo vais con eso?

Laurenti cogió el móvil y marcó el número de la inspectora. Tenía que solicitar de inmediato un extracto de cuentas de todos los bancos, aunque en aquellos días previos a

las Navidades no les haría mucha gracia. Pero era esencial seguir todas las pistas posibles en torno al tal Manfredi. Laurenti dejó sonar el teléfono hasta que saltó el mensaje de que el número marcado no se encontraba disponible. ¿Dónde se habría metido Pina?

—De aquí a una hora también habremos terminado —dijo Alfieri—. Una cosa detrás de la otra.

—¿Y no encontrasteis armas?

—Tú tampoco te cansas nunca, ¿eh? —Alfieri meneó la cabeza y emitió un largo bostezo—. Llevo en el laboratorio desde las seis —quería liquidar todo el trabajo lo antes posible para poder terminar el turno el sábado, después del acto oficial, recoger directamente a su mujer, que lo esperaría con el equipaje y los equipos de esquiar, y marcharse de vacaciones a las montañas.

—Tómate una pizca de polvito blanco si ves que te falta energía —bromeó Laurenti, dándole unas palmadas en el hombro.

—La inspectora nos entregó una ayer.

—¿Ah, sí?

—Una pistola. La tienen en balística. Pero creo que no tiene nada que ver con esto.

—Mantenme al corriente. Voy con prisa.

—Anda, Laurenti, no me des más trabajo todavía —dijo Alfieri y de nuevo se volvió sobre sus notas—. Me voy a pasar las Navidades a Cortina.

—Ya se ve que estás forrado. Hazme caso y llévate los polvitos blancos por si te quedas corto de efectivo allá arriba. Te dará para pagar el aperitivo.

El sol de diciembre dibujaba marcadas sombras sobre el asfalto cuando Laurenti, sujetando el móvil con el hombro, giraba por el Corso Italia mientras hablaba con su ayudante. Miró por el retrovisor y, de pronto, vio una luz azul detrás de él. Se arrimó a la derecha para dejar pasar el coche patrulla de los *carabinieri* pero éste, en lugar de adelantarle, se paró directamente delante de él. Los dos agentes se apearon y se dirigieron hacia el comisario.

—Marietta —siguió diciendo Laurenti, que no tenía ninguna intención de interrumpir la conversación—, quiero que vigilen toda la zona donde estaba la caravana de Manfredi. Es imposible que ese tipo tuviera medios para financiar dos kilos de cocaína. Seguro que alguien quiere recoger esa mercancía. Que se den prisa los compañeros.

—Lo de Manfredi sale hoy en la primera página del diario.

—Pues ya sabes: quiero cámaras de vigilancia por todas partes. Insiste en que tienen que ser muy discretas, invisibles. Si no, no sirven para nada. Además vas a tener que recurrirme una multa.

El *carabiniere* ya estaba impaciente y daba golpecitos en la ventanilla cuando Laurenti colgó y bajó el cristal. Era el mismo agente siciliano que llevaba veinte años incordiando en Trieste y alrededores y que siempre hacía como que no conocía al comisario. Era el prototipo de *carabiniere* de los chistes, y sus colegas de la Polizia di Stato jamás le tomaban en serio. Sobre todo, se ganaba su particular estima organizando un control de tráfico semanal justo delante de la *questura* y parando a los conductores en la Via del

Teatro Romano, y no hacía excepciones con los demás policías, que pasaban por allí para ir a trabajar. Más de uno le había amenazado con pegarle.

—*Maresciallo* Saltamerenda, veo que ya ha desayunado —dijo Laurenti—. Como siempre, en el lugar preciso en el momento preciso —sin esperar a ninguna orden, Laurenti sacó su documentación y le tendió el carné de la policía y los papeles del coche, a nombre del Ministerio del Interior—. Pero dese prisa, estoy de servicio.

—¿Sabe por qué le he hecho parar? —preguntó Saltame—renda sacando pecho y fingiendo ver aquellos documentos por primera vez en su vida. Todos los botones de su chaqueta estaban a punto de reventar—. Está prohibido hablar por el móvil mientras se conduce. Son cinco puntos. Quinientos noventa y cuatro euros de multa y hasta tres meses de retirada del carné.

—Sólo en caso de reincidencia. Además, para el carné de la policía no vale lo de los puntos. Dígame, Saltamerenda, ¿cuántos años hace que nos conocemos? Y usted sigue haciendo como si no me hubiera visto en su vida...

—Toda vez es una primera vez, comisario —dijo el agente, como si representara el brazo incorruptible del cuerpo de Carabinieri, de entre cuyas filas acababan de expedientar a tres hombres por sacarles el dinero a los camiones de largo recorrido. Amenazaban a los conductores con desmontar los vehículos hasta la última tuerca si no pagaban lo que les pedían.

—Bueno, venga, acelere la cosa, tengo que ir a comisaría.

Laurenti sacó su piloto azul y lo fijó al techo de su Alfa Romeo. Luego pulsó el botón de la sirena, que emitió un breve aullido. Por fin le cambió la cara al *carabinieri*, que devolvió los papeles al comisario como a cámara lenta.

—Pues voy a tener que notificarlo —dijo Saltamerenda, hizo el saludo de rigor y dio un paso atrás. Cuando Laurenti se alejaba, el segundo agente le hizo un guiño de complicidad.

—Ya están arriba vigilando la zona —anunció Marietta con voz cantarina al entrar por la puerta el comisario.

—¿Dónde está Pina? —preguntó Laurenti—. No coge el teléfono.

—Está de baja, tampoco tiene por qué hacerlo.

—Nos habría avisado de todas maneras. ¿Qué novedades hay?

—Las mandangas habituales. A la estatua de la Madonna de Gretta le han cortado una mano y se la han llevado. Y unas cuantas casas más allá, a alguien se le ha ocurrido una gracia que trae de cabeza a los de derechas: le ha cambiado el nombre a la Villa Prinz y ha dejado un escrito reivindicativo. Ahora pone Villa Primc, como antes del fascismo. Se ha liado una buena, seguro que desemboca en otra interminable discusión histórica. Luego, ayer por la tarde, el ladrón al que apodian «Cara de ángel» ha vuelto a saquear un supermercado de la Via Flavia. Debe de tener mucha hambre, por lo que se ve.

—Hambre de historias truculentas —dijo Laurenti y marcó una vez más el teléfono de Pina. Esta vez tuvo suerte. Pero la voz de la inspectora sonaba rarísima, peor que la de un león con ronquera, y no lograba articular una frase de corrido. Era algo insólito en

ella. Al preguntarle si estaba enferma y necesitaba ayuda, la inspectora respondió, muy escuetamente, que podían contar con ella en media hora.

Laurenti cerró la puerta de su despacho para hacer otra llamada sin que Marietta escuchase la conversación. Al décimo pitido, la fiscal croata Živa Ravno descolgó por fin. Laurenti ya imaginaba que su antigua amante no querría contestar cuando viera el número.

—Buenos días, Proteo —su voz sonaba animada—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quería oír tu voz, Živa, ya sabes cuánto la echo de menos. Pero me alegro de que estés de buen humor.

—Sí —rió Živa—, acabo de recibir la noticia de que por fin me van a ascender. Me trasladan a Zagreb para dirigir una unidad especial contra el crimen organizado. Llevo mucho tiempo trabajando para conseguir algo así, y poco antes de Navidad se han hecho realidad mis planes. ¿No me das la enhorabuena?

—¿A Zagreb? ¿Cuándo?

—Justo para empezar el año. Ya sabes que estas cosas siempre las avisan con muy pocos días.

—¡Qué lejos! —Laurenti se entristeció al recordar los encuentros secretos con la bella fiscal en los hotelitos de la costa de Istria, a mitad de camino entre Pula y Trieste, donde podían estar seguros de que nadie los descubriría por casualidad.

—Son dos horas y media desde Trieste —el tono de Živa cambió—. Eres el primero en enterarse, pero no me has llamado por eso. A ver, ¿qué pasa?

—De hecho era una cuestión de trabajo: ¿conoces a un grupo llamado «Istria libera, Dalmazia nostra»?

—*Istra nezauzet, Dalmacija je nasa* —tradujo Živa—. Sí, llevan tiempo apareciendo unos carteles anónimos que llaman al pueblo a boicotear la venta de sus terrenos. A lo mejor has oído que unos cuantos inversores están adquiriendo enormes extensiones a lo largo de la costa para después reconvertirlas en terreno urbanizable y multiplicar su valor. Siempre son los mismos. Sus hombres de contacto en las esferas políticas se convierten poco después en directores de empresa o en jefes de proyectos de desarrollo de una región determinada y, durante cierto tiempo, ganan una millonada. Hemos recibido algunas denuncias relacionadas con ello, pero no avanzamos con las investigaciones. O nos topamos con un muro de silencio o recibimos alguna orden desde arriba para que dejemos el asunto porque se armaría demasiado revuelo político. El mayor problema, con todo, es que nadie está dispuesto a hablar. Una vez conseguimos que se prestaran a hacerlo los directores de una filial de un banco austriaco, pero por desgracia uno perdió la vida en un accidente de coche.

—Cuántas casualidades, ¿verdad? —dijo Laurenti—. ¿Y qué tiene que ver ese grupo llamado «Istria libera»?

—También los estamos investigando. Sus panfletos, impresos con un ordenador común, suelen aparecer en sitios públicos. Parecen carteles de busca y captura, como los que conocerás de las películas del Oeste. En grande, la cara de una persona a la que muy audazmente se acusa de corrupción, siempre en relación con este tema de la

compraventa de terrenos, a los que también se alude siempre con nombres concretos. Debajo se lee el mensaje «Mejor muerto que vivo. Defendeos, pues el Estado os deja solos». Eso es todo. En mi opinión, tiene más pinta de chiquillada motivada por los celos o por la pura desesperación que de conspiración seria. Si quieres, te envío uno por fax. Pero ¿por qué me preguntas algo así?

—¿Te dice algo el nombre de Marzio Manfredi?

Živa no lo había oído nunca y tampoco encontró nada sobre él con ayuda del ordenador. Laurenti quedó en enviarle las fotos del cadáver.

—Una cosa está clara —dijo Živa—. El asunto no tiene nada que ver con los neofascistas. Yo creo que se trata de un grupo muy pequeño que de esta forma espera atraer algo más de atención.

Navidad, Navidad, dulce Navidad...

Que algo así le hubiera pasado precisamente a ella... ¡era imperdonable! A las cuatro y media de la mañana, Sedem había sacado de la cama al chófer para que llevase a Pina de vuelta a Trieste en el Maserati. Durante la media hora de viaje, la inspectora aún había logrado contenerse, pero nada más abrir la puerta de su casa llegó al baño por los pelos a vomitar. Y cada vez que intentaba erguirse de la taza del váter, le asaltaban las náuseas de nuevo. Por fin, con el esófago en carne viva, se había ido a la cama haciendo eses para caer de inmediato en un sueño muy intranquilo del que no despertó hasta que un sol cegador invadió su almohada.

Bonos, *warrants*, *credit default swaps*, órdenes *stop-loss*, *hedge funds*, certificados de *knock-out*, inflación subyacente, arbitraje, mercados *spot*... Pina tenía la cabeza como un bombo en el que aún resonaban todos aquellos términos específicos del mundo de las finanzas que Sedem había desplegado con la mayor naturalidad del mundo para explicarle que todo era muy sencillo. Incluso le había contado que, trescientos años atrás, también el comercio de opciones de bulbos de tulipán había creado una inmensa burbuja especulativa, pues su valor llegó a superar el del oro y las piedras preciosas, alcanzando unos precios astronómicos. La ola de ventas condujo de cabeza a la crisis. Luego no se acordaba de nada más, Sedem hablaba como una tarabilla. ¿Cómo había llegado a casa?

Tres cafés y dos alka-seltzer más tarde estaba sentada a la mesa de la cocina con el estómago revueltísimo y sin atreverse siquiera a mover la cabeza. Pina Cardareto no había bebido tanto en su vida y nunca había sentido un mareo como el de esa mañana. ¿No lo habría soñado todo? ¿Un hombre y una mujer que no podían andar... arrojándose el uno en brazos del otro como dos lobos hambrientos? ¿En el sofá, frente a la chimenea? ¿Podía ser cierto que el primer paso lo hubiera dado ella, pasándole la mano por el cabello a Sedem, acariciando sus piernas paralizadas y, por último, besándole? ¿Y qué había sucedido después? ¿Cuánto alcohol se había metido en el cuerpo para que la cabeza le diera más vueltas que una hormigonera? ¿Y por qué demonios no habría rechazado el primer porro de su vida una no fumadora recalcitrante como ella cuando Sedem se lo había ofrecido entre risas? ¡Cómo iba a realizar ninguna investigación competente –se había burlado Sedem– si no tenía conocimiento de causa!

Después de una buena ducha caliente, Pina buscó su móvil y lo enchufó al cargador. Pensó en Sedem con la esperanza de que no se tomara en serio aquella historia. Lo último que deseaba era tener que explicarle que ella no tenía ni las más mínimas intenciones de comenzar una relación de pareja. Estaban en paz, ya le había agradecido con creces el salvamento. Hasta ahí habían llegado y de ahí no iban a pasar. Sin embargo, al encender el teléfono vio que él ya había intentado hablar con ella dos veces esa mañana. Y luego tenía varias llamadas de Laurenti. Maldita sea, ya llegaba tres horas tarde al trabajo. Cuando por fin devolvió la llamada a su jefe, apenas fue capaz de articular una frase coherente y le salía una voz como si tuviera la garganta de papel de lija. De nuevo la invadieron las náuseas, corrió al baño y, expulsado el café del estómago, se vistió y se puso en camino hacia la oficina.

—Huyuyuy... —dejó escapar Marietta al ver a Pina—. ¿Estoy yo confundida o tienes gripe?

—¿Confundida por qué?

—Es que siempre creí que no tenías ni idea de lo que es un buen polvo, y hoy me traes una cara como si un marinero fornido te hubiera enseñado lo que es el viento de fuerza doce. Aparte de que apuestas como si te hubieras bañado en una cuba de ron.

—A mujer experimentada no se le escapa detalle —dijo Pina cortante, pero no se sentía con fuerzas de desafiar a Marietta a uno de sus duelos cotidianos. En circunstancias normales, habrían saltado chispas—. ¿Dónde está el jefe?

Marietta señaló la puerta de su despacho.

—Ya estaba preocupado por ti.

Antes de que Pina llegase a bajar el picaporte le sonó el móvil. Lo sacó del bolsillo de la chaqueta y vio el número: Sedem. Hizo una mueca de disgusto y volvió a guardarlo sin descolgar.

En el corcho que Laurenti tenía en la pared colgaban las fotografías policiales del cadáver junto a incontables fotografías de perros como las que Pina había encontrado en el taller de Manfredi, imágenes del interior y el exterior de una caravana en estado más que lamentable, fotos de un paquete de droga, un fajo de billetes y de bolsas de plástico arrugadas, un panfleto con el eslogan «Istria libera» y, abajo del todo, toda una serie de imágenes de un hombre que hicieron estremecer a la inspectora a pesar de su tremenda resaca.

—¿De dónde ha sacado éas? —preguntó Pina sin dar los buenos días a Laurenti.

—Menos mal que no está enferma, Pina —dijo él, retrocediendo un paso—. Eso sí, me viene con un aliento que no despejaría ni una *bora* de ciento ochenta kilómetros por hora. ¿Qué, de fiesta toda la noche?

—Ese hombre... —muy inquieta, señaló las fotos que Laurenti había encontrado en la caravana de Manfredi—. ¿De dónde ha sacado las fotos?

—¿Acaso lo conoce? —en pocas palabras, el comisario le contó de dónde procedían y le mostró la nota con la fecha y la hora.

—Veintidós de diciembre, quince treinta —leyó Pina en voz alta—. Es Duke.

—¿Y quién es Duke? —preguntó Laurenti.

—Ayer por la tarde intenté localizarle a toda costa, pero no me cogía el teléfono... —sonó como un reproche.

—Y yo he intentado localizarla esta mañana... en vano. Vamos a ver, ¿qué pasa? ¿Quién es Duke? ¡Vamos, Pina, despierte!

—Nunca he estado tan despierta como en este momento, comisario.

La puerta del despacho de Laurenti se abrió sigilosamente. Marietta entró, se sentó con ellos y se puso a escuchar sin decir palabra.

—El arma que encontré es una Glock 31 de largo alcance, velocidad inicial extremadamente alta y máxima precisión incluso en las distancias medias. Cargador de quince disparos. Me escama que, además, esté provista de un módulo láser con infrarrojos que ilumina la trayectoria completa sin llamar la atención. Pesa poco y es fácil de manejar.

—O sea que incluso es adecuada para no profesionales.

Recopilaron toda la información que, hasta la noche anterior, les había parecido ridículamente escasa. Marietta fue tomando notas y resumió qué tarea le correspondería a cada cual. Luego descolgó el teléfono de Laurenti y le puso en contacto con la oficina del fiscal.

¡Duke! Ni siquiera sabía su verdadero nombre. Lo que sí tenía era la matrícula del Maserati que la había recogido la tarde anterior para conducirla hasta Jakovce. Consultando a los compañeros de San Marino había averiguado que el vehículo estaba a nombre de una compañía financiera con sede en aquella localidad: Ceres Libertas. Pina no tenía más remedio que coger el teléfono y llamar al puesto de policía de la vecina ciudad de Sežana. Los agentes que la habían atendido el domingo por lo del perro sabrían decirle más. Fueron pasándola con distintas extensiones hasta llegar a la indicada.

—Goran Newman, el apellido es inglés —dijo el compañero de la ciudad eslovena y lo deletreó farragosamente hasta convencerse de que la inspectora le había entendido. En el alfabeto es donde más patentes se hacen las diferencias nacionales en toda Europa. Mientras que los unos recurren a nombres de personas para indicar las letras, nombres a su vez distintos según el idioma local, otros se basan en nombres de ciudades de su país, o en nombres de países, o en los meses del año—. Fecha de nacimiento, uno de julio de 1947 en Trieste. Nombre de la madre, Sonjamaria Škapin, padre desconocido. Su hijo se llama Sebastian Newman, nacionalidad norteamericana. El número de teléfono es...

—Disculpe, agente —añadió Pina con la mayor formalidad que supo—. Tendría otra pregunta más de índole profesional, si me lo permite. Ese señor Newman... ¿está imputado de algún cargo? —Pina leyó el nombre que acababa de apuntar pronunciando la W como una fricativa sonora—. Quiero decir, ¿figura en sus ficheros o puedo tratar con él con entera libertad?

—*Signor* Duke —ahora también el policía esloveno lo llamaba por aquel nombre—, es un hombre de negocios con vínculos internacionales, y tampoco puede decirse que sea precisamente pobre. No hay ningún cargo contra él. Todo lo que necesita saber al

respecto puede extraerse de la prensa. No se preocupe, puede confiar en él. ¿Cómo está su pie, por cierto?

Pina preguntó por pura formalidad si los compañeros habían averiguado algo sobre el perro al que debía la herida, pero al parecer nadie había vuelto a verlo por ninguna parte. En cuando colgó, introdujo el nombre de Duke en un buscador de Internet. Se extrañó mucho. En contra de lo que esperaba, tan sólo salieron cincuenta y tres resultados, la mayoría de ellos en esloveno y croata. Sin embargo, después encontró un blog italiano en el que aparecía Duke en relación con una gigantesca trama de especulación inmobiliaria y de terrenos en Istria y Dalmacia en la que estaba en juego la escalofriante suma de quinientos mil millones de liras de las de entonces y se le acusaba de las peores maquinaciones. Pero aquel asunto ya quedaba muy atrás. Por último, encontró el nombre en un artículo de un diario austriaco sobre un proceso judicial que se estaba celebrando en Viena contra un antiguo secretario de Estado de Croacia llamado Boris Mervec donde también se mencionaba a Goran Newman. No sabía aquel idioma como para entender más. Pina imprimió todas las informaciones. Tenía que encontrar a alguien con mejores conocimientos de lenguas que ella.

Su siguiente llamada fue para el Departamento de Protocolo del Gobierno. La pasaron con cuatro extensiones distintas hasta que al fin pudo preguntar si Goran Newman figuraba en la lista de invitados y si había confirmado su asistencia a la ceremonia oficial con los jefes de Estado europeos. Al principio, la funcionaria intentó sacudirse de encima a la inspectora, pero cuando Pina la amenazó con que, en tal caso, su jefe tendría que dirigirse al mismísimo presidente, que para algo era amigo suyo, todo se solucionó en un instante. La confirmación de Duke había llegado el lunes por fax al Departamento de Protocolo esloveno. Le habían asignado un sitio en la primera fila de los representantes de la economía, justo detrás de las eminentes políticas.

Finalmente, la inspectora hizo de tripas corazón y, con manos sudorosas, marcó el número de Sedem. Le había prometido a Laurenti concertar una cita con Duke y, a cambio, Marietta se encargaría de preguntar a los bancos por el asunto de Marzio Manfredi. Sedem tardó tan poco en responder que Pina dedujo que esperaba su llamada con verdadera ansiedad. La voz del joven sonaba alegre. Le preguntó si ya había dormido la mona y siguió haciéndole la corte, se burló del tatuaje que llevaba Pina en el antebrazo y quiso saber cuándo volverían a verse. Mientras él parloteaba tan feliz, Pina se maldecía a sí misma. ¿Por qué demonios se habría enredado en aquella historia? Ese mismo día tenía que hacerse un test de embarazo y conseguir la píldora del día después por si acaso. ¿Pero qué cable se le habría cruzado para liarse con un minusválido? Para liarse con nadie. El primer hombre en seis años. Desde aquella historia en San Giminiano que terminó con que el veraneante inglés que había prolongado sus vacaciones allí durante dos semanas más para poder disfrutar de su flamante felicidad de pareja –como él decía–, luego se había marchado más bien a la francesa. Cuando, a las dos semanas de partir con una excusa barata, Pina se hartó de esperar y empezó a hacer averiguaciones, se enteró de que no era el rico heredero de una célebre familia noble sino un hombre casado con tres hijos que trabajaba de contable en la sucursal de Rank Xerox de

Uxbridge Middlesex, había cometido un desfalco y, tras ser detenido en Francia y extraditado de inmediato, se hallaba en prisión preventiva en Inglaterra.

—Un hombre y una mujer que no pueden andar... —oyó decir a Sedem, embelesado al teléfono—. ¿No es maravilloso?

—Tengo que decirte una cosa —le interrumpió Pina. La seriedad de su voz hizo enmudecer de inmediato al joven—. He de hablar con tu padre. ¿Está?

Sedem rió con desenfado.

—¿Qué tienes tú que hablar con él? ¿Vas a pedirle mi mano? ¿No te precipitas un poco? Si apenas me conoces...

—Lo digo muy en serio. ¿Dónde está? ¿Cómo puedo localizarlo?

—¿Qué pasa, Pina? Vuelve esta tarde de Londres. ¿Para qué quieres hablar con él?

—¿A qué hora exactamente? Tengo que hablar con él lo antes posible. Por un asunto personal y también profesional.

—A las cuatro, que yo sepa. No falta mucho. ¿Quieres que te envíe el coche?

—No, voy con mi jefe. No tardaremos mucho. Díselo a Duke, por favor. De lo demás ya hablaremos.

Sedem se quedó desconcertado y, de entrada, Pina se alegró. Al menos había conseguido no caer en las fantasías románticas del joven. Por otra parte, lamentaba haberlo dejado en la incertidumbre de esa forma. Él no tenía la culpa de que ella se sintiera tan mal, era asunto de Pina y nada más. Y, sin duda, aún habría de costarle bastante hacérselo entender.

Recogió las hojas que acababa de imprimir de Internet y, cojeando, fue al despacho de Laurenti, a quien halló al teléfono en una conversación claramente difícil. No obstante, el comisario le hizo señas para que se sentara y esperara.

—De acuerdo, Biason, pues ya sabe. Se lo pasaré por escrito de todas formas. Por mi parte he hecho lo que tenía que hacer. Ahora es cosa suya. Es una clara amenaza de atentado, ¿me ha entendido? Sí, le enviaré todo por correo electrónico. Sí. Las fotos, la nota con la fecha, todo. Pero, por todos los demonios, informe de inmediato a sus compañeros eslovenos. Así les toca mover ficha a ellos. Sí, claro, Biason, ya sé que usted sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Pero es que este asunto huele muy mal y debe tomarse en serio. Bueno, hablamos más tarde.

Con un resoplido de rabia, Laurenti estampó el auricular contra el teléfono y miró a Pina.

—¡Malditos romanos! Los siglos de experiencia les dicen que siempre se producen amenazas antes de este tipo de actos oficiales. El gran jefe opina que es normal. ¡Un caso rutinario! Ya se impedirá que pase nada, no hay problema. Pues fíjese que yo tengo la impresión de que le importa un comino lo que pase antes o después de la fiesta. Ya no será asunto suyo, con lo cual el caballero podrá irse a descansar mientras nosotros nos dejamos el culo...

Pina conocía muy bien aquella filosofía por otros casos que había vivido. ¿Cuánta gente esperaba a que apareciese otro para endosarle el trabajo? También ella y Laurenti hubieran podido limitarse a informar a las autoridades del otro lado de la frontera y no

hacer nada más. Ahora bien, ¿quién les garantizaba entonces que el caso fuese a parar a las manos adecuadas? Además, se esperaban cambios radicales: a partir de la ampliación de la zona Schengen, las fuerzas de seguridad tendrían permiso para penetrar hasta treinta kilómetros en el territorio del país vecino en caso de producirse una persecución crucial. Era mejor establecer de antemano buenos contactos con los compañeros.

—¿Ha logrado hablar con el tal Duke? —preguntó Laurenti al fin.

—Estará en casa a partir de las cuatro. Conozco el camino. Aquí tiene lo que he sacado de Internet. Pensé que habría mucho más, tratándose de un hombre tan importante. Necesitamos a alguien que nos traduzca los artículos alemanes y eslovenos y siga la pista de estas empresas a través de la red.

—De los alemanes se puede encargar mi hija mayor y de los eslovenos uno de los compañeros de la casa, dígaselo a Marietta —miró el reloj.

—Han encontrado el coche de Manfredi —dijo Marietta y despertó a Laurenti de su ensimismamiento al dejar caer el papel con los datos sobre su escritorio—. En la Via della Geppa frente al Hotel Colombia. Un Fiat Panda viejo con tracción a las cuatro ruedas. Va de camino al depósito.

Pina Cardareto pescó el papel al vuelo antes de que Laurenti llegara a leerlo.

—Yo me ocupo —era hora de ponerse en movimiento, necesitaba comer algo con urgencia y devolver la normalidad a su estómago vacío.

Marietta arqueó las cejas.

—Sí, creo que te sentará bien un poco de aire fresco. Tienes cara de yogur desnatado —y luego se dirigió a Laurenti—. Por cierto, han llegado los primeros datos del banco. Es curioso, pero antes de las Navidades trabajan más ágiles que de costumbre. Aunque por el momento sólo ha aparecido una cuenta y está en números rojos sin remisión. Solamente con su sueldo es imposible que Manfredi hubiera salido de ellos nunca. Está embargado hace un año. No me extrañaría que tuviera otras cuentas bancarias. En cualquier caso, en el extranjero. Sus multas de tráfico no nos llevan muy lejos. Al fin y al cabo, todo el mundo aparca como no debe en algún momento, en su caso siempre es cerca de su trabajo. No ha pagado ni una. Ni tampoco la multa por conducir sin cinturón, que le costó cinco puntos del carné. Además, debe el impuesto de circulación del coche desde hace tres años. Si le hubieran parado alguna vez, le habrían confiscado el coche. Claro que, viendo esa chatarra, tampoco hubiera sido gran pérdida.

Laurenti iba de camino a su siguiente reunión. Sería la última junta de coordinación con motivo del acto oficial. La había convocado el prefecto y, de no disponer de coche patrulla con sirena, el camino más rápido era a pie cruzando el gueto, con sus tiendas de antigüedades, y luego por la Piazza dell'Unita d'Italia hasta el Palazzo del Governo. Živa había confirmado que Goran Newman, a quien Pina había reconocido en las fotos, había despertado cierta atención más de doce años atrás, junto con tres tipos de integridad dudosa, en la investigación de un negocio millonario con una enorme extensión de terreno en Dalmacia; investigación que, sin embargo, por orden venida de arriba, se había interrumpido muy pronto. Newman no había vuelto a aparecer, y la empresa

AdriaPro, propiedad de Schladerer, Mervec y Lebeni, apenas obtenía liquidaciones dignas de atención. La había eclipsado una empresa llamada AdriaFuture, pero operaba desde Londres. Los carteles del grupo «Istria libera, Dalmazia nostra» se referían principalmente a esta última.

Aunque eran poco más de las once de la mañana del 20 de diciembre, en muchos bares y tiendas resonaba ya, y a un volumen atronador, la pachanga navideña de rigor, desde «Jingle Bells» hasta «White Christmas» y «Noche de paz». ¿Cómo podrían soportarlo el día entero? Probablemente, en el mundo entero sucedería lo mismo, excepto en Pyongyang, Teherán y Kabul. Y cada pocos metros los viandantes se deseaban unos a otros *auguri*, feliz Navidad, como repetirían varios miles de veces en aquellos días... desde el primer café de la mañana hasta la última copa de la noche. También la gran plaza abierta hacia el mar, el salón de la ciudad como solían decir, estaba cambiada para la ocasión: el gobierno local había mandado instalar dos hileras con dos veces diez gigantescos abetos en maceteros cilíndricos adornados con guirnaldas de «Felices Fiestas» en diez idiomas. ¡Navidad, Navidad, dulce Navidad! ¿Acaso no quedaba ningún lugar en el que refugiarse de aquella histeria colectiva?

Antes de presentarse al gran jefe, Proteo Laurenti entró a tomar un *espresso* rápido en el bar Unita, donde al fin encontró cierta calma para reflexionar sobre la velada anterior, que no había terminado muy bien. Despejar el mal ambiente le había costado una larga conversación con su hija. Con lo cansado que estaba, pues aún no se había recuperado del viaje. Y, después de todo, también él tenía su parte de razón. ¿Patrizia, embarazada de cuatro meses? Proteo Laurenti se había quedado sin palabras al recibir la buena nueva... acompañando el postre.

—¿Embarazada? —había preguntado en tono seco. Si no se engañaba, las miradas de su madre, su mujer y su hija estaban clavadas en él como si lo sometieran a examen. Nervioso, él se limpió el último resto de *zuppa inglese* de la comisura de los labios con la lengua—. ¿Un hijo?

Las mujeres se echaron a reír a carcajadas.

—¡A ver qué va a ser!

—¿No es un poco pronto? —no sabía si alegrarse o no. Hacía cuatro meses nada más, tras terminar la carrera de Arqueología, su hija predilecta había conseguido una plaza de ayudante en la Universidad de Nápoles. Ciento es que a ello habían contribuido las buenas relaciones que tenía el hermano mayor de Laurenti, Ignazio, con quien en otras circunstancias el comisario siempre terminaba agarrado de los pelos. Frente a sus hermanos, Proteo estaba muy solo en cuestiones de ideología y consideraba muy preocupante el revanchismo cada vez más fuerte que estaba extendiéndose por el país.

—Pero, a ver, hija... —tartamudeó, colorado como un tomate—, ¿estás segura? Si no tienes más que...

—Veintitrés años, papá —el rostro de Patrizia permaneció sereno como el de la *Madonna* de Boticelli, aunque ella había esperado otra reacción. Era el único miembro de la familia que jamás se había peleado con su padre—. ¿Es que no te hace ninguna ilusión?

—¿Ilusión? —Proteo aún no se había recuperado de la noticia—. ¿De qué? —y como si

salieran de una pistola fue disparando preguntas, una por cada dedo, a dos manos—. Quiero decir: ¿cómo pasó?, ¿cuándo pasó?, ¿por qué pasó?, ¿quién es el padre?, ¿no será ese peluquero que no sabe ni hacer una permanente?, ¿en qué mes estás?, ¿tienes un buen médico? Quiero decir, uno que no cometa errores. Tampoco errores de diagnóstico. ¿Y qué va a ser, niño o niña? ¿Y por qué yo no me he enterado hasta ahora? —luego tomó aire profunda y sonoramente.

De pronto, Patrizia se quedó mirando a su padre con ojos llorosos, mientras la abuela se levantaba y recogía la mesa en silencio.

—¿Contigo hizo lo mismo, mamá? —Marco parecía ser el único al que hacían gracia los celos de Laurenti.

—Todo lo contrario. Siempre daba saltos de alegría, sobre todo cuando viniste tú. ¡Un chico! —Laura meneó la cabeza—. Proteo, esto no es un interrogatorio. Tu hija espera un bebé y tú vas a ser abuelo. Es un motivo de gran alegría, creo yo. En cambio, te comportas como un marido cornudo.

—¡Yo... abuelo! ¡Lo que me faltaba! ¿Y por qué, para colmo, siempre soy el último en enterarme de estas cosas?

—Yo tampoco lo sabía —protestó Marco—. Desde luego, ¿qué familia es ésta?

—Tú cierra el pico, que vas a ser tío y más te vale ir aprendiendo a preparar papillas —dijo Laura y le sonrió fríamente.

—¿Tío? ¡Ay, qué picor me está entrando! Y de papillas, nada, pues sí, hombre... Claro que por amor a mi hermanita, el chaval podrá entrar de aprendiz en mi propio restaurante. Ya sé yo cuándo y dónde... —se pavoneó Marco—. Aprenderá un oficio para toda la vida.

—¿Qué es eso del restaurante? Acaba los estudios y veremos —Patrizia miró a su hermano con gesto de duda y se levantó de la mesa.

—Pues sí que lo verás —Marco no se dejó interrumpir—. Una boca más para comer en el mundo, con lo que están subiendo los precios de los alimentos. A tu hijo le espera un futuro de color de rosa. Tenemos que acostumbrarle desde el principio a comer insectos. Es mera cuestión de hábito. Son pura proteína y están bien ricos.

—No exageres, Marco —dijo Laurenti muy serio—. No creo que el chico vea un futuro tan negro.

—¿Y quién dice que vaya a ser un chico? —bufó Patrizia y salió dando un portazo.

Proteo y Marco se miraron horrorizados, en tanto Laura sólo esperaba que se callaran de una vez. La abuela Immaco—lata salió detrás de Patrizia para consolarla.

—Hombre, ¿qué va a ser si no? —preguntó Marco.

—¡Estupendo! ¡Ya habéis conseguido lo que queríais, pedazo de insensibles! —Laura golpeó la mesa al dejar la copa de vino—. Patrizia está de cuatro meses. El padre no es Santo, sino Gigi. Ya hace medio año que cortó con el peluquero. Y su médico no es ningún idiota. Tu hija espera un bebé, y cualquiera que sepa contar averiguará solito que nacerá para finales de mayo. Géminis.

—¿Qué? —exclamó Marco—. ¿Gemelos? ¡Papá, vas a ser abuelo doble!

—Gemelos no, géminis. Igual que yo. Es el signo del zodíaco —dijo Laura y su media

sonrisa le hizo callar-. Todavía no se sabe si es niño o niña. Y tampoco queremos saberlo, ¿enterados?

Proteo arrugó la frente.

—¿Cómo es eso de «queremos»? ¿Quién está incluido en ese plural? Vamos a ver. ¿Alguien quiere responder a mis preguntas de una vez? —Laurenti hervía de rabia, y toda su rabia iba dirigida hacia su mujer.

—Tómalo como ha venido —dijo Laura con serenidad—. Ya te acostumbrarás.

—Claro, esto es lo que pasa cuando uno investiga los mosaicos eróticos de Pompeya —Marco se hurgó los bolsillos en busca de su marihuana, pero recapacitó—. Tengo que marcharme, el tren de Livia está a punto de llegar. A ver qué dice de la noticia.

—¿De cuatro meses? —preguntó Laurenti cuando se quedó a solas con Laura—. ¿Y ese tal Gigi quién es?

—Yo en tu lugar correría a disculparme con Patrizia. ¿En qué estás pensando? Habla tú mismo con ella si tanto te interesa saberlo.

Costó su tiempo y su esfuerzo que a Patrizia se le pasara el enfado. Poco a poco fue saliendo todo. Ahora bien, antes Proteo tuvo que disculparse varias veces y prometer con el corazón en la mano que de verdad le hacía muchísima ilusión ser abuelo por fin. No había nada en este mundo que deseara más que ver cómo su hija predilecta por fin traía al mundo a su primer nieto. Patrizia le acusó de mentiroso pero, de repente, se echó a reír y abrazó a su padre cuando éste confesó lo contento que estaba de que aquello no le hubiera pasado a su hermano pequeño, que conquistaba a una joven cocinerita tras otra en el restaurante.

Así, Proteo también se enteró de que «había pasado» durante las vacaciones de verano, en la playa, a las cuatro y media de la mañana, cuando el sol empezaba a salir por detrás del Carso e inundaba el mar con su primera luz, del color del azafrán. El padre era el gran amor de Patrizia. ¡En serio! Patrizia había conocido a Gigi hacía poco. Era triestino, siete años mayor que ella y primer oficial de un buque de mercancías del Lloyd de Trieste. Gigi operaba en la línea Valencia-Vancouver, estaría cuatro meses embarcado y después tendría dos meses de permiso antes de volver a zarpar.

—¿Un marino? —preguntó Proteo incrédulo. No había imaginado así a su futuro yerno... si es que había concebido la posibilidad de tener un futuro yerno alguna vez.

—En dos años será capitán. No tienes de qué preocuparte.

—¿Y quién cuidará al niño?

—Estoy segura de que tú no querrás separarte de él ni un minuto, papá —Patrizia se apretó contra su brazo.

—Pero si el tal Gigi está fuera todo el tiempo, no llegará a acostumbrarse a él. Y tú estás en Nápoles.

—Voy a volver a Trieste, papá —Patrizia estaba radiante.

—Otra novedad —gruñó Laurenti.

—No es bueno que un niño crezca tan lejos de su padre. Gigi también está muy ilusionado.

Un marino, un bebé y Patrizia de vuelta en Trieste. Laurenti había imaginado el futuro de su hija de una forma muy distinta. No quería que abandonara su vida profesional como tantas otras mujeres que luego se arrepentían. Y, ya puestos a ello, al menos hubiera podido pescar a otro... no a un hombre que, al igual que su padre, tenía que vestir un uniforme en los actos oficiales. Con todo, la confianza que tenía Patrizia en que todo sería perfecto al final logró convencerle. Estuvieron charlando hasta las doce y media, hasta que irrumpieron Marco y Livia, que no podían ocultar que se habían tomado más de una copa de camino a casa desde la estación. Y apestaban a un humo que claramente no era de tabaco. Pero Laurenti no estaba con ánimos de soportar una segunda discusión en la casa aquella noche.

De camino hacia el abismo

El viaje en coche duró una eternidad. En las casi doce horas de trayecto sólo hubo tres paradas para que pudiera moverme un poco. Ya llevamos aquí seis días, en esta villa de gente extraña que no se ventilaba hacia mucho y olía a cerrado cuando llegamos. La única calefacción es el fuego de leña que arde en la chimenea. La propiedad, rodeada de un vasto terreno, está en una meseta desde la que se ve el mar, cuyo sabor salado percibo en la lengua. Un alto muro de piedra gris protege la parcela entera de las miradas desde la carretera, por el otro lado el terreno forma una ligera pendiente. Entre la tierra, rojiza como el bronce, asoman piedras puntiagudas, mil veces lavadas por la lluvia; más abajo se ven vides de ramas desnudas. Se dibujan en el horizonte como esqueletos de soldados vencidos en la lucha contra la naturaleza, sostenidos por alambres y postes, parecidos a los cementerios de los caídos en la Primera Guerra Mundial que hay por todas partes en esta zona.

Se nota un clima bastante más cálido que en casa, aunque también aquí es invierno. Un suave sol de diciembre se filtra a veces por la capa de nubes y, entonces, la vegetación parece estar en llamas. Los arbustos aún conservan hojas de un rojo intenso. Únicamente está fría el agua de la piscina en la que debo nadar dos horas diarias para mantener mis músculos en forma, pero si nado deprisa no me importa. Cuando me sacan, estoy tan agotado que me dan más masaje que de costumbre y luego, al final de la tarde, la salida para correr junto a la bicicleta del amo se retrasa media hora. Pero, por supuesto, desde primera hora de la mañana cumplo con mi programa de entrenamiento.

La carne cruda de aquí sabe diferente, pero puede deberse a que, desde mi llegada, me dan otro tipo de medicamentos, que me meten en la boca, y me la sujetan para que no la abra hasta haber tragado. Y me ponen dos inyecciones en los flancos, una por la mañana y otra después de comer. Karol, mi entrenador desde hace medio año, estaba nervioso porque al llegar no tenía los medicamentos que hacían falta. Domenico, el que me recogió aquella vez de la granja en que nací, le echó la bronca. Domenico amenazó con que el jefe acabaría con los dos como no consiguieran los anabolizantes y yo perdiera por culpa de eso. Karol se pasó mucho rato hablando por teléfono con

todo tipo de personas. Por fin volvió, en su rostro se leía el alivio. Dijo que se ocuparía un tal Dean, puesto que Marzio estaba ilocalizable. Había desaparecido sin dejar rastro, algo muy raro en él. Lo conocía desde hacía mucho y, como alguna vez tuviera las narices de cruzarse en su camino, se la iba a cargar. Para encontrarnos con Dean teníamos que ir nosotros a su casa, él no podía cruzar la frontera porque estaba buscado en Italia.

El segundo día me metieron en el maletero, pero me sacaron a los veinte minutos nada más. Estábamos frente a una granja rodeada de prados marchitos, en un valle muy grande al norte del cual se alzaba la espalda de un monte calvo con la cima cubierta de nieve. Karol llamó a la puerta varias veces, pero no abría nadie. Luego sacó un bastón telescopico y ató un pellejo de gato con una cuerda en uno de sus extremos. Dijo que, así, al menos aprovecharíamos el rato para practicar el flirtpole en tanto esperábamos a Dean. Pasé una media hora corriendo para cazar el pellejo. Yo era rápido y ágil, y Karol le repetía a Domenico que era el mejor luchador de toda su carrera. Ni en Kiel, Schleswig, Rostock o Fürstenwalde le habían asignado un animal como yo, ni siquiera en sus tiempos de Swiebodzin, entre Poznan y Berlín, donde había tenido un perro fantástico. Claro que ya entonces era uno de los mejores del gremio, pues si lo habían llamado como entrenador en la zona de Hamburgo era por su buena reputación.

Cuando por fin hincué los dientes en el pellejo y lo sacudí salvajemente como si fuera un animal vivo, Karol, de repente, me dio la orden de dejarlo y sentarme. Tuvo que hacer palanca con el breaking-stick porque yo no quería abrir la boca y soltar mi presa. Luego me señaló la carretera secundaria que se veía a lo lejos. Enseguida vi a qué se refería y le miré ilusionado. Cuando también Domenico estuvo de acuerdo, Karol me soltó de una vez. Domenico se puso a aplaudir de contento. Esto es lo mío. Soy fuerte y rápido y conozco todos los trucos necesarios para sobrevivir. Soy un luchador y un cazador. No se me escapa nadie. Metro a metro me fui acercando a la ciclista.

Dean era un tipo antipático y corpulento de unos cincuenta años, llevaba la cabeza afeitada y la barrigota redonda le tensaba el jersey. Me examinó, dio una vuelta a mi alrededor y le dijo a Karol que, si quería, podía comprobar el efecto de la mercancía allí mismo. Tenía un toro en el establo al que nadie se atrevía a acercarse. Dijo que me pusieran una inyección y que me encerrasen con el animal. Ahí se vería si yo era tan bueno como presumían. También había un oso pardo por la zona. Domenico consideró que el riesgo de que me hiciera alguna herida era demasiado grande; ahora bien, si Dean tenía ganas de verme en acción un rato, podía soltar a su propio perro. Se podían apostar los medicamentos, o su valor equivalente en euros. Dean rechazó la propuesta con un brusco gesto con la mano y nos pidió que entrásemos en la casa para cerrar el trato.

Sentados a la mesa de la cocina, vertió el vino de una botella recubierta de mimbre en una frasca y después sirvió los vasos. Los tres hombres brindaron. Luego, Dean

sacó un montón de cajas abolladas de una bolsa de deporte e hizo una torre con ellas.

—Para tratar el shock tengo Solu-Delta-Dortef y dexametazona, y luego lidocaína como analgésico. Para la coagulación de la sangre, vitamina K inyectable. Ampicilina o penicilina vais a necesitar de todas maneras, y también epinefrina, adrenalina inyectable para el corazón. Y speed, naturalmente, líquido o inyectable. Y vitamina B 15, que aumenta el porcentaje de oxígeno en sangre en un veinticinco por ciento. Mercancía de primera. Toda importada directamente de los Estados Unidos. ¿Algo más? Peróxido de hidrógeno y demás imagino que tenéis vosotros. Y coca, supongo que también.

No tardaron mucho en negociar. Domenico sacó un fajo de billetes del bolsillo y pagó la suma acordada ante la mirada ansiosa de Dean. Luego se guardaron las cajas.

—¿Dónde aprendiste la profesión? —preguntó Domenico.

—En Italia, en Estados Unidos, en Eslovenia, en Alemania, donde más te guste.

—¿Por eso estás en busca y captura en Italia?

—¿Cuándo es la convention? —preguntó Dean, haciendo como que no había oído la pregunta anterior. Nos acompañó al coche.

—¿Qué convention? —replicó Karol, encogiéndose de hombros. Se había acostumbrado a no hablar del tema jamás si no conocía bien a su interlocutor.

A nuestro regreso me pusieron una inyección, luego continuamos el entrenamiento como los demás días. Cuando, en el springpole, aflojé la mandíbula antes de lo habitual, Karol me examinó. Donde me había dado la patada la ciclista se me había hinchado el hocico. Soltó un tajo en voz baja y sacó una de las cajas de medicamentos de la bolsa.

—¿Qué pasa? —preguntó Domenico, que en una fracción de segundo se había plantado a nuestro lado.

—Parece un golpe con una porra o una patada —dijo Karol—. Está un poco inflamado pero no veo mayores lesiones. En cinco días se le habrá bajado la hinchazón. Le voy a poner una dosis de cortisona y el día de la convention estará como si nada.

Abrazados seáis, millones...⁴

Jueves, 21 de diciembre de 2007, 00:00 horas. En el puesto fronterizo de Ferneti, por donde pasa la principal autopista que une Trieste y Ljubljana, en cuarenta minutos de viaje, los fuegos artificiales acompañaron el aplauso de las cuatro mil personas de los alrededores que se habían congregado para celebrar la apertura de la frontera y esperaban impacientes la medianoche.

—Es un momento histórico que por fin superará las divisiones del pasado, causadas por las dictaduras, los regímenes y las ideologías. A partir de la medianoche, todo eso será parte del pasado. Desde ese momento, todos juntos miraremos hacia un nuevo futuro... —sonaba por un altavoz, en un timbre metálico.

Entre una lluvia de flashes, los alcaldes y políticos locales desmontaban la barrera de rayas blancas y rojas de la antigua línea de demarcación entre las dos comunidades frente a la cual, durante décadas, se habían formado largas colas de vehículos, y donde más de uno había sufrido humillaciones a cargo de los agentes de la aduana. Nadie se había tomado el esfuerzo de calcular cuántos millones de maleteros se habrían abierto y registrado en aquel puesto, qué cantidad de mercancía se habría confiscado, cuántas multas se habrían puesto y a cuántas personas se habría detenido o impedido el paso por allí. Nadie que haya vivido cerca de una frontera puede jurar no haber tenido nunca nada que ver con el transporte ilegal de algo alguna vez. Gasolina y combustible, cigarrillos, vino y carne, café y pantalones vaqueros, marisco, divisas, droga, armas y seres humanos. La gente del interior de un país no tiene ni idea de la cantidad de cosas que se introducen de manera ilegal.

—...y ojalá nuestros pueblos sepan crear una Europa mejor a partir de este día, una Europa sin fronteras, una Europa de amistad entre vecinos...

Los discursos de aquella noche rezumaban falso patetismo, a cambio eran bastante breves. Aquella noche era una fiesta popular, la fiesta más divertida que vivían la ciudad y sus alrededores desde hacía décadas. Por fin se ampliaba la zona Schengen. Con ello, desaparecía la frontera que tenían detrás de su casa, como solían decir los triestinos. Por fin, Trieste y sus alrededores tenían un territorio hacia el que poder moverse con libertad. La ciudad dejaba de ser el «apéndice» más al nordeste de Italia, acotado por barreras en

todas direcciones y por una línea fronteriza trazada en tiempos de la guerra fría. Las palabras de Winston Churchill acerca de que la ciudad de Trieste era el extremo sur del telón de acero formaban parte del pasado para siempre. Habían tenido que transcurrir más de sesenta años para que, de un día para otro, la gente de ambos lados de la línea de demarcación pudiera circular libremente por su región. La prensa local llevaba semanas hablando de los cambios y de las infinitas perspectivas que se abrían para Trieste. Y, de repente, los políticos se referían a una historia común de esa parte de Italia y Eslovenia, cuando hasta hacía bien poco ellos mismos habían defendido la frontera y los criterios de división con burdos argumentos populistas. No hay nada en el mundo más viejo que un periódico del día anterior o que las palabras de un político. Ahora, de repente, todos ponían cara de inocentes y hablaban de *un futuro* y *una cultura*, defendían *un progreso* y *una paz* comunes.

—...y aquí llegan ya nuestras deportistas, nuestras campeonas internacionales y olímpicas que mantienen muy alto el renombre de Italia y Eslovenia en el mundo entero. Por favor, dejen paso a la carroza.

La carroza Esterházy, tirada por cuatro caballos lipizza—nos mansos como corderitos, avanzaba muy lentamente. Las rubias atletas lanzaban besitos con la mano a la multitud y se esforzaban por no olvidar la sonrisa obligada.

En la tierra de nadie entre ambos puestos de frontera habían instalado una carpita muy sencilla, y una pantalla gigantesca transmitía el acontecimiento a todos los que habían preferido apelotonarse en el exterior, donde el vino del Carso corría a raudales. Una oficina de correos ambulante vendía sellos especiales; más allá, una joven desafiaba al frío y se descubría de cintura para arriba: en un pecho llevaba pintada la bandera eslovena y en el otro la *tricolore*. Los dos cosecharon un gran aplauso. Más de uno de los asistentes pedía a los agentes de la antigua frontera que le pusiera un sello en el pasaporte, de recuerdo. Y como si hubieran recibido orden expresa, de pronto los agentes uniformados demostraban que sabían sonreír con amabilidad. Habían pasado décadas mirándose con recelo por orden de las autoridades centrales pero, esa noche, hasta ellos se tomaban un vino juntos.

En el centro de los dos carriles de autopista que se habían dejado abiertos a la circulación, un joven hacía ondear una bandera europea descomunal sobre los parabrisas de los coches en marcha... y lo hacía con mucho arte, al compás de la *Novena* de Beethoven. Cómo conseguía no acabar bajo las ruedas de ningún coche era un misterio; la posible respuesta era la cantidad de alcohol que llevaba en el cuerpo. Un tráiler se abría camino entre la multitud a paso de tortuga y apoyaba la sección de viento metal de la versión de Karajan del «Himno a la Alegría» con la bocina. Era una alegre y despreocupada fiesta popular justo antes de las Navidades que habría de prolongarse durante toda la noche.

Proteo Laurenti había subido al Carso por segunda vez en el día. Había reservado una mesa para toda la familia en la Trattoria Valeria, en la localidad de Opicina. Hasta Marco cenaba con ellos, para disgusto de su jefa y compañeros, que habían tenido que asumir

su trabajo. Pero la ocasión era especial, muy raras veces lograban reunirse la familia al completo. Y en Valeria servían una *jota* y un pollo frito de segundo que le gustaban mucho.

Después de cenar, los seis se apretujaron en el coche de policía de Laurenti para acercarse al lugar de la fiesta gracias a la luz azul que el comisario colocó en el techo. La abuela Immacolata lamentó no tener fuerzas para recorrer aquellos dos kilómetros de distancia a pie, pero la familia bromeó con que se dejara de excusas. Laurenti los dejó a todos al lado de la barrera y fue a aparcar cien metros más allá, en la tierra de nadie. No paraba de encontrarse con amigos y una vez incluso se tropezó con Marietta, demasiado escotada para aquella estación del año, con una copa de vino en una mano y su antiguo compañero, Sgubin, agarrado de la otra. Era evidente que el listillo de Sgubin había empleado sus recursos con éxito para librarse del turno de aquella noche en la vecina Gorizia. Y seguro que le necesitaban, pues también allí se había echado todo el mundo a la calle a bailar; al fin y al cabo, había sido la ciudad dividida más grande de Europa después de Berlín. Luego, justo delante de Laurenti, se bajó de la limusina azul marino del Ministerio el secretario de Estado, el mismo que tantas complicaciones había causado a Laurenti con la ceremonia oficial del sábado siguiente.

—¿Qué, Laurenti, también usted por aquí? —el secretario sonrió con su falsa sonrisa de político—. ¿Tienen todo controlado para la ceremonia de Rabuise? Supongo que puedo confiar plenamente en usted, comisario. Ya sabe lo importante que es esa ceremonia.

—No pensamos sino en la seguridad de los ciudadanos y sus gobernantes. Día y noche, señor.

Algunos de dichos ciudadanos, ya borrachos como cubas, los atropellaron sin el menor miramiento. El político miró a su alrededor con visible nerviosismo.

—¡Cuánta gente! —dijo como si le dieran miedo sus votantes—. ¿Dónde está la entrada principal de la carpa?

—Todos están muy ilusionados con el futuro, señor. Creo que se entra por ahí abajo —Laurenti tampoco lo sabía muy bien y señaló vagamente hacia la muchedumbre—. ¿Va usted a dar un discurso?

—Qué remedio.

Laurenti no podía creer que la gente estuviera esperando justo a que comenzara ese discurso, despidió al secretario con la mano, vio que su hija Patrizia le llamaba al móvil y descolgó.

—¿Dónde estás, papá?

—Voy para allá. ¿Dónde estáis vosotros?

—Justo en la entrada de la carpa. Esto está hasta arriba, y el programa no es nada del otro mundo. Mejor quedamos frente al puesto de vino caliente.

—Tú no puedes tomar alcohol, Patrizia. Piensa en tu hijo.

Diez minutos más tarde, la familia al fin lograba reunirse.

De vuelta del depósito de la policía criminalista, la inspectora Pina Cardareto pidió que el coche la dejara en la Via Valdirivo, frente al Buffet Rudy. Era hora de recuperar las

funciones normales de su estómago. Una larga barra atravesaba el salón y, sobre ella, entre carteles publicitarios de cervezas alemanas, una pizarra anunciaba los platos del día. Pina tardó en decidirse entre una *jota* y una cerveza bávara pequeña. Se sentó lejos de los otros clientes de la barra y se sacudió al tomar el primer sorbo de cerveza. Luego fue tomando la sopa a cucharaditas mientras reflexionaba sobre las cosas que había encontrado en el coche de Marzio Manfredi.

Los compañeros habían sacado cajas y cajas de medicamentos: anabolizantes, cortisona, analgésicos, adrenalina, anticoagulantes y cócteles vitamínicos. ¿Para qué querría aquellas medicinas diabólicas un especialista en animales muertos? Zerial, el patólogo al que había consultado por teléfono, tampoco había sabido explicarle para qué podían ser aquellas cajas. En el coche de Manfredi había más fotos de perros, además de un bastón corto de plástico con claras marcas de dientes que el jefe de la policía científica identificó como un *breaking stick*, un bastón que se usa en las peleas de perros para abrirles las mandíbulas haciendo palanca cuando no quieren soltarse.

Pina pidió otra cerveza pequeña y un bocadillo de callos de cerdo hervidos con una buena cantidad de *ren*, una pasta de rábano picante. Había descubierto aquel bulbo en Trieste. A la mini-inspectora calabresa le encantaba el picante que le hacía llorar los ojos y arder la nariz. Su estómago mejoró al instante.

Perros de pelea, pues. ¿Podían remitir a peleas de perros –ilegales, por supuesto– aquellos nombres con cifras detrás que había encontrado entre las notas de Manfredi? Nunca había oído hablar de nada semejante en Trieste. El domingo anterior, al recogerla del hospital para llevarla a casa, Antonio Sgubin, su predecesor en la comisaría de Laurenti, le había contado una historia que daba mucho que pensar. En Gorizia, un desempleado había sufrido unas heridas terribles por el ataque de su propio perro, un mastiff. Cuando, tras varias intervenciones quirúrgicas, se había encontrado en condiciones de prestar declaración a la policía, había reconocido que él mismo había entrenado al animal para atacar a otros perros. Con la gente, en cambio, el perro solía ser muy manso. Al parecer, las peleas tenían lugar en un sitio distinto cada vez, en el Veneto, en la Lombardía y también al otro lado de la frontera de Eslovenia y Croacia. Si alguien tenía un perro famoso, también recibía invitaciones en el norte de Alemania o en Holanda. Y el público siempre era de categoría: banqueros, grandes agentes inmobiliarios, médicos, notarios, funcionarios y proxenetas.

¿Quién podía hallar diversión alguna viendo matarse a dos animales? El hombre había reconocido a Sgubin que se ganaba la vida con las apuestas. Más no habían logrado sacar de él. Le pusieron una denuncia por maltrato animal y ahí quedó la cosa. Después de todo, ya había recibido su castigo, le había quedado la cara tan deformada que, en el futuro, hasta los mastines napolitanos le tendrían miedo.

Pina fue cojeando hasta la caja, apoyada en su bastón, pagó y salió. Había decidido no llamar a ningún coche patrulla a pesar del dolor en el talón, prefería ir caminando lentamente hasta la comisaría. Ahora que su estómago volvía a funcionar, notaba el alcohol. El aire fresco le sentaría bien.

Mientras cruzaba la Piazza Sant'Antonio e intentaba abrirse camino entre los puestos del mercadillo de Navidad, que ese año vendían una quincallería aún más barata que de costumbre, decidió entrar un momento en la gran carpa que ocupaba toda la plaza frente al Canal Grande: «Belén viviente», anunciaba una pancarta sobre la entrada. A esa hora, la carpa estaba casi vacía, las familias que iban a ver el belén estaban en casa comiendo. Pina pasó junto a ovejas y borricos, y junto a una vaca con unas ubres impresionantes que le recordaron a Marietta; una llama cuyas lanas se habían enredado en la paja le recordó al fiscal de la ciudad. Para no sobrecargar el pie herido, se detuvo un rato frente a un camello que la miró con ojos tristes, sin dejar de rumiar. Le recordó a Galvano, cuya cabeza gorda y cuyo largo cuello también parecía no casar con su cuerpo, y cuya mirada a veces se le antojaba igualmente vacía y misteriosa. Sólo faltaban San José, la Virgen y el Niño Jesús; también ellos se habrían ido a comer. Mirando al camello, Pina se preguntó si no sería buena idea, después de todo, consultar al viejo forense sobre aquellos medicamentos. El anciano había visto de todo a lo largo de su vida. Luego, Pina pensó en cómo iba a pasar ella las Navidades. Se había ofrecido voluntaria para cubrir los días festivos, pero sabía por experiencia que había más trabajo los días anteriores y posteriores. A menos que se confirmara la teoría de Galvano de que el mayor peligro del mundo es la propia familia.

Laurenti ya la esperaba impaciente cuando regresó a la comisaría a las dos y media. Sobre la mesa del jefe había una bolsa de plástico con dos botellas de vino envueltas para regalo que acababa de comprar en el Gran Malabar, el bar de su amigo Walter. Quería llevárselas a sus compañeros de Sežana, a quienes había anunciado su visita con objeto de informarse acerca de ese Goran Newman al que todos llamaban Duke. Y para informarles también a ellos de la amenaza de atentado que pesaba sobre él, pues no acababa de fiarse de Zampano, el gran jefe de seguridad de Roma.

El comisario miró el reloj en tanto la inspectora se dejaba caer sobre una silla y apoyaba la pierna en otra. Pina tenía la frente fruncida, era obvio que le dolía mucho el pie.

—Regalos de Navidad? —preguntó a su jefe.

Incluso la policía criminalista solía recibir regalos antes de las fiestas. A menudo eran de parientes a los que habían hecho algún favor especial, a veces también de antiguos detenidos que volvían a estar en libertad y querían conservar los lazos de amistad con la sección de homicidios. Marietta guardaba las tarjetas de felicitación y los regalos se llevaban a un punto de recogida en la planta baja para después enviarlos a residencias de mayores o instituciones benéficas similares.

—Son para los compañeros del otro lado de la frontera —respondió Laurenti—. No me gusta ir con las manos vacías.

—Pero si ya he hablado yo con ellos esta mañana —a Pina le daba apuro aparecer ahora otra vez y acompañada de su jefe.

—Siempre es mejor conocerse en persona —dijo Laurenti.

El atasco frente al puesto de frontera del lado italiano llegaba hasta la autopista. El

tráfico de camiones era muy denso, pues estaría prohibido durante cinco días a partir del sábado y, como habían estado en huelga, los conductores iban de un lado para otro como locos. Desde que las grandes industrias habían reducido los tiempos de almacenaje a unas pocas horas, aprovechando las carreteras como alternativa –a costa del contribuyente–, se tardaba más en todo. A los pocos minutos, Laurenti perdió la paciencia, bajó la ventanilla y sacó la mano para colocar la luz azul.

–En el fondo, es ridículo, dentro de nueve horas dejarán de existir estos controles, pero tienen que hacer honor a su fama de puntilleros hasta el último minuto. Me alegra pensar que nuestros nietos no nos entenderán cuando les hablemos de nuestro trauma con la frontera.

–A partir de mañana se endurecerán los controles antes de llegar hasta la frontera. Todo ese personal se traslada a los márgenes de ambos lados.

–Lógico, después de todo seguimos siendo una zona de tránsito para todos... y de toda suerte de cosas –Laurenti pensó en sus amigos del Carso, que se quejaban de la frecuencia con que ahora se hacían controles de alcoholemia por las carreteras. ¡Pero si allá, en lo alto de la meseta, los coches ni arrancaban si el conductor no llevaba al menos medio litro de vino en el cuerpo!

–En todo caso, nosotros pescamos a muchos más de esta forma –dijo Pina con satisfacción–. Los controles en los márgenes de la frontera siempre son más eficaces.

–Sobre todo con los lugareños... –gruñó Laurenti, a quien los conocidos en situación de perder los puntos del carné pedían ayuda a menudo, aunque él no tuviera competencia alguna en ese asunto.

Pina subió la escalera del puesto de policía esloveno a la pata coja junto a su jefe. Las dos botellas de regalo se habían quedado olvidadas encima de la mesa de Laurenti.

Mirko Rožman, el comandante del puesto de Sežana, era algo mayor que Pina y la saludó con especial amabilidad. Les presentó a los dos agentes de servicio, les mostró las dependencias policiales y propuso trasladar la conversación a una taberna vecina, porque era el único lugar donde podían charlar sin ser molestados. Allí pidió medio litro de vino e insistió en invitar.

–En el futuro tendremos que colaborar más a menudo que ahora, *signor* Laurenti –dijo Rožman–. La nueva legislación estipula que, en caso de persecución, cabe la posibilidad de penetrar hasta treinta kilómetros en territorio extranjero. Por supuesto, no sin avisar a nuestros homólogos. Hasta que todo el mundo se acostumbre, me temo que habrá algún que otro roce.

–Hasta el centro de Trieste ya hay menos distancia que ésa. Van a necesitar ustedes barcos –le interrumpió Laurenti–. Con lo cerca que están nuestras ciudades, si sus hombres penetran treinta kilómetros en Italia, aparecen en alta mar.

–Esperemos que nunca se dé el caso. De todas formas, le agradezco mucho que haya venido. En persona siempre es más fácil resolver las cosas. Por cierto, ¿está de servicio esta noche?

Laurenti le contó que ya tenía bastante trabajo con la ceremonia oficial del sábado, pero que esa noche subiría a Ferneti con toda la familia para disfrutar de los fuegos

artificiales.

—Goran Newman, a quien todo el mundo llama Duke... y mire que me gustan poco los apodos... —les contó Rožman por fin—, está muy bien vigilado, no se preocupen. No se muestra en público prácticamente nunca y, de hacerlo, siempre lo hace en compañía de su secretario Edvard, a quien no le falta cabeza. Lo conocemos desde hace mucho. Un currículu impecable y una formación de la que sólo los mejores pueden presumir. Y al mismo tiempo es todo un misterio para nosotros, igual que su jefe.

Laurenti dio las gracias a Mirko Rožman y le invitó a devolverle la visita en Trieste. Ninguno de los dos sospechaba lo pronto que volverían a encontrarse.

Edvard había salido al patio de la finca para recibir al comisario y su inspectora y después conducirlos por un largo pasillo de paredes adornadas con cuadros de *pop-art* de gran formato y del que salían los despachos de sus empleados: gente joven vestida a la moda y, por lo general, de habla inglesa, todos con varios monitores sobre el escritorio y constantemente enganchados al teléfono. Ni siquiera miraron a los visitantes. Por último, Edvard acompañó a los dos policías hasta una sala que también rebosaba de arte moderno y, además de los cuadros, tenía cuatro gigantescas pantallas en la pared. Había una mesa de trabajo con unos pocos papeles y, en un rincón, una pequeña estatua de mármol que Laurenti enseguida reconoció como una imagen de la diosa romana Ceres. En este caso, el escultor la había representado con todos sus atributos: la serpiente, la corona de espigas, las amapolas, el cuerno de la abundancia y la antorcha. Ceres, la diosa de la agricultura y del crecimiento, del matrimonio y de la muerte... y también la diosa legisladora, gracias a su poder sobre los recursos naturales.

Duke les pidió que tomaran asiento. Edvard se quedó de pie detrás del sillón de su jefe; al lado de éste se sentaba Vera, a quien Duke presentó como su ayudante de máxima confianza y cuya mirada hablaba por sí sola. Todos se trataban de tú y por el nombre de pila, como si estuvieran en el estado número cincuenta y uno de los Estados Unidos.

Antes de comentar la noticia que había motivado la visita del comisario, Duke preguntó a Pina cómo se encontraba, y el comisario observó los guantes de seda gris que el millonario no parecía quitarse ni en la ducha. Algunos de los cuadros de las paredes le eran conocidos: Lichtenstein, Ro-senquist, Noland y Elsworthy. Sólo eso ya valía una fortuna. Y lo que se veía titilar en las pantallas ya daba cierta idea del potencial económico de aquel imperio. Y todo en un pueblo de mala muerte, lejos de cualquier gran ciudad, donde parecía más plausible imaginar un ambiente semejante. Pina, por su parte, se sentía aliviadísima de que su Sedem no hubiera salido a su encuentro en la silla de ruedas una vez cerradas tras ellos —como por arte de magia— las dos hojas del portón de entrada.

—¿Qué me dice? ¿Un atentado contra mí? —la voz de Duke sonaba dulce, pero se percibía una ligera tensión en las comisuras de sus labios.

—En interés de su seguridad personal le aconsejo que renuncie a participar en la ceremonia de Rabuise —Laurenti depositó algunas copias de las fotografías sobre la mesa—. Estas imágenes lo dicen todo.

Duke las miró una por una.

—¿Sabría decirme dónde fueron tomadas? —prosiguió el comisario.

—Esto es el aeropuerto de Zúrich. Esto es Múnich, la entrada del Bayerische Landesbank. Hace un año más o menos, ni siquiera sabía que la prensa económica había informado de esta visita mía. Esto es Londres, la sede de mi empresa. Y las otras no sé. Edvard, ¿tú te acuerdas de estos sitios? —Duke pasó las fotos a su secretario.

—Es difícil protegerle si no tenemos idea de quién le amenaza. En la ceremonia se esperan setecientos cincuenta invitados, muchos de ellos irán con chófer. Súmeles cien periodistas. Los de la televisión traen cámaras y técnicos de sonido. Son más de mil personas.

—No pienso amilanarme bajo ningún concepto —dijo Duke—. Mire, comisario, yo me paso la vida viajando. A nadie se le puede proteger las veinticuatro horas del día. Si no es en Rabuise, será en otro sitio. Y, desde luego, prefiero la ceremonia oficial, en la que habrá fuerzas de seguridad por todas partes. Si pasa algo allí, será muy fácil atrapar al autor. Dígame una cosa, ¿por qué ha venido usted en lugar de sus colegas eslovenos?

—También están informados, *signor* Newman...

—Duke. Llámeme Duke, por favor, como todo el mundo. Es más sencillo. Como los italianos no sabéis inglés...

—Como quiera, *signor* Duke.

—¡Duke sin el *signor*!

—Mis compañeros ya están al corriente. Venimos del puesto de policía de Sežana, y por lo que respecta a la ceremonia oficial, nuestra colaboración es sumamente estrecha. El hombre al que le encontramos estas fotografías fue asesinado. Hace dos días. En el último tren de Venecia a Trieste. Llevaba una maleta enorme que contenía sesenta y cinco kilos de caviar ruso. Lo empujaron fuera del tren, lo estrangularon y lo tiraron por un puente. La maleta desapareció. Soy yo quien se ocupa del caso. Y soy amigo de los caminos directos.

—En eso coincidimos —dijo Duke—. Pero no tendrá autorización para investigar a este lado de la frontera.

—Pero sí para charlar —objetó Laurenti. Sabía que sólo avanzaría si averiguaba algo de los negocios de aquel hombre. Pero bastaba con echar un vistazo a las pantallas de la pared: negarían cualquier relación con aquella maleta—. Se trata únicamente de su seguridad —el comisario se puso en pie—. ¿De veras no le dice nada esta banda «Istria libera, Dalmazia nostra», Duke? Opera en Croacia y ha hecho saltar las alarmas al exigir que se acabe con las cabezas de ciertas grandes operaciones de compraventa de terrenos a lo largo de la costa.

Esta vez respondió Vera, que hasta entonces había seguido la conversación en silencio.

—Sí que habíamos visto el sello, comisario, pero de verdad que no nos dice nada. Con Croacia no hacemos negocios, no merece la pena —luego señaló las cuatro pantallas en las que permanentemente se actualizaban las cifras—. Nuestro interés se centra en las bolsas de Singapur, Londres, Tokio, Frankfurt, Nueva York, Milán, etcétera. Por eso no vemos ninguna relación con su caso. Aunque no me cabe duda de que usted sabrá resolverlo,

comisario.

—Valoro su preocupación, Laurenti —Duke se levantó también y le tendió la mano enguantada—. ¿Sabe? He llegado muy lejos en la vida, y por eso ahora hay gente que me envidia o que incluso me odia. Pero lo mejor que he conseguido es vivir aquí arriba, lejos del punto de mira, y no tener que aparecer en público más que en contadas ocasiones. Esa ceremonia es importante y por eso asistiré a ella pase lo que pase. Es un símbolo de la convivencia, un punto final a todos los problemas del pasado y también un camino que se abre hacia el futuro. La economía se verá beneficiada, aunque ahora mismo los indicios en todo el mundo no sean de color de rosa. Tengo experiencia en estas cosas. Mire a su joven compañera, ella y los de las generaciones aún más jóvenes serán quienes más se beneficien—. Pina —añadió, volviéndose hacia la inspectora—, a Sedem le gustaría mucho verla. Espero que no tenga prisa. Además, está de baja. Por favor, concédale ese deseo a mi hijo. El muchacho pasa tanto tiempo solo... y tengo la impresión de que le ha cogido a usted mucho cariño. Su chófer la llevará de vuelta a casa más tarde.

Roja como un tomate, Pina se puso de pie e intentó inventarse una excusa. Con eso sí que no había contado y, cuando Laurenti la animó a quedarse con un guiño, se le quebró la voz.

—Hoy no nos queda nada por hacer, inspectora —dijo el comisario—. La fiesta popular en el paso de Ferneti tendrá a todo el mundo más que entretenido. Quédese y disfrute de una buena cena, le sentará bien.

Le dio unas suaves palmaditas en el hombro y dejó que Edvard lo acompañara a la salida.

—Mañana llega un encargo de Londres, Edvard. No quiero que Sedem se entere. Es un cuadro detrás del que llevo mucho. Que el transportista no se vaya de aquí hasta comprobar que está en perfecto estado. Y llámame en cuanto lo hayáis desempaquetado.

El secretario miró a Duke con gesto interrogante.

—Mario Schifano, *New York City 65* —dijo Duke con satisfacción.

Había comprado el cuadro en una subasta de Londres por trescientas mil libras y quería regalárselo a su hijo por Navidad. Todos los cuadros de aquella finca pertenecerían a Sedem en un futuro.

—Por cierto, enhorabuena. Hiciste un buen trabajo. ¿Sabes dónde fue a parar la maleta de caviar de la que hablaba el comisario?

—Bajó del tren en San Dona. En Quarto d'Altino subió un hombre que despertó a Manfredi, que roncaba tan alto que no dejaba oír ni la megafonía del tren. En los doce minutos de trayecto hasta San Dona se pelearon a voz en grito, sin prestarme ninguna atención, y eso que iba sentado justo detrás. Debieron de pensar que un cura es inofensivo desde todo punto de vista. El caso era que Manfredi llevaba dos días de retraso. El otro le esperaba para el domingo y le dijo que era un ludópata irresponsable e imbécil y que su pasión por las peleas de perros acabaría costándole la vida. Por lo visto, Manfredi había perdido varias veces seguidas y, tras cada fracaso, había ido subiendo las apuestas —Edvard se apoyaba en el quicio de la puerta en actitud relajada, con las manos

en los bolsillos—. Es increíble la cantidad de idiotas que andan sueltos por ahí.

—¿Peleas de perros? —preguntó Duke—. Pues fue un perro de pelea el que mordió a ésa, a la nueva amiguita de Sedem.

—Manfredi no pudo tener nada que ver. Estaba en Ancona.

—¿Y qué pasó después?

—Los dos se pusieron a gritarse como posesos. En fin, a esas horas los trenes van casi vacíos. El otro... Manfredi le llamaba «capullo» y nada más, ni idea de su verdadero nombre... protestó de lo difícil que había sido pasar la mercancía por la aduana, porque ahora está prohibida la importación. Era un encargo en común de tres hosteleros de Cortina d'Ampezzo y, por culpa del retraso, habían perdido las ganancias de dos días. Y también le soltó si creía que la gente guay comía cocaína a falta de caviar. Necesitaban las dos cosas.

La mirada de Duke reflejaba compasión. No podía soportar los sitios que la gente visitaba con el único fin de gastar mucho dinero y ser vistos donde van los demás. Eso no era para él. En los últimos tiempos tan sólo se había visto obligado a aceptar una invitación una vez. Había viajado a Kitzbühel para encontrarse con un millonario ruso de treinta y cinco años que vivía a caballo entre Moscú y Londres. Duke regresó a su casa en cuanto acordaron una estrategia de inversión eficaz para expedir unos certificados que, en una semana, harían subir el precio de una variedad de trigo llamada «Soft Red Winter Wheat» en el Mercado de Opciones de Chicago en un sesenta y nueve por ciento. Duke conocía al tipo de personas que iban a esos sitios a derrochar el dinero que se embolsaban como brillantes gestores de empresas que no eran suyas y de las cuales, antes o después, les invitaban a despedirse con una suculenta indemnización. Esto solía suceder después de haber puesto a la empresa en serias dificultades y causado pérdidas importantes, con lo cual también se dejaba al correspondiente sucesor una primera tarea ingrata: el despido en masa. Todas aquellas personas dependían unas de otras, casi como los fieles de una secta, y los lugares donde pasaban sus vacaciones eran su templo. Para el gusto de Duke, eran demasiado ostentosos y hacían un ruido innecesario.

—¿Y por qué esperaste hasta Trieste? —preguntó Duke finalmente.

—Así resultó perfecto. Si hubiera actuado antes, me habría visto obligado a abandonar el tren. Su foto y sus huellas estaban en los ficheros de la policía de todas maneras.

—Se lo pusiste bien fácil, llevaba la documentación encima.

—Ésa era la idea. De otro modo ¿cómo iban a enterarse tan pronto los que le habían encargado el trabajo?

—Seguro que ahora se los llevan los demonios. Lo que me intriga es si persistirán en sus intenciones y encontrarán un sustituto para el tal Manfredi en el poco tiempo que les queda. Si calculo bien, su situación es bastante desesperada. El sábado lo averiguaremos.

—No te preocupes, mientras yo esté a tu lado no te pasará nada —dijo Edvard con una sonrisa diabólica.

—No lo olvide, Pina —dijo Duke—, cuanto más se escucha una pieza, más se penetra en el alma del músico. Por ejemplo, de los *Sun Bear Concerts* de Keith Jarrett, lo que suena

de fondo, conozco cada nota. «Think of your ears as eyes», decía Jarrett: imagina que tus oídos fueran ojos.

Estaban todos juntos sentados a la mesa; la abuela Sonjamaria, al igual que la noche anterior, bajo el cuadro de Fernand Léger y Duke enfrente, en la cabecera opuesta de la enorme mesa en la que habrían cabido tres veces más comensales. El ambiente era distendido, Duke no paraba de hablar de música. Pina no conocía a casi ninguno de los compositores e intérpretes, pero estaba impresionada ante la pasión que sentía aquel hombre. Si Sedem no le hubiera hablado tanto de su padre y no lo hubiera visto ella misma en su despacho un rato antes, jamás se le hubiera ocurrido que Duke moviera miles de millones en los mercados financieros.

Su propósito de dejarle bien claro a Sedem que su acercamiento de la noche anterior no había sido más que un desliz no se había llevado a cabo. Pina seguía convencida de que no podría surgir ninguna relación seria de su particular «escena del sofá», pero el sentido del humor del joven la animaba y su actitud calmada no la agobiaba. El propio Sedem le había explicado con toda franqueza que practicaba el sexo casi como una lesbiana. Tampoco era para tanto lo del sofá, pues, dado el grado de parálisis de Sedem, de cintura para abajo tenía los movimientos muy limitados.

Sedem sencillamente desmontaba todos los argumentos que Pina había logrado elaborar a lo largo de la tarde. Ella estaba indefensa ante la amabilidad del joven.

También la abuela se comportó de un modo más civilizado aquella velada, elogió la sopa de pescado y el rodaballo al horno que había preparado la cocinera. Y Duke siguió hablando de música con su voz dulce y nunca demasiado alta, pues Sedem y él habían establecido hacia mucho no tratar temas que acabaran alejándolos.

—A Keith Jarrett lo conocí gracias a Chet Baker en Nueva York. Es dos años más joven que yo. Y me presentó a Airto Moreira, el percusionista brasileño —comentaba Duke.

Al instante, su madre le quitó la palabra:

—Pues yo conocí a Louis Armstrong, tú acababas de cumplir dos años por entonces. El veinticuatro de octubre de 1949 dio un concierto en el Teatro Rossetti de Trieste, y Velma Middleton cantó con él. Y luego fui amiga de John Hendricks, Thelonius Monk y Gerry Mulligan.

—Sí, mamá, y si los rumores son ciertos mantuviste una relación con Duke Ellington que le endulzó sus últimos años de vida. En los descansos de los conciertos le tocabas solos de flauta en el camerino.

—¡Eso es una obscenidad! Deja de decir esas cosas, es todo mentira —la anciana hizo un gesto de rechazo con la mano—. Sobre los buenos siempre se inventan todo tipo de guarrerías.

Duke se volvió hacia Pina.

—Tras la muerte de mi padre, mi madre pasó cinco años conmigo en Estados Unidos y, en efecto, conoció a todo el mundo. Eso sí que es cierto. Le gustaban los músicos, no le faltaba dinero, en ganas de divertirse no la superaba nadie y era tan atractiva que siempre iba rodeada de una manada de gatos en celo. En el fondo, estaba muy a gusto en América. Pero de un día para otro cambió de opinión y quiso volver a Europa. A la

Yugoslavia socialista, precisamente. A este pueblo. El mariscal Tito aún vivía. Lo que de verdad pasó no se lo ha contado a nadie hasta el día de hoy.

—Duke tenía setenta años y era todo un *gentleman*, Goran. No era ningún cerdo. No pasó nada. Ya está bien de provocarme con ese tema. ¡Y, para colmo, delante de la señorita!

A Pina le había llamado la atención que la anciana siempre llamaba a su hijo y a su nieto por sus nombres de pila.

—Cuando me presentó a Jarrett, Chet Baker había perdido muchos dientes por culpa de su adicción a la heroína —siguió contando Duke sin responder a su madre—. Y cuando huyó a Italia en 1959, lo metieron dos años en la cárcel por falsificar recetas médicas. Pero luego grabó su mejor álbum en Roma. *Chet Is Back*, del sesenta y dos. Con el postre os lo pongo.

—¿Por qué tu padre siempre lleva guantes? —preguntó Pina a Sedem cuando se quedaron solos después de la cena.

—Una manía. No te preocupes, no es nada contagioso. Tiene miedo de quemarse los dedos —dijo Sedem en tono conciliador—. Siempre lo he visto así y no le presto demasiada atención. Pero cuéntame de una vez por qué te hiciste policía. Tienes talento para cosas muy distintas, la pintura, el teatro...

—Esas cosas sirven para relajarse, pero no para ganarse el pan —nadie la había preguntado nunca por qué había elegido su profesión. La gente solía dar por supuesto que, cuando alguien quería ser policía estaba motivado por una especie de ley natural.

—¿Y por qué policía? —Sedem se acercó a ella en la silla de ruedas.

—Cuando tenía seis años, mi padre murió en un tiroteo. Fue durante la contienda de Motticella —Pina no había hablado de aquel tema en años—. Un ajuste de cuentas entre dos clanes de la 'ndrangheta. Ya sabes que soy de Calabria. El pueblo donde nací se llama Africò, tendrá poco más de tres mil habitantes y está justo en la punta de la bota de Italia, en la Costa dei Gelsomini, la costa de los jazmines. En los pueblos de esa zona siempre hay un capo local que dirige su clan y a menudo está en guerra con otros. En nuestro pueblo había dos clanes cuyas reyertas y ajustes de cuentas costaron la vida a más de cincuenta personas a lo largo del año 1983. Mi padre fue una de ellas.

—¿Era uno de los capos?

—No, mi padre era policía y se las arreglaba como podía —Pina rió ante aquella pregunta, pero luego carraspeó y su voz volvió a sonar seria—. Cayó en una emboscada en Buzzano Zeffirio, un pueblecito del interior que queda de camino a Motticella, el pueblo que da nombre a la reyerta. Lo cosieron a balazos, como suele decirse. A él y a dos compañeros. La muerte de mi padre no se ha esclarecido todavía, con el tiempo que ha pasado.

—¿Y los capos siguen siendo los mismos?

—No, después se hizo con el timón Giuseppe Morabito, apodado «Tiradrittù»: el que nunca falla un disparo. Bajo su mando se limó la rivalidad entre las familias, lo cual tampoco significa, ni mucho menos, que se cometieran menos crímenes. Todo lo

contrario. Morabito llegó a ser uno de los criminales más buscados del país, su familia se hizo muy fuerte en el tráfico de drogas con Colombia, Perú y Argentina, es muy probable que hoy en día continúen metidos en ello. Y, sobre todo, muy pronto buscó el contacto con la nueva mafia de los Balcanes y con las redes chinas, y así hizo negocios aún mayores. No hubieran prosperado tan deprisa sin la ayuda de los clanes ya establecidos. La colaboración tiene mucho éxito y, entretanto, la *'ndrangheta* se ha extendido por toda Europa. En Alemania, por ejemplo, se sienten como en casa y tienen los mejores contactos con las altas esferas. A Morabito lo pillaron hace tres años, por lo visto tenía más peso que Provenzano, el último padrino de Sicilia. Claro que ahora la *cosa nostra* y la *'ndrangheta* incluso trabajan juntas en algunos sectores.

—¿Seis años dices que tenías entonces? —Sedem le acarició el cabello y la rodeó con sus brazos—. Sigue contándome.

—Mi madre es farmacéutica. Yo prácticamente me crié con mis abuelos. En mi pueblo no hay más que dos salidas: o te sometes o, si estimas en algo tu vida, te marchas. Pero para marcharse hay que tener dinero o una profesión. Por eso me hice policía. Ahora me gustaría volver al sur. En mi trabajo, el sur es mucho más emocionante y nos necesitan más que en ciudades como Trieste, donde la cifra oficial de homicidios no resueltos en los últimos sesenta años es de trece casos nada más. Si todo sale bien, con el próximo ascenso ya me trasladan. Reggio Calabria sería lo mejor, la zona montañosa me gusta mucho más. A lo mejor algún día incluso consigo detener a los asesinos de mi padre.

—Yo espero que aún se demore un poco el tema del traslado... —dijo Sedem—. Te echaría de menos. Claro que, en cualquier momento, puedo coger un avión para hacerte una visita.

—Y cuando abran la frontera ya tampoco necesitarás visado —Pina observaba a Sedem fijamente. No quería perderse ninguna de sus reacciones.

—¿Visado? —preguntó Sedem sorprendido.

—Eres ciudadano americano, ¿no?

—¿Me has investigado?

—No. Me enteré por casualidad.

—Mi permiso de residencia es válido para toda Europa. No hay problema con eso. Mi padre tampoco tiene pasaporte esloveno. Adoptó la nacionalidad americana después de que su padre biológico le reconociera. Por otra parte, eso no fue ninguna ventaja para Duke, porque en 1969 lo reclutaron y lo enviaron a luchar en Vietnam. No habla mucho del tema, pero la abuela dice que desde entonces lleva siempre esos guantes. En fin, dejémoslo. En cualquier caso, hay una cosa que me gusta especialmente de nosotros —Sedem miró a Pina con una sonrisa radiante—. Te hiciste policía porque crees en la justicia. Eres idealista y no temes comprometerte por ello. Es justo lo mismo que hago yo con Sedem Seven Continents.

—¿Con qué?

—Con mi empresa.

—¿Y por qué «siete continentes»? Yo sólo conozco cinco.

—Los otros dos son para mí: Educación y Futuro. El dinero que invierto se destina

exclusivamente a esos fines. Quien carece de educación es más fácil de dominar y de engañar. Y jamás sabrá alimentarse por sus propios medios. ¿A qué crees que se debe esta repentina explosión de los precios de las materias primas?

—La demanda en Asia, el biocombustible —Pina estaba al corriente de lo que decían los medios de comunicación.

—¿Y por qué no han subido los precios poco a poco sino de golpe?

Pina se encogió de hombros, nunca se le había ocurrido pensarlo.

—¿Y qué hay de los alimentos? Ya verás como, en breve, se autorizarán variedades de cereales sometidas a manipulación genética en todo el mundo. Ése es el objetivo final, aunque no cambiará en nada el problema del hambre. Sólo cambiarán las ganancias de las empresas que posean las patentes de esas variedades. A ver, Pina, ¿cómo definís los policías el crimen organizado?

—Es la alianza de varias personas que cometan crímenes por afán de lucro o de poder —Pina se preguntó adónde querría ir a parar Sedem—. Buscan determinados sectores para hacer negocios que les ofrecen un amplio margen de beneficios, cuentan con una organización profesional, proceden de manera estratégica, se ayudan unos a otros y utilizan determinados códigos para comunicarse. Y la organización procura evitar situaciones desagradables a sus miembros mediante la violencia.

—¿Y qué son la falsificación de balances, la corrupción, los valores de efecto negociable y la estafa de divisas, los negocios tapadera, la endogamia comercial, los acuerdos sobre los precios y todas esas cosas que se ven en los bancos o en las industrias? ¿Acaso no son lo mismo?

—Eso es crimen financiero.

—Ya, pero son delitos que no puede cometer una persona sola. En Parmalat, por ejemplo, desparecieron miles de millones y la investigación que hay abierta apunta a más de veinte gerentes. Y piensa en Enron o Worldcom, en Stear Bearn o JP Morgan en Estados Unidos, en la BAWAG de Austria, la Société Générale y Vivendi en Francia, USB en Suiza, luego Volkswagen, Flowtex, Mannesmann o BMW en Alemania... En Siemens están investigando a varios cientos de gerentes, imagínate.

—Pero no se puede medir todo por el mismo rasero —protestó Pina—. Depende del delito. Para la bancarrota ficticia, la falsificación de balances o la estafa hay penas legales establecidas. La mafia, sin embargo, paga a ciertos abogados, compra testigos o los liquida directamente; los investigadores y periodistas incómodos corren el mismo riesgo. Además, también intenta sacar de la cárcel a sus miembros.

—Pues yo soy de la opinión de que, en el sector financiero, tampoco se logrará controlar nada sin analizar el tema de la formación de bandas y del crimen organizado. Cuanto más sonada es una estafa, más fácilmente se libran los acusados.

Se llega a un acuerdo con el fiscal, se devuelve una parte de la cantidad estafada y se cierra el procedimiento. Si acaso cae alguna fianza, a la cárcel es difícil que vaya ninguno.

—El pueblo se quita el sombrero ante los grandes ladrones porque demuestran lo fácil que es amasar una gran fortuna —dijo Pina—. Así son los nuevos forajidos que se ganan

las grandes simpatías de la gente. Billy el Niño o Bonnie & Clyde no tendrían ningún éxito hoy en día.

Sedem se sintió reforzado en sus opiniones.

—Al contrario que quienes boicotean la democracia con sus acuerdos. Fíjate lo ansiosos que están los peces gordos de la economía por hacerse fuertes en lugares de producción donde la democracia tiene pocas perspectivas: en Rusia o en China, por ejemplo. Cabe sospechar que esos jefazos juegan con cartas marcadas.

—Esas redes de interdependencia han existido siempre, no son nada nuevo. Las cosas no son tan terribles como tú las ves —ahora era Pina quien acariciaba el pelo y la mejilla de Sedem—. Eres un auténtico idealista, Sedem, pero estas teorías son muy audaces.

—Lo serían si fuesen meras teorías. Mira, sólo contra Berlusconi se han abierto, entre 1994 y 2006, setecientas ochenta y nueve investigaciones. Según los datos que él mismo ha proporcionado, el asunto le ha costado ciento setenta y cuatro millones de euros, catorce millones y medio al año, cuarenta mil euros al día. ¿Cuánto ganas tú, Pina?

—Ya, pero una declaración de libertad es lo contrario de una condena, Sedem. Si llamas gángsters a esas personas, podría caerte una denuncia por calumnias de inmediato.

—Para mí son piratas de la democracia.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Pina porque Sedem se echó a reír de repente.

—Tu tono de voz cambia por completo cuando hablas de tu profesión —dijo Sedem.

Poco después de las once, el chófer llevó a Pina de vuelta a Trieste. Acordó con Sedem que al día siguiente se llamarían para quedar. Esta vez, el Maserati tardó más de una hora en recorrer aquel trayecto tan corto. En el paso de Ferneti, varios miles de personas que celebraban la inminente apertura de la frontera obstruían la carretera casi por completo. También Laurenti y su familia debían de estar por allí, entre la muchedumbre.

Junto al abismo de Trebiciano

Hemos llegado hasta aquí por un camino de grava con profundos baches que salía de la carretera principal, a la entrada del pueblecito de Trebiciano, pasando por el descenso hasta la cueva de trescientos veintinueve metros de profundidad en cuyo fondo, con el paso de los milenios, las aguas subterráneas del río Timavo han formado un gigantesco paisaje de dunas. Paramos al borde de la dolina Conca d'Orle, que queda dividida en dos por la frontera entre Eslovenia e Italia y lo bastante alejada de cualquier pueblo de los alrededores como para que allí nadie haya podido oír nada de la convention. Mi amo sabía que, para los grandes eventos, los organizadores eligen siempre lugares muy recónditos que ofrezcan suficientes vías de huida y en los que resulte muy difícil definir a qué fuerzas del orden competen. Los encuentros se mantienen en el más alto secreto y los participantes están acostumbrados a que, al principio, no les indiquen más que muy vagamente adónde deben dirigirse. También mi amo recibió la llamada con la descripción exacta con muy poco tiempo. El absoluto secreto es la regla número uno; no dar tiempo a que las autoridades puedan preparar siquiera un contragolpe, la número dos. Hay millones en juego.

—Es la pelea estrella de la noche. Y es la noche en que van a cruzarse todas las fronteras.

De repente, se hizo el silencio. La voz del organizador es áspera, ha anunciado ya otras cinco peleas esta noche. El hombre suda, la luz de los faros de los coches se refleja en sus gafas de sol, el vaho de su aliento se ve como humo alrededor de su boca cuando habla. Sobre el ring hay un gran reloj con segundero. Son las doce menos cuarto.

—Lo que han visto hasta ahora no es nada en comparación con lo que verán esta noche. Un espectáculo como éste sólo se ofrece cada varios años. Los más veteranos de ustedes recordarán el duelo entre Orka y Nero en 2002, en lo que llaman el «triángulo sulfúrico» que se forma entre Polonia, Chequia y Alemania. Aquella noche, la pelea duró cinco horas y treinta y ocho minutos. La cuota para el ganador, Nero, ascendió a cuatrocientos treinta y cinco mil dólares. Piénsenlo a la hora de hacer sus apuestas. Esta noche presentamos un espectáculo todavía más sensacional. Las dos máquinas de

pelear son: Argos, veintinueve peleas, peso: veintiséis kilos novecientos veinte gramos, campeón invicto de Hamburgo, valorado en doscientos ochenta mil euros, contra Mr. Spock de Sarajevo, hasta el momento veinticuatro victorias, veintiséis kilos novecientos cincuenta gramos, valor estimado en doscientos cincuenta mil. La partida para cada uno son cincuenta mil euros, que ya se abonaron hace tres meses. La apuesta mínima de esta noche son diez mil. Pueden apostar al ganador o a la duración del combate. O si el perdedor saldrá vivo o muerto. Ahora, apaguen las luces de sus vehículos.

La agresiva luz de un foco que cuelga de un cable entre dos árboles ilumina el ring. Detrás de la mesita de camping donde el contable clasifica el dinero y hasta cuya pizarra llega justo el borde del haz de luz del foco hay tres hombres de pie, tres tipos musculosos y de hombros muy anchos cuyas chaquetas se notan abultadas por las armas de gran calibre que llevan. Tal y como está anotado en la pizarra, el dinero de la mesa corresponde a las apuestas que se han hecho hasta el momento: una suma de cuatrocientos doce mil euros. Otros dos tipos musculosos circulan entre el público, admiten nuevas apuestas y extienden recibos. A voces, dictan las cantidades al contable, y su tiza chirría sobre la pizarra.

Todo son hombres, de todas las edades y vestidos de las más diferentes maneras. Por las matrículas de sus coches se deduce que vienen de diferentes países de Europa, se entienden en inglés y no pueden disimular sus acentos.

—Hagan sus apuestas, friends, a las doce en punto se cierra la oficina. A las doce en punto comienza la función.

Se enciende, de pronto, un generador, y nos conducen hasta el ring, de cuatro por cuatro metros, delimitado por tablones bajos y recubierto con una lona blanca llena de manchas de sangre. Antes de nosotros ya han peleado otros. No pierdo de vista a mi rival ni una fracción de segundo, y él me observa a mí. Es un pitbull-terrier, igual que yo, pero su pelo no es blanco y marrón como el mío sino todo blanco y deja traslucir la piel rosa. Tiene una larga cicatriz en el flanco izquierdo, otra en el cuello y otra entre las orejas. Me mira fijamente. También él ve las huellas de mis otras peleas, las cicatrices que llevo como una condecoración.

Una línea, la scratch-line, corta el ring en diagonal, y un semicírculo indica el rincón que me corresponde. Me quitan la toalla. Karol, mi amo, me sujetó hasta que dan la señal.

—Face them.

Karol me hace dar media vuelta para quedar de frente al ring.

El otro me tiene enfilado. Su amo ha ganado en el «cara o cruz». El tiene que cruzar la scratch-line primero, hasta entonces no me pueden soltar a mí. Es un momento crucial. Se me echará encima como un rayo y, si es demasiado rápido, le esquivaré ligeramente y le pillaré antes de que haya recuperado el equilibrio. Pero como sea él quien marque el ritmo, lo crucial será quién muerde primero.

No siento el dolor, para eso me entrenaron desde muy pequeño. Y no conozco la compasión cuando otro se somete ante mí. Antes, cuando intentaba escaparme, me

castigaban. Electroshocks y patadas. Y si mostraba clemencia también. Un perro en posición de sumisión no hace honor a su amo ni le deja en buen lugar. Karol me elogia cuanto más agresivo soy. Y cuando cumple bien con un cometido, el siguiente es más difícil. No busco el contacto social con otros perros, me lanza a morder de inmediato, a ser posible en la cabeza o en el hocico. O en el pecho, puesto que soy un chest dog. He visto demasiadas veces cómo tratan a los perdedores. Los matan de un martillazo, los ahorcan del primer árbol del camino, o los riegan con gasolina y los queman vivos. En mi interior late el ansia de atacar como en otros el corazón. No se puede convencer a nadie para atacar si no lo lleva dentro. Y estoy bien preparado. Mi amo sólo puede entrar en el ring cuando el árbitro nos separa porque nos hemos quedado enganchados, cada uno con los dientes clavados en el rival, o cuando nos dejamos de atacar por puro agotamiento. O cuando fallo en el mordisco y uno de mis colmillos se clava en mi propio belfo. Me introducen una pequeña vara a lo largo de la encía para liberar el belfo, me llevan de vuelta a mi rincón y comienza el siguiente asalto. Las reglas son inquebrantables.

El segundero se acerca a las doce y el árbitro grita:

—Let go!

El blanco cruza la scratch-line corriendo. Karol me suelta de inmediato. Le clavo los dientes en el hocico e intento hacerlo caer al suelo con el peso de mi cuerpo. Es fuerte, se suelta de un tirón, sangra pero vuelve al ataque. Le muerdo otra vez, ahora le he hincado más los dientes, lo zarandeo, él da un salto y me hace retroceder, se gira y se queda a mi lado, pero entonces ladea la cabeza y el cuello y tienen que interrumpir la pelea. El árbitro se acerca, grita «New turn!» y me desliza el breaking-stick entre las mandíbulas. Karol me lleva otra vez al rincón. Se apresura a lavarme con una esponja, luego escuchamos la voz del árbitro gritando «Fifty seconds!» y mi amo me hace girar hacia el ring.

El árbitro baja el brazo cuando ha pasado el tiempo exacto. El primer asalto dura más de media hora, en cada ataque los espectadores rompen a aplaudir y nos aclaman con gritos frenéticos. Únicamente Karol y el otro amo tienen prohibido darnos ninguna orden. Tienen que permanecer fuera del ring y esperar la señal del árbitro antes de entrar.

En el segundo asalto me toca salir a mí. Sueltan al otro antes de haber llegado yo a cruzar la scratch-line, pero el árbitro no reacciona. En el exterior del ring, el público abuchea a quien se ha saltado las reglas. Alguien lanza una botella que va a caer y se hace añicos junto a la mesa del contable. Esta vez es más rápido el blanco, me clava los dientes en un flanco, él es un stomach dog, pero consigo arrastrarle al suelo y le hincó los dientes en una pata trasera. El se revuelve sin soltar los dientes de mi flanco y me hace caer a mí. Yo me retuerzo hasta ponerme de pie y lo arrastro por el ring. Luego, nos quedamos quietos, ninguno suelta al otro, tienen que venir a separarnos y conducirnos a nuestros respectivos rincones.

El blanco cojea. Yo pierdo sangre por la herida del flanco y él por la pata y por una oreja. El siguiente scratch lo empieza él. Me vuelve a morder en el flanco. Yo aparto el

cuello y la cabeza de él. Le abren las mandíbulas haciendo palanca, me mandan al rincón y me vuelven a soltar enseguida. Esta vez soy yo quien le muerde en el pecho, hundiendo bien los dientes en la carne. Se pone a dos patas de dolor y aúlla. Algo atípico en un luchador, pues las manifestaciones de dolor son lo primero que nos enseñan a reprimir, luego las drogas hacen el resto. Entonces se recompone, me atrapa por las patas de atrás y me tira al suelo. Yo no le suelto. El me muerde una pata delantera y me quiebra el hueso con un chasquido. El clamor del público cada vez es más intenso. Karol me lleva de vuelta a mi rincón, me lava con la esponja. Una vez más, el árbitro grita «Fifty seconds!», y una vez más mi amo me gira hacia el ring. Tengo la pata rota, cruzo la scratch-line en tres patas, el otro viene disparado a por mí y le muerdo el hocico. Y esta vez ya no se me escapa. Lo desgarro y zarandeo sin que él llegue a tocarme siquiera. Intenta hacerme retroceder, me empuja y se pone a dos patas, pero yo me revuelvo y sigo dominándolo. Desde luego, no es un rival fácil; tiene la nariz hecha pedazos, la piel de la mandíbula inferior le cuelga hasta la garganta como un trapo, se le ve todo el hueso, sangra por la boca y por el pecho. Le muerdo los hombros y él a mí, nos enganchamos y quedamos bloqueados, ni un paso adelante ni atrás. De nuevo nos separan con el breaking-stick. New turn. Los scratchs cada vez son más cortos. Han pasado dos horas, me flaquean las fuerzas, con la pata rota no puedo someter a mi rival. Pero el blanco tiene muy poco resuello. A pesar de todo, seguimos. La siguiente vez que me lavan oigo gritar al organizador que el total de las apuestas asciende a ochocientos setenta y siete mil euros. Todos saben que la pelea está tocando a su fin.

El siguiente scratch es mío. Al instante pillo al blanco por la garganta. Patalea y se retuerce. Mis dientes se hunden más y más y lo zarandeo con toda la fuerza que puedo hasta que dejo de notar su resistencia. Aún vive pero ya no se mueve. Su respiración es sólo un halo, su mirada está vacía.

Me paso diez minutos encima de él. No cedo ni un solo paso. Por fin viene mi amo y me lleva al rincón, luego levanta los brazos y celebra la victoria.

El público brama. Vuelan botellas por los aires. En algún sitio se inicia una pelea en torno a la que se forma un nuevo círculo. Otros bajan al ring a ver el estado en que ha quedado el blanco, al que su amo se lleva a rastras para arrojarlo furioso al maletero de un todoterreno de marca japonesa.

—¡No se han respetado las reglas! —grita—. ¡El otro no atacaba dentro de los diez segundos de rigor! ¡Que me devuelvan mi dinero!

A su alrededor reina el griterío. Se rompen cristales.

Bajo la luz blanca del foco halógeno, el contable recoge los recibos y paga. Luego guarda gruesos fajos de billetes en su maletín. Los cinco tipos corpulentos lo acompañan a un coche, tres se van con él. Los otros dos vienen adonde estamos Karol y yo. Mi amo me ha envuelto en la toalla y me lleva al coche. Me acuesta en el asiento de atrás y cierra la puerta. Luego se marcha. Oigo hablar en voz alta. Gritos, luego cuatro disparos. Karol y Domenico suben, cierran las puertas de golpe y nos vamos de allí casi quemando las llantas al arrancar. Otro disparo, cristales rotos. La cabeza de

Karol, que va en el asiento del copiloto, se golpea contra el reposacabezas, su sangre salpica los asientos y los cristales. Domenico se limpia la salpicadura de la cara y recorre el camino de grava hasta la carretera a toda velocidad. Cuando sale al asfalto, las llantas chirrian, en las curvas doy bandazos por todo el asiento. Unos instantes más tarde, frena en seco y se mete por un sendero del bosque, sale del coche, abre la puerta de Karol, lo saca como puede y lo arrastra varios metros hasta unos matorrales. Corre hacia el maletero, un viento frío me hace temblar, Domenico vuelve al bosque con un bidón en la mano. Huele a gasolina y, de pronto, todo se llena de luz. ¡Fuego! Con mucha dificultad, levanto la cabeza, pero Domenico ya vuelve, entra en el coche de un salto, lanza un fajo de billetes sobre el asiento del copiloto y arranca. Nos vamos de allí a toda velocidad. Domenico mira por el retrovisor cada pocos segundos, habla solo y pone cara de vinagre. En algún momento, ralentiza la marcha. Pierdo la conciencia.

En tierra de nadie

Era la primera vez en años que Galvano se mostraba en público sin su viejo perro negro. Laurenti se encontró con él por casualidad junto al puesto de vino caliente, donde había quedado con su familia. Se asombró de que el anciano hubiese salido completamente solo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el comisario, ofreciéndole un vaso de plástico con la bebida humeante.

—Estuve aquí cuando establecieron la frontera y, puesto que sigo con vida, también quiero presenciar cómo la abren otra vez. Así de sencillo, Laurenti. Se han producido cuatro grandes cambios desde que vine a Trieste como joven forense al servicio de los Aliados. Y ahora, de pronto, todos se las dan de hermanos y parece que el fervor nacional no fuera más que el invento de algún individualista chiflado.

Laurenti se llevó a Galvano aparte.

—Te voy a presentar a mi madre. Todavía no ha oído tus historias.

—Pero si ya la conozco —se indignó Galvano.

Marco y Livia se escabulleron en cuanto vieron al anciano, y Laura hizo avanzar a la abuela Immacolata, que enseguida se puso a hablar con él.

—Qué bien que pase la Navidad con nosotros —dijo la madre de Laurenti con una gran sonrisa—. Proteo me ha pedido que prepare un plato típico de Salerno. El bazo relleno es lo que más le gusta en este mundo.

—Es una pena que Galvano ya esté jubilado —la interrumpió Laurenti—, si no, podría traernos uno del depósito completamente gratis.

Luego hizo prometer a los dos ancianos que se mantendrían en un lugar visible y se fue con Laura hacia donde la gente bailaba y se divertía.

Cuando, a media mañana, giró por el sendero que conducía hasta la dolina donde estaba aparcada la caravana de Manfredi, de repente vio a dos hombres. Frenó en seco y, entre improperios, se apresuró a dar marcha atrás antes de que ellos le vieran. Acababan de atravesar el precinto policial de la verja y desaparecieron con su coche por

la parcela. Dean aparcó unos pocos cientos de metros más abajo, en la carretera de Opicina, y avanzó a pie a través de los arbustos. Iba con mucho cuidado para no pisar ninguna rama seca. Cuando por fin los tuvo a la vista, se escondió detrás de una roca para observarlos. Estaban instalando cámaras inalámbricas que sintonizaron y después controlarían gracias a un monitor que llevaban en el maletero del coche. Dean se retiró a toda prisa antes de que orientasen la última de ellas, la que justo apuntaba en su dirección.

Tenía que urdir una estrategia nueva. Si existía alguna posibilidad de llegar hasta la mercancía, tendría que ser cuando oscureciera. Aquella noche, a pesar de la luna creciente, era perfecta; la gran fiesta y los fuegos artificiales en la frontera lo pondrían todo más fácil.

A las 23.30 salía del centro del pueblo de Sežana para girar a la izquierda por la carreterita que lleva a Orlek, una pequeña población en los últimos metros del territorio esloveno. En la linde de la colonia abandonó el coche y continuó a pie hasta la frontera, a lo largo de los raíles del tren. Para su irritación, vio que en la dolina de Conca d'Orle había una gran cantidad de cochazos con matrícula de muchos países europeos: formaban un círculo iluminado y al menos cien personas se asomaban al borde de la pendiente como si estuvieran en un gran palco. ¿Peleas de perros? ¿No sería allí la *convention* de la que sus últimos clientes no habían querido hablarle? Oyó la voz ronca de un hombre que invitaba a hacer apuestas. Pero Dean tenía que seguir. El terreno era cada vez menos practicable, las piedras puntagudas que sobresalían de la tierra le exigían prestar el máximo de atención para no caerse, y más de una vez tuvo que retroceder varios metros porque la espesura de la maleza le impedía el paso. Estaba demasiado gordo para tales desafíos y sudaba mucho, pensó que tenía que adelgazar sin falta y, a pesar de todo, logró cumplir su objetivo. Poco antes de la medianoche se hallaba en su destino y se ponía el pasamontañas negro y unos guantes de goma azul oscuro que le cubrían casi todo el brazo. Luego se puso a rastrear toda la zona con su aparato de visión nocturna, una reliquia de sus tiempos en los servicios secretos yugoslavos. En el lado opuesto de la dolina se dibujaba la silueta de dos hombres que iban a pie hacia Fernetti, desde donde, a través de los altavoces, llegaban el eco de los discursos festivos y la música. Cuando sonaron los primeros compases del «Himno a la Alegría» de Beethoven y estallaron los primeros cohetes, Dean se agachó y bajó corriendo hasta la caravana. Ni siquiera se tomó el esfuerzo de abrirla, no era lugar para guardar nada, pues la policía lo hubiera encontrado y confiscado enseguida. Una vez había visto a Manfredi tirar un recipiente hermético al fondo del pozo negro. Encontró una pala y, venciendo el asco, se puso a remover en los excrementos hasta que topó con un objeto pesado que le costó hacer llegar hasta la superficie. Apestaba hasta un punto indescriptible. Rasgó los plásticos que envolvían el paquete y lo guardó en la mochila barata que había traído. Todo fue muy sencillo.

Cuando los fuegos artificiales alcanzaban su punto culminante, él ya trepaba dolina arriba otra vez. La apertura de la frontera se había llevado a cabo bajo un negro cielo iluminado por hongos de luz en azul-blanco y rojo, rojo-blanco y verde, y azul y

amarillo. Resoplando, llegó hasta arriba y se quitó el pasamontañas. Al acercarse a la Conca d'Orle aminoró el paso y se acercó a la sima, donde un único foco halógeno iluminaba una especie de ring en el que soltaban a dos perros que se enzarzaban al instante. Dean se secó el sudor que le corría por la cara y le hacía arder los ojos y vio la pizarra que reflejaba el desarrollo de las apuestas. Se quedó impresionado. Y descubrió a Karol y a Domenico en una de las esquinas del ring, con la mirada clavada en el perro para el que le habían comprado los anabolizantes y todos aquellos medicamentos tan caros el domingo anterior. Dean también se asombró de que se hubiera elegido aquel lugar para la *convention*. Una opción muy inteligente: la frontera entre dos países pasaba justo por el centro y el criterio del público quedaba ahogado por el ruido de la fiesta de Fernetti. Pero Dean tenía prisa. Tenía que poner a salvo la mercancía. Mario, su contacto en Izola, pasaría a recogerla a primera hora de la mañana siguiente. En lugar de Manfredi, otra persona se encargaría de que en Trieste pudiera celebrarse una blanca Navidad.

A las dos y media de la madrugada, Proteo y su mujer se dirigían al coche, aparcado en tierra de nadie. Estaban cansados de bailar y de un humor excelente. Galvano se había ofrecido a llevar a casa a la abuela Immacolata bastante antes. Y también a Patrizia, que se quejaba de un ardor de estómago terrible que Laura identificó al punto como síntoma típico del embarazo. Marco, por el contrario, escondiendo un porro detrás de la espalda, anunció que Livia y él seguirían de fiesta con unos amigos.

En el mismo momento en que Laurenti abría la puerta oyó fuertes bocinazos, gritos y luego el rugido de un motor. Dio media vuelta y vio cómo la gente se agolpaba en torno a un cuerpo caído en el suelo y cómo un Mercedes-Kombi con matrícula alemana y el cristal de una ventanilla hecho añicos se alejaba a toda velocidad por la autopista eslovena. La gente, muy alterada, le gritaba que se detuviera.

—¡Se está dando a la fuga, Laura, deprisa! —gritó Laurenti, se metió en el coche y, haciendo chirriar las llantas, arrancó antes de que Laura llegase siquiera a cerrar la puerta. Colocó la luz azul en el techo y conectó la sirena.

—No estás de servicio, Proteo, y éste es el lado de la frontera que no te corresponde —exclamó Laura, poniéndose el cinturón a toda prisa.

Laurenti le tendió su teléfono móvil.

—Corre, llama. Busca la R de Rozman —había guardado el número de su compañero esloveno esa misma tarde—. Que corten la autopista.

Atravesaron el túnel de Sezana a todo gas y, al salir por el otro lado del valle, en Dane, adelantando a cinco coches, el indicador de velocidad del Alfa Romeo del comisario pasaba de los doscientos cuarenta. Las luces traseras del Mercedes se veían cada vez más cerca.

Rozman tardó en ponerse al teléfono. Un coche patrulla iba ya de camino, dijo a Laura, y casualmente había otro apostado junto al área de descanso de Povir. Que Laurenti no corriera ningún riesgo.

—Piensa en nuestra vida, comisario —farfulló Laura—. Que vas a ser abuelo.

Al llegar al puesto de peaje, el Mercedes frenó, el conductor sacó el ticket y volvió a arrancar en el mismo momento en que Laurenti paraba. Por un momento, el comisario pensó en seguir y llevarse por delante la barrera, pero le hizo frenar la mera idea de los incontables formularios que tendría que llenar y los informes que tendría que redactar para cumplir con la burocracia sin fronteras que ahora imperaba. Eso y la certeza de que no tardaría en alcanzar de nuevo al Mercedes por la autopista, casi vacía a esas horas.

En efecto, poco después veía sus luces traseras cada vez más grandes. Continuó a buen ritmo. Muy a lo lejos titilaban ya las luces azules de la patrulla de carretera, pero el Mercedes no reducía la velocidad. Laurenti apagó las luces de su coche. Laura se le quedó mirando con unos ojos como platos, los nudillos de la mano con que se agarraba al picaporte resplandecían blancos en la oscuridad.

—Agáchate, Laura —susurró Laurenti—. Escóndete. Nunca se sabe.

—Sí, hombre! Ya que nos vamos a matar, al menos quiero verlo bien.

A un kilómetro del coche patrulla que se había colocado en perpendicular para cortar los dos carriles de la autopista, Laurenti comenzó a adelantar al Mercedes. Cuando llevaba medio coche de ventaja, encendió los faros, la luz azul y la sirena y frenó de golpe. Al Mercedes ya no le daba tiempo a esquivarle, estaba bloqueado. Se detuvo a un palmo escaso del vehículo de la policía eslovena. Al instante, Laurenti dio marcha atrás y se atravesó por detrás del Mercedes, mientras los agentes eslovenos apuntaban con sus armas y gritaban al conductor que bajase con las manos en alto. Éste, en cambio, ahora se tomaba las cosas con calma. Remoloneando, obedeció las órdenes y colocó las manos sobre el techo del vehículo. Los agentes de uniforme le cachearon y registraron según el protocolo, lo esposaron y finalmente le hicieron entrar en el asiento de atrás del coche patrulla. Luego, uno de ellos fue hacia Laurenti.

—Usted está en territorio extranjero —dijo el agente—. ¡Documentación! —luego apuntó con la linterna al interior del coche—. ¡Y la de su acompañante!

—Al menos podía darme las gracias —dijo Laurenti.

El comandante Mirko Rožman llegó diez minutos más tarde. No se dignó ni mirar a Laurenti sino que fue directamente hacia sus compañeros. Los agentes tampoco gastaron muchas palabras, le entregaron una bolsa de plástico, subieron al coche y se marcharon con el detenido. Ahora sí, Rožman se acercó al comisario, que esperaba con Laura junto a la puerta trasera —abierta— del Mercedes.

—Rožman, venga a ver esto —dijo el comisario de la policía italiana en territorio esloveno—. Necesitamos un veterinario con urgencia.

Se inclinó hacia el interior del coche y levantó la cabeza ensangrentada de un perro con las orejas amputadas que apenas tenía fuerzas para mirarle con ojos ausentes.

—¿Quién ha podido hacer esto? —Laurenti meneó la cabeza asqueado—. También el asiento del copiloto está lleno de sangre, y el cristal de la ventanilla está roto.

—Deberíamos darle el tiro de gracia —dijo Rožman después de examinar al animal y taparlo con la toalla que había junto a él en el asiento. Dio unas cuantas indicaciones, que Laurenti no entendió, al agente que había venido con él, y éste a su vez llamó por radio—.

Vamos a llevarlo a la clínica veterinaria de Ljubljana. ¿Cómo se pueden causar esas heridas a un animal?

—¿Qué es eso? —preguntó Laurenti señalando la bolsa de plástico.

—Lo que llevaba el tipo en los bolsillos. Una cantidad de dinero impresionante. Y una Magnum del cuarenta y cinco.

—¿Qué hay de los documentos?

Rožman sacó un pasaporte del bolsillo de la chaqueta y lo hojeó.

—Paisano suyo, Laurenti. Domenico Calamizzi, residente en Reinbek, Alemania.

Laurenti echó un vistazo al pasaporte y anotó los datos en su libreta.

—A ver si lo tenemos fichado.

Luego apuntó la matrícula del Mercedes.

—Nuestra colaboración empieza bien —dijo Rožman—. Saldremos en los titulares, comisario. Pero le propongo que dejemos las formalidades para mañana —Rožman dio unos toquecitos a su reloj con el índice. Luego le tendió la mano a Laura—. Aún no tengo el gusto de conocer a su compañera.

—Laura, mi esposa —les presentó Laurenti—. ¿Por qué se daba a la fuga el detenido?

—Una mujer fue a parar debajo de su coche. Pero no presenta heridas de gravedad. La suerte de los borrachos. Fue claramente culpa de ella. Por eso es todavía más extraño que el tipo saliera huyendo. ¿Y usted cómo ha sido tan rápido?

—Estábamos a punto de subir al coche cuando él arrancó.

El timbre del móvil de Laurenti les interrumpió. Reconoció el número de la mini-inspectora y se alejó unos metros, aunque Laura y Rožman oyeron sus improperios de todas formas.

—Pero qué pasa esta noche, por todos los demonios? Pina, vaya para allá y tome buena nota de todo. Los muertos no tienen prisa. Yo estoy en Eslovenia. ¡Es que no me lo puedo creer! —volvió junto a Rožman—. Otro muerto. Éste, de nuestro lado. A la entrada de un sendero del bosque han encontrado un cadáver carbonizado. ¡Que me parta un rayo si no tiene algo que ver con este coche!

Sedem se había echado una chaqueta sobre los hombros y había salido a la terraza para ver el cielo lleno de estrellas. La puerta cristalera que unía la terraza al salón estaba abierta y los compases del moderno swing de Amy Winehouse «Love is a Losing Game» acompañaban el fresco de la noche. A lo lejos se veían las luces traseras, cada vez más pequeñas, del Maserati que se llevaba a Pina de su lado. ¿Pero qué cable se le había cruzado? ¿No tenía planes muy concretos de cómo organizar su futuro? No es que tuviera nada en contra de la policía, todo lo contrario. Y eran muchas las cosas que le unían a la mini-inspectora: el idealismo, el sentido de la justicia, la profesionalidad, el escepticismo, la necesidad de claridad en todas las esferas de la vida, el rechazo a hacer concesiones y también el respeto recíproco hacia la manera de superar la propia inseguridad. A pesar de su resistencia inicial y en contra de todos sus principios, Pina al final había consentido en fumarse dos porros con él. No obstante, Sedem jamás se había planteado la posibilidad de intercambiar intimidades con otra persona, y menos allí, en la

casa de su padre. Desde el accidente se sentía libre como un águila, ya no necesitaba dar explicaciones a nadie si se comportaba de un modo distinto al que esperaban de él. Y estaba acostumbrado a estar solo.

Los planes de vida de Sedem eran muy distintos. Tenía en mente un futuro en un país asiático, tal vez Vietnam, donde su padre había estado de joven y había visto cosas de las que nunca hablaba. Desde entonces, un sastre de Londres confeccionaba esos guantes que Duke no se quitaba jamás. Sedem no recordaba las manos de su padre.

Dio una profunda calada al porro que tenía encendido. Cuando, desde su base actual, lograra que sus negocios alcanzasen cierto nivel, iniciaría la segunda fase de su plan. Sabía que los catorce millones conseguidos hasta el momento no serían suficientes. Quería dar el gran golpe, ese paso del que no veía capaces ni a las ONGs ni a los responsables de los programas de desarrollo, porque todos ellos tenían demasiado interés en la conservación de sus respectivas organizaciones. Los países necesitados eran, en el fondo, meros conejillos de Indias para los representantes de las naciones industrializadas, que exigían el crecimiento a cualquier precio. A Sedem le sobraba tiempo en la vida para llegar al fondo de las cosas, él extraía otras conclusiones de las noticias. En su opinión, no había falta de alimentos sino políticas de explotación equivocadas. El hambre en África sólo existía porque la producción de alimentos era tan poco rentable como comerciar con ellos. Las ayudas al desarrollo bajaban los precios del correspondiente lugar hasta lo ruinoso; por otro lado, los recursos de ayuda tenían que adquirirse de grandes grupos alimentarios que sacaban una tajada insultante de su comercio humanitario. Los beneficios –al igual que las relaciones de dependencia– siempre permanecían en las mismas manos: con eso especulaban Duke y otros tiburones de las finanzas. El concepto de Sedem era radicalmente distinto, sus objetivos eran la independencia, la autosuficiencia, la educación, el futuro... Sedem Seven Continents, su empresa, con la que alcanzaba las ganancias necesarias para hacer realidad su propósito.

Las luces del Maserati desparecieron detrás de la última curva. Desde el salón llegaba la melodía de «Fuck me Pumps» de Amy Winehouse. Sedem dio un sorbito a su copa y otra profunda calada al porro. La marihuana que le había comprado a Dean era de una calidad extraordinaria. Dean decía que procedía de un productor a pequeña escala que la cultivaba en un bosque cerca de Lipizza, en tierra de nadie. Pureza garantizada, recolectada a mano. Sedem rió para sus adentros. Esa tarde había leído que el precio del papel biblia para la producción de Biblias propiamente dichas había subido muchísimo porque los chinos fumaban demasiado. Si hubiera visto ese filón... de buen grado se habría llevado aquellas ganancias. Cuando apagó el porro, vio los fuegos artificiales a lo lejos, los hongos de luz que subían y estallaban en el aire uno tras otro. Había caído una barrera. Y él estaba allí solo en su terraza, pensaba en Pina y no sabía cómo desvincularse de ella.

—Calamizzi, Domenico, nacido el día de San Valentín de 1978 en Petilia Policastro, provincia de Cotone, Calabria. Los compañeros de Milán lo tenían fichado porque trabajaba en el barrio de Quarto Oggiaro como recaudador para el clan de los Carvelli, que son de su misma región. Dominan tanto el tráfico de droga del barrio como el negocio de alquileres ilegales de las viviendas de protección oficial. Tienen buenos contactos con los albaneses. Y aquí vuelven a aparecer los pitbull, Calamizzi los utilizaba para intimidar a los morosos. Todas las denuncias que le han puesto hasta ahora son anónimas. Nadie declara abiertamente —aunque Marietta no había ahorrado en maquillaje aquella mañana, se le notaban unas profundas ojeras. ¿Qué no habría hecho la noche anterior con Sgubin?—. A pesar de muchos interrogatorios, siempre le han dejado otra vez en libertad. En 2006 desapareció de escena, pero el consulado de Italia en Hamburgo le expidió un pasaporte nuevo hace medio año, el antiguo le había caducado. De no ser por eso, es probable que nunca se hubiera empadronado en Alemania. La dirección de Reinbek, en la Hamburger Straße, figura por pura formalidad.

Era la mañana posterior a la fiesta popular y el día de la ceremonia oficial. Todo el departamento de policía llegó tarde a trabajar, excepto Proteo Laurenti, quien antes de empezar su trabajo, había pasado a ver al *questore* para ponerle al corriente de los hechos. Era de esperar que la prensa inflaría la noticia de la persecución en mitad de la noche, y convenía cubrirse las espaldas. Además, en el momento más inoportuno se estaba cociendo algo que exigiría una gran inversión de fuerzas más allá de controlar la gran confluencia de personalidades importantes de esa noche.

Laurenti se sentía como si le hubiera pasado un camión por encima. Ansiaba la llegada de esos días de vacaciones en los que podría recuperar todo el sueño atrasado. Laura no le había hecho ningún reproche durante el viaje de vuelta, pero su cara ya lo decía todo. Llevaba veintiséis años casada con un policía, estaba acostumbrada a que el teléfono sacara a Laurenti de la cama en plena noche, o a que se levantara en medio de la comida y saliera corriendo. Ella misma había escapado, por muy poco, de un atentado cuyo objetivo en realidad era su marido. Sin embargo, nunca había acompañado a Laurenti durante una persecución. Y no había tenido miedo durante la arriesgada maniobra para

bloquear al Mercedes. Mientras regresaban, se fue relajando y le invadió un cansancio tremendo. Al llegar a casa, a las cuatro de la madrugada, Marco trajo en la cocina y no se le entendía lo que hablaba. Con lengua de trapo y entre risitas explicó que estaba calentando leche de almendras con jengibre para calmar el ardor de estómago de su hermana. Laura se retiró a su dormitorio sin decir nada, Laurenti tuvo que morderse la lengua para no echar un buen rapapolvo a su hijo para que dejara de fumar marihuana y bebiera un poco menos. En semejante estado tampoco habría tomado en serio a su padre.

—Ha llamado el comandante Rožman —prosiguió Marietta—. Pregunta si quieres ir a Sežana al mediodía para arreglar el papeleo.

—Lo que me faltaba.

—Están comprobando la lista de llamadas y los números de la agenda del móvil del tal Calamizzi. De los italianos me he ocupado yo. Adivina con quién he dado.

—¿Manfredi?

—Exacto, Marzio Manfredi. Hablaron por última vez el martes por la mañana.

—Que fue el día del último viaje de Manfredi —completó Laurenti—. Tengo que reconocer que Rožman es listo. Una llamada a mi propia ayudante y mira qué pronto resuelve las formalidades para solicitar un rastreo en el extranjero.

—Tú puedes hacer lo mismo —antes de encender el ordenador, Marietta agitó suavemente un papel que había encontrado sobre su mesa—. Por fin han llegado las informaciones de las compañías telefónicas respecto a los números de Manfredi. Pregúntale a Rožman cuando le veas y que nos ayude a rastrear los eslovenos. Ahora que, cuando veas los demás teléfonos, no te lo vas a creer —Marietta señaló con el dedo unas cuantas líneas que había subrayado con un rotulador rojo—. Son todo gente de Quarto Oggiaro, el barrio problemático de Milán donde imperan la ley de la *'ndranguetta* y la camorra en lugar de la Liga Norte. Mucho me extrañaría que no dirigieran también ellos el mercado de la droga de Trieste o incluso el de Izola, al otro lado de la frontera. Si las pistas no engañan, acabas de dar con un asunto muy, muy gordo por pura casualidad.

—¿Cómo que por casualidad? —protestó Laurenti y siguió examinando la lista—. ¡Menudo pastel se está descubriendo!

Su mirada estaba clavada en los teléfonos de Trieste y sus alrededores, éstos marcados en azul. A muchas de las personas las conocía, con algunas incluso tenía amistad, y sabía quiénes eran todos sin excepción—. Pues, nada, blanca Navidad para todo Trieste. ¡Si está la mitad de la alta sociedad, de la izquierda a la derecha!

—Si el tipo se ganaba la vida de camello, desde luego tenía una clientela bien solvente. Disfruta leyendo todos esos nombres —celebró Marietta.

—Yo que pensé que, si todos se sorbían tanto la nariz, era cosa de la estación fría... Mira, Marietta, guarda esa lista. Eso es trabajo para el año que viene, si es que decidimos meternos con ello.

—¿Y qué pasa si es alguno de ellos quien ha liquidado a Manfredi? —Pina se extrañó mucho de la dejadez del comisario.

—Razón de más para dejarlo posar hasta el año que viene —la aleccionó Laurenti—. Vamos a hacer las cosas bien y con cabeza. Si me pongo a interrogar a esa gente antes de las fiestas, se arma el revuelo padre y no conseguimos nada. Ninguno se va a dar a la fuga, estate tranquila, a lo sumo se irán unos días a Cortina d'Ampezzo, pero para Reyes están todos de vuelta. Yo salvo mi reputación y, entretanto, podemos recopilar más datos para dar el golpe como está mandado.

—Yo, de momento, he solicitado a los compañeros de Milán que vayan haciendo un seguimiento discreto —dijo Marietta y metió la lista en una carpeta—. Por cierto, ha llamado una periodista del *Piccolo* para pedir una entrevista. Va a enviarnos a un fotógrafo. A lo mismo aspira un reportero de la RAI que te quiere sacar en las noticias.

—Deshazte de ellos como puedas —dijo Laurenti—. Diles que podrán desquitarse en la ceremonia de Rabuise. Yo estoy en una misión. O se los mandas al *questore*. El jefe se pasó la noche de ayer sentadito en su sofá, de modo que sabrá mucho mejor cómo fue todo. Y, por favor, quiero un *espresso*, nadie lo hace como tú. Voy a hablar con el fiscal para pedirle asistencia judicial en la solicitud de extradición de ese Calamizzi. Rožman estará de acuerdo. Si se libra de él, tendrá menos trabajo. Luego quiero inspeccionar por mí mismo el lugar donde encontraron ese cadáver calcinado.

—Voy contigo —dijo Pina—. Es mejor que también yo vuelva a ver el escenario, esta vez de día. Aún no han terminado con la autopsia, pero ya tienen claro que murió de un disparo antes de que le prendieran fuego. El doctor Zerial ha mencionado un orificio de entrada de una bala por encima del pómulo derecho, al salir le destrozó medio occipucio.

A las nueve y media, Laurenti y Pina iban en el coche del comisario por el estrecho camino que conducía hasta el Stari Kal, el estanque de Banne, dejando atrás la Central de Obras. Pasada una suave curva, pararon. El comisario hubiera sido capaz de encontrar el lugar sin ayuda de la inspectora, pues toda la zona estaba bajo precinto y, al otro lado de la banda de plástico, un grupo de agentes de la policía científica, todos con sus asépticos monos blancos con capucha, inspeccionaban con lupa cada centímetro cuadrado. En algunos puntos concretos habían colocado cartelitos con números. A una mancha oscura de más de dos metros de diámetro le correspondía el uno: la hierba y el ramaje estaban carbonizados, el contorno del cuerpo se había marcado con tiza. Laurenti no hizo ningún ademán de atravesar el precinto. Miró a su alrededor. La dolina donde estaba la caravana de Manfredi quedaba muy cerca. Un sendero conducía en dirección a la frontera pero no se veían huellas de neumáticos. Además, los arbustos que lo bordeaban —de hojas color rojo fuego— se cerraban demasiado sobre el sendero como para permitir el paso de ningún vehículo. Más cerca de la carretera comarcal se atisbaba el tejado de la Scuola Julius Kugy entre las ramas casi desnudas de los árboles.

—Todo apunta a que lo bajaron del coche aquí y lo rociaron con gasolina —dijo Alfieri, el jefe de los criminalistas. Dio unas palmadas y se frotó las manos con fuerza—. Aunque estemos teniendo un invierno suave, después de tres horas aquí sin que nos llegue el sol, sí que se tiene frío. Hemos venido al amanecer —una homogénea capa de nubes envolvía el día en un tono gris apagado, como si el cielo se mostrara respetuoso con todos los que habían estado bebiendo y bailando hasta el alba.

—El que lo hizo no conocía el lugar —dijo Laurenti—, porque, si no, habría avanzado un poco más por el sendero para deshacerse del cuerpo por allí detrás, donde seguro que no lo habría encontrado nadie en semanas. Está claro que tenía prisa, tal vez lo perseguían y no pudo parar hasta que no se vio a suficiente distancia.

—Hace media hora vinieron unas cuantas personas de Trebiciano. Los curiosos habituales. Uno dijo que la pasada noche habían pasado por el pueblo un montón de cochazos con matrículas de muchos países. Supuso que iban al Casino de Lipizza, aprovechando la ventaja de la apertura de la frontera para llegar antes a la autopista.

—¿Qué hay del cadáver? —preguntó Laurenti.

—La ropa está completamente calcinada, no nos da ninguna pista. En los bolsillos no llevaba nada. A juzgar por la dentadura, era un hombre de entre treinta y cuarenta años, eso ha dicho Zerial. Con un poco de suerte encontrará una huella parcial. La mano derecha había quedado debajo del cuerpo. Pero no te hagas muchas ilusiones. Por otro lado hemos encontrado una esquinita de un pasaporte de la Comunidad Europea que no se ha quemado del todo. No se lee nada, pero el análisis de tejidos permitirá averiguar de qué país procede.

—¿Cuándo? —preguntó Laurenti.

—El año que viene —respondió Alfieri—. Antes de las fiestas, nada.

—Déjate de chistes —dijo Laurenti—. Es posible que ya tengamos al culpable. Lo han detenido los compañeros de Sezana. No me dejes tirado, Alfieri.

—Mira que te lo dije: no me vengas con ningún caso más este año... —gruñó el jefe de los criminalistas y se marchó a zancadas—. Los muertos no tienen prisa.

—¡Pero yo sigo vivo! —le gritó Laurenti mientras se alejaba—. Anda, haz un esfuerzo, hombre.

—Cochazos en Trebiciano —decía Pina cojeando junto a su jefe para volver al coche—. Pues anoche no me dijo nadie nada.

—Entonces, vamos a preguntarles nosotros.

Trebiciano, el pictórico pueblecito rodeado de moreras, era famoso por su impresionante sima, el estrecho cañón que a lo largo de los milenios habían excavado en la roca las aguas subterráneas del río Timavo y del que hablaban muchos mitos y leyendas. Ya Virgilio le dedicó algunos de sus versos. Y en época moderna, al investigar nuevas reservas de agua que pudieran abastecer a la gran ciudad costera, se descubrió allí una especie anfibia preshistórica, un curioso bichito blanco llamado olm o *Proteus anguinus Laurenti*, para desventura del comisario, que tenía que soportar una y otra vez las mismas bromas. Hacía unos años, el comisario había bajado a la sima con dos amigos expertos en espeleología, los tres bien pertrechados con equipos de escalar y linternas especiales, pero salvo unas agujetas mortales y la primera trucha en ciento cuarenta años no habían logrado sacar nada de aquellas profundidades. En la ciudad, la gente mayor aún conocía el pueblecito del Carso porque, hasta entrados los años sesenta, las mujeres de Trebiciano recorrían a pie el largo trayecto hasta la ciudad para vender la leche, que transportaban en unos cestos trenzados expresamente para las lecheras. A cambio, a la vuelta se reunían todas en una *osteria* y recuperaban fuerzas con un vaso de vino, en

una época en la que ninguna mujer del resto de Europa se atrevía a entrar sola en un bar. En eso no se diferenciaban de las triestinas. Ahora ya no quedaban vacas en el pueblo. Lo que sí se conservaba era un dicho alusivo a sus habitantes: «Ronronean como los gatos alrededor de las moreras». De hecho, el símbolo de su club deportivo era una cabeza de gato negro.

Laurenti aparcó en la plaza de la iglesia, en cuyo centro había un monumento a los caídos en la Segunda Guerra Mundial: una columna de tres metros de altura esculpida en la típica piedra caliza del Carso, con una placa en esloveno. Una mujer que estaba sentada en un banco se prestó de buen grado a traducirles la inscripción:

Los difuntos se convierten en la luz del nuevo día, / una llama que no tarda en extenderse, / símbolo de la esperanza, / la fuerza que calma la tempestad.

—*El monumento se erigió en 1946 con la esperanza de que llegaran tiempos mejores, tiempos de paz* —les explicó—.

Ahora que se ha abierto la frontera tal vez se haga realidad. Estuvimos bailando hasta las cuatro de la madrugada.

Laurenti señaló a Pina un barecillo que había en la calle principal donde también se vendían tabaco y lotería. Pina compró un Rasca, y pidió un espresso; Laurenti prefirió un vino blanco espumoso. En efecto, algunos clientes del bar confirmaron haber visto coches caros por allí desde primera hora de la tarde, girando por el camino que conducía a la entrada de la cueva. Pero nadie les había prestado atención.

El comisario y Pina volvieron al coche y se acercaron al lugar por un camino de grava, pasaron junto a la cabaña de los espeleólogos y junto a la bajada a la sima y, finalmente, descubrieron huellas de neumáticos que conducían a lo largo de una pradera y luego a través del bosque bajo, donde muchas de las ramas secas se veían aplastadas.

—Puede quedarse en el coche, Pina. Esto es nefasto para su pie.

—¡Mire, comisario! —exclamó Pina, señalando hacia el bosquecillo—, ahí atrás hay algo que cuelga de un árbol —abrió la puerta del coche de golpe y salió a la pata coja.

Laurenti no daba crédito a sus ojos. En una rama, a dos metros de altura, se balanceaba el cadáver de un perro cuyo pelo había sido blanco alguna vez y que ahora estaba todo cubierto de sangre, con una cuerda al cuello. Debía de haber sufrido una muerte horrible. Tenía las patas delanteras curvadas, como si quisiera salir corriendo, la piel desprendida de la mandíbula inferior le caía por el cuello como un trapo, dejando todo el hueso a la vista. También tenía una cruenta herida abierta en medio del pecho; debajo de ella, grandes manchas de sangre coagulada teñían el pelo hasta el vientre.

Los dos policías se miraron espantados.

—Uno de éhos fue el que me mordió. De la misma raza, sólo que de otro color —dijo Pina finalmente mientras daba una vuelta alrededor del perro, pisando como podía entre las viejas piedras puntiagudas.

Laurenti marcó el número de Alfieri.

—Ya puedes ir cancelando las vacaciones en Cortina —le dijo a modo de saludo—. En cuanto terminéis os necesito en la sima de Trebiciano.

—¿Otro muerto? —preguntó Alfieri incrédulo—. Pero, bueno, ¿qué es esto? No teníamos

tantos juntos desde finales de la Segunda Guerra Mundial.

—No —respondió Laurenti—. El muerto es un perro, pero hay incontables huellas de neumáticos. Y la dolina está llena de salpicaduras de sangre. También hay cristales rotos. Una luna de coche.

—Igual ha sido Papá Noel —dijo Alfieri en tono seco. Sus perspectivas de vacaciones de Navidad se desvanecían.

—Tenéis que inspeccionar toda la zona. En un radio muy amplio. Yo en tu lugar pediría refuerzos. Aquí ha habido disparos —prosiguió Laurenti. Su mirada se detuvo en el tronco de un árbol cuya corteza estaba astillada a la altura de los ojos de un hombre adulto.

—Por un perro... ¡Pero, hombre!

—No, por el cadáver calcinado. Me apuesto lo que quieras a que lo mataron aquí. Traed detectores de metal, quizá incluso encontréis la bala.

Laurenti colgó y marcó el número de Rožman. El policía esloveno respondió de inmediato.

—Estoy en la Conca d'Orle, entre Trebiciano y Orlek. Justo en la línea de la frontera. Con un pie en territorio italiano y otro en territorio esloveno. Aquí ha tenido que pasar algo terrible —dijo Laurenti—. Creo que deberían buscar alguna bala y fragmentos de hueso en ese Mercedes. Y haga el favor de acercarse por aquí, hemos de ponernos de acuerdo sobre las competencias de cada uno sin necesidad de recurrir a un topógrafo. Me temo que este caso nos afecta a ambos por igual.

Nada más colgar entró una llamada de Marietta.

—Esta noche se han llevado el paquete cebo del pozo negro de Manfredi.

—¿Cuándo fue?

—Hacia la medianoche.

—¿Y han cogido a quien lo hizo?

—No.

—¿Por qué no?

—Los dos agentes se habían acercado unos pasos a Fernetti para ver los fuegos artificiales. Dicen que no fueron más de cien metros y que siempre mantuvieron vigilado el camino que lleva a la dolina.

—Que no te cuenten películas. ¿Qué hay de las cámaras de vigilancia? Tendrán la cinta, por lo menos.

—Por el momento no se ve más que a un hombre vestido de negro. Con pasamontañas, bastante alto. Tiene un buen barrigón pero se mueve con agilidad. A juzgar por la determinación con que va a pescar en la mierda, sabía exactamente dónde buscar.

Dean llegó a su casa poco antes de la una de la madrugada y arrojó al fuego las cosas que había utilizado. Sus ojos se detuvieron a contemplar con satisfacción el paquete que había dejado sobre la mesa de la cocina; la tercera calada al porro por fin le procuró el esperado efecto relajante. Se llevaba a los labios el vaso de *brinjevec*, el potente aguardiente de bayas de enebro tostadas típico de la región, cuando llamaron a la puerta con enérgicos golpes. Del susto, Dean derramó el aguardiente, que le dejó un manchón

oscuro en el jersey, un jersey demasiado estrecho para su barriga pero demasiado grande para sus hombros. Dean miró el reloj y se puso de pie con un suspiro. Le dolían los pies de la caminata campo a través con aquellas piedras puntiagudas. Bajó la escalera y abrió la puerta. Mario, su contacto de Izola, llegaba antes de lo acordado.

—¿Tienes la mercancía? —preguntó Mario.

—¿Qué te pensabas?

Fueron a la cocina y Dean le sirvió un vaso de un vino blanco que ya tenía abierto mientras el otro observaba el paquete con cara de satisfacción, lo levantaba, lo examinaba y lo dejaba de nuevo.

—¿Dónde estaba?

—En el pozo negro.

—Ha habido suerte.

—La verdad es que sí. Había dos polis y tenían puestas cámaras de vigilancia, pero éhos no meten la mano en la mierda ni por la fuerza. Me las ingenié para que no me vieran — Dean sonrió con gesto de superioridad.

—Más te vale no imaginar lo que hubiera pasado en caso contrario.

—¿Tú has traído lo tuyo?

Mario se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y depositó sobre la mesa una pistola automática envuelta en un paño y tres cargadores.

—¿Está limpia? —preguntó Dean.

—Nueva de fábrica, sin número de serie. Cuarenta y cinco disparos. Te vale para ir a la guerra —luego sacó un llamativo sobre del bolsillo interior—. Y aquí tienes tu entrada para la fiesta.

Dean lo abrió y sacó un papel con aspecto de escrito oficial. Era la invitación a la ceremonia de las grandes personalidades en el paso de Rabuise. Asintió con la cabeza en señal de satisfacción y leyó la tarjeta azul adjunta en la que se le asignaba una plaza de aparcamiento preferente muy cerca de la carpa.

Todo había salido a pedir de boca. Sin embargo, poco después habría de descubrir que Manfredi le había engañado. El timbre del teléfono le despertó del sueño profundo en que había caído, aliviado por el desenlace del día. Estaba orgulloso de sí mismo y se alegraba de haber resuelto al menos uno de sus problemas. Ahora podía cumplir la orden de Mervec. Mientras buscaba el teléfono a tientas, vio las agujas del despertador. No habían pasado ni tres horas desde su visita, ¿qué querría Mario ahora?

—Tienes un problema, Dean, y no me gustaría estar en tu pellejo —su voz revelaba tal patetismo que ni el cura más talentoso habría sabido hablar así en el entierro del demonio—. La mercancía es de pega.

—¿Qué? —exclamó Dean con voz ronca—. No digas chorraditas. Pesqué el paquete de esa cloaca tal y como había visto esconderlo allí a Manfredi.

—Ya conoces la suerte que corren los traidores... y los que pretenden trabajar por cuenta propia y jugársela a la familia.

—No es culpa mía —Dean carraspeó varias veces y sacó un cigarrillo del paquete con

dedos temblorosos—. ¿Qué hay en el paquete?

—Sólo el material que se usa para cortar la droga. Levadura en polvo y E421, manitol, laxante para bebés comprado en la farmacia. Chico, chico... Mira que pasarte esto a un tipo como tú... Te dan hasta mañana por la noche.

—Pero... —el otro no le dejó seguir. La brasa del cigarrillo le cayó sobre la barriga e hizo un agujero más a su jersey.

—Manfredi era tu hombre —dijo Mario sin ganas de alargar la conversación—. Nuestros amigos de Milán no se andan con miramientos. No lo olvides. Mañana por la noche. O la mercancía o el dinero. No consenten ningún retraso.

—Llevamos años trabajando juntos y me acusas de... —pero las palabras de Dean no llegaron a su destino. Ya sólo se oía el pitido del teléfono. Un sudor frío le corría por la frente. Exaltado, se sacudió la ceniza del jersey y se puso a dar zancadas por la habitación. Estaba en un apuro terrible. Por un lado, Mervec le amenazaba con destapar todos sus negocios, y tenía cuanto hacía falta para hacerlo. A pesar de su reticencia, no le quedaba otra salida salvo sustituir él mismo a Manfredi. ¿Por qué no había sabido impedir que lo asesinaran el muy cerdo del taxidermista? Y, para colmo, le había engañado, según afirmaba Mario. Por otro lado, ni siquiera él era capaz de conseguir una cantidad de cocaína tan grande en tan poco tiempo. Sabía perfectamente lo que le esperaba si no reparaba su error. Dean miró el reloj y puso una cafetera al fuego. Aunque le doliera en el alma, a la vista de aquella situación tan espinosa no tenía más remedio que subirse al coche y viajar hasta Klagenfurt. Por la mañana, sería uno de los primeros clientes del banco y sacaría doscientos cincuenta mil euros de sus propios e intocables ahorros.

—Nunca se sabe, así que, por si acaso, cuente con que el departamento de Koper, del que depende el mío, quiera hacerse cargo del caso —dijo el comandante Mirko Rožman—. Me he pasado prácticamente la mañana entera redactando informes.

Rozman, Laurenti y Pina comían juntos en el Gostilna Ravbar, del lado esloveno del Carso, en la localidad de Dutovlje, lugar propuesto por el comandante. Por primera vez, el comisario había cruzado la frontera sin detenerse, aunque, por acto reflejo, a medio kilómetro de allí se había llevado la mano al bolsillo para comprobar que llevaba encima la documentación.

—Me tienen enfilado desde hace tiempo —contó Rožman—. El traslado a Sezana fue una especie de castigo. Antes era subdirector de la Policía de Celje. Hace unos años investigué a un político que, claro, estaba mejor relacionado que yo. Los Caballeros de la Orden de Malta tienen bastante peso en nuestro país y ocupan los cargos más altos. Yo debería haberlo sabido, pero fui demasiado idealista. Eslovenia es un país muy transparente, todo el mundo se conoce. Pero no hay que preocuparse, todavía no se han librado de mí del todo. Y no pienso ponérselo nada fácil. Cuando cambie el Gobierno, que alguna vez será, volveré a la primera línea.

Pina probaba por primera vez una *ljubljanska*, un escalope de ternera relleno de jamón y queso casi tan grande como ella. Proteo Laurenti había pedido ternera asada, un plato

más ligero después de la sopa de menudillos de sémola. Escuchaba con atención a su compañero, frente al cual humeaba un espléndido codillo de ternera. Los números de teléfono de Eslovenia que Laurenti le había enviado se estaban investigando ya. Rožman esperaba los resultados antes de que acabasen de comer. Les contó que había interrogado a Domenico Calamizzi a primera hora de la mañana y que su arma ya estaba en la sección de balística de la policía criminal de Ljubljana. Era evidente que se había disparado, pero el proyectil hallado en el interior del Mercedes no procedía de ella. Apenas se podía acusar de nada a Calamizzi. De maltrato animal, si acaso, pero él aseguraba que había encontrado al animal ya herido y que iba de camino al veterinario. Como conocía bien el lugar, conducía muy deprisa para llegar a Ljubljana, donde creía más fácil encontrar ayuda competente. No supo explicar por qué no había preferido quedarse en Trieste. Tampoco dijo nada de los ciento noventa mil euros que llevaba en el bolsillo. Entretanto, su coche estaba en la capital, esa tarde se realizaría el análisis de ADN de la sangre y los fragmentos de hueso encontrados. Laurenti llamó a Zerial y le metió prisa para que, para entonces, también estuvieran listos los resultados del cadáver del depósito de Trieste y así pudieran cotejarse de inmediato.

—Yo nací en Koper —dijo Rožman e hizo una seña a la camarera para que trajera otra frasca de tinto Teran, de un color tan intenso que casi se veía negro—. Lo único que duele de un traslado de castigo como el mío es la pérdida de competencias. Por lo demás, da casi lo mismo, Eslovenia es una especie de franja delimitada por todos los lados. Las fronteras con Hungría, Austria e Italia se han abierto esta noche; para contrarrestar, la de Croacia se ha reforzado más que nunca. Tengo familia en Istria. Ahora son ellos quienes no pueden entrar en la zona Schengen tan sólo con el documento de identidad. Es para volverse loco. También resurgirán los enfrentamientos por el territorio de soberanía; desde la declaración de independencia de 1991 se producen tensiones una y otra vez. Cuando ambos países aún pertenecían a Yugoslavia, se definían como países hermanos sin entrar en más detalles, pero al parecer hoy en día no basta con eso.

—¿Quién exactamente determinó el trazado de la frontera en torno a Trieste después de la guerra? —preguntó Pina entre bocado y bocado, pues ya llevaba la mitad del imponente escalope. Sabía tan poco de aquel tema como cualquiera que no fuese de allí y no hubiera cumplido ya cierta edad.

—Uf, es una historia complicada, como todo lo relativo a esta zona —Rozman agitó una mano en el aire, con el mismo gesto que uno suele hacer al quemarse—. Hasta 1954, el territorio en torno a Trieste estaba a cargo de la administración de los Aliados y dividido a su vez en una Zona A y una Zona B. Era un protectorado de Naciones Unidas llamado «Free Territory of Trieste» o FTT; en italiano, «Territorio Libero di Trieste» o TLT. En 1947, los topógrafos angloamericanos habían decidido la configuración de este nuevo mapa basándose con sumo rigor en las valoraciones de los catastros y en las escrituras correspondientes a las tierras. Realizaron mediciones de cada pedacito de terreno y marcaron el trazado de la frontera con postes o con hitos de piedra que luego, por las noches, se movían misteriosamente, aunque a veces fueran unos metros nada más. Hable con la gente mayor y verá como le cuentan las historias más increíbles. El TLT

abarcaba media Istria junto con Buie y Cittanova, que cambió de nombre a Novigrado por decreto oficial de Tito. Ahora bien, con el Memorándum de Londres, según el cual la Zona B correspondía a Yugoslavia, la línea de la frontera de la parte sur de Trieste tuvo que redefinirse; así se hizo y, al fin, en 1975, los dos países ratificaron su acuerdo. Le voy a poner un ejemplo curioso, fíjese: mi amigo Marino, antiguo alcalde de Duino-Aurisina, nació en dos países distintos si juzgamos estrictamente lo que ponen sus papeles. ¿A cuánta gente le pasa algo así? Él nació en 1950 en la casa de sus padres, en el pueblo de Caldania, cerca de Buie, en Istria, que pertenecía al distrito administrativo de Pirano. Era parte de la Zona B. En cambio, en su carné de conducir, expedido en Trieste en 1968, figura como lugar de nacimiento Pirano, Eslovenia. Pero en su carné de identidad lo que pone es Buie, Croacia, porque entre la fecha de uno y otro se habían movido las fronteras. En fin, no crea que sólo las personas de edad avanzada han pasado por todo este trauma de las fronteras.

—Gracias a Dios que ahora se le ha puesto fin —dijo Pina, cortando otro pedazo de carne ante la mirada atónita de los dos hombres. Era increíble lo que tragaba la min inspector.

—Pero ha sido un camino muy largo —dijo Laurenti—. Por desgracia, la Unión Europea da que pensar en algunas cosas. La gente de Bruselas no para de hablar de la conservación de la pluralidad, cuando en el fondo no se trata más que de una unión económica pura y dura donde las leyes las dictan los miembros de los *lobbys*. Todo tiene que ajustarse a alguna normativa europea, desde el modelo de asiento de los tractores hasta el cultivo de los nabos o los preservativos. Cuando se incorporó Eslovenia en 2004, desaparecieron las barreras comerciales y se generalizó la libre circulación de las mercancías, luego llegó la alianza militar y, por último, el euro. Sin embargo, las personas son lo último que importa en esa ampliación de la Comunidad Europea —entonces sonó el móvil de Laurenti.

La conversación fue corta. El comisario arqueó las cejas, dio las gracias y colgó.

—Era la fiscal general de Pula —dijo—. En Istria han vuelto a aparecer carteles de ese grupo «Istria libera».

—Sí que tiene buenos contactos —dijo Rožman con un gesto de reconocimiento.

—Y adivine quién es el de la foto.

Rozman y Pina le miraron con curiosidad.

—Duke. Y debajo pone «Mejor muerto que vivo».

Laurenti marcó otro número.

—¿Qué, ya ha dado con el fantasma? —preguntó Biason, que cogió el teléfono al segundo pitido.

En pocas palabras, Laurenti informó a su compañero del Ministerio de Interior de lo que habían descubierto.

—Daré aviso a Ljubljana —dijo Biason—. Pero ya le adelanto que tanto ellos como yo seguimos convencidos de que no hay motivo para preocuparse. No obstante, se intensificarán los controles de seguridad en la entrada. Sin duda, se trata de una personalidad muy importante. Entretanto, he conseguido algunas informaciones gracias a

nuestros compañeros estadounidenses. Su Goran Newman es miembro del IAB en el CFR de los Estados Unidos y...

—¿Y eso qué es? —le interrumpió Laurenti.

—Un *think-tank*...

—¿Un qué?

—Quiere decir que es un hombre muy influyente. Su padre era un pez gordo del Ministerio de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos. Desde 1995, este Ministerio cuenta con una especie de Consejo de Relaciones Internacionales, el Council for Foreign Relations o CFR, y él fue su vicedirector durante muchos años. Está formado por políticos, científicos, periodistas y, sobre todo, muchos representantes de la economía...

—Ya veo. Y ésos aconsejan al Gobierno a qué país hay que apuntar para mejorar la situación económica —le robó la palabra Laurenti.

—Más o menos —siguió Biason en tono sereno—. Se ocupan del establecimiento y desarrollo de las relaciones internacionales del país. El CFR, a su vez, tiene un consejo de asesores: el International Advisory Board, IAB. Goran Newman fue admitido como miembro, sin duda gracias a la influencia de su padre, que por entonces aún vivía. El IAB, con sede en Nueva York, consta de treinta y tres miembros de casi el mismo número de países. Casi todos ellos pertenecen al mundo de las finanzas. Su labor consiste en elaborar el balance de la situación económica con la mayor precisión posible.

Laurenti dejó escapar un silbido entre los dientes.

—Eso significa que Duke forma parte de un gremio que decide sobre la economía a escala mundial. ¿Alguien de aquí? Cuesta creerlo.

—¿Por qué no, Laurenti? Gana millones con sus fondos de inversión. Y antes fue asesor financiero de la Embajada de los Estados Unidos en Moscú.

—Parece un hombre tan normal...

—Si es que tampoco hace nada malo. Obviamente, en una posición como la suya se despiertan muchas envidias. Y a la izquierda le encanta ir a por gente como él. Como le decía,

Laurenti, no se preocupe, pondremos especial cuidado y no lo perderemos de vista. Nos vemos mañana en Rabuise. Yo ya salgo para allá dentro de una hora.

Laurenti no estaba nada tranquilo. Transmitió la información a Pina y a Rožman. Se le había quitado el apetito de golpe a pesar de que el asado estaba delicioso. Se disculpó con la camarera por dejarse la mitad. Rozman y Pina aún pidieron postre: *rigojanci*, tartalata de chocolate. A Laurenti le bastó con un *espresso*.

Estuvieron bastante rato en el Gostilna Ravbar. Mientras esperaban las llamadas con los datos de los laboratorios, Rožman llenó varios formularios que tenía que firmar Laurenti. Eran los informes de la persecución de la noche anterior que no habían cumplimentado entonces. El móvil de Laurenti fue el primero en sonar. Zerial le comunicó el grupo sanguíneo del cadáver y el resto de datos que había reunido. El hombre ya estaba muerto cuando lo rociaron de gasolina y le prendieron fuego. Laurenti pidió al forense que enviase los datos de la prueba de ADN a Ljubljana, podía hacerlo

por correo electrónico sin necesidad de formalidades, ya lo había acordado así con su homólogo esloveno. A continuación, Rožman informó de que uno de los números que Domenico Calamizzi tenía almacenados en el móvil también aparecía en el aparato de Manfredi. Otros tres eran de Izola y hacía mucho tiempo que sospechaban de su implicación en el negocio de las drogas.

—Dean Cuk —dijo Rožman—. Le conozco. Vive en una granja en el valle del Vipava, a unos diez kilómetros de nuestro amigo Duke. Es un tipo sombrío. Antes estuvo en la UDBA, los servicios secretos yugoslavos. Después de la declaración de independencia pasó dos años más en la SOVA, la organización eslovena más o menos equivalente. Luego la abandonó y se mudó aquí. Como todos los que pertenecieron a esos servicios, sigue conservando muy buenos contactos. Pero no hay ninguna pista que conduzca a él. Le voy a proponer un trato, Laurenti. Este asunto de los números de teléfono de Izola es un filón. Usted tiene a los hombres de contacto de Milán, en Quarto Oggiano, y también los números de Trieste. ¿Qué le parece si nos coordinamos bien, reunimos nuestros respectivos materiales e intentamos averiguar más cosas? En mi opinión, aquí es mejor no precipitarse.

Pina lo miró con los ojos muy abiertos. Era exactamente lo mismo que le había dicho Laurenti esa mañana. Ella habría procedido de otra manera, habría acudido al fiscal de inmediato para pedir que pinchasen algunos teléfonos. Aquellos dos viejos zorros, sin embargo, se lo tomaban con calma. ¿Cómo estaban tan seguros de que no se les escaparía nadie?

—Oiga, Rožman —dijo Laurenti—, ¿y qué pasará si tenemos éxito?

—Mi posición, desde luego, mejoraría muchísimo.

—Un neofascista que trabaja disecando ardillas y un calabrés que, con toda probabilidad, es miembro de la *'ndranghetta* y lleva de paseo a un perro de pelea medio muerto tienen el teléfono de ese tal Dean. ¿Usted sabe algo de esas peleas de perros, ilegales, por supuesto?

—En Eslovenia no hace muchos años que se han prohibido, pero es cierto que se oye hablar de ellas una y otra vez. Es un mundo muy cerrado y guardan muy bien el secreto, no hay forma de dar con ellos. Las multas no son demasiado altas. Por maltrato animal, nada más. Nadie va a la cárcel. Las apuestas, eso sí, están organizadas por las mafias. En Bosnia o Serbia es un fenómeno bastante extendido. Aquí no.

—Dígame, Rožman, ¿cuánto tiempo pueden tener detenido a ese Calamizzi?

—Por los cargos que se le pueden imputar de momento tendría que soltarlo mañana por la tarde —Rožman sacó el teléfono de su bolsillo—. A ver cómo van los criminalistas de Ljubljana con lo del Mercedes.

El resultado fue justo el que esperaban: el cadáver sin identificar iba en el asiento del copiloto cuando le dispararon. El ADN se correspondía al cien por cien con el análisis de Zerial.

—De modo que Calamizzi se queda detenido —dijo Rožman—. En circunstancias normales, es decir, si no diera la casualidad de que usted y yo ya nos conocemos, ahora estaríamos discutiendo de quién es competencia y en qué territorio de soberanía está el

caso. Y eso daría lugar a un tedioso tira y afloja diplomático. En eso no influye en absoluto la apertura de la frontera.

—Déjelo marchar —sugirió Laurenti inesperadamente—. Pero en el momento preciso y en la dirección precisa.

Rožman vaciló unos instantes.

—¿Pongamos mañana temprano, a las ocho? Para que todavía sufra un poco —propuso finalmente.

—¡Huy, no, por Dios! —rogó Laurenti—. Mañana estoy re-clutado para la ceremonia de Rabuise. Esos histéricos de la seguridad ya estarán tocando las narices del personal desde primerísima hora.

—Son ahora las tres —dijo Rožman mirando el reloj de la pared—. ¿Qué le parece dentro de una hora? Que lo lleve un coche patrulla. Ustedes esperen justo en la frontera. Entretanto, yo mismo voy a hacer una visita a ese Dean y así, luego podré hacerlo constar como intento de evasión de interrogatorio, con lo cual también podremos ponerlo en busca y captura en Eslovenia.

—A nuestro amigo no le importa arriegarse... —comentó Laurenti a Pina cuando regresaban a la ciudad—. Como se descubra esa triquiñuela, Rožman acabará regulando el tráfico en alguna ciudad perdida de la provincia.

Pina se limitó a asentir con la cabeza. No hacía falta que Laurenti le dijera que debía mantener la boca cerrada.

—¿Puede organizar usted la detención de Domenico Calamizzi? —preguntó el comisario al bajar frente a la *questura*—. Una patrulla de paisano y usted. A mí me quedan unas cuantas cosas por solucionar y para eso no me necesitan. Enciérrelo y sométalo a interrogatorio. A un interrogatorio bien duro. Lo más que pueda. Que lo notifiquen al fiscal. Dígale que ha sido casualidad, que usted estaba paseando por la zona cuando Calamizzi fue a cruzar la frontera. Le valdrá algunos puntos en el expediente. ¡Un sospechoso de homicidio! Por cierto, de los resultados de los análisis de Ljubljana oficialmente no sabe usted nada. ¿Entendido?

—No se preocupe, comisario —dijo Pina, contenta de que por fin le dejaran hacer algo por su cuenta. ¡Iba a hacer sudar sangre al tal Calamizzi!

—Otra cosa, Pina —Laurenti había dado media vuelta—. ¿Qué tipo de música escucha la gente joven como usted?

Pina lo miró muy sorprendida. Se le ocurrían Elisa, la cantante pop de Monfalcone que siempre alcanzaba los primeros puestos de las listas de favoritos, o Vasco Rossi y Destiny's Child. Pero Sedem hacía una mueca de repugnancia al mencionar a ese tipo de artistas. Así pues, dijo:

—Amy Winehouse, Gorillaz... terminado en Z, ¿eh?... o Franz Ferdinand. *Indies*.

—¿*Indies*? —repitió el comisario, arrugando la frente.

—*Independent* —alardeó Pina—. O swing.

Laura había insistido en que su marido la acompañase al restaurante Bollicine en la Piazza Sant'Antonio, donde había quedado a cenar informalmente con el director de la

sucursal del banco donde tenían los ahorros de la familia. Y con su mujer. Laurenti en realidad no tragaba a aquel tipo prepotente, pero Laura a veces necesitaba de su favor para la financiación inicial de ciertos fondos importantes para su casa de subastas. Aunque lo esencial era que el nombre del banquero figuraba en la lista de teléfonos de Marzio. Laurenti no podía faltar a aquella cita. A pesar de todo, llegó al local un cuarto de hora tarde y cargado de bolsas.

En la comisaría, Marietta se arreglaba para la velada.

—Hombre, al fin apareces —dijo, al tiempo que se retocaba el peinado y el pintalabios, del rojo cereza más intenso—. No hay nada nuevo, el correo de hoy está encima de tu mesa.

—¿Te estás poniendo guapa para mí?

—Tengo que ocuparme de mis asuntos de una vez —dijo Marietta y se desabrochó un botón más de la blusa negra, bajo la cual asomó el encaje del sujetador, a juego con el pintalabios.

—Seguro que tienes a alguien esperándote —dijo Laurenti y se retiró a su despacho.

—Es que tengo tantos amigos... —suspiró Marietta cogiendo el bolso.

—Pues nada, que te cunda.

—Y aún no he comprado ni un solo regalo de Navidad —concluyó Marietta y se marchó taconeando.

La ayudante de Laurenti era de esas personas que, en vísperas de las Navidades, no pasan ni una sola noche en casa. El comisario echó un vistazo rápido al correo acumulado y encontró una nota de Alfieri en la que le decía que el pedacito de pasaporte que no se había quemado procedía de Polonia y que del resto al final también habían podido obtener algunas cifras del número del documento, aunque faltaban las dos primeras. Debajo de la firma, Alfieri había añadido a mano «*Auguri!*»... señal de que aún no había perdido las esperanzas de poder irse de vacaciones a Cortina. Una nota de Marietta informaba de que esos datos ya se habían transmitido a la Interpol en Lyon, así como a los compañeros de Varsovia. Así pues, no se podía hacer más que esperar.

Proteo decidió aprovechar el tiempo que le quedaba hasta la hora de la cita para comprar sus regalos de Navidad. Para Laura, unos guantes y un chal de precio prohibitivo. En la sección de música de Feltrinelli, los estantes de CDs de pop apenas se veían de la cantidad de jóvenes que se agolpaban delante; frente a los de swing, en cambio, no había nadie. Para él mismo escogió un álbum de los Squirell Nut Zippers titulado *Bad Businessman*, y para Pina uno de Lavay Smith & Her Red Hot Skillet Lickers titulado *I Want a Little Boy*. Luego pidió a la dependienta lo último de los Gorillaz-terminado-en-Z-¿eh?, Amy Winehouse y Franz Ferdinand. Tal vez acertara con el gusto de sus hijos. En la Via Genova encontró, además, un osito muy mono, el primer regalo para el bebé de Patrizia. En la tienda de al lado compró, para Galvano y su perro, un correa nueva y una caja de huesos de avena que al parecer ponían los dientes bonitos y fomentaban la fuerza la mandíbula. En la librería más próxima adquirió el regalo para su madre: una novela policiaca que se desarrollaba en Trieste para que así la anciana conociera, por fin, cómo era la vida cotidiana de su hijo y aprendiera más cosas de la

ciudad. En todas partes le deseaban felices fiestas y Laurenti anhelaba un rato de silencio, de modo que decidió hacer una breve visita a su amigo Walter en el Malabar. Sin embargo, también el bar estaba hasta los topes, y las ojeras de su amigo eran cada día más grandes. Laurenti se consoló con una copa de Vitovska que apuró demasiado deprisa porque también allí le resultaba insoportable el vocerío y los *auguris* en todas direcciones. En uno de los puestos del mercadillo de la Piazza Sant' Antonio eligió un jersey de imitación de cachemir para Marietta, de cuello bien cerradito para que no se resfriase. Por fin llegó al restaurante, estresado y corriendo.

Laura se sorprendió al ver que su marido no había dejado los regalos para el ultimísimo momento. Por lo general, no salía a comprar nada hasta la mañana del veinticuatro a toda prisa; de lo más importante se ocupaba ella, de todas formas. Al examinar las bolsas de reojo intuyó que su marido le había comprado los enésimos guantes y el enésimo chal... en fin, ya los cambiaría en secreto pasadas las fiestas.

A Laurenti le costaba soportar al banquero, que no paraba de agarrarle del brazo o de darle palmadas en la espalda en tanto contaba una ordinariez detrás de otra, amargándole las exquisitezas que les servía el joven cocinero, Fabio. Así pues, el comisario decidió poner fin a aquel espectáculo.

—¿No conocías tú también a ese Marzio Manfredi? —le espetó Laurenti. Y esta vez fue él quien agarró del brazo al banquero como si fuera a llevárselo aparte.

El hombre se sonrojó de golpe y se llevó la mano a la nariz con gesto apurado.

—Fue cliente del banco durante un tiempo... —dijo luego—. Pobre hombre. ¿Cómo van las investigaciones?

—Pues no debía de ser tan pobre como parecía —comentó Laurenti—. Tenía un fajo de dinero en casa y dos kilos de coca en el retrete. Mañana lo leerás en el periódico. Ahora nos toca investigar todos los números de teléfono de su agenda, como si no estuviéramos hasta arriba de trabajo. ¿A ti qué te parece? Yo creo que lo de la blanca Navidad... este año, nada —y, riendo, le dio una palmada excesivamente fuerte en el hombro y se puso a mirar por la ventana.

El banquero soltó una risita forzada, pero ya se le había aguado la noche. Pidió la cuenta, invitó y, con los dos besos de rigor acompañados de los correspondientes *auguris*, se despidieron todos.

—Qué prisa le ha entrado de pronto —dijo Laura cuando se quedaron solos en la barra y pidieron dos copas de K & K de Edi Kante.

—Gracias a Dios —respondió Proteo—. No le soporto.

—¿Qué le has dicho para que le entrara tanta prisa?

—Está en la lista de clientes de un traficante. Y le he dado a entender que no tardaremos en descubrirlo.

—Ay, Proteo, por favor... —dijo Laura—. A mí tampoco me cae nada bien pero le necesito para mi negocio.

—No te preocupes. Creo que, de ahora en adelante, lo tendrás a tus pies.

Laurenti se disponía a meterse en la cama cuando llamó su hijo. El comisario

necesitaba dormir unas cuantas horas de una vez.

—Papá, tengo que contarte algo sin falta.

—¿Qué podía ser tan importante a esas horas? Normalmente, Marco no llamaba por iniciativa propia jamás.

—No me cuentes que vas a ser padre —gruñó Laurenti.

—No, hombre, no, pero tu mini-inspectora tiene un amante. ¿A que nunca lo hubieras dicho?

—¿Pero qué dices? ¿Dónde estás? —se escuchaba una música atronadora de fondo.

—En el Grip, esta noche actúan los Motherfuckers. Y los cócteles son estupendos. Yo me estoy tomando un Patanka.

—¿Qué? Sal a la puerta al menos, no te oigo nada —Laurenti conocía el local, estaba en el Colle di San Giusto. Nunca abría antes de las diez de la noche y se animaba realmente a partir de la medianoche... hasta las cinco de la mañana. Era un sitio para gente joven, los de más de cuarenta se veían como vejestorios y no tenían nada que hacer allí.

—Tu mini-inspectora está enamorada hasta el tuétano. Yo que siempre creí que no le iban los hombres... Tendrías que haberla visto.

—¿Y a mí qué me importa todo eso? —gritó Laurenti al teléfono.

—Pina con minifalda y una blusa de seda desabrochada al estilo de Marietta o peor. Porque, claro, Marietta tiene mil veces más que enseñar. Te cuento: Pina ha cenado esta noche en nuestro restaurante, con un joven que lleva el mismo corte de pelo que ella y va en silla de ruedas. Y en la puerta les esperaba un Maserati Quattroporte color granate. ¡Alucinas!

—Fumas demasiados porros, hijo. Mira que te he dicho veces que lo tienes que dejar —farfulló Laurenti.

—Eso no tiene nada que ver. Pensé que te interesaría.

Laurenti ya no oyó más que el pitido de la línea telefónica. Tenía que hablar con su hijo urgentemente. El chico se colocaba hasta un extremo muy peligroso y también se excedía con el alcohol. ¡Cuántas veces no habría intentado hacerle ver que arriesgaba mucho más que los puntos del carné de conducir cuando recorría la ciudad a toda pastilla en su Vespa! Claro que, en vísperas de las Navidades, Marco le haría aún menos caso que de costumbre. En tales fechas no quedaban personas sobrias en toda la ciudad.

—¿Qué quería Marco? —preguntó Laura.

—Ese chico tiene una fantasía desbordada. Y se pasa con la marihuana.

—Bueno, tampoco es peor que una botella de vino —dijo Laura y apagó la luz.

—Estudiaba matemáticas y filosofía —decía Sedem al tiempo que les servían el *risotto* al Vitovska con vieiras ligeramente pasadas por la plancha, una nueva receta en la carta de Ami Scabar—. En Londres —prosiguió—. Pero lo dejé en el tercer curso, aunque siguen fascinándome las dos cosas. No necesito ningún certificado académico que justifique mi existencia, ahora sólo por mi cuenta cuando tengo tiempo, por Internet. A pesar de este aparato o tal vez justo por eso —dio unos golpecitos al respaldo de la silla de ruedas—, tenía prisa por hacer cosas más prácticas.

Pina había esperado el día entero a quedarse sola y poder devolverle sus llamadas sin que nadie la molestase. Mientras marcaba el número de Sedem pensó que el domingo, dos días después, haría una semana que se conocían... y aún no sabía qué pensar de todo aquello.

Lo primero que había escuchado había sido «A Prelude to a Kiss» de Duke Ellington, no oyó la voz de Sedem hasta que él bajó el volumen de la música. Como siempre, estaba muy animado y del mejor humor y propuso salir a cenar juntos, por supuesto al mejor restaurante de la ciudad, donde era conocido por sus generosas propinas.

La detención de Domenico Calamizzi en el paso de Fernetti se había llevado a cabo sin ningún contratiempo. El tipo se había quedado tan perplejo que no había sido capaz de reaccionar y complicar las cosas. El posterior interrogatorio, por otra parte, había resultado del todo infructuoso aunque Pina había desplegado todo su repertorio de recursos; amenazas, gritos y palabras amables alternadamente, tal y como indicaban los manuales. Al menos, cuando el tipo por fin había comprendido que, en contra de lo que esperaba, no le entregarían a las autoridades de Milán hasta que la inspectora hubiera terminado con él, Pina había conseguido crearle cierta desazón. Un cadáver calcinado cuyo ADN se correspondía con la salpicadura de sangre y con las astillas del hueso del cráneo halladas en su coche era suficiente motivo de preocupación.

—¡Será muy fácil endosarte un asesinato! —le había gritado Pina, pero Calamizzi había seguido sin soltar prenda, mirándola con gesto desafiante.

Sentado en la sala de interrogatorios, permanecía relajado y con el rostro inexpresivo. Pina conocía a los tipos como él: preferían asumir una pena de cárcel de varios años con aparente indiferencia antes que confesar y traicionar a la «familia». Poco antes de las siete interrumpió el interrogatorio y mandó que llevaran al detenido a una celda. Tenía que darse prisa. De camino a casa, quería parar un momento a comprarse algo bonito que ponerse y, apurando el último minuto, consiguió arreglarse para la velada. Sedem se asombró al verla. Pina llevaba una minifalda roja y una blusa de seda roja. Eso sí, las medias rosas eran un fallo imperdonable. Y tampoco había aprendido nunca a caminar con gracia... y con tacones, sin tener en cuenta, además, que seguía llevando el talón vendado.

—Dejé mis estudios y volví aquí, aunque me resultó muy difícil vivir en casa de mi padre otra vez. Tiene la manía de querer controlarlo todo. Con la consecuencia de que ahora yo sé más cosas de él que al contrario. En un principio, mi objetivo era crear mi propio servicio de noticias, porque pensaba que los medios de comunicación son demasiado partidistas y demasiado superficiales. ¿Qué me importa a mí si Paris Hilton muerde a su perro y se quita las braguitas? ¡En el informativo principal del día! En cambio, en otros temas no se profundiza. Además, en los países del este, en la medida en que los rusos han dejado algo, se han establecido los grandes grupos de comunicación occidentales, a golpe de talonario, claro. Algunos órganos están en manos de la curia, otros en manos de los políticos, otros en las de algunos capos... Son todos iguales, ninguno remedia los errores del vecino.

—Por cierto —le interrumpió Pina—, ¿te has enterado de que tu padre está amenazado de

muerte?

—¿Duke? —Sedem meneó la cabeza muy sorprendido.

—En la parte croata de Istria han aparecido hoy unos carteles de una agrupación cuyos miembros se llaman a sí mismos «idealistas militantes» y actúan bajo la consigna «Istria libera, Dalmazia nostra». Llevan tiempo apareciendo ese tipo de panfletos, pero esta vez el retrato que aparece es el de Duke. Y debajo pone «Mejor muerto que vivo».

A Sedem se le quebró la voz:

—¿«Istria libera»?

Les interrumpió el camarero con el segundo plato: filetes de ombrina con trufa blanca de Istria.

—Mi jefe ha intentado convencerle de que renuncie a asistir a la ceremonia de mañana en Rabuise. Pero no ha habido manera. Duke insiste en mostrarse en público allí, aunque tenemos indicios de que planean atentar contra su vida.

—¿A quién se le ocurriría hacer algo así? Habrá un despliegue de policía tremendo.

—Eso mismo ha dicho tu padre.

—Nadie logra acercarse a Duke mientras Edvard esté a su lado, y como Vera no quiera, ni yo mismo puedo hacerlo. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Las pistas que llevan al plan del atentado las encontró Laurenti el miércoles.

—La primera noche que pasaste conmigo. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Yo no lo sabía aún. Además, apenas nos conocíamos —a Pina le costaba apartar la vista del joven.

—¿Qué planes tienes para mañana? —le preguntó mientras tomaban el postre.

—¿Mañana sábado? Las bolsas cierran y tengo el día libre. Por la mañana temprano saldré a montar a caballo durante una hora. No puedo defraudar a mi yegua.

—Yo también tengo el día libre —dijo Pina.

—¿Tú no vas a la ceremonia?

Pina señaló su bastón.

—Yo estoy de baja.

—Vayamos de excursión —dijo Sedem con aire meditabundo—. Vamos a Istria, quiero ver esos carteles. Por la mañana podríamos ir al mercado de Rijeka, los campesinos de la región venden sus verduras y, si tenemos suerte, también encontraremos gambas de la isla de Cres. Son las mejores. Y podemos ir a comer a Morgan, en Brtonigla, una taberna campesina con las mejores salchichas caseras de toda Istria.

Pina estaba entusiasmada. Aún conocía muy poco el bello paisaje de colinas de Istria, a pesar de lo cerca que estaba de Trieste.

—Como siga comiendo así todos estos días, me voy a poner como una vaca —dijo—. En cuanto se me cure el pie tendré que entrenar el doble para recuperar la forma.

—Será si yo te dejo algo de tiempo libre. ¿Dónde vives? —preguntó Sedem.

—En un tercero sin ascensor —respondió Pina.

—Entonces tienes que venir tú a mi casa.

—Pero no vuelvas a darme de fumar eso que fumas tú!

Después del abismo

Oigo gritos e intento levantarme. Noto un golpe de aire frío porque abren la puerta del coche y Domenico baja con las manos en alto. Le apuntan con dos pistolas, él coloca las manos en el techo del coche y esconde la cabeza entre los hombros. Protesta en voz alta. Un hombre de complexión fuerte le cachea en un instante y le vacía los bolsillos, saca un grueso fajo de billetes, un arma y el pasaporte. Lo hojea mientras el otro le pone las manos a la espalda y lo esposa. Se lo llevan a empujones para hacerle entrar en el asiento de atrás de un coche con un intermitente azul en el techo.

Luego, un hombre cuyo aliento huele a alcohol se inclina sobre mí, me levanta la cabeza, observa mis heridas con cara de preocupación y habla con otro que me tapa con la toalla. Este cierra la puerta y siguen hablando fuera. Me desplomo de nuevo en el asiento y no me despierto hasta que otro hombre con una bata blanca me toma el pulso en la yugular y luego me abre el párpado y me ciega la pupila con una linterna. Examina mis heridas. Primero los belfos llenos de mordiscos, luego la fractura del hueso de la pata delantera derecha, por último la herida costrosa de la frente y el flanco, donde tengo un jirón de piel arrancado, como un siete, colgando como un trapo. Menea la cabeza. En su vida ha visto nada más horrible. Yo no siento ningún dolor, sólo el cansancio tremendo contra el que intentaré luchar mientras no sepa qué me va a suceder. El hombre carga una jeringa y me pincha en el hombro, entonces caigo en un sueño profundo.

Vuelvo en mí en una habitación con mucha luz. Huele a desinfectante, medicamentos y productos de limpieza. Tengo la pata entablillada y en el muslo derecho una cánula con una alargadera de plástico transparente. En esa zona me han afeitado el pelo. La otra punta de la alargadera llega hasta una bolsa de líquido que está colgada de un pie metálico. Tengo una sed horrible. Intento levantarme pero estoy atado con dos correas de cuero. Me han tapado con un cobertor verde que apenas me llega a la cabeza. En una mesa que hay cerca veo utensilios de metal que brillan bajo la luz de neón.

Oigo voces y aguzo el oído para enterarme de qué va a pasar. A mi lado hay dos mujeres, las dos con batas blancas. Sus voces suenan amables. Una me retira el cobertor. La rubia, que lleva guantes, habla sin cesar y ahora me palpa las heridas

antiguas, las que Karol me cosía con sus propias manos después de las peleas. Cuando vamos a una convention, Karol siempre lleva en el maletero del coche un gran maletín con todo el material y los utensilios que necesita. Ahora no sé dónde está. La rubia se extraña de que yo no reaccione cuando roza mis heridas recientes, pero no conozco el dolor. Me lava las heridas muy bien, me da de beber un agua que sabe a medicina. Luego me cose el jirón de piel. El olor a desinfectante impregna la habitación. Finalmente, sale y vuelve a entrar enseguida. Trae de una correa un caniche negro que mueve el rabo al verme. Yo, en cambio, me revuelvo como un poseso. Si no me sujetaran las correas, lo despedazaba aquí mismo. Se llevan al caniche y yo le sigo con la mirada, muy excitado. Las dos mujeres se ponen a hablar, meneando la cabeza, luego me sacan de esa especie de laboratorio, dentro de la bandeja en la que estoy tumbado, me llevan por un pasillo que no me dice nada y me colocan en otra habitación a través de cuyas contraventanas entra velada la luz del día. Me acomodan sobre una superficie blandita y me vuelven a atar. ¿Para qué? La rubia de los guantes me pone otra inyección. Enseguida me vence el cansancio.

Todos los hombres se hermanan⁶

La oscuridad había caído sobre el valle cuando Dean regresaba de Klagenfurt a media tarde. Estaba nervioso e irritable porque prácticamente había tenido que sacar toda su reserva de fondos intocables, excepto una mínima cantidad. A regañadientes, escondió el dinero que tenía que entregarle al hombre de Izola la noche siguiente para salvar el pellejo, se sirvió un vaso de vino y cortó una loncha del jamón del Carso que lucía en todo su esplendor sobre la mesa de la cocina. A las seis oyó entrar un coche en su patio. No esperaba a nadie y se asomó a la ventana con disimulo. Era un coche blanco de la policía eslovena. Soltó un taco, apuró el vaso de un trago y bajó las escaleras con paso pesado. Abrió la puerta de golpe antes de que llamaran al timbre. Frente a él estaba Mirko Rozman, comandante de la central de policía de Sezana; acababa de apagar una colilla con el pie en el escalón superior de la casa y le echó el resto del humo en la cara. Al parecer, el policía venía solo. Qué raro.

—Ya he estado por aquí a primera hora de la tarde —dijo Rozman sin ofrecer más explicaciones.

—Pues yo no. ¿No tiene teléfono? —Dean permaneció en el umbral de la puerta a pesar de que la temperatura había bajado notablemente y un viento frío azotaba el valle. Su barrigón ocupaba tanto espacio que Rožman tuvo que bajar un escalón.

—No hay nada como la conversación cara a cara. Estamos buscando testigos.

—¿De qué?

—Hay un pitbull merodeando por la zona que ataca a la gente. Es peligroso. Marrón y blanco de manchas. ¿Ha visto usted algo?

—¿Cuándo?

—El domingo y los días posteriores. Pero comencemos con el domingo.

Dean, malhumorado, negó con la cabeza.

—Yo tengo un pastor alemán cobarde y pare de contar —señaló hacia una zona vallada en la que asomaba la cabeza del animal desde el interior de una caseta. El perro ni siquiera había hecho ademán de ladrar al llegar Rožman, a pesar de que había dos carteles muy llamativos que advertían sobre la presencia de perros peligrosos en la granja.

—Las declaraciones de otros testigos coinciden en que venía de esta dirección.

—¿Se cree que me paso el día asomado a la ventana?

—¿Y el establo?

—Lo tengo arrendado. Alguna vez lo desmontaré. Hay unas cuantas vacas. Y cerdos. Nada más.

—¿Y ayer? —Rožman no veía ningún montón de estiércol, como hubiera correspondido si era cierto lo de los animales.

Dean dio un paso atrás y agarró el picaporte para dejar claro que no pensaba dejar avanzar al policía.

—Estuve fuera. Igual que hoy. Yo también trabajo, ¿qué se cree?

—¿Y van bien los negocios?

—No me puedo quejar, ahora que han abierto la frontera —Dean cerró un poco la puerta.

—Llámeme si, después de todo, recuerda algo relativo a un pitbull. Volveré por aquí de cualquier modo. Parece que es un asunto importante. Órdenes de arriba... —Rožman se despidió con el saludo de rigor y se dirigió hacia su coche. Oyó que Dean echaba la llave. Luego vio huellas de cascos de caballo en la tierra del patio. Volvió a la casa y llamó a la puerta.

—¿Qué quiere ahora? —Dean no había llegado más que a la mitad de la escalera, dio media vuelta y esta vez no abrió sino que asomó la cabeza por la puerta.

—¿Tiene usted caballos?

—No. ¿Por qué?

—Hay huellas de cascos en el patio.

—¿Y qué? No son mías. Recibo muchas visitas.

—¿De jinetes?

—Así habrá sido.

—Por cierto, también dicen que se veía frecuentar esta granja a ese Manfredi que vivía en una caravana al otro lado de la frontera, en la dolina, al que mataron en Trieste. Al menos eso ponía el periódico de hoy —mintió Rožman—. Si se acordara usted de algún detalle relacionado con él, también le ruego que me llame de inmediato.

Esta vez Dean cerró la puerta con un golpe más fuerte y se apresuró a cerrar con dos vueltas de llave.

Ahora, por la mañana temprano, volvían a llamar a la puerta. Ni siquiera eran las siete y le hubiera gustado dar media vuelta y seguir durmiendo. Sin embargo, los golpes en la puerta no cesaban aunque él no había respondido. ¿Sería otra vez ese comandante de la policía? ¿A esas horas intempestivas? Dean soltó varios tacos seguidos. Conocía esa estrategia. También su antiguo jefe, Mervec, defendía que se alcanzaban los mejores efectos cuando se actuaba en momentos inesperados. ¿Cuántas veces no habría acompañado Dean a una de las unidades de la policía política en aquel tipo de misiones, despertando a la gente bruscamente para que no coordinasen bien? A cambio, luego

podía echarse sus buenas siestas, pues era Mervec quien se ocupaba de los interrogatorios.

Dean saltó de la cama furioso y abrió la ventana.

—¡Maldita sea! —se dijo a sí mismo—. Si no abro, parecerá que no quiero que me molesten.

Entonces vio la yegua lipizzana blanca cuyo aliento formaba nubes de vaho en la oscuridad. Sedem levantaba la vista hacia él.

—¿Vienes a por más? —preguntó Dean en tono hosco—. Mucho fumas tú últimamente. Si anteayer te vendí una buena dosis...

—Tengo que hablar contigo —dijo Sedem en un tono afable que obligaba a Dean a corresponder con amabilidad—. Anda, baja.

Dean cerró la ventana sin decir nada, se echó un albornoz por los hombros, retiró una estantería y sacó un sobre con cien gramos de marihuana de una caja fuerte.

—Gracias —dijo Sedem después de guardarla—. La verdad es que tenía de sobra, pero nunca se sabe.

—¿Nunca se sabe qué?

—Ha venido a verte la policía dos veces. Con estas cosas se corre la voz enseguida. Sentiría mucho que te metiesen entre rejas, tendría que buscarme otro camello.

Dean estaba atónito ante la seguridad en sí mismo que mostraba el inválido.

—¿Qué has hecho con los carteles, por cierto? —preguntó Sedem.

—Se colocaron todos como quedamos. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Tal y como yo te los entregué? —siguió preguntando Se—dem. De pronto, su tono de voz era cortante como un cuchillo y su mirada intranquilizó a Dean.

—¿Qué está pasando? —Dean se rascó una oreja con aire nervioso y alternaba el peso de un pie al otro.

—En tal caso, todo está en orden —dijo Sedem y dio un suave tirón de las riendas para que su yegua se pusiera en movimiento—. Lamentaría mucho comprobar que no mereces mi confianza. Tendría que decírselo a Edvard.

A Dean le entraron unos calores terribles. De repente, le llovían amenazas por todos los lados. Mervec solo ya le causaba bastantes problemas, las palabras de su contacto de Izola tampoco habían podido ser más claras, luego había aparecido el policía ése haciendo preguntas raras y era evidente que no había ido a verle por eso. Y ahora las indirectas de Sedem. Dean sólo había coincidido con el secretario de Duke una vez, al principio del todo, cuando se había excedido metiendo la nariz en los asuntos de su nuevo vecino como acostumbraba a hacer en su antiguo trabajo. Había necesitado semanas para curarse las costillas rotas. ¿Cómo iba a saber él que Sedem jamás confiaría en la gente de su padre?

La despertó el ronroneo del motor de la silla de ruedas. Pina entreabrió los ojos y, aunque aún no entraba más que una luz muy tenue por la ventana, supo que haría un día soleado. Sedem aún tenía el cabello mojado del baño que había tomado después de montar y sus mejillas estaban sonrosadas por el aire fresco de la mañana. En la mano

izquierda llevaba una bandeja con una taza de *espresso*, la derecha siempre le hacía falta para manejar el mando de la silla de ruedas.

—Estoy casi seguro de que lo tomas sin leche, pero le he puesto dos cucharadas de azúcar. ¿He acertado? —preguntó Sedem, parando junto a la cama.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Pina—. ¿Qué hora es?

—Poco más de las ocho. Si te apetece ver el mercado de Rijeka, tenemos que salir enseguida. Más tarde se llena demasiado para que yo pueda circular con este cacharro sin problemas.

Pina se levantó de un salto.

—En lo que tardas en hacerme un segundo café estaré lista. ¿Qué escondes ahí, a la espalda?

—No te lo tomes a mal, pero pensé que este color combina mejor... —y Sedem sacó un paquetito con unas medias transparentes.

Pina se lo arrancó de las manos y desapareció en el interior del cuarto de baño.

Muchos edificios de Rijeka le recordaron Trieste y le encantó ver los ferrys de la Jadrolinija atracados en el puerto. El Maserati causó sensación al parar en la plaza de la Ópera. Pina y Sedem pasaron junto a la estatua del compositor Ivan Zajc y cruzaron toda la plaza para llegar al viejo mercado, el Velika Tržnica, cuya surtidísima lonja de pescado atraía a innumerables clientes cada día. En las callejas laterales y alrededor del mercado se alineaban los puestos ambulantes, doblados bajo el peso de las verduras recién cogidas que los campesinos de un amplio radio de los alrededores traían a vender. A Pina le gustaba el gentío y las voces de los vendedores ensalzando sus productos. Allí era fácil olvidar el patético ambiente navideño de las ciudades más grandes. Iba cargada de bolsas, pues Sedem no parecía tener intención de moderarse en su afán de comprar.

—Ya que estamos aquí, no hay que dejar pasar ninguna oportunidad —decía. Acababa de adquirir un cajón de gambas aún vivas y negociaba el precio de una gigantesca dorada de tres kilos—. Podremos cenarla cuando Duke y Vera regresen de la ceremonia.

Al pasar a la zona de verduras del mercado, Sedem se detuvo de golpe. Pina no se dio cuenta hasta varios pasos más allá. En la pared del mercado había uno de los carteles con el retrato de su padre y el texto en dos idiomas. «Mejor muerto que vivo», rezaba en gruesos caracteres en el borde inferior. Las diez líneas de encima recogían más o menos la misma polémica que Pina ya había leído en el cartel de muestra que habían enviado al comisario desde Croacia.

—Ya veo —Sedem tenía la cara completamente roja y le costó romper su silencio. Pero daba la sensación de que sólo hablaba consigo mismo—. Espera y verás. Ya te enseñaré yo lo que es engañarme —por fin volvió a mirar a Pina. Le había cambiado la mirada, era como si un muro de cristal blindado se hubiera alzado ante sus pupilas—. Es mi padre, después de todo. Descuélgalo, me lo quiero llevar.

Sedem tardó bastante en sobreponerse. Señaló hacia un bar que tenía mesas en la calle incluso en invierno. Encargó a Pina que le pidiera una coca-cola y desapareció de su vista. Ella se había terminado su insípido *espresso* hacía rato cuando regresó. Olía a

humo pero al menos había recuperado el buen humor.

—¿Qué tiene que ver tu padre con esos negocios de los terrenos? —preguntó Pina.

—Eso mismo le voy a preguntar yo. Hasta ahora yo tampoco sabía nada.

—Aquí veo a su candidato número uno a recibir un disparo —dijo Biason, cerró la carpeta que había estado hojeando y la devolvió al montón de donde la había cogido. Pero no hizo el más mínimo ademán de levantarse de la mesa del comisario—. ¿Y esos perritos de compañía que tiene ahí en la pared? ¿También guardan relación con el asunto?

—No sabía que quisiera usted hacerse cargo de mi trabajo —dijo Laurenti, que se había llevado una gran sorpresa al entrar en su despacho y encontrarse allí al jefe del servicio de seguridad de Roma sentado en su sitio y hurgando entre sus papeles. Ni siquiera estaban citados para esa mañana—. ¿No le habrán degradado, verdad?

Esa mañana, por fin, Laurenti había dormido a gusto y no se había despertado hasta oler el café recién hecho que Laura le llevaba hasta la misma cama. Al sonar el despertador, el comisario lo había lanzado fuera de la mesilla de un manotazo y se había dado media vuelta para concederse otra hora de sueño.

Cuando finalmente apareció en el salón, su madre y Patrizia Isabella estaban sentadas a la mesa y charlaban muy animadas sobre cosas de bebés. Laurenti se tomó un segundo café en la cocina y enseguida se puso en camino. Quería llamar a Rozman antes de que empezara la ceremonia, y aún de camino a la comisaría recibió una llamada de Galvano con voz ofendida.

—No me habías contado nada de tu heroica hazaña —gruñó el anciano.

—¿De qué?

—El periódico no trae otra cosa. «Italia-Eslovenia: un futuro común bajo el signo de la seguridad», leo. «La primera colaboración sin fronteras de las fuerzas de seguridad comienza con una trepidante persecución a cargo del *vizequestore* Laurenti en territorio esloveno». ¿Quieres que te lea el resto?

—No, por favor. Ya me compro yo el periódico.

—Podrías hacerme un favor —dijo Galvano.

—A ver, di.

—A mí también me gustaría ir a la ceremonia de Rabuise. ¿Podrías conseguirme una invitación?

—Se te podía haber ocurrido antes, Galvano. Tendrías que estar en la lista desde antes.

—Por eso te llamo. Hasta ahora albergaba la esperanza de que mis méritos fueran motivo de sobra para recibir una invitación, pero mi buzón sigue vacío.

Laurenti suspiró.

—Eso no es culpa mía, Galvano. ¿Por qué no has llamado a la sección de protocolo? Te habrían invitado de inmediato. Pero ahora esas listas están ya impresas y habrá un montón de azafatas con unos dientes tan largos como sus piernas que las examinarán con lupa y no tendrán piedad para rechazar a quienes no aparezcan en ellas. Serán más duras que los policías de la frontera de antes con la gente que no traiga su acreditación

reglamentaria.

—¿Estás seguro de que no puedes hacer nada por mí, Laurenti? Con la de veces que te he ayudado yo cuando aún estaba en activo —ahora la voz de Galvano sonaba casi llorosa.

Laurenti no concebía, ni haciendo un gran esfuerzo, qué podía tener de atractivo pasarse la tarde entre todos aquellos peces gordos prepotentes de la política y la economía, sentado en el interior de una carpa de lujo y escuchando discursos cuyo contenido prácticamente se conocía de antemano.

—No puedo prometerte nada —dijo el comisario reticente. Tenía mil cosas más importantes que hacer—. Te llamo si consigo algo.

La antesala de su despacho estaba desierta, al parecer también a Marietta se le habían pegado las sábanas. Pero incluso la mesa de Pina estaba vacía. Luego se acordó de que la inspectora había anunciado el día anterior que prefería descansar el pie y seguir la ceremonia por televisión. Entre todos los despachos de la sección había sólo tres funcionarios, los demás estaban asignados a Rabuise. El prefecto había vetado tomarse vacaciones durante aquellos días, lo cual le había valido el mal humor de los subordinados. Como los días de fiesta habían caído muy bien ese año, todos tenían la esperanza de poder alargar las vacaciones con algún día libre. Se habían enviado operativos de refuerzo de otras regiones a Trieste, e incluso a Antonio Sgubin, el antiguo colaborador de Laurenti, le había tocado volver allí. La Europa ampliada no podía permitirse miramientos para con los intereses individuales. Desde el día anterior reinaba en la ciudad un turismo funcionarial como no se había visto nunca, empezando por las repúblicas bálticas y pasando después por lo que antaño fuera la zona sur del Telón de Acero: Polonia, Chequia, Eslovaquia, Hungría, Eslovenia. El «delirio Schengen», como lo había llamado un periodista, había comenzado dos días antes en el norte y finalizaba hoy en su frontera más meridional. Sólo faltaba la isla de Malta.

—Pensé que era buena idea hacerle una visita antes de que empiece todo. Por cierto, a estas horas, en Roma, todo el mundo lleva rato trabajando a pleno rendimiento —Biason era puñetero por naturaleza, no podía evitarlo—. Qué bien se lo montan ustedes aquí.

Laurenti tenía una opinión muy distinta respecto a la moral de trabajo de la capital pero se mordió la lengua y no replicó.

—Entonces, hágame un favor —fue lo que dijo, lanzando el *Piccolo* sobre la mesa para las visitas y encendiendo la nueva máquina de café de la antesala—. Levántese de mi sitio y póngase a leer el periódico hasta que yo haya terminado con lo que tengo que hacer. La mitad de la primera página trata de mí, además; la otra mitad corresponde a las celebraciones.

Había echado un vistazo al periódico en el coche. Igual que hacen con Claudio Magris, en la prensa siempre publicaban una foto del comisario cuando era joven, en cambio la de Rozman era claramente del día anterior.

—Las informaciones que le llegan de Istria se deben a la mediación de la fiscal general de Pula, ¿no es cierto? —por fin, el pesado del Ministerio de Interior se levantaba de su sillón.

Laurenti se quedó perplejo.

—Ya veo que no se le escapa una.

—Lo pone bien grande en su expediente —respondió Biason.

Hacía unos años habían intentado ponerle la zancadilla a Laurenti por investigar en contra de ciertas personas influyentes y de sonado prestigio. Trataron de inculparle como sospechoso de corrupción, y también se sacó a colación su supuesta aventura con Živa Ravno, aunque en esas fechas ya formaba parte del pasado. Al final le habían rehabilitado sin mayores consecuencias, pero era obvio que no habían borrado el apercibimiento de su expediente; y eso que, en el fondo, él no había hecho sino cumplir las órdenes de estrechar los lazos de colaboración con los países vecinos. Nadie había especificado hasta dónde debían estrecharse qué lazos.

—No hay nada como estar bien informado —Laurenti intentó que no se le notara el fastidio—. ¿Qué se ha decidido del asunto Goran Newman?

—Tiene sus propios escoltas para acompañarlo desde el coche hasta la carpa y de regreso. Viene con un imponente Mercedes AMG de quinientos caballos. Conduce su guardaespaldas personal, que ha realizado un entrenamiento especial en conducción de riesgo en Estados Unidos. Por cierto, Newman también. Le sorprende, ¿verdad?

Ese Duke era una auténtica caja de sorpresas.

—No podemos hacer más por su seguridad. Como, de todas formas, la zona estará llena de tiradores de precisión, no hay ningún motivo para preocuparse. ¿Ha tenido ocasión de conocerlo personalmente en estos días, comisario? —preguntó Biason.

—Es muy amable y tiene una voz tan dulce que casi no casa con las feroces cifras de sus cuentas bancarias. Nadie diría de él que es un capitalista sin escrúpulos.

—¡Ay, Laurenti, lo que le queda por aprender de las personas!

—¿Y usted cree que Berlusconi es igual de buen conductor, Biason?

El embotellamiento en la frontera de Croacia a Eslovenia era enorme. A la altura del control de Plovanija/Secovlje, cerca de las antiguas salinas del golfo de Pinano, el Maserati, al igual que los demás vehículos, avanzaba a paso de peatón.

—Así va a ser la Europa actual —dijo Pina—. Rozman lo describió ayer a la perfección. De repente, todo el mundo habla de libre circulación desde Portugal hasta el Báltico y desde Finlandia hasta Grecia; sin embargo, esta barrera se ha vuelto el doble de alta. Y eso a cuarenta kilómetros de nuestra casa. ¿Me dejarán pasar con la bicicleta tan fácilmente como antes la próxima vez?

—Bueno, para entrar en Suiza —dijo Sedem— también hay que mostrar la documentación, y los alemanes tienen sus buenas razones para oponerse a la incorporación de Liechtenstein a la Unión Europea. No obstante, Bruselas insiste, así que seguro que se incorpora antes de Croacia. La corrupción no es igual en todas partes, eso es lo que pasa.

—Así ya podrán acceder todos a su dinero negro sin ningún control. Por fin reinará la calma, no habrá más escándalos en torno a la financiación ilegal de las campañas políticas y también los gangsters podrán dormir tranquilos.

Después de la deliciosa y abundante comida en Morgan, en Brtonigla, donde recibieron a Sedem con los brazos abiertos, el dueño les había enseñado la pequeña granja. Tenía aves sueltas de todos los colores y especies y también cabras, ovejas y cerdos. Sedem negoció el precio de medio cerdo para la siguiente matanza, que sería a finales de enero, y de un cabrito para Pascua. El negocio se cerró con un apretón de manos y una señal en efectivo. No sólo había comprado el pescado y las verduras que llevaban en el maletero, el joven parecía ocuparse de abastecer la despensa de toda la familia de Jakovce, y eso que se mantenía flaco como un palillo.

—Lo de las opciones es muy sencillo —explicó a Pina durante el viaje de vuelta a lo largo de la costa, cada vez más plagada de casas y hoteles nuevos y donde pronto no quedaría ni un metro cuadrado sin urbanizar—. Yo acabo de adquirir una opción por medio cerdo que matarán dentro de varias semanas. Todavía vive, de modo que todavía no es mío. Yo podría venderte la señal que he pagado a un precio mucho más caro si deja de interesarme. Por el contrario, si no encuentro ningún comprador, habré perdido el dinero y tendré que pagar el total cuando maten al cerdo.

—¿Y cómo pasas la carne por la frontera? —preguntó Pina. La introducción de alimentos en la Unión Europea obedecía a un reglamento muy estricto y era frecuente que los agentes de aduanas inspeccionasen los maleteros de los coches.

—La única clave es no dejar que te pillen —dijo Sedem—. ¿Tú crees que algún agente de la frontera imagina que el conductor de un coche como éste va a Croacia a hacer la compra? Y menos todavía si, en el asiento de atrás, lleva a un joven paralítico cuya silla de ruedas es lo primero que se ve al abrir el maletero.

A la altura de Savudrija, la lengua de tierra al noroeste de la península de Istria, Sedem pidió al chófer que continuase hasta el faro, cuya luz se veía por las noches incluso en Trieste. El sol ya estaba bajo y se pondría una hora más tarde por la zona de Grado, ahora teñía el cielo, salpicado de pequeños cúmulos, de un color fuego entre rojo y naranja. Las previsiones meteorológicas hasta las Navidades anuncianan días fríos pero soleados, con fuerte *bora*.

Pina colocó una pequeña rampa de metal para que la silla de Sedem pudiera acceder a la terraza de un restaurante muy popular que había al pie del faro, aunque en invierno estaba cerrado.

—¿Has visto ese gran hotel de allá arriba? Tiene su propia historia —le contó Sedem—. Es un caso parecido a los proyectos de los que acusan a Duke en los carteles éhos. También allí se vendió el terreno por un precio irrisorio, más adelante y de manera harto misteriosa se reconvirtió en terreno urbanizable y luego fue adquirido por un grupo hotelero internacional tras una declaración de bancarrota espectacular en la que debieron de sacar una buena tajada algunos políticos, banqueros y algunos de esos tipos que permanecen en la sombra pero que es sabido que vienen de la derecha italiana, austriaca y croata. Esta forma de adquirir tierras de la que se acusa a Duke, una forma de conquista por así decirlo, y que se está dando en múltiples puntos de la costa croata casi en términos de criminalidad es la versión contemporánea de la expropiación. Se obliga a la población a alejarse cada vez más de la costa y, de ese modo, se les usurpa legalmente

aquellos con lo que podrían labrarse un futuro. Luego sólo pueden volver en calidad de camareros o de personal de limpieza. Ahora bien, quien mencione el tema, corre peligro. Aquí es donde más clara se ve la nueva estructura de Europa, el proceso de redistribución de las riquezas. Verás cómo, en cuanto se haya vendido toda la costa, admiten a Croacia en la Unión Europea.

—¿Y por qué no antes? Croacia es más próspera que Rumanía o Bulgaria —preguntó Pina. Naturalmente, ella también había oído hablar de aquellos tejemanejes en Trieste. Al fin y al cabo, en la ciudad vivían suficientes hombres de negocios espabilados que sabían cómo aprovechar los buenos contactos que tuvieran antaño al otro lado de la frontera. La guerra había quedado atrás oficialmente, pero las viejas cadenas de dependencia persistirían en tanto sus protagonistas siguieran teniendo las manos libres. En tiempos habían organizado el contrabando de armas para burlar el embargo de la ONU, con lo que comerciaban ahora era con el propio territorio del país.

—Porque después estarán en vigor las leyes europeas, pero es muy raro que se apliquen a hechos anteriores a la incorporación a Europa. Si es que no se trata sólo de los terrenos, tú fíjate en manos de quién se encuentran las reservas de energía o de agua... o los medios de comunicación. Bruselas ha traído consigo numerosas privatizaciones en el terreno del turismo, pero apenas hay ciudadanos croatas entre los nuevos propietarios. No tengo ni idea de la cantidad de dinero que realmente fluye ahí, en la sombra.

—¿Y por qué nadie hace nada para impedirlo? —preguntó Pina.

—Los políticos que se creen sus propios mensajes sobre la conservación de la pluralidad son unos ilusos. La realidad indica justo lo contrario. Ya llegará el momento de hacer algo. Ese grupo «Istria libera» hasta me cae simpático. Si no se hubieran puesto ese nombre tan tonto que recuerda a los viejos clichés, intentaría contactar con ellos y apoyarlos. Claro que igual es su única posibilidad de llamar un poco la atención.

Dean entró en los establos y se puso a cargar el Range Rover con matrícula italiana y tracción en las cuatro ruedas que hasta el momento nadie había echado en falta. Había decidido quedárselo dos años atrás, tras deshacerse del cadáver de su dueño en la linde de un claro del bosque cerca de Lipizza y plantar un joven abeto en la misma fosa. No conocía al hombre que había matado por encargo de Mervec, pero por sus papeles supo que era un albanés residente en Milán. Era muy poco probable que quien pudiera echarle de menos acudiera a la policía. Mervec había pagado a Dean veinte mil euros por el trabajo.

Dean metió en el maletero una piedra de diez kilos alrededor de la cual había atado una ancha banda elástica y, en cada extremo de ésta, una granada de mano, resto de un arsenal soviético del que conservaba cinco cajas. La cubrió con una lona, colocó encima una sierra eléctrica y unas cuantas cuerdas, guantes de faena, gafas protectoras y botas con refuerzo como las que se utilizan para trabajar en el bosque.

Eran las tres menos cuarto cuando empezaba a cambiarse, pero se lo tomaba con calma. No tenía intención alguna de ser de los primeros en llegar a la carpa. El traje oscuro que sacó del armario era comprado para la ocasión y después había tenido que

llevarlo a una sastrería para que se lo arreglasen porque la chaqueta le quedaba bien de hombros pero no le cerraba en la barriga. Y la talla de pantalón que correspondía al perímetro de su cintura le quedaba muy larga. ¡Maldito *prêt-à-porter*! La modista había hecho un gran trabajo. Toda la ropa buena que tenía era de épocas en las que se movía más y bebía menos aguardiente. Si adelgazara, tendría un guardarropa fantástico. Escogió una corbata que no hubiera aprobado el ojo crítico de ningún entendido en moda y comprobó ante el espejo que no se notara demasiado la pistola que llevaba en la cinturilla del pantalón. Hasta se había echado betún en los zapatos para después sacarles brillo y dejarlos como nuevos. Dean estaba contento, parecía un alcalde de pueblo experto en conseguir buenas subvenciones de la UE y mantener gordas las vacas de su granja. En la Europa unida, el gusto personal escapaba a las normativas. Bastaba con encender la televisión un rato.

Se guardó la acreditación y la tarjeta de asignación de aparcamiento en el bolsillo interior de la chaqueta, cerró la puerta de la casa y abandonó la granja. En veinte minutos comenzaría la ceremonia y sí era importante llegar puntual a aparcar.

Poco antes de las tres y media mostraba su permiso de acceso al guarda uniformado. Muy amable, el guarda le describió por dónde tenía que ir. Dos veces más le pidieron que enseñara la tarjeta azul a través de la ventanilla hasta que, finalmente, pudo dejar el coche en el aparcamiento VIP creado para la ocasión en tierra de nadie. Todos los coches de alrededor sin excepción estaban recién lavados y cada uno de ellos costaba una fortuna. Saltaba a la vista que los chóferes que se apoyaban en algunos de ellos iban armados. A algunos los conocía Dean de antes. Se bajó de su coche, saludó a viejos conocidos y, si le preguntaban, decía que también él era responsable de la seguridad de un invitado importante. Se guardó de entrar en conversaciones más largas.

Los puestos de frontera son construcciones cutres y desangeladas cuyo olor a oficina se adivina desde fuera. Con motivo de la ceremonia oficial se había erigido una inmensa carpa blanca en cuya parte de atrás unas palmeras artificiales camuflaban los gruesos tubos de acero inoxidable que procuraban aire caliente al recinto. Por todas partes iban y venían los agentes de uniforme de ambos países, hablando por sus *walkie-talkies*, que crujían y crepitaban en respuesta. Llegaban y se alejaban enseguida una limusina tras otra, al tiempo que sus ocupantes, acosados por las cámaras de televisión, recorrían la ancha alfombra roja que conducía a la entrada de la carpa, decorada con flores. Los periodistas llevaban sus tarjetas de acreditación prendidas en la solapa y observaban a los ilustres invitados que iban entrando –y a sus acompañantes– como quien asiste a un desfile de abrigos de piel de las pasadas décadas. Toda una hilera de vallas metálicas impedía el acceso del pueblo de a pie, aunque tampoco eran muchos los curiosos que habían acudido. Se habían dado algunas protestas por excluir de la ceremonia a la gente corriente.

Al fin, Dean vio el Mercedes AMG gris metalizado con matrícula DUKE I. Entre los agentes de seguridad se extendió cierto desasosiego. De inmediato, un grupo de guardaespaldas de paisano rodeó al gran inversor y a su acompañante para dirigirse a la

entrada con la mayor celeridad posible. Dean regresó al aparcamiento y observó como Edvard cerraba el coche y se colocaba en un lugar desde el que podía ver la entrada principal de la carpa. Apoyado en un árbol, se puso a mirar la enorme pantalla que retransmitía la ceremonia.

Un ruido de motores cada vez más fuerte eclipsó cualquier otro sonido. En un instante cortaron los seis carriles de la autopista para que pudiera aterrizar el helicóptero en el que viajaban Barroso y Sócrates, los representantes de Portugal, durante cuya presidencia se abría la frontera. Venían directamente del paso fronterizo de Hagyeshalom, entre Austria y Hungría, donde esa mañana habían pronunciado los discursos que, con toda probabilidad, repetirían por la tarde.

Mientras llegaban los invitados, Laurenti y Biason habían permanecido de pie en un lugar desde el que podían ver tanto los coches que pasaban como el camino de acceso a la carpa. Cerca de ellos estaban los dos jefes de las fuerzas del orden esloveno. Como era normal, Laurenti había presentado al comandante Pausin de la vecina ciudad de Koper y a Biason nada más llegar; este último, sin embargo, no había considerado necesario que Laurenti conociera personalmente a su colega del Ministerio de Interior de Ljubljana, con quien cuchicheaba un rato antes. Estarían intercambiando informaciones íntimas, de éas que concluyen con una palmada en la espalda. En un momento, la alfombra roja se convirtió en un hervidero de invitados a cual más ilustre y Laurenti se quedó perplejo al aparecer frente a él, como caído del cielo, el viejo Galvano. ¡El que faltaba! Evidentemente, no había encontrado momento para ocuparse de la invitación del anciano. Desde que empezara la mañana con Biason sentado en su sitio no había tenido un minuto de descanso. El teléfono no había parado de sonar para informar de la situación en cada momento y Biason le había estado fastidiando el día entero con sus comentarios prepotentes. Todo el mundo estaba ansioso por dar su toque personal al festejo, todos andaban histéricos por comunicarse.

—No es un problema de seguridad —decía la azafata—. Es que ya no hay asientos libres.

—Pues que se quede de pie —sugirió el comisario, que sabía por experiencia que siempre queda algún asiento libre. Acompañó a Galvano hasta el torno de seguridad y lo dejó allí solo.

—¡Compórtate! —le dijo al anciano al tiempo que él se alejaba y antes de darle tiempo a replicar. El comisario quería dar una última vuelta alrededor de la carpa y echar un vistazo al aparcamiento VIP en tierra de nadie. Los chóferes y los agentes de seguridad que rondaban por allí ofrecían el mismo aspecto de aburridos que en cualquier lugar semejante. De pie junto a sus limusinas relucientes, hablaban de la potencia de sus motores y alardeaban de sus respectivas proezas al volante. Alguno pulía los guardabarros con un trapo. El único coche sucio de todo el aparcamiento era un Range Rover. Apoyado en el capó, un hombre gordo con traje oscuro fumaba un cigarrillo. Coincidía con la descripción del tipo que habían grabado las cámaras de vigilancia en la dolina de Manfredi. Laurenti le pidió la documentación.

—No se altere, compañero —le dijo al comisario y sacó del bolsillo interior un

documento, en vigor, de la policía secreta eslovena. Laurenti lo reconoció a primera vista.

—Nunca se sabe —dijo, devolviéndole el documento.

Como parte de la preparación de las semanas anteriores, Laurenti y todos los miembros de las fuerzas de seguridad italianas habían tenido que aprenderse cómo eran los documentos de sus compañeros eslovenos, y viceversa.

—No pasa nada —respondió el gordo—. Me han asignado venir aquí. En cuanto me termine el cigarrillo, entro.

En apariencia todo estaba tranquilo, como era propio de una víspera de Navidad. Laurenti regresó junto a Biason. En cuanto Duke y Vera entraron en la carpa, todas las cámaras de televisión quisieron filmarle. Llamaba la atención porque ningún otro invitado iba tan rodeado de guardaespaldas.

—Ahí lo tenemos en persona —murmuró Biason—. Desde luego, con ese cerco a su alrededor parece un hombre realmente importante. Ya verá como no pasa nada, comisario.

—Ojalá —gruñó Laurenti y se tranquilizó algo al ver que también el comandante Pausin de la policía de Koper iba de acá para allá inspeccionándolo todo y dando órdenes a sus hombres mediante pequeños gestos con el dedo. Su jefe del Ministerio, en cambio, parecía aburrirse... igual que Biason.

A la entrada de la carpa, Duke enseguida se encontró rodeado de gente conocida. Para protegerle, Vera se colgó de su brazo y así, al menos, mantendría las distancias de ese lado. ¡Qué poder de atracción tiene el dinero!, pensó Laurenti al observar la manada de pingüinos que se agolpaba alrededor de Duke para estrecharle la mano al menos una vez en su vida. El comisario se mantuvo cerca de él, siguiendo las conversaciones. Se le antojaba horrible ser una persona importante de la que todo el mundo quería algo. Un reportero de la televisión croata logró abrirse paso hasta el círculo en torno al millonario para preguntarle qué opinaba de las acusaciones de los carteles.

—Debe tratarse de un error —respondió Duke con voz suave y una sonrisa seductora.

—¿Emprenderá medidas legales?

—¿Por qué habría de hacerlo? Una denuncia que no va dirigida a nadie concreto no es más que una pérdida de tiempo —Duke era uno de los pocos invitados que no llevaban corbata sino una chaqueta oscura y un jersey de cuello alto gris, del mismo color que sus guantes y que su pelo. A Laurenti le llamó la atención que le sacaba una cabeza a casi todo el mundo.

—¿Qué opina de la ampliación de la zona Schengen?

—Que ya era hora. Y espero que tampoco su país tarde en incorporarse a la Unión Europea. La economía saldrá beneficiada y también los ciudadanos. Hay que poner fin cuanto antes a la división de nuestros países.

—Muchos lo ven como una amenaza a la seguridad interna y tienen miedo de que aumente la criminalidad. Por otra parte, usted viene rodeado de unas medidas de seguridad extraordinarias. ¿Es por esos carteles?

—Ese miedo lo causan los medios de comunicación. Todo irá a mejor.

Duke hizo como si no hubiera oído la otra pregunta. Intercambiaron una mirada con Vera y luego avanzaron un poco por la carpeta hasta sus asientos, en la parte delantera, reservada exclusivamente para los políticos y sus acólitos. La sección de futuros beneficiarios de suculentas pensiones, desde alcaldes hasta ministros, comprendía casi la mitad de los invitados. Bienvenida Europa.

Tan sólo los asientos de los invitados más importantes estaban reservados con una tarjeta nominal. Duke y Vera fueron conducidos al centro de la primera fila. La sala, ya casi llena, estaba adornada con muchas flores e iluminada de manera festiva. En todos los asientos había auriculares para la traducción simultánea y aquí y allá se veían múltiples grupitos de gente que se creía importante y charlaba de asuntos aún más importantes. Duke pasó los auriculares a Vera, él dominaba todas las lenguas que iban a hablarse. Ya se apresuraban a entrar también los ilustres oradores.

Laurenti se posicionó cuatro filas detrás de Duke, en el pasillo lateral, desde donde tenía una buena panorámica. Por todas partes había guardaespaldas de hombros anchos, cabello muy corto, traje oscuro y gafas de sol. Al igual que el comisario, llevaban un auricular muy pequeño en la oreja y hablaban en voz baja por un micrófono sujeto a la solapa; la chaqueta, a su vez, se notaba abultada por el arma. Laurenti se sobresaltó al sentir una mano en el hombro. Era Galvano para quejarse de que le habían sentado en las últimas filas y no veía bien el escenario.

—Lo importante es escuchar, no ver —farfulló Laurenti.

—¿Es que te ocupas personalmente de ese hombre? —preguntó Galvano.

Antes de que el comisario respondiera, comenzó a hablar el presidente de la región de Friaul-Venecia Julia.

—A lo largo del pasado siglo, esta frontera se movió más a menudo que ninguna de las que separaban nuestros Estados europeos. Y, sobre todo, se derramó demasiada sangre para defenderla o para atacarla. Verla desaparecer como ahora no fue más que un sueño durante décadas. Hoy, sin embargo, gracias a la Unión Europea, es un hecho —el hombre se esforzaba por estar a la altura de un jefe de Estado—. Tenemos que construir un futuro que se asemeje al Imperio Romano —fue la conclusión de su discurso.

Laurenti, que hasta entonces había sentido aprecio por aquel hombre, arrugó la nariz; obviamente, Galvano compartía su opinión.

—Pero ¿qué está diciendo? —protestó el anciano indignado—. El Imperio Romano se hundió y los Habsburgo también. ¡Cualquiera diría que el discurso se lo ha escrito su perro!

—De todas formas, yo estoy convencido de que la ampliación de la Unión Europea es una conspiración austriaca —murmuró Laurenti.

Galvano soltó tal risotada que algunos de los ilustres invitados se volvieron a mirarle.

—¿Lo dices porque ahora se ha vuelto a unificar casi todo el territorio que perdieron en 1918?

La parte izquierda del escenario fue ocupada por la banda de música de la policía eslovena, la derecha por la orquesta de la policía italiana. Como era de esperar, se tocaron los tres himnos, así como fragmentos del *Guillermo Tell*

de Rossini, *Bela Krajina* de Marjan Kozina y la marcha triunfal de la *Aída* de Verdi. Luego salieron dos músicos jóvenes que interpretaron un fado a la italo-eslovena en honor a los portugueses.

—*Oh yes, we have finished. Thanks God that we have finished, because we worked a lot*⁷.

Duke rió de buena gana. El discurso del primer ministro portugués José Sócrates fue el único interesante. Traspasaba la presidencia de la Unión a Janez Jansa, presidente de Eslovenia, país al que ahora le correspondía el turno durante seis meses. En su inglés con marcado acento, el portugués manifestaba su alivio en tono simpático. Se sentía muy feliz de haber superado aquel proceso de ampliación que tanto trabajo le había costado.

Se estaba haciendo de noche cuando también José Manuel Barroso remitió en su discurso a los ideales y valores de la Unión Europea. Estaba convencido de que, a partir de ese momento, pronto germinarían las relaciones entre países vecinos, todo el mundo podría viajar con mayor facilidad y también se beneficiaría de las nuevas posibilidades económicas que así traerían consigo un nuevo crecimiento y progreso. Aplausos y más aplausos. Qué modesta se había vuelto Europa.

El discurso del presidente esloveno fue más concreto.

—Hoy no sólo ha caído una frontera física —comenzó Jansa—. Hasta hace tan sólo veinte años, los soldados de la antigua Yugoslavia disparaban y mataban a quienes, a lo largo de esta línea, huían hacia la libertad y la democracia.

Galvano se llevó la mano a la frente y volvió a levantar la voz de tal manera que se volvieron a mirarle una vez más.

—¡Qué disparate! ¡En la frontera yugoslava no había orden de disparar!

Laurenti le hizo señas para que se callara.

—Pero mira lo que te digo —susurró Galvano—. Se rumorea que ese tipo estuvo implicado en lo del contrabando de armas durante la guerra civil de los noventa. Para colmo, a sabiendas de los servicios de seguridad occidentales.

Laurenti se alejó unos cuantos pasos para enterarse bien del discurso.

—Y resultaba sospechoso todo aquel que llevara un libro en el bolsillo, reivindicara medidas democráticas o criticara el régimen anterior en Yugoslavia. Y también quien llevara consigo un ordenador portátil. Los jóvenes de hoy ya no pueden imaginar nada parecido. Ha llegado el momento de vivir sin fronteras, el momento de que la población eslovena de Italia y la italiana en Eslovenia dejen de estar alejadas de sus patrias. El proceso de ampliación de la Unión Europea todavía no se ha completado. La Unión Europea continuará extendiendo sus fronteras y nosotros haremos cuanto esté en nuestras manos para que Croacia pueda formar parte de esta Unión lo antes posible. Hay muchos motivos para considerar el día de hoy un día especial, aunque su verdadera importancia no se verá en toda su dimensión hasta el futuro. Esto ya no es una frontera sino una línea común de corazones abiertos y espíritus libres.

Poco antes de que Jansa concluyese su emotivo discurso, un hombre se acercó muy deprisa a la primera fila de invitados del mundo de las finanzas y fue directo hacia Duke. Laurenti siguió todos y cada uno de sus movimientos, avanzó unos cuantos metros y ya

se había llevado la mano al arma cuando el hombre hizo una seña a Duke y éste se levantó. Duke se apresuró a dirigirse hacia la salida. Laurenti fue tras él e informó a Biasón por radio de que el objeto de su protección abandonaba la carpa antes de tiempo.

¿Qué estaba pasando? A Galvano le hubiera gustado ir con ellos, pero entonces ya no le habrían visto en la ceremonia.

Ya era de noche cuando el coche de Sedem y Pina tuvo que parar por última vez. Sólo tenían diez coches delante y ahora que por fin había entrado en vigor la libre circulación, cortaban la autopista. Una tanda de fuegos artificiales anunciaba el final de la última ceremonia con motivo de la ampliación de la Unión Europea, y de la gran carpa en tierra de nadie salía una riada de invitados en dirección a sus vehículos. El ruido de un helicóptero se oía cada vez más cerca y el círculo de luz que proyectaba fue haciéndose mayor hasta que aterrizó el aparato que venía a recoger a los portugueses para llevarlos de vuelta a su país.

Pina se bajó y, apoyándose en el bastón, se acercó hasta la barrera por el borde del carril contrario, que estaba completamente despejado. De repente, un BMW negro con intermitente azul pasó a toda velocidad tan cerca de ella que tuvo que arrimarse al quitamiedos. Le seguía un Mercedes gris metalizado, a su vez escoltado por otro BMW. Pina reconoció la matrícula: DUKE I. El padre de Sedem regresaba a su casa entre un auténtico despliegue de medidas de seguridad. Cuando llegó al aparcamiento, vio que estaba iluminado por potentes generadores y cerrado. Veía fogonazos de flashes y oía hablar en tono alterado a través de *walkie-talkies*; finalmente atisbó a un grupo de hombres. Policías, sin lugar a dudas. Allí había pasado algo.

En un abrir y cerrar de ojos el helicóptero aterrizó y abandonó el lugar entre un infernal ruido de motores. Por fin se restableció la circulación en la autopista y Pina se acercó a la zona del aparcamiento, sorteando como pudo los coches y sus bocinazos. En el suelo había un cuerpo sin vida cubierto con una lona. Al lado, Laurenti, visiblemente enfadado, hablaba con Biasón.

—Le digo que es un error que Goran Newman regrese por la misma ruta que ha seguido para venir —protestaba el comisario—. ¿De veras cree que han matado a su guardaespaldas porque le han confundido con él? Que no, hombre, que no.

—¿Y qué quería que hicéramos? —el representante del Ministerio del Interior apagó el cigarrillo con el zapato en actitud de fastidio—. Vive en Eslovenia, así que no es de nuestra competencia.

—¿Y por qué no ha insistido usted?

La lluvia de flashes de los fotógrafos no parecía incomodar a Laurenti en absoluto.

—No es mi territorio, Laurenti —ahora Biasón levantaba la voz.

—¿Suyo? —Laurenti se acercó a él con gesto intimidatorio—. ¿O nuestro, *mein Kaiser*? No, claro, usted no quiso tomarse en serio el asunto. El gran Zampano está convencido de que todos menos él somos unos provincianos, meros policías de poca monta... ¡Eso es lo que pasa!

—Vamos a ver, Laurenti. Los eslovenos tampoco son más tontos que nosotros. Lleva

doble escolta. ¿Qué le va a pasar? Y es verdad que es usted un provinciano. Yo ya no tengo nada que hacer aquí. Feliz Navidad, Laurenti –Biason se dio media vuelta sobre sus tacones.

–¡Y usted es un mandado, Biason! ¡Sólo eso! –le soltó el comisario a sus espaldas.

–Hay que dividirse las tareas, Laurenti. Eso es lo que le falta por aprender.

–La excesiva división de las tareas exime de la responsabilidad. No ha entendido usted nada.

Pina observaba la escena con satisfacción. Laurenti había hecho frente a ese cretino vanidoso del Ministerio. Nunca había visto así a su jefe. Encendió un pitillo que había gorroneado a uno de los compañeros eslovenos.

–¿Qué ha pasado, jefe? –preguntó Pina.

Laurenti la miró como si viera un fantasma.

–Ese hijo de su madre se ha sacudido la responsabilidad de encima –explicó Laurenti furioso.

–Hasta ahí ya he llegado. Pero ¿quién es? –y señaló el cuerpo.

–Adivina, adivinanza.

–¿Edvard?

–Pues sí, Edvard, el guardaespaldas del gran Duke. Con una nueve milímetros, a bocajarro en la nuca.

Pina se quedó mirando el cadáver, sobre el cual en ese momento se cerraba la tapa del ataúd de cinc de la policía. Edvard tenía los ojos abiertos, parecía sereno y en paz. Tal y como lo había conocido en vida.

–¿Lo vio alguien?

–¿Ve ese papel donde está la marca número 3? –el comisario hervía de rabia.

–¿Qué pone?

–«Istria libera, Dalmazia nostra».

El chófer del Maserati, a quien Sedem había pedido que saliera a buscar a Pina, se acercó a ellos y preguntó si la inspectora deseaba que viniera con el coche.

Pina negó con la cabeza y se fue con él sin despedirse de su jefe.

Edvard se quedó tranquilo cuando vio que Duke desaparecía en el interior de la carpa, bien rodeado de guardas de seguridad, y decidió aparcar donde había estado el Duty-Free-Shop de la frontera, pues desde allí tenía un amplio radio de visión. Pero no iría hasta que se hubieran sentado todos los invitados. Vio cómo llegaban los portugueses en el helicóptero y cómo más guardas de seguridad los escoltaban hasta la entrada principal.

A Dean le resultó muy fácil seguirle sin que se diera cuenta. La clave era conservar la sangre fría y moverse sin llamar la atención. Le sobraba experiencia. Qué diferencia con su primer asesinato por encargo de Belgrado en enero de 1980, un croata exiliado en Alemania, en una de las capitales de las finanzas. En aquella ocasión tuvo que realizar seis disparos.

Esta vez bastó con uno. El ruido del motor del helicóptero encubrió la discreta detonación de la nueve milímetros con silenciador.

Edvard murió dulcemente. Se desplomó como a cámara lenta y quedó medio oculto tras el arbusto que crecía al pie de una señal de tráfico. Dean se guardó el arma en la cintura del pantalón, levantó de nuevo el cuerpo y lo apoyó en un árbol. Edvard ofrecía un aspecto tan sereno que parecía que estaba descansando.

Dean regresó a su coche, escondió el arma bajo la alfombrilla y se apresuró a entrar en la carpa. Atravesó el torno de seguridad sin ningún reparo y buscó un sitio en la última fila, que estaba casi vacía. Los discursos le aburrían, pero permaneció sentado hasta que salieron al escenario las bandas de música de las dos policías y tocaron el Himno Europeo. Vio salir a Duke a toda prisa y así supo que al fin habían encontrado el cuerpo de Edvard. Con el aplauso final, también Dean salió, antes de que se levantase todo el mundo. Sonriendo amablemente y saludando con la cabeza de cuando en cuando, aunque no conociera a la gente, atravesó la entrada de la carpa y, para su satisfacción, comprobó que en el exterior habían recolocado las vallas de seguridad que formaban un pasillo hasta el aparcamiento de tal forma que ahora daban un rodeo, evitando el paso junto al cuerpo de Edvard. Llegó al aparcamiento de los primeros y tuvo que volver a mostrar su acreditación para que le dejaran marchar. Anotaron sus datos. Con paso tranquilo, cruzó la barrera detrás de la cual se agolpaban numerosos policías de ambos países. Allí estaba Duke, discutiendo indignado con dos agentes de paisano, el cadáver de Edvard estaba cubierto con una lona. Con mucha prisa, se recolocaron de nuevo las vallas que trazaban el camino al aparcamiento. Todos se esmeraban para que la visión de un cadáver no amargase un día tan maravilloso a los ilustres invitados. En el rostro de Dean se dibujó una sonrisa sucia. Si llevaba a cabo la segunda parte de su plan, al final sí que pasaría eso. Continuó hasta su coche y se dirigió lentamente hacia la salida.

Duke rechazó rotundamente la propuesta de los guardas de seguridad de sacarle de la zona de peligro en una limusina blindada. Rodeado de guardaespaldas, se inclinó sobre Edvard. Retiró la lona con la que se había cubierto el cuerpo sin vida y le cogió la mano. Edvard había estado a su lado durante ocho años, ni siquiera con Vera tenía tanta confianza. Edvard había sido casi un hijo para él, se fiaba de él a ciegas, a menudo le acompañaba en sus viajes de negocios e incluso en las vacaciones permanecía siempre junto a Duke; en casa, hacían deporte juntos o comentaban estrategias durante largos paseos y excursiones hasta la cima del Nano. Ahora, aquel hombre yacía muerto a sus pies. Duke le pasó la mano por la cara para cerrarle los ojos. Antes de levantarse, sacó la cartera y las llaves del Mercedes del bolsillo de la chaqueta de Edvard. Apenas se había alejado un paso, se pegaron a él Biason y su compañero esloveno. Hablaban y hablaban para convencer al millonario de algo a lo que él se negaba una y otra vez, meneando la cabeza y sosteniendo las llaves del coche en alto. No podían impedir que volviera a su casa conduciendo él mismo.

—Si no hay más remedio, acepto la escolta —dijo Duke, el tono dulce de su voz había desaparecido por completo—. Pero conduzco yo. Estoy entrenado, sólo Edvard era mejor que yo.

Biason se encogió de hombros y dio media vuelta, en tanto el compañero esloveno

daba una serie de indicaciones por radio. Luego, todo el grupo que rodeaba a Duke se puso en movimiento. Laurenti se había mantenido en segundo plano, obligándose a no intervenir. Seguro que el gran Zampano lo quería así. Ahora, sin embargo, temblaba de rabia ante la indiferencia de Biason, quien no había puesto objeción alguna cuando el compañero esloveno dio la orden de escoltar a Duke y a su acompañante en el mismo coche en que habían venido.

—De modo que tenía usted razón —dijo Duke a Laurenti en tono seco y tan bajo que éste apenas le entendió. Su mirada era fría como el hielo—. Encuentre al asesino. Todos estos payasos no sirven para nada —Duke le tendió su mano enguantada y su mirada, esa mirada que parecía de agua, sostuvo la del comisario un buen rato—. Encuéntrelo pronto, antes de que lo haga yo.

De pronto, un fuerte estallido en mitad de la noche hizo estremecer a todos. Pero, a continuación, una lluvia de estrellas azules con motitas amarillas invadió el cielo de diciembre y por los altavoces de la gran pantalla comenzó a sonar el himno de los países del viejo continente ahora unidos en eterna paz. ¡Paz, alegría, chispas divinas!

En cuanto se sentó al volante del Mercedes AMG, Duke marcó el número de su oficina de Nueva York en el manos libres. Mientras se dirigía a la salida entre los dos vehículos que los escoltaban y luego aceleraba por la autopista, cerrada al resto del tráfico, pidió que se presentaran dos agentes en Jakovce a primera hora de la mañana siguiente. No le resultaba difícil conducir a la velocidad que marcaban los escoltas, con lo cual el guardaespaldas que iba en el asiento de atrás se quedó más tranquilo.

Vera no fue capaz de articular palabra hasta que salieron del túnel de Dekani, que atravesaron a doscientos por hora.

—Iban a por ti —dijo.

—*Shut up, 'til we are alone* —respondió Duke sin ganas de hablar y con la esperanza de que el guardaespaldas no supiera inglés—. *Poor Edvard, he was much more than a friend* ⁸.

La autopista conducía hasta lo alto del Carso en amplias curvas y Duke únicamente tuvo que levantar el pie del acelerador en el viaducto de Crni Kal, de cien metros de altura; una manga de viento indicaba que la *bora* azotaba el puente de hormigón con una fuerza tremenda. El trayecto hacia Kozina volvía a ser recto. A Duke no le hubiera costado nada adelantar al BMW con su bólido.

—¿Por qué no quitan ese intermitente azul? —preguntó Duke al guardaespaldas del asiento de atrás.

Sedem no pareció sorprenderse mucho cuando Pina, sin aliento, le dio la terrible noticia. Iban sentados en la parte trasera del Maserati y regresaban a Trieste a paso de tortuga y atrapados en una interminable cola. Varias veces tuvieron que echarse todos a la derecha para abrir paso a las limusinas de los políticos... como si las cenas de los ilustres se enfriases antes que las de sus votantes.

Sedem había intentado localizar a Duke por teléfono varias veces, en vano. Quería saber lo que había pasado por boca de su propio padre.

—Profesionales —dijo Sedem finalmente—. Un asesinato a sangre fría.

—¿Tiene tu padre más enemigos aparte de ese grupo «Is-tria libera»? —preguntó Pina en tono cortante.

Sedem la miró espantado.

—Te he preguntado algo —dijo Pina.

—¿Es un interrogatorio?

—No digas tonterías.

—Como todos los triunfadores, despierta muchas envidias.

—¿Le han amenazado más veces?

—Está acostumbrado a no salir solo. El mero hecho de ser miembro del International Advisory Board del Ministerio de Asuntos Exteriores americano despierta la antipatía de parte de la humanidad. Pero lo forman otros treinta miembros más, procedentes de todo el mundo. Me apuesto lo que quieras a que la agrupación ésa «Istria libera» no tiene absolutamente nada que ver.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Perro ladrador, poco mordedor.

Por fin se había disuelto el atasco y el Maserati pudo avanzar por la autovía de cuatro carriles en dirección al centro de la ciudad, pasando por la zona de almacenes del puerto. Sedem llamó a la cocinera de Jakovce para anunciar que llevaba una caja refrigerada llena de pescado en el maletero. Que hiciese el favor de informar a Duke y a la abuela de que cenarían gambas de la isla de Cres, el plato favorito de la anciana junto a la carne de oso.

—Te espero en el coche —dijo Sedem a Pina cuando ya giraban por la Via Lazzaretto Vecchio—. ¿Cuánto tardas en cambiarte de ropa?

Pina tragó saliva. Luego se armó de valor para responder:

—Esta noche no me voy contigo —y no quiso mirarle a la cara.

Sedem arqueó las cejas:

—¿Y por qué no?

—Déjame en la *questura* al pasar. Laurenti necesita toda la ayuda que podamos prestarle.

Lo único que estaba claro era que aquel asesinato en tierra de nadie correspondía al territorio de soberanía de Italia. Unos pocos metros más allá habría sido asunto de los eslovenos y quien se habría puesto como un basilisco, en lugar de Laurenti, habría sido el comandante Pausin. Biason ya había desaparecido. A Laurenti le hubiera encantado pegarle un tiro por la espalda cuando se despedía con apretones de manos, como si no pasara nada, deseando *auguri* a todos y cada uno de sus colegas italianos. Finalmente se había marchado a toda velocidad, con la sirena y el intermitente azul, intimidando a los demás coches que tenían que apartarse a su paso. Había avisado a sus compañeros de que no volvería al trabajo hasta después de Reyes. A Laurenti le dijo que, para él, el

asesinato de un chófer no tenía ningún trasfondo político y, por lo tanto, era competencia de las autoridades locales. Si se hubiera tratado de alguna personalidad importante sí que estaría en un gran aprieto. Pero ¿así? Laurenti ya sabía cómo localizarle en caso de verdadera emergencia. Y tal vez incluso llamaría él mismo al comisario... después de las fiestas.

Al rato aparecieron por el lugar el prefecto y el *questore* para aconsejarle al comisario una colaboración constructiva con los compañeros eslovenos. A partir de ahora, todo el mundo estaría pendiente de él y se antojaba muy deseable que sus éxitos no se hicieran esperar. Luego, también esos ilustres caballeros se despidieron con sus mejores deseos para las fiestas de Navidad y subieron a sus coches oficiales, cuyos conductores se apresuraron a encender los intermitentes azules.

Sólo Galvano se mantuvo fiel al comisario. Había echado un vistazo al cadáver cuando lo depositaban en el ataúd de cinc y pronto había formulado su diagnóstico. Gracias a sus muchas décadas de experiencia como forense incluso adivinó el calibre de la pistola que más tarde habría de confirmar su sucesor, el doctor Zerial.

—A mí hay una cosa que me escama —dijo el anciano—. A un chófer se le puede liquidar donde uno quiera. ¿Por qué hacerlo aquí, entonces, en un lugar plagado de policías?

Laurenti apenas le prestaba atención. Pausin había recibido una llamada y gritaba por el móvil casi histérico. El comisario no entendía ni una palabra, pero por la expresión de la cara del esloveno era patente que había pasado algo más. Nada más colgar, Pausin dio unas cuantas órdenes tajantes a sus hombres y se volvió hacia Laurenti. Estaba pálido como un cadáver.

—Una carnicería —dijo Pausin con la voz quebrada—. Al menos tres muertos.

—¿Quiénes?

—Goran Newman, su acompañante y el guardaespaldas del asiento de atrás. Los hombres del segundo vehículo de escolta están heridos de gravedad. Tengo que marcharme de inmediato. Hablamos más tarde.

—¿Y dónde ha sido? —tuvo tiempo de preguntar Laurenti cuando Pausin ya estaba de espaldas.

—En la autopista en dirección a Ljubljana, entre Kozina y Divaca, a menos de treinta kilómetros. Hasta luego, Laurenti —Pausin echó a correr y subió a un coche que también salió a toda velocidad con el intermitente azul encendido.

En cuanto Dean dejó de ver el antiguo paso fronterizo Škofje/Rabuise por el retrovisor y se incorporó a la autopista, aceleró a fondo. A la altura de Kozina, sin embargo, tomó una salida hacia la carretera comarcal. Tras cruzar el segundo puente de la autopista, giró por un estrecho camino que entraba en el bosque, apagó las luces, se puso los guantes de trabajo, se apresuró a desmontar la reja de seguridad que prolongaba la barandilla del puente y la dejó en el bosque. Luego sacó del maletero de su Range Rover la piedra con las granadas de mano y escogió el punto idóneo para colocarse en el puente, por encima de la autopista de dos carriles que conducía montaña arriba. Encendió un cigarrillo y dio una profunda calada. No podían tardar mucho. Midió la distancia a ojo, intentando

calcular la trayectoria que seguiría un vehículo a gran velocidad. Levantó la piedra por encima de la barandilla, comprobó las granadas y ató una cuerda a las argollas del detonador. Al caer la piedra, las tres bombas se activarían, lo único que tenía que hacer él era alejarse deprisa.

La luna aún no había salido por encima de las colinas cuando atisbó los intermitentes azules de dos coches que escoltaban a un tercero. ¡Duke! Se acercaban a una velocidad de vértigo y apenas mantenían distancia entre sí. Dean escupió el cigarrillo, se enrolló el extremo de la cuerda en la muñeca y lanzó la piedra en el preciso instante en que pasaba debajo del puente el primer coche. Se alejó corriendo y sintió cómo la brutal detonación rompía en el silencio de la noche. Se oyó el estruendo del metal al estamparse el tercer vehículo en el lateral del Mercedes y catapultarlo por encima del quitamiedos. El primer coche frenó en seco con un fuerte chirrido. Al atravesar el puente en su todoterreno, Dean vio al resplandor del fuego que tres hombres con armas en la mano corrían por la autopista. Hasta no pasar la siguiente curva no encendió sus luces y, pocos minutos más tarde, atravesaba la frontera por el paso de Pesek sin que nadie le hiciera parar y bajaba hacia el centro de Trieste.

Blancos gigantes de espuma se alzaban desde el mar, negro como la noche, al que tiró la pistola. Las enormes crestas blancas de las olas rompían cada vez con mayor fuerza contra los muelles del puerto de Trieste, y Dean tuvo que retroceder de un salto para que no lo llevara por delante una de ellas. También la *bora* soplaban cada vez más fuerte, aunque el cielo estaba despejado. Ya brillaban las primeras estrellas sobre el mar, para Nochebuena habría luna llena. Dean dio unos pasos por el aparcamiento, cuyo asfalto brillaba como el metal oscuro bajo la iluminación navideña a lo largo de las Rive. A los pocos metros encontró lo que buscaba. A menudo le había llamado la atención que los triestinos tiraban al suelo los tickets de aparcar cuando salían de allí. El viento los arrastraba hasta un arriate de flores donde quedaban atrapados entre las ramas secas. Dean fue cogiendo tickets y mirándolos a la luz. La hora que marcaba el tercero le venía bien. Sería su coartada.

Esperó delante de la Stazione Marítima y pronto vio acercarse las luces del otro coche por el retrovisor. Sudaba a chorros y tenía una sed horrible pero primero tenía que comprar su libertad. Bajó y se acercó al otro vehículo, cuya puerta trasera se había abierto del todo, invitándole a entrar. Se dejó caer en el asiento con todo su peso.

—¿Qué tal la ceremonia, Dean?

—Festiva —respondió—. Conmovedora. Por fin se han abierto las fronteras y han desaparecido los controles.

—No lo celebres demasiado pronto. ¿Has traído la mercancía?

Dean se levantó la solapa con cuidado para que el otro viera que no iba armado y luego sacó un grueso fajo de billetes del bolsillo interior.

—Doscientos cincuenta mil. Sabes tan bien como yo que ya no tengo acceso a la mercancía.

El otro contó los billetes con calma y, con gesto autocomplaciente, se dio unos

golpecitos en el muslo con todo el fajo.

—Mala suerte para ti, Dean... o quizá buena. Ya sabes que los amigos de Quarto Oggiaro no se andan con bromas.

—Necesito mercancía nueva. ¿La has traído tú?

El otro asintió con la cabeza y sacó un paquete del formato de un ladrillo envuelto en una bolsa de plástico de un supermercado de Izola.

—¿Has traído más dinero acaso? Ya sabes que pagando en efectivo puedes conseguir lo que quieras.

—No me puedes exigir eso.

—Claro que puedo, ya lo ves. Ahora mismo eres un caso crítico, ya no se puede confiar en ti al cien por cien. Así que ya sabes: danos un toque cuando hayas repuesto la hucha.

Dean no hizo ningún ademán de bajar, como si eso sirviera para convencer a los dos tipos de los asientos delanteros de que no tenían razón.

—Venga, Dean, pírate ya —dijo el conductor—. Que hace corriente.

—Sabéis que mis viejos contactos siguen funcionando como siempre. Yo tampoco tengo ganas de bromas —su voz revelaba determinación, pero su gesto de amenaza cayó en saco roto.

—Parte de esos contactos éramos nosotros. Hala, fuera. Esfúmate.

Furioso, Dean dio tal portazo al salir que el coche entero se balanceó, después se alejó de pésimo humor. Ya se arrepentirían. Al fin y al cabo, él conocía todos los trucos y era mejor que esos tipos. ¿Qué estaba pasando? Todos sus colaboradores se volvían contra él de repente. En cuanto se hubiera calmado aquella tormenta, les devolvería el golpe a todos. El primero sería su antiguo jefe, el que ahora vivía a todo lujo en la villa de un ruso junto al Worthersee. Y la misma suerte correrían luego los tipos de Izola como no captaran el mensaje y espabilaran. Estaba claro que se enterarían si acababa con Mervec. Entonces, Dean les concedería a ellos una única oportunidad más.

Dean pretendía comprar algunos regalos de Navidad, lo cual le serviría para reforzar su coartada. Pero antes de entrar en la primera tienda necesitaba beber algo. Tenía la garganta reseca y la boca pegajosa. Y olía su propio sudor. Se abrió paso entre la multitud que llenaba el bar Unita, en la esquina frente al Ayuntamiento, en la gran Piazza. Pidió un vino blanco y una *grappa* que apuró en un instante. Repitió de lo mismo y levantó la vista hacia la enorme pantalla en la que solían retransmitir vídeos musicales o los partidos de fútbol. Esa tarde sólo interesaban los informativos con todos los detalles de la ceremonia: primeros planos de las grandes figuras, políticos, gente del mundo de la economía... y también la llegada de Duke, la bajada del Mercedes acompañado de Vera y la entrada en la pomposa carpa rodeados de guardaespaldas. Luego, Barroso y Sócrates bajando del helicóptero. Imágenes de las orquestas de la policía y breves tomas de los discursos. De pronto, el tono de la locutora cambió. Ahora informaba de un baño de sangre al margen de la ceremonia. El volumen de las voces del bar bajó de forma considerable. Todos se volvieron hacia el televisor. La primera secuencia mostraba un cadáver cubierto con una lona que después colocaban en un ataúd de cinc. Un anciano se inclinaba sobre el cuerpo y examinaba la herida. Luego, la locutora dijo con voz

preocupada y mirando a la cámara:

—Las siguientes imágenes han sido enviadas hace unos instantes por nuestros compañeros de la televisión eslovena. El influyente inversor financiero Goran Newman ha sido víctima de un pérvido atentado bajo uno de los puentes de la autopista durante el viaje de regreso de la ceremonia —en la pantalla se vieron momentáneamente las imágenes de los restos de un Mercedes gris metalizado del que, sin duda, sólo había quedado entera la matrícula: DUKE I—. Junto a él han perdido la vida su acompañante y un agente de seguridad. Los hombres que viajaban en el segundo coche escolta están heridos de gravedad. La policía guarda silencio absoluto. Por el momento, no se ha esclarecido si se trata de un atentado con trasfondo político, de un ajuste de cuentas por algún asunto personal o de un acto relacionado con el crimen organizado.

Dean pidió una tercera ronda de vino y *grappa*, poco a poco volvía a sentirse en forma. Pagó y abandonó el local para hacer sus compras antes de que cerrasen las tiendas.

Marietta estaba recién maquillada y lista para marcharse cuando, a las seis de la tarde, llegó cojeando a la comisaría la mini-inspectora. Nada ni nadie podía con ella. Ahora bien, con minifalda roja y blusa de seda roja no la había visto Marietta nunca.

—¿Pero qué pintas me traes? —chilló Marietta señalando a su compañera con el dedo—. ¿No había otro conjunto más chillón, cariño? La próxima vez que tengas que comprarte trapitos, dímelo y te asesoro un poco. Mira, podemos aprovechar el comienzo de las rebajas de enero.

—¿No pensarás marcharte ahora? —preguntó Pina indignada—. La investigación está en pleno apogeo. El jefe necesita toda la ayuda que podamos prestarle.

—Es asunto de los compañeros de Roma —respondió Marietta en tono malicioso—. A nosotros ni siquiera nos van a dejar intervenir —no sabía nada de la discusión de Laurenti con Biason y Pina la puso al corriente en un momento.

—Pues me tengo que ir de todas formas —dijo Marietta—. Están muertos, nadie puede resucitarlos y yo ya llego tarde. Si la cosa se pone realmente fea, tienes mi número de móvil. No trabajes demasiado.

Así pues, Pina se encontró sola en la comisaría e intentó hacer un esquema de la relación entre los hechos. No sacaba nada en claro. Tampoco Laurenti daba señales de vida. Pasada una hora, lo llamó ella... el comisario no respondió. Pina miró los avisos del día. Había sido un tranquilo sábado de Adviento, no había pasado nada excepto una pelea en un bar entre dos papá-noeles borrachos, unos cuantos hurtos de poca importancia en tiendas y tres accidentes de tráfico leves. Por otro lado, habían entrado a robar en la parroquia de la Santísima Trinidad durante los servicios religiosos de la tarde y se habían llevado los cinco mil euros de la colecta para los pobres. A esa gente sí que habría que excomulgarla. Llamó a Laurenti tres veces más y, entre medias, también intentó hablar con Sedem, pero no lo consiguió. Mañana sería otro día.

En algún momento cogió el bastón y se marchó a casa de mal humor. En la calle, delante de muchos bares había grupitos de fumadores en torno a las estufas de exterior

que se habían convertido en un gran éxito de ventas desde que se prohibiera fumar en los lugares públicos; del interior de los locales llegaban las típicas melodías navideñas. Toda aquella gente tan alegre y cargada de bolsas de regalos sacaba de quicio a Pina. En la medida de lo posible, iba dando rodeos para no cruzarse con nadie.

No podía dejar de darle vueltas al asesinato de Edvard. ¿Por qué se había quedado tan tranquilo Sedem? ¿Por qué no respondía a sus llamadas? ¿Estaría enfadado con ella por haber preferido cumplir con su deber en lugar de irse con él? ¿Tan susceptible era? ¿Qué iba a ser de aquella relación? ¿Adónde iban un millonario esloveno-americano paralítico y una policía de Calabria de familia humilde? Era imposible de base. ¿Para qué había decidido hacerse el tatuaje en el brazo en su momento? *Basta amore!*

Al llegar a casa encendió la televisión y por fin sustituyó la blusa y la minifalda rojas con las que ya llevaba dos días por sus vaqueros y su jersey de siempre. Tenía hambre pero, cuando abrió la nevera, le invadió la desolación. Era el vacío perfectamente ordenado, pura estética japonesa: la nada. No le apetecía exponerse de nuevo a la histeria navideña, de modo que rebuscó en un cajón hasta dar con el menú de un chino con servicio a domicilio. Pidió la cena por teléfono.

El programa del sábado por la noche era aún más horrible que de costumbre. Ya había pasado la hora de los principales informativos y cuanto ofrecían la mayoría de canales eran programas de entrevistas o concursos en los que, aun con poco cerebro, se podía ganar mucho dinero... a eso se debía tal vez su elevada cuota de audiencia. Pina bajó el volumen y fue a buscar sus lápices y papel para dibujar. Pero estaba demasiado nerviosa y no lograba concentrarse. Sus trazos no le gustaban. De nuevo, llamó por teléfono. De nuevo en vano. ¿Qué había pasado con Sedem?

—Te he visto en la tele discutiendo con otro hombre. Pero no se entendía de qué iba la discusión. Proteo, hijo, tienes que hablar más alto cuando te enfoquen con una cámara —le saludó su madre al entrar en casa, poco después de las ocho.

—¿Tú? —se asombró Laura como si viera a un extraterrestre—. ¿Tan temprano? No contaba con verte antes de medianoche.

Como gallinas en un palo, toda la representación femenina de la familia formaba una hilera en el sofá y seguía las noticias pegada al televisor.

De regreso de Rabuise, Proteo había parado un momento en Santa Croce para darse un respiro y tomar una copa de vino en el Pettirocco, el bar de su amigo Emiliano. Pero el bar ofrecía cualquier cosa menos tranquilidad. Los amigos que el comisario tenía en el pueblo, quienes por cierto liquidaban una frasca de medio litro de vino tras otra como si al día siguiente no fuesen a dar de beber en todo el mundo, le recibieron con vítores y aplausos en cuanto entró por la puerta. Para su decepción, Laurenti se mostró bastante parco en palabras, invitó a una ronda y se marchó enseguida. No podía ni quería hablar. Necesitaba silencio para reflexionar sobre lo que había sucedido y cómo había podido suceder.

Lo único tangible que tenía era una lista con los nombres de los chóferes y las demás personas que habían permanecido en el exterior de la carpa y los alrededores durante la

ceremonia. El cadáver lo había descubierto una mujer de mediana edad que no formaba parte de los invitados sino que seguía la celebración en la gran pantalla de fuera. De hecho, había sido la única persona en extrañarse de que, a media tarde y en el mes de diciembre, un hombre tan bien vestido como Edvard pudiera estar sentado en el suelo en la oscuridad. ¿Es que no se encontraba bien? Al tocarle el hombro porque no reaccionaba a sus palabras, el cuerpo había rodado a sus pies. Ningún policía había reaccionado. Qué desolación. Algunos aseguraban haber visto a Edvard, pero no les había llamado la atención. Como si fuera normal que un hombre con un traje caro se sentara en el suelo a pasar la tarde en pleno mes de diciembre, sin moverse en todo el tiempo.

Laurenti había telefoneado a Alfieri para que acudiese con la policía científica, pero derivaron la llamada a la central. Así, el comisario se enteró de que el criminalista se había tomado vacaciones justo media hora antes. Los técnicos de impoluto mono blanco con capucha sí llegaron enseguida. De forma rutinaria, cumplieron con su obligación bajo las órdenes del sustituto de Alfieri. ¿Qué iban a encontrar, por otra parte? Por el escenario del crimen había pasado demasiada gente como para poder detectar la más mínima prueba.

Una vez se marcharon todos, tampoco a Laurenti le quedó nada por hacer allí. Llamó a su compañero de la dirección de policía de Koper y éste le describió el escenario del baño de sangre de la autopista, indicándole también en qué punto había sucedido exactamente. Pausin estaba consternado, las granadas de metralla habían destrozado a los ocupantes del

Mercedes hasta el punto de que era imposible reconocerlos. Los escoltas del otro coche habían tenido la suerte de salvarse gracias a la velocidad a la que iban; estaban heridos de gravedad pero fuera de peligro. Por el momento no tenían más pistas. Estaban interrogando a los habitantes de las localidades cercanas. El comisario y Pausin quedaron en verse el domingo por la mañana en Trieste.

Laurenti estaba harto. Sin despedirse de los demás agentes, subió a su coche. Por un instante pensó en pasar por la comisaría, pero prefirió llamar por teléfono a Marietta. Cuando al final respondió su ayudante, se oían voces y estridentes risas de fondo.

—...y luego vamos todos a mi casa... —la oyó terminar la frase antes de cambiar a un tono de voz más serio—. *Pronto?* ¿Qué sucede, Proteo? Espero que no llames para aguarme la velada...

¿En qué bar estaría ahora Marietta? ¿Y con quién? Laurenti conocía sus caprichosos hábitos y su tono de voz. Probablemente estaba rodeada de hombres mucho más jóvenes que ella, todos hechizados ante la visión de su pronunciadísimo escote. La fiesta del amor llamaba a su puerta.

—Los de criminalística van a enviarnos las cintas de las cámaras de seguridad de la ceremonia esta misma noche. Hay que visionarlas con ojo crítico —dijo el comisario.

—¿Y a quién se lo encargo? ¿Habías pensado tú en alguien?

—¡En ti, Marietta! Da igual cuando lo hagas, pero para mañana a las once de la mañana quiero un informe completo —colgó antes de que su ayudante pudiera protestar y colocó la luz azul en el techo del coche. Tres días más tarde se celebraría el nacimiento de

Jesús. La Ascensión hubiera sido mucho más adecuada. ¡Aleluya!

—¿Es que no hay nada para cenar en esta casa? —preguntó Laurenti tras haber satisfecho por fin la curiosidad de las féminas de la familia.

—Pizza —dijo Laura sin más explicaciones, bebiendo un trago de Prosecco—. No teníamos ganas de guisar, así que hemos pedido pizzas. Hay de sobra para ti.

Así eran las cosas. El día de la gran ceremonia, el día de los atentados y las muertes, un día de puro estrés y ataques de ira, uno de los peores días de toda su carrera, el comisario Proteo Laurenti tenía que conformarse con un trozo de pizza. Dios la tenía tomada con la policía, eso había quedado bien claro, y la vida era injusta.

Noche de paz

Me cuidan. La habitación en la que me encuentro, tumbado, está limpísima y hace una temperatura agradable. La mujer con bata blanca y pelo rubio recogido en un moño viene cada mañana y cada noche. Con voz dulce me llama «mahjen miška», «mi ratoncito». Imagino que llama así a todos sus pacientes. Las demás personas la tratan con respeto y la llaman «zdravnica», doctora. Tiene cara de preocupación. En la pared hay una funda de plástico transparente con mis papeles. La primera hoja muestra unas coordenadas con varias líneas quebradas. Hay una que asciende constantemente. Es roja.

Entre sus visitas de la mañana y la noche se ocupan de mí otras personas y me cambian los vendajes, controlan el líquido que sale de la bolsa que tengo colgada por encima de mí y de la que sale la alargadera hasta mi pata herida. Cambian la bolsa una vez al día. Me toman el pulso, la presión arterial y la fiebre, me auscultan, palpan el tejido que rodea mis heridas, las limpian y renuevan los vendajes. A veces me levantan, cambian el cobertor y me colocan en una posición distinta. Yo sigo sin poder moverme, de hecho ni lo intento. Estoy demasiado débil. Las dos correas con las que me tienen atado no harían ninguna falta. Sólo muestro reflejos cuando oigo algún perro en el exterior. Algunos aúllan o chillan, otros ladran. Entonces se me acelera el pulso y se me dispara la adrenalina.

Los rayos del sol entran en la habitación cuando abren la puerta. Viene otra vez la rubia. «Mahjen miška», me dice una vez más. Y luego: «Pobrecito, lo siento mucho». Menea la cabeza suavemente y carga una jeringuilla.

Aún oigo cómo cierra la puerta tras de sí. Luego, enseguida se pone todo oscuro y mi respiración se vuelve muy tenue.

El séptimo día

—Pasaremos una Nochebuena maravillosa —dijo Laura muy contenta, mientras Proteo se afeitaba frente al espejo del baño—. Acaba de llamar mi hermana Marta para avisar de que viene con mamá.

—¿A estas horas llama, y en domingo?

Eran poco más de las ocho y estaba claro que en aquella familia no tenían miramientos para llamar a horas intempestivas. Proteo se echó más espuma de afeitar.

—Me hace muchísima ilusión estar todos juntos —prosiguió Laura exultante.

—¿Y quién va a pedir la pizza para el banquete? —Proteo cogió la navaja de afeitar.

—Llegan esta misma tarde, después de comer, y se quedan hasta el veintiséis. Dormirán en el cuarto de Patrizia, y Patrizia con Livia.

Con los nuevos refuerzos femeninos la familia quedaba en seis contra dos, Marco y Proteo no conseguirían meter baza en las conversaciones ni turno en el cuarto de baño en varios días. Quedaba la esperanza de que el viejo Galvano al final aceptara la invitación. Pero Laurenti no protestó ante aquel anuncio de que, en contra de lo que él hubiera deseado, no serían unas fiestas tranquilas. Hacía muchos años que se había acostumbrado a que ese tipo de decisiones se tomaran sin tenerle en cuenta. Al menos le caía muy bien Marta, que tenía cuarenta años y era la más joven de la gran familia Tauris... y también la más guapa. Tras el fracaso de su matrimonio, había vuelto a vivir con su madre en San Daniele, en el Friaul, y se ocupaba con inteligencia y determinación del negocio familiar: la fabricación de jamones. Así pues, también estaba claro lo que se serviría de *antipasto*.

—Cuántas madres —farfulló Proteo, apurándose los últimos pelillos de la barbilla—. Dos abuelas, tú y Patrizia.

—Y Livia será la próxima —añadió Laura.

Laurenti dio un respiro, el último resto de espuma de afeitar se tiñó de sangre.

—Huy, sí que estás nervioso... —Laura se partía de risa. Cogió la toalla y limpió la barbilla de su marido con suaves toques—. ¡Ay, pobrecito abuelito!

Proteo suspiró en voz baja.

En la *questura* reinaba la calma propia de cualquier domingo, y también las calles estaban desiertas. Sólo se oían a lo lejos, desde las callejas del antiguo gueto, las voces de los primeros curiosos del mercadillo, que acudían a primerísima hora con la esperanza de encontrar alguna ganga. Marietta, por su parte, estaba de un humor de perros. Era frecuente en ella, sobre todo por las mañanas. La gruesa capa de maquillaje subrayaba su falta de sueño más que disimularla. Afirmó llevar desde las seis de la mañana frente a la pantalla. Le quedaban por revisar dos cintas, pero si resultaban tan poco reveladoras como las anteriores, bien hubiera podido quedarse en la cama durmiendo.

—¿A quién controlaste en el aparcamiento? —preguntó a Laurenti.

—¿Yo?

—Sí, tú. Un tipo gordo con un Range Rover.

—Tenía papeles del servicio secreto esloveno. ¿Por qué?

—El hombre que pescó el paquete del pozo negro de Manfredi también era gordo.

—Por eso mismo le pedí la documentación. Revisa las cintas que te faltan. A las once viene Pausin de Koper —Laurenti se metió en su despacho, dejó el surtido de periódicos que había comprado encima de la mesa y buscó el número de Rožman. Se sorprendió mucho al ver la cara de pena de la mini-inspectora, que acababa de entrar vacilante y ahora estaba frente a él como un pobre perrito apaleado.

—¿Qué, el primer día sin bastón? —preguntó el comisario para animarla.

—¿Por qué no me avisó, comisario? —la voz de Pina reflejaba amargura.

Laurenti arqueó las cejas.

—Me enteré por casualidad en las noticias de medianoche. Sabe que Duke es el padre de Sedem.

—Y me extraña que no esté usted con él.

—Le estuve esperando aquí hasta última hora de la tarde. Pensé que me necesitaría.

—¿Ha hablado con Sedem? —Laurenti estaba perplejo. Otra persona dispuesta a sacrificar su vida privada por el trabajo.

—No coge el teléfono —dijo Pina, encogiéndose de hombros desconsolada—. Ojalá no le haya pasado nada a él.

Laurenti miró el reloj.

—Tenemos tiempo hasta las once. Venga conmigo. Vamos para allá.

Pina no necesitó que se lo dijeran dos veces, se sentía aliviada de que la acompañara su jefe. El día anterior había vuelto a poner la televisión antes de irse a la cama y no había pegado ojo en toda la noche. Por casualidad había escuchado la sintonía del informativo de la noche y se había quedado boquiabierta ante la noticia y las imágenes. A partir de ese momento estuvo llamando a Sedem toda la noche, pero él no respondió a ninguna llamada.

Desde el coche, Laurenti llamó a Rožman y acordaron que, al volver de Jakovce, el comisario pararía en la central de policía de Sežana. Pina iba sentada a su lado, retorciéndose las manos, y cada vez que respondía a algo tenía que carraspear primero. Era evidente que en su particular manual para controlar las emociones aquella lección no venía. Laurenti intentó distraerla y le contó que, siendo él aún muy joven, en Milán, una

vez se había visto envuelto en un tiroteo porque unos neofascistas intentaban saquear un arsenal. Poco antes de ser trasladado a Trieste. Entre 1968 y 1974 se habían producido ciento cuarenta atentados con trasfondo político, tanto a manos de la extrema derecha como de la extrema izquierda, y muchas de las veces estaban implicados los servicios secretos. Pero Pina no le prestaba atención.

Cuando, poco más tarde, el coche paró ante el portón de la finca de Duke en lo alto de la colina de Jakovce, Pina salió para llamar al timbre con mano vacilante y enseguida volvió al coche cojeando. Laurenti vio que la cámara de seguridad que había en el lado de Pina se inclinaba para enfocarles y, a continuación, las dos hojas del portón se abrían automáticamente con un suave zumbido. Aparcó junto al Maserati. Antes de aparearse, Pina miró a su jefe con gesto desesperado. Les recibió el chófer de Sedem, pero fue incapaz de decirles nada y se limitó a conducirlos hasta el salón, donde encontraron a Sedem en su silla de ruedas frente a la chimenea. Les daba la espalda, en la mesita vecina había tres teléfonos y el suelo estaba sembrado de periódicos a medio leer en los más diversos idiomas.

La *bora* había hecho bajar la temperatura. Al volver a la casa después de dejar el Range Rover en el cobertizo, escondido detrás de una pared de balas de paja, Dean se ciñó la chaqueta para abrigarse. Aún no eran las once de la noche cuando, muerto de cansancio y un poco bebido, se quitaba el traje y se desplomaba frente al televisor para hacer *zapping* hasta encontrar un primer canal de noticias. Se sirvió un vaso de Brinjevec y dio un largo trago al aguardiente mientras observaba por primera vez las imágenes de su horrible crimen, por fin con calma y satisfecho consigo mismo. ¡Qué obra maestra, a ver quién era capaz de igualarle! Dean se sentía fuerte, a pesar del varapalo que le habían dado sus contactos de Izola. Estaba deseando llamar a Mervec, aunque éste le había prohibido terminantemente contactar con él por teléfono.

—Mañana temprano me tienes en la puerta —le dijo Dean sin mayores rodeos—. Ten preparada mi recompensa.

—Te tengo dicho que no me... —gruñó Mervec al teléfono y luego recapacitó un instante—. Mañana no. Los domingos cierran los bancos.

—Voy de todas maneras. Lo coges de los ahorros de debajo del colchón. Al mediodía —sabía bien que Mercec guardaba una suma importante en una caja fuerte. Nunca había sido problema cobrar un anticipo en cuanto llegaban a un acuerdo sobre la cantidad.

—Yo también estoy fuera y no vuelvo hasta mañana, quedamos a las cuatro en Klagenfurt, en el Pumpe —remoloneó Mervec—. Sé puntual.

A Dean no le hacía ninguna gracia que su antiguo jefe le recibiera en un lugar público, a pesar de que en aquella taberna típica servían un *gulasch* excelente. No era lo que él había pensado pero estuvo de acuerdo. Se llenó el vaso de aguardiente. ¿No intentaría engañarle Mervec? ¿Y si iba él a Portschach a primera hora de la mañana para espiarle cuando saliera de casa? Luego, el camino hasta el paso de Loibl era directo, también allí habían desaparecido los controles en la frontera hacía dos días. En cuanto se hallara de nuevo en suelo esloveno, ya no podría pasarle nada. Del Range Rover se desharía

definitivamente. Sin embargo, descartó la idea. Librarse de Mervec sería muy sencillo, pero ¿cómo conseguiría hacerse con su dinero? También el jefe conocía todos los trucos, al fin y al cabo era él quien le había formado.

Dean se despertó de golpe. Acababa de quedarse dormido en el sillón delante del televisor cuando oyó fuertes golpes en la puerta. Se desperezó y se frotó los ojos. No era una forma de llamar precisamente educada, quien pretendía entrar venía con evidentes malas intenciones. Aunque miró por la ventana con mucho disimulo, no alcanzó a ver nada. El patio estaba oscuro. No se atrevió a asomarse para tener una mejor perspectiva de la zona de la entrada. Así hubiera sido un blanco perfecto. Sacó una pistola de un cajón y la cargó. Luego bajó la escalera en calcetines y sin dar la luz del pasillo. Paso a paso fue acercándose a los golpes, cada vez más fuertes, que sonaban rítmicamente contra la madera de la puerta. Contó y, al llegar a siete, abrió la puerta de par en par.

El encuentro de Laurenti con Sedem fue sumamente breve. Pina tenía lágrimas en los ojos cuando se inclinó hacia el joven, que no se volvió hacia sus visitas. La música estaba muy fuerte y comenzaba una nueva pieza. La Young Tuxedo Brass Band tocaba «Eternal Peace», música negra de Nueva Orleans, música de funeral.

—¿Qué quieres? —preguntó Sedem, y casi no se le entendió. Luego bajó el volumen de la música. Los tres teléfonos sonaban sin cesar. Él se limitaba a mirar los números entrantes en la pantalla y no contestaba.

—Lo siento muchísimo —dijo Pina llorosa y quiso abrazarle. Sedem se la sacudió de encima con brusquedad.

—Mi más sentido pésame, *signor*

Newman —dijo Laurenti—. Le deseo mucha fuerza de ánimo. Haremos cuanto esté en nuestra mano para encontrar al culpable lo antes posible.

Sedem se dio media vuelta con la silla, su mirada echaba chispas de rabia.

—Ahórrese su sentido pésame, usted apenas le conocía.

—No ha querido decir eso, jefe —dijo Pina desconcertada—. Está en estado de shock.

—¿Qué significa su muerte? —desde que se conocían, era la primera vez que Sedem levantaba la voz—. ¡Un monstruo menos en este mundo! ¿Qué hay de terrible en ello? —miró a los dos policías con gesto desafiante.

—Siento mucho no haberme venido contigo anoche —dijo Pina y se sentó en el sillón de enfrente en tanto que Laurenti permanecía de pie.

—Mejor —dijo Sedem, mirando el número entrante en uno de los teléfonos—. No hubieras podido hacer nada excepto ponerme nervioso.

—¿Cómo iba a imaginar una cosa así? —dijo Pina—. Y cuando me enteré de casualidad por las noticias, te estuve llamando una y otra vez. Toda la noche. ¿Por qué no me cogías el teléfono?

—Te crees eso de que «una pena compartida es media pena»? —Sedem rió con sarcasmo—. No pienso guardarle ningún duelo a Duke. Lo único que me preocupa es que ahora ocupará su puesto en el mercado financiero otra persona que quizás tenga aún menos escrúpulos que él. Y he de desmantelar su imperio lo antes posible y sin que se

inmiscuya mi abuela. No va a ser plato de buen gusto.

—¿Cómo está? —preguntó Pina.

—Todavía no la he visto. Está acostumbrada a que el destino no siempre quiera sonreírle. Lo superará.

Laurenti no terminaba de creerse su frialdad.

—Lamento mucho tener que preguntárselo, pero ¿tiene usted alguna ligera idea de quién podría estar detrás de este atentado?

—Eso mismo me ha preguntado su colega Pausin, esta mañana a las siete. ¿Es un interrogatorio?

Sedem estaba deseando echarlos; Laurenti se dio cuenta y se adelantó a emprender la retirada.

—Ya sabe cómo localizarme —dijo—. Y conozco la salida —luego se apresuró a marcharse sin mirar ni una sola vez al joven y con la esperanza de que Sedem no echase también a Pina. Bastaba con que la mini-inspectora se quedase con él. Si había alguien capaz de sacar algo de aquel cínico en silla de ruedas, era Pina. Cuando salía del patio, Laurenti tuvo que ceder el paso por el portón a un Porsche amarillo huevo con cristales tintados y matrícula de Viena. Vehículo de alquiler, a juzgar por esa matrícula. El comisario no tuvo prisa en reanudar la marcha, sino que observó detenidamente cómo se bajaban dos hombres bien trajeados, con la piel muy bronceada y el pelo cortado a cepillo. Mientras se cerraban las dos hojas del portón, también ellos se le quedaron mirando. Su anchura de hombros y sus rasgos angulosos revelaban que eran del gremio. ¿En qué andaba metido Sedem que requería la presencia de dos gorilas como aquéllos?

Un cuarto de hora más tarde, Laurenti dejaba el coche en el aparcamiento de la central de policía de Sežana. Rožman salió a su encuentro por las escaleras. Tenía aspecto cansado y, sin rodeos, explicó al comisario que su superior le había sacado de la cama muy temprano —no había amanecido siquiera!—. Pausin le había echado una bronca terrible al no encontrar a Calamizzi en su celda. No se había creído la versión de Rožman de que el detenido se había dado a la fuga. ¡Un hombre armado, cuyo coche estaba lleno de fragmentos de hueso y que llevaba encima una cantidad de dinero que no era precisamente calderilla! En cuanto se hubiera resuelto el otro caso abierto, Pausin abriría una investigación interna contra el jefe de la pequeña central local. Rožman lo tomó con bastante calma. Luego, Pausin le había machacado a preguntas acerca de Goran Newman y, por último, había insistido en que le acompañase a la finca de Duke, donde habían visto a Sedem, rodeado de teléfonos que no paraban de sonar. Respondiendo a sus preguntas a la fuerza y con monosílabos, había conseguido echarles al cuarto de hora. Se había mostrado muy poco amable; a cambio, tanto más firme. Y la noche anterior Pausin le había encargado desviar el tráfico, pues a fin de cuentas el atentado se había producido dentro del territorio de competencia de Rožman. De las investigaciones, en cambio, sí se había hecho cargo Pausin; órdenes de arriba, al parecer. Ahora bien, los del Ministerio del Interior de Ljubljana eran los más chapuceros de todos. Eslovenia no era distinta del resto del mundo. Las jerarquías son el único invento que acaba desgastándolo todo excepto su propio sistema.

Mientras Rožman seguía quejándose de su superior, sonó el móvil de Laurenti. A Marietta casi se le quebraba la voz de excitación.

—La calidad de la imagen no es la mejor y el escenario está medio tapado por un árbol, pero hay un plano del asesinato de Edvard. Un hombre se le acerca por detrás, saca un arma y Edvard se desploma. Un tiro en la nuca, profesional, ¡bang! El asesino apoya el cuerpo en el árbol y desaparece. Todo en catorce segundos.

—¿Cómo es? Descríbemelo, Marietta.

—Sólo se les ve de medio cuerpo. Ni ampliando la imagen se llega a reconocer la cara. Es de complexión fuerte y tiene un buen barrigón. Traje oscuro, camisa blanca y una corbata excesivamente colorida... ¡con pajaritos! Sólo por eso ya merece la cárcel. He comparado las imágenes con el otro plano, donde tú le pides los papeles al del Range Rover. Por la estatura y la forma de moverse es el mismo hombre... y es la misma corbata. He pedido que aíslen las imágenes y hagan copias aumentadas.

—Ya tenemos algo —dijo Rožman cuando Laurenti le contó las novedades. Se acercó a otra mesa e introdujo una serie de datos en el ordenador—. Venga aquí, Laurenti —prosiguió y señaló la pantalla—. ¿Es este hombre tal vez?

Laurenti arqueó las cejas. Dean Čuk, nacido el 28 de agosto de 1965 en Murska Sobota, cerca de la frontera húngara, al nordeste del país. El resto del texto no lo entendía pero las imágenes eran inequívocas.

—¿Cómo le ha encontrado tan deprisa? —preguntó Laurenti.

—Por pura casualidad. El viernes por la tarde estuve en su casa mientras mis hombres les entregaban a Calamizzi —Rožman se frotó las manos con satisfacción—. Me sorprendió lo que ha engordado Dean desde la última vez que lo vi. En tiempos era un tipo que no le tenía miedo a nada, pero me temo que ahora se da demasiado al aguardiente. Ésta es mi oportunidad, Laurenti —Rožman dio unos golpecitos a la pantalla con el dedo—. Si le pillo antes de que se me atraviesen mi superior o los del Ministerio, estaré rehabilitado. Ya no podrán ponerme ninguna traba en el camino. Usted tiene a Calamizzi y yo a Dean.

Ahora le correspondía actuar a Rožman. Esbozó su estrategia e hizo jurar varias veces al comisario que por el momento no diría nada. Después acordaron que el comisario volvería a llamarle en cuanto hubiese terminado su reunión con Pausin.

Domingo, doce de la mañana. Domenico Calamizzi estaba sentado frente al comisario en la inhóspita sala de interrogatorios de la prisión preventiva y le miraba con sonrisa bobalicona. Detrás del calabrés, de pie, había un agente de uniforme que lo había sacado de la fila de reclusos cuando se dirigían al comedor.

—Es el día del Señor, comisario —dijo Calamizzi—. También los presos tenemos derecho al descanso dominical.

—Pues ponga una reclamación, listillo —Laurenti había ido directamente de la reunión con Pausin a interrogar al calabrés, que llevaba desde el viernes en el Coroneo. Después de todo, el número de Dean estaba en su teléfono... y también el del taxidermista.

Jure Pausin había llegado de Koper con cierto retraso. Desde Jakovce había acudido a una reunión en Ljubljana, convocada con urgencia con motivo del atentado contra

Newman. No obstante, apenas tenían novedades que comunicar. El coche de Duke estaba siendo analizado por la policía científica de Ljubljana con el fin de identificar los artefactos explosivos. Al mismo tiempo, el forense trataba de recuperar los fragmentos de los cuerpos, dispersos por todas partes, e iba clasificándolos en grandes cubetas de acero inoxidable. Una vez, Galvano había comentado que, en el fondo, era curioso que nadie cuestionara el sentido de una operación semejante. Las personas ya estaban muertas sin remedio, y la causa de su muerte no podía estar más clara; sin embargo, los familiares siempre insistían en que no se introdujesen en cada correspondiente ataúd más que los restos de *su* muerto. ¿Sería por envidia? ¿Sería que no querían gastarse el dinero en flores para la tumba de la mano de un desconocido? ¿Tenían miedo de que la inscripción de la lápida no se correspondiera del todo con el contenido de la fosa? ¿Acaso los gusanos ponían peros a los cócteles de cuerpos? ¡Qué lata, la familia!

Laurenti mostró a Pausin las imágenes de la cámara de vigilancia de la dolina pero, por deferencia hacia Rožman, le ocultó la escena en que él mismo pedía la documentación a Dean en el aparcamiento. El esloveno pidió una copia de la cinta y Marietta le prometió que estaría lista al día siguiente. Laurenti le entregó un juego de copias de las imágenes aumentadas e impresas como fotografías. A continuación, Pausin dio la descripción del sospechoso a sus hombres por teléfono. Al menos era un punto de partida. Los ordenadores de las autoridades eslovenas echaban humo, el Ministerio del Interior les presionaba e incluso el primer ministro, aquél que había pronunciado un discurso tan emotivo en la ceremonia, había querido informarse personalmente del estado del caso. Al fin y al cabo, Goran Newman era un hombre muy importante en el mundo de la economía y el prestigio del país estaba en juego. A pesar de todo, Pausin seguía luchando por conseguir una orden de registro para la finca de Jakovce. Los responsables aún se hacían de rogar. ¿Cómo si no podría hacerse una idea de lo que abarcaban los negocios de Duke, gracias a lo cual tal vez descubrieran el móvil de su asesinato? Tampoco su hijo les había dicho nada cuando Rožman y él le habían preguntado. Pausin se encogió de hombros y suspiró. ¿Cómo iba a avanzar si nadie a su alrededor quería hablar? Con las imágenes en la mano, volvió a llamar a su central desde el teléfono de Laurenti. Pidió a su ayudante que investigara a todos los hombres corpulentos de la lista de invitados. Ella no se mostró nada entusiasmada y proclamó que aquello era como buscar una aguja en un pajar, incluso contando con la ayuda de la oficina de empadronamiento, las informaciones que podían hallarse en Internet y los archivos fotográficos de los diarios. Además, había que contar con que tres cuartas partes de los caballeros asistentes distaban mucho de estar en su peso ideal.

La esposa de Pausin también había viajado a Trieste en busca de regalos de Navidad, de modo que él tuvo que marcharse pronto de la comisaría para ayudarle a cargar.

—¿Así que ciento noventa mil euros le dan igual, Calamizzi? —Laurenti se inclinó sobre la mesa.

—¿Acaso se puede calcular el valor de la vida en dinero? —el calabrés se cruzó de brazos y se reclinó en el respaldo de la silla con intención de mantenerse siempre a la misma distancia del comisario—. Además, mi abogado les exigirá la devolución del dinero.

Está en manos de los eslovenos, no en Italia.

—Usted sacó esa cantidad de Italia. Ya hemos realizado las gestiones necesarias nosotros. Ahórrese los gastos del abogado —Laurenti comprendió la postura del calabrés. Erróneamente, éste había creído que el dinero estaba a salvo y aludía a que las leyes italianas para combatir el crimen organizado pre establecen la confiscación de toda propiedad de un miembro del Respetable Clan. Ésa era la única medida que realmente les daba problemas a los gangsters. Por desgracia, también había bastantes países europeos cuya susceptibilidad les hacía creerse más íntegros y, por lo tanto, ignorar la necesidad de una medida semejante. Así pues, en forma de inversiones fluían importantes caudales hacia el norte, sobre todo hacia Alemania—. Usted está empadronado en Reinbek, que pertenece a Hamburgo. ¿A qué se dedica?

—Estoy en el paro —Calamizzi se esforzó por conservar su fingida indiferencia.

—¿Por eso lleva tanto dinero encima?

—Intente abrir una cuenta en un banco sin tener ingresos fijos.

—¿Cómo se llamaba el hombre que murió de un disparo en su coche?

—Ni idea. Quería ayudarme.

—¿Y entonces le ayudó usted a él? —Laurenti formó un ángulo recto con el pulgar y el índice y apuntó a Calamizzi—. ¡Bang!

—Usted ve demasiado la tele, comisario.

—A ver, ¿dónde sucedió? —Laurenti apoyó la espalda en la silla y el calabrés puso los codos en la mesa.

—¡Yo qué sé cómo se llama ese sitio! Cerca de Trieste. Me había perdido, por fin veo un coche al borde de la carretera, me paro... el tipo, que era muy amable, se inclina por encima de mi ventanilla y, cuando me estaba diciendo la dirección, le disparan. Claro, yo salí huyendo a toda prisa.

—¿Y el perro, qué? ¿Hacía auto-stop? Estaba en la cuneta con la pata en alto, ¿no?

—El pobre animal me dio lástima. ¿Qué iba a hacer? Estaba tirado en la cuneta nada más pasar el último pueblo antes de la frontera. La gente que no ama a los animales es que no tiene corazón.

—Y su corazón es tan grande que recurría a esos animales para intimidar a la gente, Calamizzi. ¿Dónde está su abogado, por cierto?

—De camino. Llega mañana —el calabrés dio el nombre de su defensor con la esperanza de impresionar a Laurenti. Era un diputado de Forza Italia en cuya larga lista de clientes figuraban muchos altos cargos de la mafia, un tipo que solía recurrir a la estrategia de los aplazamientos para que, en algún momento, prescribieran los cargos de los acusados.

—¡Ay, ay, qué miedo me da! —exclamó Laurenti—. No se crea que le vamos a dejar en libertad. Es sospechoso de un asesinato y de ser cómplice en la conspiración de un segundo.

—¿Conspiración de asesinato? —a Calamizzi se le desencajó la mandíbula.

—Usted es un esbirro de Dean Čuk. Y Čuk mató ayer a un hombre de un disparo en la nuca durante la ceremonia con motivo de la ampliación de la zona Schengen. Usted había hablado dos veces con Čuk antes.

—Ah, no, comisario. ¿Dónde estaba yo ayer? ¡Pues aquí! En este hotel de lujo del Gobierno italiano. Con cinco albaneses en la misma celda. ¡Ésa es una coartada más sólida que el hormigón! —Calamizzi dio unos golpecitos con el dedo en la maltrecha mesa de interrogatorios, que estaba clavada al suelo, y se inclinó hacia delante—. Además, estoy aquí porque me raptaron. ¡No tenían orden de extradición! ¡Secuestro puro y duro! Eso sí que es infringir la ley. Mi abogado les hará la vida imposible y yo estaré en libertad mucho antes de lo que se piensa.

—No diga estupideces, Calamizzi. Usted salió huyendo cuando le llevaban a interrogar. Los compañeros eslovenos le tienen en busca y captura. Más le vale ir hablando por esa boca. ¿Qué tenía usted que ver con ese hombre? —le gritó Laurenti—. ¿Es que aún no ha comprendido la situación en que se encuentra? Asesinato, conspiración de asesinato, apuestas ilegales, peleas de perros prohibidas... además de maltrato animal, falso testimonio, pertenencia a una organización criminal, pertenencia a una banda...

Laurenti hizo una seña al agente uniformado y éste esposó al calabrés y se lo llevó de la sala. Cuando llegara su abogado, el fiscal se ocuparía de él. Esa noche, Laurenti le interrogaría por segunda vez. Justo a la hora de cenar los reclusos.

Dean abrió la puerta de golpe y apuntó a la oscuridad con su pistola automática, dispuesto a dispararle las quince balas del cargador a quien fuera. Un fuerte golpe lo derribó. Cayó de espaldas, emitió un quejido sordo y, aturdido, se llevó la mano a la frente ensangrentada. Por fin veía a su rival, pero antes de poder reaccionar, un segundo golpe hizo salir volando el arma que tenía en la mano. La pistola se deslizó por el suelo y quedó en medio del patio. En vano, Dean intentó entrar en la casa a cuatro patas y cerrar la puerta, porque un tercer golpe tan certero como los demás le hizo caer de nuevo.

—¿Qué quieres? —gimió, palpándose las heridas medio mareado. Luego intentó levantarse con mucho esfuerzo.

—Quédate sentado —ladró Sedem. La piedra, del tamaño de un puño, estaba atada a una cuerda, a su vez sujetada a la punta de un palo largo, y volaba de nuevo por los aires para estrellarse en el marco de la puerta, a pocos centímetros de Dean. La yegua lipizzana resoplaba y piafabía. Sedem la tranquilizó con unas palabras y se dirigió de nuevo a Dean—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Te has vuelto loco? —se defendió Dean—. ¿De qué me estás hablando?

—Fuiste tú el que cambió los carteles. Tú pusiste la foto de mi padre. ¿Quién te encargó el trabajo?

—¿Y tu rollo de «Istria libera»? ¡Eres un loco que se aburre demasiado en su vida de paralítico! ¿A qué viene esto ahora? —gritó Dean—. Me lo decía a mí mismo cada vez que encontraba esos estúpidos carteles delante de mi puerta. Al menos, pagabas bien. Claro, los últimos eran distintos de lo que tú querías, ¿verdad? ¡Lárgate de aquí, lisiado, o verás cómo te hago yo salir por pies! —Dean estaba en cuclillas cuando la piedra lo tiró al suelo una vez más.

Sedem manejaba el palo con gran rapidez y destreza. Parecía muy experto con aquella arma tan peculiar. Se le había ocurrido la idea el domingo anterior, mientras daba su

habitual paseo a caballo. Frente a la granja de Dean había un Mercedes-Kombi con matrícula alemana y dos hombres se divertían entrenando a un pitbull de esa manera. Sólo que era un pellejo de gato lo que colgaba de la cuerda para que el perro lo persiguiese. Sedem había tardado en calibrar el peso idóneo. La piedra de picudas aristas que había escogido al final pesaba justo un kilo y era perfecta. Acertaba en el blanco con tanta velocidad como precisión y causaba unas heridas muy feas. Sedem la había probado en el tronco de un majestuoso pino y había hecho saltar la corteza en incontables astillas.

—¿Dónde está el que te encargó el trabajo? —ahora la piedra giraba en el aire como una hélice y apenas se veía.

—Yo lo entregué todo tal y como me lo habían dado a mí. No hice nada. ¿Me ves con pinta de dedicarme al diseño gráfico? Y no creas que te vas a marchar de aquí como has venido... —encogió las piernas, disponiéndose a dar un salto—. ¡Ya verás la que se monta cuando descubran que un miserable americanito millonario lisiado instiga al asesinato de otro puto millonario!

Esta vez, la piedra dio a Dean en la rodilla. Lanzó un grito de dolor, se agarró la pierna con ambas manos y se quedó mirando a Sedem con los ojos muy abiertos. El siguiente golpe lo tumbó en el suelo.

—Qué bien va este chisme, ¿verdad? No se os ocurrió nada parecido en los servicios secretos. Y no requiere mucha fuerza, sólo maña. Hasta un lisiado puede utilizarlo. Un solo golpe no es tan malo, pero cuando la piedra se te ha estrellado diez veces contra el cráneo, en algún momento se te sale a chorro la masa encefálica y te pone el patio perdido. Bueno, en tu caso no es mucha, así que tampoco habrá tanto que limpiar. Te lo vuelvo a preguntar: ¿quién te encargó el trabajo?

De nuevo, la honda giraba en el aire como una hélice. El zumbido que producía era cada vez más agudo. Dean aguantó dos golpes más; después, humillado, lo contó todo. Sedem le escuchó con gesto satisfecho y dio media vuelta con la yegua. Dean se arrastró jadeando por el patio hasta su arma, pero cuando llegó a cogerla, la yegua, al trote, ya estaba demasiado lejos. No obstante, Dean le disparó cinco veces.

Tras desvanecerse el eco de los disparos, el rítmico sonido de los cascos aún interrumpía el silencio de la noche. La figura de la yegua blanca se fue haciendo cada vez más pequeña bajo la luz lechosa de la luna casi llena.

Proteo Laurenti tenía hambre. Aunque era el último domingo antes de Navidad, la mayoría de los restauradores del centro de la ciudad se mantenían fieles a su día de descanso. El comisario marcó el número de Rožman y le dejó el mensaje en el buzón de voz de que no llegaría hasta las tres aproximadamente. Luego fue al Scabar con la esperanza de que su hijo le preparase algún plato de los que a él le gustaban. El restaurante estaba lleno hasta la última mesa y Laurenti temió tener que resignarse a tomar una pizza en cualquier lugar del camino... otra vez pizza. Al saludar a Marco, quien al igual que sus compañeros no daba abasto en la cocina y estaba bañado en sudor, se enteró de que Galvano estaba sentado solo en el segundo comedor. ¡La salvación!

—Siéntate, amigo mío —le invitó el viejo forense haciendo un gesto con la mano. Debajo de la mesa, su perro negro roncaba con fuerza. Curiosamente, a Galvano pareció hacerle ilusión encontrarse con Laurenti. O tal vez le hizo ilusión la idea de que, como solía suceder, al final invitara el comisario. La botella de Malvasía de Zidarich que había pedido iba ya por la mitad.

La jefa de Marco tomó la comanda y Galvano, ignorando las protestas del comisario, pidió una segunda botella.

—Tengo que brindar contigo —dijo Galvano con una amabilidad inusual en él—. A veces también tú me ayudas a mí. Pocas, todo hay que decirlo, pero sí que me diste una buena idea para mis memorias.

—¿No las habrás arrojado al fuego? —preguntó Laurenti, disponiéndose a atacar, muy contento, un plato de *canoce* recién pescadas, como llaman en dialecto a las centollas del golfo de Trieste.

—Sí, sí, tú búrlate de un anciano indefenso, Laurenti.

—Venga, hombre, cuéntame y no me seas susceptible.

—Todo parte de ese Marzio Manfredi, el taxidermista. La cocaína y el extremismo de derechas tienen una larga tradición aquí. Sobre todo, en tiempos de la guerra fría, cuando las fronteras aún eran prácticamente infranqueables. El Partido Comunista de Italia era por entonces el más grande de Europa occidental, y los norteamericanos alimentaban el miedo a una invasión soviética. Formaron grupos paramilitares, les proporcionaban las armas y solucionaban el tema de la financiación poniendo a su disposición cocaína del tipo «Merck» en estado puro al módico precio de ochocientas mil liras el kilo. Con las ulteriores ganancias de la droga se financiaban los grupos neofascistas. Trabajaban mano a mano con antiguos nazis de la organización Werwolf en Baviera y Austria. También estaba implicado el servicio secreto italiano, así como los capos de la mafia italo-americana. La organización se convirtió después en la Gladio, o lo que llaman la «Stay-Behind-Organisation», que se mueve entre bastidores por detrás de la CIA, el M16 y la OTAN en todos los países occidentales. ¿Tú sabes cuántos de esos sinvergüenzas aún ocupan escaños en los parlamentos actuales?

—Pues nada, nada, ahí tienes tema para seguir escribiendo... —murmuró Laurenti, chupeteando la pinza de una centolla.

—En mis investigaciones he descubierto que el padre biológico de Duke fue una de las cabezas de la organización en Washington durante muchos años. Antes de eso había participado en la planificación del incidente de Tonking de la costa de Vietnam del Norte. Información conscientemente falsa que el Gobierno americano de Lyndon B. Johnson alegó después como motivo para entrar en la Guerra de Vietnam. El presidente se negó a retirarse de la guerra incluso cuando era evidente que la perdería. ¿Y sabes con qué frase se defendía? «I will not be the first President to lose a war»⁹. Sus enemigos, por el contrario, difundían en las manifestaciones la consigna: «Hey, hey, LBJ, how many kids did you kill today?»¹⁰.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con mi caso? —preguntó Laurenti.

—Goran Newman estuvo en Vietnam, su padre era un pez muy gordo, hizo una carrera

brillante en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, hasta el último momento, fue asesor del Gobierno americano. Y ganaba miles de millones en todas las marranadas que se hacen por ahí. En Camboya, la pobre gente ya no puede permitirse ni la carne de rata a causa de la inflación galopante que sufren —Galvano rascó el caparazón de la centolla y se metió en la boca el último pedazo—. Y la manera en que fue asesinado Duke me lleva a la conclusión de que lo urdieron profesionales. Yo ampliaría el radio de las investigaciones de inmediato o las pasaría a instancias superiores de Roma —concluyó Galvano con un largo trago de vino.

—Si supieras lo eficientes que son en la capital me darías otro consejo mejor. ¿De verdad crees que hoy en día aún existen esas conspiraciones?

—¿Por qué no? Hace dos años también los rusos tuvieron éxito con su pequeño ataque atómico en Londres. Lo del polonio 210, un asunto muy limpio.

—El propio Litvinenko había pertenecido a los servicios secretos rusos antes, ése es un caso muy distinto —protestó Laurenti—. Admitamos que el asesinato de Duke estaba planificado con todo detalle. Te olvidas de los carteles de «Istria libera, Dalmazia nostra». Ése, ése es el hilo del que tenemos que tirar para descubrir quién está detrás de todo —miró el reloj. Era hora de ir a ver a Rožman—. Otra cosa, ¿has decidido ya si vendrás a casa en Nochebuena?

—Ya que te pones tan pesado, no me va quedar más remedio.

Laurenti estrechó la mano de su amigo y se marchó sin pagar. Que invitara Galvano por una vez. Nada más sentarse en el coche, sonó el móvil como si estuviera sincronizado.

—He esperado a llamarte porque imaginé que estabas de trabajo hasta el cuello, Proteo. ¿Cómo va todo? Menudo lío tenéis ahí, por lo que voy oyendo —la voz de Živa sonaba tan dulce como en los mejores tiempos de su relación.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer ahora? —preguntó Laurenti—. Imagina una habitación bonita en la costa de Istria, con una cama muy grande. ¡Solos nosotros dos, Živa! Y, fuera, el mar revuelto por la *bora*, brillante como un espejo bajo el sol, blancas crestas de espuma coronando las olas...

—Eso ya lo vivimos, Proteo. No se puede repetir. Y menos aún recalentar a estas alturas —Živa carraspeó y retomó la palabra en un tono distinto—. Pero quizás tenga una buena noticia para ti. Si me prometes callarte tus fantasías, te la cuento.

—Cuando hablas así es que se trata de un asunto de trabajo —Laurenti conocía todos los tonos de Živa, los más agudos siempre habían sido sus preferidos.

—Hemos detenido a un hombre que tal vez te sirva de ayuda. Ha sido pura casualidad, pero ya ha confesado. Ha sido en un control rutinario de la policía de tráfico en la autovía que va de Pula al norte. Llevaba carteles de ese grupo de «Mejor muerto que vivo» en el maletero.

—¿Istria libera?

—Dice que los recibió de un tipo de Izola llamado Mario y que le pagó quinientos euros por colgarlos durante la noche. Hemos comprobado sus llamadas y tenemos el número de quien le encargó el trabajo. ¿Te sirve de algo?

—Ni te lo imaginas —dijo Laurenti muy contento. Anotó los datos del hombre y su número de teléfono. Luego llamó a Marietta y le pidió que cotejase ese registro con el de Manfredi. También habían descubierto algunas llamadas a la pequeña localidad portuaria del otro lado de la frontera.

Pina estaba sentada frente a Sedem y se rompía la cabeza buscando palabras. Todas las frases que se le ocurrían le parecían estúpidas. No había nada que decir. ¿Qué pasaba por la cabeza de Sedem? Sólo respondía con monosílabos o persistía en su impenetrable silencio. Los teléfonos sonaban y sonaban, él seguía mirando las pantallas y no respondía a ninguna llamada. Pina había visto salir del patio el Alfa Romeo de Laurenti y también cómo dos hombres altos y musculosos con el pelo cortado a cepillo bajaban de un Porsche amarillo huevo y se quedaban mirando al comisario. Poco después, el chófer de Sedem anunció que había llegado una visita. Sedem dijo secamente que esperasen un cuarto de hora y el empleado se marchó sin apenas hacer ruido.

—¿Por qué te has quedado aquí? —preguntó Sedem en voz baja. Cogió el mando a distancia del equipo de música pero no bajó el volumen. Sólo cambió de disco. En lugar de swing comenzaron a sonar los Gorillaz con su canción «Every Planet we Reach is Dead».

—¿Cómo dices? —preguntó Pina, que no le había entendido.

—Te he preguntado por qué no te has marchado con Laurenti.

Sedem la miraba por primera vez. Y por primera vez Pina se dio cuenta de que sus ojos estaban tan vacíos como los de su padre. La mirada de Duke, como de agua... un mar teñido de un azul grisáceo bajo una nube cargada de lluvia que pronto se convertiría en un frente de tormenta.

—No te enfades conmigo, Sedem. Es normal que quiera estar a tu lado en un momento así. Por supuesto que nadie puede imaginar lo que sientes, pero la cercanía de otra persona siempre ayuda algo. No te guardes el dolor así. Era tu padre, a pesar de todo. Y quizá yo también pueda ayudarte a encontrar a los culpables.

—Policía ante todo, no puedes dejar de serlo ni un segundo. No te esfuerces, me las arreglo yo solo. Siempre he estado solo y lo seguiré estando siempre —se rió un instante—. Es el destino del ser humano.

—Eres cínico.

Pina se inclinó hacia delante y le cogió las manos. Sedem estiró los brazos para echarse hacia atrás. Sus cabezas no se acercaron. Las manos de Sedem estaban frías.

—Era un cerdo. No es una pérdida que deba llorarse demasiado. Mucho más lamentable es que Edvard haya tenido que morir por él. Era un hombre en el que uno podía confiar plenamente y en cualquier situación. Alguien que convertía tu causa en su propia causa, inteligente, despierto, atento, discreto pero siempre presente. Siempre. Desde que llegó a su lado, mi padre tuvo las manos libres y pudo concentrarse en sus negocios.

—¿Y Vera?

—Fría como un témpano. Más que Duke. Calculadora, decidida y peligrosa. Dinamita y detonador en uno. Sólo veía una cosa: el dinero. En ese sentido, eran una pareja ideal.

—¿Y tú?

—Yo le era indiferente. A veces me creía peligroso porque sabía en qué consistían sus negocios. Pero jamás intercambiamos ni una palabra al respecto. Al menos me ahorró la experiencia de hacer de madre suplente. Qué ridículo. Sólo me llevaba diez años. Pero había algo en su mirada que nunca me gustó. No me quitaba ojo de encima cuando yo hablaba con Duke. Me observaba y callaba. Eso era todo.

—Le echarás de menos —dijo Pina.

—¿Yo? —Sedem arqueó las cejas—. Lo dudo.

—¿Y con quién hablarás de música en el futuro?

—Eso no es importante. Puedo escucharla —y en ese instante cambió de canción—. «Lucid Dreams» de Franz Ferdinand. Me va a llevar toda la vida escuchar todos esos viejos discos de la colección de Duke —y con un amplio gesto con la mano señaló los estantes, combados bajo el peso de los vinilos que ya su abuelo había comenzado a colecciónar—. En el piso de Nueva York hay muchos más, según me contó Duke hace poco. Si no tuviera otros planes, podría pasarme el resto de nuestros días aquí sentado escuchando música. En el fondo no es mala idea —Sedem hizo una mueca que más bien denotaba lo contrario.

—Los de Nueva York los escucharemos allí —dijo Pina.

Le apretó las manos. Por fin, Sedem respondía a su caricia pero enseguida les interrumpieron. El chófer hizo entrar a los hombres del pelo a cepillo, que se quedaron de pie frente al joven, los dos pegados hombro con hombro. Llevaban trajes caros de color oscuro. Pina se dio cuenta a primera vista de que llevaban un arma bajo la chaqueta.

—«Tomorrow Comes Today» —dijo Sedem y esperó a que sonaran los primeros compases de la canción para pedirles que tomaran asiento. No dijo ni una palabra para presentar a Pina. Del diálogo en inglés que mantuvieron, Pina sólo entendió palabras sueltas: Boris Mervec, Austria, Worthersee, Klagenfurt, Portsachach, Today. Sedem apretó otro botón del mando a distancia y puso otra canción.

Las indicaciones fueron breves y los dos gorilas se retiraron al son de las últimas notas.

—«Dream A Little Dream Of Me» —suspiró Sedem—. Ella Fitzgerald y Satchmo se implicaron más por los derechos humanos de lo que hoy en día se quiere reconocer. Es un tema que ya no le interesa a nadie. Yo lo retomaré con Sedem Seven Continents en cuanto haya disuelto el imperio de Duke y disponga de suficientes recursos.

Pina conocía la canción, era una canción de amor. Totalmente apolítica. Sin embargo, Sedem no podía evitar prodigarse en sus eternas elucubraciones sobre cómo arreglar el mundo, ni siquiera en un momento como aquél.

—¿Sabes de dónde le vino a Duke su debilidad por la música? —preguntó—. Su padre era un perfecto representante de la Guerra Fría. Los americanos utilizaban el jazz como instrumento de propaganda. Hasta tenían su propia estación de radio en la que ponían jazz veinticuatro horas al día. Envieron a Louis Armstrong a la Unión Soviética y a Budapest, a Ella a Polonia y Berlín Oriental, a Duke a Moscú y Sofía, a Gillespie a Roma.

—¿Quiénes eran esos dos hombres? —Pina interrumpió su perorata. Conocía a Sedem lo suficiente como para darse cuenta de que, si no le frenaba, volvería a desplegar todos sus conocimientos para apabullarla. Le daba igual si a ella le interesaban o no. O se escondía detrás de su verborrea o detrás de un inquietante e infranqueable muro de silencio.

—Dos investigadores americanos. Duke les había pedido que vinieran antes de ser asesinado.

—¿Y qué van a hacer? No tienen competencias en Europa y, sin embargo, iban armados.

—Harán el trabajo que les corresponde. En cuanto puedan presentarme algún resultado, te lo comunicaré y entonces será vuestro turno de actuar. Tú ganas unos cuantos puntos para tu expediente, te ascienden y tal vez hasta te trasladen por fin adonde tú quieras.

—Desde luego, no confías en nadie —protestó Pina—. ¡Que nosotros tampoco hemos nacido ayer! ¿Y de qué habéis hablado en relación con Carintia? ¿Qué hay allí?

—Allí vive un viejo amigo de Duke, eso es todo. Tal vez él sepa algo —de nuevo, Sedem miró quién le llamaba y esta vez sí respondió.

Pina no pudo seguir la conversación y se maldijo por no saber idiomas. En cuanto terminase todo aquel asunto, se apuntaría a un curso. Por la reacción de Sedem dedujo que era su madre desde Seattle. Su voz cambió por completo, sonaba dulce y afectuosa. Hablaba muy deprisa, como si enumerara una serie de hechos mientras su mirada se perdía por las colinas del valle a los pies de Jakovce que se veían a través de la inmensa cristalera. Tenía una mano sobre el brazo de Pina pero no parecía ser consciente siquiera. Cuando colgó, miró el reloj. Entonces llamó a su chófer y le pidió que se informase sobre las conexiones de los vuelos.

—A lo mejor paso las Navidades con mi madre por primera vez en mi vida —dijo al fin.

—Nochebuena es pasado mañana.

—Entonces saldré esta misma tarde, si hay alguna conexión que me venga bien.

—No puedes hacer eso —Pina no podía creer lo que oía—. Haces falta aquí. La policía eslovena necesita tu declaración, ¿cómo van a investigar sin ella?

—Eso está solucionado —Sedem hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Y tampoco puedes dejar sola a tu abuela durante las fiestas.

—Tiene a sus amigas. ¿Quién me va a retener aquí? —Sedem sonrió con gesto desafiante—. De todas formas, estaré de vuelta en unos días.

—Me voy contigo —se lanzó Pina espontáneamente, asustándose ella misma ante tanta audacia.

Laurenti presentó a Rožman un juego de las imágenes ampliadas a partir de la cinta de vigilancia. En una de ellas se reconocía claramente la matrícula del Range Rover, a nombre de un albanés residente en Milán contra quien existía una orden de detención desde hacía dos años. Era difícil que llegara a ejecutarse, pues, como supuso Laurenti, aquel hombre debía de estar ya fuera de circulación. Otra imagen mostraba el Range Rover saliendo del aparcamiento en tierra de nadie para tomar la autopista en dirección a Eslovenia. Marietta había hecho un buen trabajo en la selección de las ampliaciones.

—Entretanto hemos cerrado y precintado su granja, pero Dean čuk tiene más de un problema —dijo Rožman, se reclinó en el respaldo de su sillón y cruzó las manos detrás de la cabeza—. Y yo también, ahí me sirven de poco esas imágenes —las depositó sobre la mesa e informó al comisario.

Nada más irse Pausin, Rožman había ido a la granja de Dean en un coche patrulla en compañía de dos agentes uniformados. Dos veces habían tenido que dejar pasar a otro coche que venía por la estrecha carreterita que llevaba hasta la granja del gordo antes de tomarla ellos. Primero había sido un Porsche amarillo huevo con matrícula de Viena, después un coche pequeño de marca japonesa con matrícula de Klagenfurt. ¿No era raro que tantos austriacos quisieran perderse su *Christkindlmarkt*, su tradicional mercadillo de Navidad, el cuarto domingo de Adviento?

La puerta de la casa estaba abierta y mostraba huellas de violencia, el suelo estaba sembrado de astillas. Rožman recordaba que el día de su última visita estaba todo en perfecto estado. Desde el centro del patio, un rastro de sangre seca conducía hasta el interior. Los tres policías sacaron sus armas y se distribuyeron para cubrirse unos a otros. Entraron como en las películas. Hallaron a Dean en su cama, inmóvil. Tenía la cara cubierta con una almohada; las plumas revolotearon por la habitación cuando Rožman la levantó con las puntas de los dedos, la sábana de debajo estaba empapada de sangre. Sin embargo, a pesar del orificio de bala en la sien, Dean aún respiraba. La ambulancia llegó doce minutos más tarde, la policía científica de Koper a la media hora y el director de la policía, Jure Pausin, su superior, entraba en la casa a las trece en punto, cuando ya habían notificado desde el quirófano que, en contra de las primeras expectativas, era probable que Dean se recuperase. Eso sí, no estaría en condiciones de ser interrogado hasta pasadas varias semanas, al margen de que aún no se sabía qué daños cerebrales podrían quedarle como secuela. Por otra parte, no sólo estaba herido de gravedad por el disparo, sino que mostraba otras heridas anteriores en la cabeza, en la frente y en la rodilla, donde la sangre ya había coagulado. Cabía pensar que había sido castigado con gran crueldad antes de su ejecución. Así pues, el asesino le había exprimido primero. La bala era de una nueve milímetros modelo Walther PPS, un arma profesional.

Pausin le había echado a Rožman una bronca de antología. Rožman, con cara de no haber roto nunca un plato, había asegurado que habían ido allí a realizar una mera comprobación rutinaria, tras lo cual Pausin le llamó de todo delante de los compañeros. La iniciativa individual por parte de un agente de la provincia, incluso tratándose de un asesinato normal, era intolerable. Rožman hubiera tenido que informar de sus sospechas sin falta y entonces se habría enviado una unidad especial. Cuando Rožman se defendió alegando que, de hacer eso, se habría perdido demasiado tiempo y ya habrían encontrado a Dean muerto, y que, por lo tanto, si el testigo se había salvado, era exclusivamente gracias su iniciativa individual, Pausin se dio media vuelta y, sin decir palabra, se metió en su coche y se marchó a toda velocidad.

En la caja fuerte del maltrecho testigo habían hallado medio kilo de cocaína, un paquete de marihuana del tamaño de un ladrillo y veinte mil euros en efectivo. Aparte, gran cantidad de medicamentos, sustancias de dopaje y drogas similares. Laurenti tomó

bueno nota y pidió una copia de la lista en que habían recogido aquellas sustancias. Los nombres le recordaron a las encontradas en el viejo coche de Marzio Manfredi.

Rožman siguió contando: en el patio había claras huellas de cascos de un caballo y ya las habían medido y fotografiado. Lo mejor de todo era, sin embargo, el botín de los establos: varias cajas llenas de granadas de mano de fabricación rusa, con espoleta de percusión, además de armas de fuego de todo tipo y, detrás de una pared de balas de paja, un Range Rover cuya matrícula se correspondía con la de las imágenes que había traído Laurenti. Eso probaba, para empezar, que era el asesino de Edvard. Si en el análisis de explosivos resultaba que las granadas de metralla que habían enviado al más allá a Duke y sus dos acompañantes coincidían con el modelo de las cajas del establo, también tendrían al autor del segundo atentado. Aunque Rožman estuviera convencido de que Dean había actuado por orden de alguien superior, también estaba seguro de que jamás le dejarían investigar quién manejaba realmente aquellos hilos. Se frotaba las manos y decía que al fin podría mandar a Pausin a hacer puñetas. Eso no implicaba que sus problemas con el Ministerio del Interior estuvieran resueltos. No sabía si ahora le inhabilitarían del todo o si, por el contrario, recuperaría su antiguo rango... lo que sí estaba muy claro era que, en tal caso, le enviarían al destino menos atractivo de todo el país. A fin de cuentas, les había robado el protagonismo vilmente a sus superiores –con ayuda de Laurenti– y se había saltado el escalafón. Sin duda se vengarían de él, los superiores nunca perdonan esos éxitos a sus subordinados.

–Ahora, el único problema es la detención de ese tal Mario y su banda en Izola. No me queda más remedio que dejarlo en manos de Pausin y sus hombres. La pequeña ciudad está claramente en su territorio de soberanía. Me temo que tendrá usted que contactar con él en directo. ¿O qué le contesto cuando me pregunte de dónde he sacado las informaciones? Si se entera de nuestras artimañas secretas, podría perjudicar a sus futuras relaciones, comisario –dijo Rožman para terminar.

–¿Y quién demonios intentó matar a Dean? –preguntó Laurenti, poniéndose de pie. Tenía muy claro que aquel cuarto domingo de Adviento no le iba a dar tiempo a aburrirse.

–Ni idea –dijo Rožman–. Para mí está cerrado el caso. Los resultados de los análisis de la policía científica, el informe detallado del forense, la investigación de los teléfonos del móvil de Dean y todos los datos que investigan los especialistas de Ljubljana ya no van a pasar por mis manos. Estoy seguro de que Pausin se ha encargado de que así sea.

–¿Ha solicitado la investigación de esos dos coches con matrícula austriaca? –preguntó Laurenti.

–Al instante, en cuanto hube llamado a la ambulancia. Por el momento, no hay nada. Me temo que ya estén de vuelta en casa. Con la de carreterillas comarcales que cruzan la frontera... y por autopista sólo se tarda una hora en llegar a Austria.

Laurenti apuntó las matrículas. Él también pediría que las investigasen en Italia, y Marietta podía ir preguntando a la policía de carretera.

–No comparto la opinión de que el éxito justifica cualquier medio. Y, por desgracia,

también entre nosotros hay compañeros que se sobreestiman y pretenden resolverlo todo por cuenta propia. Usted ya conoció a Rožman en su persecución nocturna del otro día. En el fondo, es un buen tipo. Sólo que hace unos años metió la nariz en asuntos que no eran de su incumbencia. Y se lo jugó todo. Puede estar contento de que no se le incapacitara del todo aquella vez.

Delante de Pausin, cuyo mal humor se detectaba desde lejos, se apilaban torres y torres de carpetas, su escritorio era idéntico al de Laurenti. El comisario había pedido a Rožman que le devolviera las copias de las imágenes del aparcamiento que ahora Pausin depositaba a un lado con un suspiro. Nervioso, tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Si me hubiese mostrado esa ampliación del Range Rover antes, Laurenti, yo me habría adelantado a Rožman.

—Lo siento mucho, pero no descubrimos esa escena hasta más tarde, y entonces se lo comunique de inmediato —sabía que Pausin no tenía razón, porque Rožman había llegado a la granja de Dean cuando su superior todavía estaba de camino de Ljubljana a Trieste—. Por otra parte, acabo de recibir otro dato que exige una reacción inmediata.

El comisario dio a Pausin el número de teléfono que Živa Ravno le había proporcionado al salir de comer con Galvano. El humor del compañero esloveno mejoró de golpe cuando Laurenti le resumió el estado de ese otro frente abierto. No tardó en conseguir todos los datos acerca de la persona a cuyo nombre estaba el teléfono y dio orden de conceder absoluta prioridad al seguimiento de las llamadas almacenadas, a su vez, en el móvil de Dean. Después prometió informar a Laurenti en cuanto tuviese alguna novedad.

Cuando el comisario regresó por fin a su despacho, a las cinco de la tarde, le recibió una escena conmovedora. Marietta y la mini-inspectora, que siempre andaban a la gresca, cuchicheaban con las cabezas juntas. La mano de Marietta rodeaba cariñosamente el hombro de Pina y en los ojos de ésta se veía que había llorado.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Traes novedades? —le preguntó Marietta para distraerle y que, así, Pina pudiera darse la vuelta y secarse las lágrimas con discreción.

—Las dos a mi despacho —dijo Laurenti, fingiendo no haberse dado cuenta.

Esperó diez minutos, luego entró Pina sola y se quedó de pie como un almita en pena. Apurada, se esforzaba por sonreír pero no le salía más que una mueca.

El Maserati llevó a Pina de vuelta a Trieste después de comer. La cocinera había preparado el pescado que Sedem había traído de Rijeka a la manera tradicional: al horno con patatas y tomates. Sirvió la comida sin decir palabra y fue la abuela Sonjamaria quien finalmente rompió el silencio para regañar a la fiel sirvienta por llenarle demasiado el plato, como siempre, y no sería porque ella no se quejaba veces.

—¿Quién es toda esa gente que ha llamado? —preguntó la anciana a su nieto por fin—. Las ediciones dominicales de la prensa internacional no difunden más que infamias inventadas sobre Goran. Para unos era un héroe y para otros un sucio gangster. ¡Mi hijo!

—Ha llamado el mundo entero. Pero no he cogido el teléfono. ¿Para qué iba a hablar

con la gente? ¿Para saciar su curiosidad? ¿O para que se quedaran con la conciencia más tranquila ofreciéndome sus falsas condolencias?

—Mis amigas han decidido cancelar nuestra tradicional excursión del domingo, con lo que me hubiera gustado pasar el día de hoy con ellas —prosiguió la anciana—, en lugar de quedarme metida en casa devanándome los sesos sobre quién ha matado a mi hijo.

Al entrar Pina, la anciana había hecho caso omiso de su presencia, como si la inspectora fuera de cristal, y ni siquiera había reaccionado aunque su cara expresa que compartía el duelo con la familia.

—¿Hay buenas conexiones de vuelos? —preguntó Pina a Sedem—. ¿Te irás hoy mismo?

De nuevo intentaba que Sedem compartiera con ella la información que, poco antes de sentarse a la mesa, le había traído su chófer. Pero él eludía fríamente sus preguntas, aunque era bien cierto que Pina estaba dispuesta a acompañarle. Adonde él quisiera y a pesar de seguir con el pie vendado, según le había reiterado varias veces.

—¿Adónde quieres ir, Sebastian? —quiso saber la abuela. Estaba muy sorprendida.

—Volveré muy pronto —Sedem se sonrojó tanto que quedó en evidencia que no tenía ninguna intención de comunicarle su partida a la anciana.

—No te he preguntado cuándo vuelves, sino adónde vas, Sebastian. Mañana es Nochebuena. ¿Me vas a dejar sola? —preguntó ella con dureza.

—A Estados Unidos. Con mi madre.

—¡No me lo puedo creer! Con eso aún ofendes más a tu padre. ¡Con la manera tan egoísta y sin miramientos en que le abandonó... y luego aún le robó a tus hermanas! Nunca alcanzarás a dar suficientes gracias al destino por que Goran te trajese con él.

Una tormenta terrible descargó sobre aquella mesa. Pina se quedó atónita de la fuerza con que era capaz de gritar la anciana. En el rostro de Sedem, sin embargo, no se movió ni un solo músculo. Siguió tomándose su dorada hasta el último bocado y ni siquiera se tomó la molestia de replicar. Cuanto más furiosa se ponía ella, más se atrincheraba él tras su muro de silencio.

—¡No, Sebastian, tú te quedas aquí! ¡Te lo ordeno!

—Tú puedes decir y hacer lo que quieras —respondió Se-dem en el tono más suave que pudo y se echó hacia atrás con su silla de ruedas.

—Pero al menos estarás aquí para el entierro —rogó la abuela.

—Les llevará tiempo clasificar toda esa carne picada y dar permiso para retirarla del Anatómico Forense. Para entonces habré vuelto de sobra.

Sedem salió del salón sin pedirle a Pina que le acompañase. Ella esperó en silencio hasta que también la abuela se levantó y salió a pasitos, igualmente sin dirigir ni una palabra a la invitada. Pina se sentó en el sofá donde había comenzado la relación con el inválido. Cogió el mando del equipo de música y fue poniendo canciones, aunque sólo escuchaba el comienzo. Al fin se decidió por una y subió el volumen al máximo, una canción que sí conocía. Se reclinó en el sofá y escuchó cómo Ray Charles repetía su «Unchain my Heart». Miraba por el gran ventanal como en trance. El viento del nordeste azotaba el paisaje de colinas y parecía que iba a arrancar las copas de los árboles. La *bora* había limpiado el cielo de nubes, el intenso sol amarillo de diciembre cegaba sus

ojos. No oyó el zumbido del motor de la silla de Sedem y no se dio cuenta de que él estaba a su lado hasta que no le echó el humo del porro en la cara. Tosiendo, Pina se irguió y rechazó compartirlo con él. Cuando la canción llegaba al final, Sedem bajó el volumen y se puso a cantar en voz alta:

–I'm under your spell like a man in a trance, / whoa , you know damn well that I don't stand a chance, so / unchain my heart, let me go my way, / unchain my heart you worry me night and day. / Why lead me through a life of misery / when you don't care a bag of beans for me? / So unchain my heart, please, please, set me free¹¹.

–Bueno, dímelo de una vez, ¿me llevas contigo o no? –preguntó Pina durante el último estribillo. Resultaba extraño lo relajado que estaba Sedem.

–Quítale las cadenas a mi corazón, por favor, por favor, déjame libre –siguió cantando Sedem y tradujo. No sostuvo la mirada de Pina.

–También podrías decírmelo con tus propias palabras –Pina le agarró de la barbilla y acercó la cabeza.

–¿El qué?

–Una palabra y me voy.

–Eso es asunto tuyo. Por mí también te puedes quedar aquí. Así, al menos mi abuela no estará sola. Y os entendéis estupendamente. Yo salgo desde Trieste dentro de tres horas, por cierto.

–¿Y cuándo volverás? –por fin sabía que Sedem se iría solo.

–Después de Navidad. Ahora, los oscuros negocios de Duke están únicamente en mis manos. Las bolsas no se toman vacaciones. De la mayoría estoy al tanto, de todas formas. He pasado mucho tiempo espiándole sin que lo supiera.

–¿Quieres decir que vas a ocupar su puesto tú? ¿Y dónde ha ido a parar tu idealismo? ¡Sedem Seven Continents! ¿Es que no era más que palabrería hueca para llevarme al huerto?

–Si tú estás convencida de eso, yo no puedo hacer nada –respondió Sedem con una sonrisa perversa–. Pero no te preocupes, no pienso ser infiel a mis principios ni siquiera en esas circunstancias. En el fondo, las cosas no podrían haber salido mejor. Aunque yo no lo hubiera planeado así.

–¿Qué es lo que habías planeado? ¿Qué tienes tú que ver con todo esto? ¡Está muy claro que sabes mucho más de lo que reconoces!

–Qué idea más interesante... –dijo Sedem divertido–. ¿Cómo se te ha ocurrido?

–Los dos tipos del Porsche de esta mañana. Les diste unas indicaciones que yo no entendí. Mervec, Klagenfurt, Portschach, Worthersee, Carintia. A mí me has contado que fue Duke quien les había mandado venir. Claro, tú no ibas a dejarles marchar sin darles órdenes. Estás al corriente de todo. ¿Vas a emprender tu propia cruzada en venganza, o no será que eres tú mismo quien lo ha urdido todo, con tu arrogante idealismo y tu prepotencia?

–A ver, escúchame bien –Sedem se inclinó hacia ella, sus cabezas sólo estaban a un palmo de distancia. De nuevo tenía los ojos vacíos de Duke, de un gris azulado... una mirada de agua–. Mis ganancias se multiplicarán de golpe. Eso es todo cuanto planeo.

Me he pasado la noche dándole vueltas, sentado a la mesa de Duke, hojeando sus documentos, examinando los datos de sus ordenadores y revisando todos sus negocios. Una cosa tras otra. Es tanto el dinero que maneja que casi dan náuseas. A menos que se inviertan las tornas.

—¿Qué estás tramando?

—También tú puedes salir beneficiada, Pina —dijo Sedem—. Invierte en valores a la baja. Te anotaré los nombres. Vete al banco mañana temprano, porque el día veintiséis, en cuanto abran los mercados, me desharé de todas las acciones y haré desplomarse las bolsas. A continuación, antes de que nadie se dé cuenta, disolveré todas las empresas de Duke. Todas de golpe. Eso traerá consigo un descenso de los valores como no se ha visto en mucho tiempo y que tendrá unas consecuencias catastróficas para el mundo de las finanzas internacionales. ¡Los *cracks* que ha habido hasta el momento no serán nada! Olvídate de Barings, Bearn Stearns, Société Générale y como se llamen... —Sedem había cogido impulso y no había forma de frenarlo. Con gesto triunfal exclamó—: Uno tras otro se arruinarán todos esos tiburones de las finanzas, junto con los bancos que exprimen a los ingenuos de los pequeños inversores con sus productos. Los pillarán a todos por sorpresa. ¿A quién se le ocurre vender sus acciones cuando suben sin cesar? Y, sobre todo, semejante volumen de acciones. Los precios de las materias primas también se vendrán abajo... y todo será única y exclusivamente mérito mío. Después de todo, Duke habrá sido útil para algo en este mundo. Y el atentado también. Tienes razón, no deja de tener su lógica pensar que estoy detrás de todo ello. Si de verdad lo hubiera planeado, sería casi un genio.

—¡Qué delirios de grandeza tienes! ¡Eres como el Doctor No, y encima presuntuoso! No tienes escrúpulos, eres igual que Duke.

—¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó Sedem, de repente manso como un corderito del Portal de Belén.

—Dile a tu chófer que me lleve a mi casa ahora mismo —furiosa, Pina se levantó y se acercó a la ventana.

—¡Qué pena! —prosiguió Sedem—. ¿Sabes, Pina? En el fondo hacíamos buena pareja.

—Una mera opción —susurró ella sin volverse a mirarle. Había clavado la vista en las colinas al pie de Jakovce, iluminadas por la luz del sol, pero no veía nada.

Oyó como se alejaba lentamente el zumbido del motor de la silla de ruedas. ¡Domingo! El día anterior se habían abierto las fronteras y justo una semana antes había conocido a aquel joven tan especial. ¿La había encandilado tanto aquel encuentro que no había sido capaz de captar su cinismo? Durante la excursión a Istria se había planteado por primera vez no salir huyendo si la relación prosperaba. Por primera vez en años le había parecido posible dejar entrar en su vida a otra persona. ¿De verdad había estado tan ciega? ¿Se había engañado en todo de una manera tan absurda? Un hombre y una mujer que no pueden andar...

La voz del chófer la devolvió a la realidad.

Ahora que habían desaparecido los controles en las fronteras, por fin había vuelto a

ampliarse su radio de acción. Aunque tenía prohibido abandonar el país hasta que se hubiese dictado una sentencia definitiva respecto a su extradición a Croacia, desde el día anterior nadie se enteraría si viajaba a los países vecinos a Austria. Y la probabilidad de que, en las escasas horas que iba a estar fuera, le pidieran la documentación que las autoridades le habían retirado era menor que la de ganar la lotería. A pesar de todo, no logró llevar a cabo la última parte de su plan: deshacerse de un elemento que le perturbaba mucho.

Al llegar a Ljubljana, Boris Mervec tomó la Celovska Cesta en dirección a Kanj y, nada más incorporarse a la autopista de cuatro carriles, principal arteria del tráfico del lugar, se dirigió al concurrido aparcamiento de un centro comercial que hacía el gran negocio del año en aquel último domingo antes de Navidad. Dejó el vehículo, un coche pequeño de marca japonesa, en un hueco al fondo del aparcamiento, cerró y subió a su propio coche, aparcado justo a la entrada del templo del consumo. Allí, por fin se quitó los guantes de látex que había llevado todo el tiempo y se los guardó en el bolsillo de la chaqueta. Le sudaban las manos y su piel estaba más pálida que de costumbre, como si se hubiera dado un baño muy largo. Había sido pura casualidad dar con aquel coche poco más de dos horas antes, en un barrio residencial a unas cuantas calles de allí. Era un modelo un poco antiguo muy fácil de robar. Había desaparecido enseguida y no le había visto nadie. Y ni siquiera se había fijado en la matrícula, cosa que ahora le daba cierta rabia... Casualmente, había robado un coche austriaco.

Mervec no le dio mayor importancia, tenía otras cosas en que pensar. Alguien se le había adelantado y había ejecutado lo que él consideraba su último paso. De camino a la granja de Dean sólo se había cruzado con un Porsche amarillo. Al bajarse del coche robado en el patio de Dean, enseguida vio las manchas de sangre seca en el suelo, la puerta estaba destrozada y abierta. Sacó su pistola, una Glock 21 del 45, y entró. Dean estaba en su dormitorio, muerto. La almohada que le cubría la cabeza tenía manchas recientes y un agujero de bala. La sangre de la sábana aún estaba fresca. Mervec retrocedió de inmediato y, a toda velocidad, recorrió el camino de grava por el que había llegado y que conducía de vuelta a la autopista. Una vez se cruzó con un coche patrulla que tuvo que esquivar e incluso saludó a los tres agentes con la mano. No se le escapó que ellos apuntaron su matrícula. Antes de entrar en el carril de incorporación, vio por el retrovisor que el coche de policía giraba hacia la granja de Dean. Menos mal que había salido de allí, era un momento crucial. Si encontraban a Dean, darían orden de buscar a quien acababa de cruzarse con ellos. Pisó el acelerador a fondo y en poco más de media hora llegaba a Ljubljana para cambiar de coche. Con todo, no se sintió tranquilo hasta no haber cruzado el túnel de Loibl y verse de nuevo en territorio austriaco. Allí llovía a cántaros, puso el limpiaparabrisas a la velocidad máxima y redujo la velocidad. No le pareció buena idea ponerse a adelantar a todos los domingueros que poblaban la carretera. Los pocos kilómetros que le quedaban se le hicieron eternos. Poco antes de llegar a Klagenfurt le entró hambre y paró en el Kirschnerhof, en Maria Rain, que estaba abarrotado de gente. Le asignaron una mesa en el último rincón del comedor. Al fin podía relajarse y, mientras disfrutaba de una comida típica a base de sopa de menudillos,

mollejas de ternera empanadas y un cuarto de tinto de St. Laurent, intentó hacerse un esquema de los hechos. No se dio ninguna prisa en terminar.

De todas formas no tenía intención de pagarle a Dean la recompensa que le había prometido por el atentado. Sin embargo, a Mervec le irritaba profundamente el hecho de no haber necesitado siquiera emplear una bala propia para librarse de aquel testigo tan molesto que podía ponerle en un aprieto. ¿Quién se le había adelantado? ¿Y por qué? ¿Acaso había alguien más al corriente de la jugada que con tanto esmero había planeado? En tal caso, también él correría peligro. No le había contado nada a nadie, ni siquiera a sus dos socios, Schladerer y Lebni, quienes la noche anterior se habían apresurado a llamarle muy contentos al enterarse de la muerte de Duke. Igualmente cabía descartar la posibilidad de que Dean le hubiera dicho algo a alguien. Para eso era demasiado profesional, al fin y al cabo había tenido un buen maestro. Dean había realizado el trabajo solo, las noticias de los informativos de la televisión y los periódicos del domingo eran inequívocas. Un solo hombre bastaba para llevar a cabo aquel atentado. De hecho, Mervec hasta podía sentirse orgulloso de él.

Pidió la cuenta y, tras comprobar su arma una vez más al subir al coche, se dispuso a volver a su casa. A las 16.50 salía de la autopista B83 en dirección al centro de la localidad de Portschach. Al pasar junto al Strandhotel Prüller le llamó la atención un Porsche de color amarillo huevo. Mervec dio un pequeño respingo pero enseguida se tranquilizó. El coche tenía matrícula de Viena y era muy poco probable que se tratase del mismo vehículo con el que se había cruzado en el valle del Vipava. Doscientos metros más allá, Mervec entraba en su garaje, aparcaba y se bajaba del coche. Se estremeció cuando, de pronto, dos hombres altos le cortaron la salida. Boris Mervec sacó su automática y se puso a cubierto. Tenía el rostro petrificado y se le veía hinchada una vena de la frente.

—¡Alto! —gritó e hizo un disparo de advertencia. Algunas esquirlas de hormigón salpicaron su coche—. ¿Quiénes sois?

Las dos siluetas habían desaparecido como por arte de magia.

—¿Boris Mervec? —las paredes de hormigón le devolvieron el eco de una voz.

—¿Qué queréis? ¡Ni un paso más o disparo!

—Eche el seguro al arma y tírela hacia la entrada, después salga con las manos en alto.

¡Policía!

Respiraba aceleradamente y tenía el pulso disparado.

—Es inútil resistirse, Mervec. Obedezca nuestras órdenes o recurriremos a la violencia.

—¿De qué me acusan? —el sudor le corría por la frente y le quemaba los ojos.

—Ha violado la ley al abandonar el país, Mervec. Contaré hasta tres y entraremos a por usted.

¿Cómo demonios lo sabían? ¿Por las cámaras de vigilancia del túnel de Loibl? ¿De verdad eran policías? ¿Quién más conocía la existencia de aquella orden judicial? No sabía qué hacer. Le quedaban doce disparos y tenía un segundo cargador en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Dos! —un disparo rompió el silencio. De la rueda trasera de su coche empezó a salir

aire.

Entonces, Mervec se rindió. Dejó la pistola en el suelo, con el seguro puesto, y le dio una patada. Ahora, las dos figuras aparecían de nuevo al contraluz de la puerta. Dos pistolas le apuntaban.

—Lo sé, Sedem no va a volver —Pina se encontraba un poco mejor, se había desahogado y recuperó algo de su espíritu pragmático.

—¿Por qué está tan segura? —preguntó Laurenti, que se había limitado a asentir con la cabeza cuando ella le miraba como si quisiera asegurarse de que su jefe lo entendía todo.

—Un día, durante la cena, Duke citó a Keith Jarret: «Imagina que tus oídos fueran ojos». Y yo escuché a Sedem con mucha atención. Está metido hasta el cuello.

—Una vez llegue a los Estados Unidos, no creo que lo extraditen a Europa siendo ciudadano americano —dijo Laurenti y llamó a Marietta—. Y tampoco iría a juicio. Puede permitirse los mejores abogados.

—Estoy profundamente convencida de que es justo lo que ha planeado —prosiguió Pina—. Es muy inteligente y calculador. A pesar de su voz dulce, es frío, egoísta y duro. Sólo que yo me crucé en su camino... aunque eso ya lo ha solucionado también con mucha elegancia —de nuevo, se le quebraba la voz. Carraspeó varias veces y continuó—. Con sus negocios puede seguir igual desde los Estados Unidos. Duke tenía un despacho en Nueva York. No necesita más. Otra cosa, al mismo tiempo que usted salía del patio, comisario, llegaron dos americanos. Tuvo que verlos.

—Un Porsche amarillo con matrícula de Viena.

Pina asintió con la cabeza.

—Sedem les dio una serie de indicaciones que no entendí, pero dijo los nombres de Mervec, Klagenfurt, Portsachach y Worthersee. A mí me sonó como el encargo de librarse de alguien.

—Vamos, Marietta, emita una orden de búsqueda contra ese Sedem —dijo Laurenti—. Transmítela tú misma de inmediato al aeropuerto de Trieste y luego también al de Venecia. A continuación, avisa a la Interpol para que busquen ese Porsche amarillo. No será difícil dar con esa fanfarronada con ruedas. A los compañeros de Austria se lo notificas también tú misma. Averigua a nombre de quién está el vehículo. Pina también lo vio y tiene la matrícula. Y pregunta qué saben de ese Boris Mervec. Si lo conocen, convendrá que le pongan vigilancia, o mejor dicho: vigilarlo a él.

Marietta salió muy diligente a cumplir con su misión. ¡Al fin había un poco de movimiento en aquella comisaría! Laurenti cogió el teléfono y marcó a toda prisa el número de Pausin, en Koper. Con un gesto de la mano indicó a Pina que se quedara sentada. Pina oyó cómo, con pocas pero concisas palabras, sugería a los eslovenos que enviasen a alguien a Jakovce de inmediato por si Sedem aún estuviera allí. Y que compararan las huellas de cascos halladas en la granja de Dean con las de la yegua lipizzana. El compañero que más cerca estaba era Rožman, de modo que tenían que recurrir a él de nuevo. También había que dar aviso al aeropuerto de Ljubljana. De pronto, Laurenti emitió un suave silbido y anotó unos cuantos datos: los hombres de

Pausin habían encontrado el número de teléfono de Mervec en el móvil de Dean. Con eso, el círculo se cerraba antes de lo esperado.

—Entretanto, también han detenido a ese tal Mario de Izola —dijo Laurenti a Pina, después de que ella volviera de entregarle la nota a Marietta—. Y ahora nosotros vamos a por Calamizzi otra vez. Es justo la hora de cenar en la cárcel.

Ha de morar un padre bueno¹²

Calamizzi estaba en la sala de interrogatorios, sentado en una silla clavada al suelo y protestando. Tenía el estómago tan vacío que le rugía. Se quejaba de que lo habían raptado y torturado y de que se estaban violando los derechos humanos y la Amnistía Internacional. Probablemente acababa de enterarse de la existencia de tales conceptos; se demostraba, pues, que dos días en la cárcel eran una buena escuela.

Laurenti lo había llamado a interrogar una vez más el domingo por la tarde y, justo a la hora de cenar, los guardas lo habían sacado de la fila del comedor antes de darle tiempo a probar bocado. Así, el preso llamaba la atención de sus compañeros y luego, pasado el interrogatorio, serían ellos quienes no le dejarían en paz.

—Karol Wielunsky Ostrzeszowski —a Laurenti le costó pronunciar el nombre y, al final, tuvo que limpiarse la boca con el reverso de la mano—. ¿Le dice algo el nombre?

—Nada —el calabrés se mantenía de brazos cruzados en señal de rebeldía.

—Así se llamaba su amigo polaco, Calamizzi —esa tarde, Marietta había presentado al comisario los datos que se correspondían con el pedacito de pasaporte hallado junto al cadáver del bosque.

—Yo no tengo amigos, y menos polacos.

—Treinta y cinco años, residente en Glind, cerca de Hamburgo, no lejos de tu casa. Esto es un extracto de su expediente penal, amigo mío —Pina, de pie junto a la mesa, meneó un papel en el aire—. El tipo pasó bastante tiempo entre rejas. Primero en Polonia, luego en Alemania. Agresión grave, robo, robo con fractura, chantaje. Y tenéis en común una cosa más: le chiflan los perros. Pero lo que me gusta todavía más es que su número de teléfono, al igual que el tuyo, estaba almacenado en la memoria del móvil de Marzio Manfredi... y también en la de Dean Čuk. Por cierto, Dean te manda recuerdos y espera que no tardes en ir a hacerle compañía.

Calamizzi arrugó la frente, no sabía de qué hablaba aquella pulga venenosa.

—Tiene un agujero en la cabeza, una nueve milímetros, Walther PPS —de nuevo tomó la palabra Laurenti—. Pero antes de que le hicieran eso, lo torturaron. Durante horas. Golpes en la cabeza. Tiene el cuerpo lleno de derrames. El tiro en la cabeza debió de ser un alivio para él. Por otro lado, los compañeros eslovenos han encontrado un botín

estupendo. La casa estaba llena de armas de fuego, granadas de mano, drogas, dinero en efectivo y... —guardó silencio un instante—, sustancias de dopaje y cosas por el estilo, de las que nuestros especialistas afirman que suelen utilizarse en las peleas de perros. Parece que hoy estuviera haciendo su ronda un ángel vengador que tiene trato de confianza con los participantes de la *convention* ilegal en Trebiciano. No, si en el fondo tiene usted suerte de estar aquí a pensión completa. Como se entere ese ángel de la venganza, seguro que encuentra el modo de llegar hasta la cárcel. Ya conoce usted la situación por su propia gente. No sólo los matones de la '*ndranguetta* saben hacer esas cosas.

—¿Qué peleas de perros? —Calamizzi seguía impasible, aunque no habría de mantener su histriónico sarcasmo durante mucho tiempo.

—¡A ver, listillo, escúchame bien de una vez! —Pina comenzó a hablar en el dialecto de su tierra. Agarró al hombre de una oreja y se inclinó hacia él. Laurenti hizo una señal al agente que estaba detrás del calabrés de que hiciera como si no hubiera visto nada—. Hay una bala de tu pipa en una vieja encina de Conca d'Orle. En el mismo árbol encontramos colgado a un pitbull. Un lindo perrito faldero. Y mira qué raro que en su piel también había rastros de sangre de *tu* chuchó. Por no hablar de las huellas de los neumáticos de tu coche. Pero ¿por qué no le prendiste fuego al polaco allí mismo? Demasiado público para tu gusto, supongo. Eres un rácano asqueroso y no querías compartir el botín, por eso lo liquidaste. ¡Qué motivos tan bajos! Te vas a ganar la perpetua.

—Yo no le maté —estalló Calamizzi.

Intentó zafarse del pellizco de Pina y apartarla de un manotazo, pero antes de tocarla siquiera ella le dio una sonora bofetada.

—Esto no es más que el comienzo. Desembucha.

—Fueron los bosnios. Si no hubiera salido huyendo, también me habrían matado a mí —se frotó la mejilla colorada—. Querían todo el dinero a pesar de que habían perdido.

Pina le soltó la oreja de una vez y dio dos pasos atrás.

—¿Ve como sí sabe hablar? —dijo Laurenti muy calmado, sentándose frente al calabrés—. Pues ahora cuénteme todo desde el principio y, si veo que se olvida algún detalle, le vuelvo a dejar en manos de mi compañera. Hoy tiene un día malísimo.

Boris Mervec estaba de nuevo en prisión preventiva. El informe de los compañeros de la policía nacional de Carintia decía que, a raíz de los datos recibidos desde Italia y Eslovenia, dos agentes habían querido comprobar su documentación pero él se había resistido. Su arma, una Glock 21, estaba siendo analizada en la sección de balística, si bien los resultados no estarían listos hasta después de Reyes. La bala que los forenses habían extraído del cráneo de Dean era de otro calibre y no cabía duda de que procedía de otra pistola. Por desgracia, al margen del abandono de territorio austriaco y la tenencia ilícita de armas no podía imputarse a Mervec ningún cargo. Su abogado se apresuró a poner en marcha todos sus recursos con el fin de que quedara en libertad antes de las fiestas.

La policía del norte de los Alpes había hecho una segunda detención importante por pura casualidad. Tras el cambio de turno, dos de sus agentes habían aprovechado que

salían de la central de Villacher Straße para ir a llenarse el estómago en el restaurante del Strandhotel Prüller de Portsachach. Muchos policías se contaban entre sus clientes. A petición de los compañeros de Ljubljana, dos horas antes habían recibido la orden de búsqueda de un Porsche amarillo huevo con matrícula de Viena. No le habían prestado mayor atención hasta que justo se encontraron de frente con el vehículo en el aparcamiento del hotel. Lo engancharon a su coche patrulla y preguntaron, sin resultados, en la recepción del hotel y en el restaurante. No obstante, una de las camareras sí sabía de quién era y, en voz baja, les indicó la mesa en la que los dos gorilas se estaban zampando sendos *Wiener Schnitzel* con patatas fritas. Sólo bebían agua mineral. Los agentes avisaron a su central, se sentaron en una mesa que quedaba de espaldas a ellos y oyeron que las pocas palabras que se dirigían eran en inglés. También se dieron cuenta enseguida de que llevaban armas y eran del gremio. Para cuando, poco más tarde, paraba frente al restaurante un vehículo de la policía de paisano, los dos agentes ya apuntaban a los gorilas con sus pistolas y no tuvieron ningún problema en detenerlos. Los dos llevaban armas profesionales del tipo Walther PPS, calibre 9x19, el modelo siguiente al que se conoce como «Pistola de James Bond», y eran ciudadanos americanos. No pudieron mostrar ningún permiso de armas válido.

Laurenti había pedido a Marietta que insistiera a la policía austriaca en que al menos en los análisis de esas dos armas sí se dieran prisa los especialistas de balística. Después de todo, la bala del cráneo de Dean procedía de un arma de ese tipo. Si el testigo tenía daños cerebrales al despertar de la sedación, tal vez ésa sería la única prueba para inculpar a los gorilas de pelo de cepillo. Cuando Pina recibió las fotografías del coche por correo electrónico, asintió con la cabeza con gesto de satisfacción. Las consideraba prueba suficiente de que era Sedem quien manejaba los hilos de todo. Con sus delirios de grandeza, se creía el vengador de la humanidad... y ella se le había entregado a la ligera. Indignada, no quiso admitir la objeción de Laurenti de que más bien parecía que el protagonista de su fugaz romance simplemente había enviado a aquellos tipos a vengarse de los asesinos de su padre.

—¡Papá, tienes que ayudarnos! —la voz de Livia se oía muy lejos y sonaba desesperada.

La llamada de sus hijas sorprendió al comisario cuando, tras hora y media de interrogatorio a Calamizzi, casi había llegado a su coche en la Via Coroneo. Con todas sus fuerzas, Laurenti cerró la puerta contra las tremendas ráfagas de viento y no pudo oír bien a su hija hasta que también Pina hubo entrado en el coche y cerrado su lado.

—Por un maldito abeto me quieren hacer pagar una multa tremenda. ¡Están locos, los polis! Y encima pretenden hacerme un test de alcoholemia y de drogas, aunque deberían saber que soy tu hija. ¡Tienes que intervenir, papá!

Aquella sería la primera noche de verdadero frío del invierno, con un cielo totalmente despejado y lleno de estrellas. La *bora* silbaba su alegre melodía y se llevaba por delante cuanto no estaba clavado al suelo o muy bien sujetado: papeles, hojas secas, macetas y contenedores de basura; tiraba al suelo las motocicletas como si fuesen fichas de dominó y hacía cimbrearse las farolas de la calle. Unos cuantos metros más allá se veía el

intermitente azul de un coche de bomberos que, a pesar de la fuerza del viento, había desplegado la escalera hasta el cuarto piso de la Cassa Marittima, un palacio antaño majestuoso. El edificio llevaba años desocupado y esperaba un nuevo dueño. Una contraventana medio desprendida se agitaba peligrosamente, amenazando con caer a la calle. Poco antes, otra había salido disparada para aterrizar contra la luna de un coche aparcado. La calle estaba cortada.

—¿Qué ha pasado? —Laurenti sujetó el móvil con el hombro, dio marcha atrás para deshacer el camino recorrido por la calle de dirección única y girar al llegar al Palacio de Justicia. Los otros conductores se pusieron a pitir furiosos, tras lo cual el comisario bajó la ventanilla y colocó la luz azul en el techo.

—Tienes que venir enseguida —suplicó Livia—. Ahora mismo le están haciendo el test a Patrizia. Se está haciendo la remolona para que te dé tiempo a llegar antes de que me toque a mí. A ella no le van a hacer nada porque está embarazada. Acelera, papá, por favor. Estamos en Barcola, delante del bar La Voce della Luna.

Laurenti miró el reloj del panel de mandos. Las siete y media. Le preguntó a Pina si no le importaba atender a una última pequeña misión antes de dar el día por terminado. Conectó la sirena y cruzó Trieste a toda velocidad, como si persiguiera a un ladrón de bancos. Al llegar a La Voce della Luna, paró detrás del coche de los otros policías y al punto descubrió el motivo de su intervención. ¡Ay, qué peligro tiene la familia!

—Alégrese de no tener hijos —le dijo a Pina gruñendo y meneando la cabeza, pues no daba crédito a lo que veía.

Parado en el arcén estaba el Fiat Punto de su esposa con un abeto descomunal malamente sujeto al techo. El tronco y la copa del árbol sobresalían aún más allá del capó y el maletero del coche. El abeto en cuestión, cuyas ramas caían sobre las ventanillas, mediría al menos cinco metros y podía pesar dos quintales. ¡Cómo iba a conducir así nadie! ¿De dónde habían sacado Patrizia y Livia semejante monstruosidad? ¿Y qué pretendían hacer con ella?

Cuando Laurenti se disponía a bajar, Pina le dijo muy decidida que era mejor que se ocupase ella. Agradecido, el comisario dejó el asunto en sus manos y observó boquiabierto cómo sacaba dos pares de esposas del maletero y se dirigía cojeando a los dos agentes. Aunque todos los policías de la ciudad conocían perfectamente a la mini-inspectora, ella les mostró su documentación en actitud autoritaria. Con ampulosos gestos, pidió los papeles a las hijas de Laurenti, los hojeó fugazmente y se los guardó. Luego se dirigió al Fiat, sacó la llave del contacto y cerró las puertas. Laurenti vio que de nuevo discutía con los agentes de uniforme y que ellos acababan cediendo de mala gana. Al instante, Pina esposó a las dos hermanas y, ante la mirada atónita de los agentes, las condujo al coche del comisario. En la oscuridad, los otros no veían quién iba al volante. Por último, todas subieron al coche y se marcharon de allí.

—Gracias, papá —Livia y Patricia reían como dos colegialas, las dos apretadas en el asiento de atrás con las manos a la espalda y las esposas—. ¡Qué poco nos ha faltado! Por un pelo nos quitan el carné, y también iban a confiscar el coche de mamá. Desde luego, los polis son cada vez más picajosos.

—Dadle las gracias a mi compañera. ¿Quién de las dos conducía?
—Estábamos a punto de arrancar —dijo Livia.

—Desembuchando que es gerundio...

—Yo —dijeron ambas a la vez. Patrizia le dio un codazo en las costillas a su hermana.

—Yo, por supuesto —se apresuró a repetir Patrizia.

—¿Por qué «por supuesto»?

—Estuvimos tomando un aperitivo con Marco antes de que entrara a trabajar. Yo sin alcohol, claro, por eso —dijo Patrizia—. Oye, pero quitadnos las esposas, que hacen mucho daño.

—¡Os quedáis con las esposas puestas hasta que os llevemos a ver al juez de instrucción!

¡Marco! Con eso estaba claro quién había talado el árbol. Laurenti estaba convencido de que Livia, además, se había fumado un porro con su hermano. Aunque, dada la presencia de la inspectora, prefirió dejar esa pregunta para más tarde.

—¿Y quién subió ese árbol al techo del coche?

—El árbol es una sorpresa —dijo Patrizia orgullosa.

—¿Una... qué?

—Es para casa —intervino Livia—. Queremos ponerlo en el jardín y adornarlo y dejarlo precioso. Por una vez en años que vamos a estar todos juntos en Navidad...

—¿De qué jardín habláis? En el nuestro hay acacias, pinos, olivos y qué sé yo qué más. No hay espacio para un abeto-mamut como ése. ¿De dónde lo habéis sacado, por cierto?

Pina, en el asiento del copiloto, ya no sabía qué hacer para mantenerse seria. Era la primera vez en aquel día que tenía ganas de echarse a reír.

—¡¿De dónde ha salido el maldito árbol?!

—Nos lo ha regalado un amigo.

—Pues el tronco no parece haberlo cortado un experto precisamente...

—Vale... Pero no nos ha visto nadie.

—A ver, hijas... ¿Os acordáis alguna vez de la profesión de vuestro padre? —Laurenti seguía perplejo—. Por cierto, Pina, ¿qué les ha dicho a los dos agentes para que dejaran marchar a nuestras ladronas de abetos?

Pina se tapó la boca con el puño, fingiendo un ataque de tos, hasta que logró recuperar la compostura.

—Pues eso mismo, comisario: que llevábamos mucho detrás de ellas y que, gracias a su valiente intervención, por fin podíamos poner fin a los crímenes de los árboles de Navidad. Elogié su actuación y les di las gracias —con la última frase Pina ya no pudo contenerse más y se echó a reír a carcajada limpia. Livia y Patrizia se sumaron al ataque de risa. Tan sólo Proteo Laurenti permaneció en absoluto silencio y con cara de póquer agarrado al volante, preguntándose si acaso habría alguien normal en aquella ciudad.

—¡Fuera! —rugió de pronto—. ¡Todas fuera! ¡Ahora mismo!

Se hizo el silencio.

—He dicho que todas fuera —quitó la llave del contacto—. Hala, conmigo todas —ordenó casi con un ladrido y echó a andar en dirección hacia el barecito que había sobre el

acantilado.

Las tres mujeres le siguieron sin imaginar cuál era su propósito.

—Pina, suelte a mis malogradas hijas. Invito a todas a un aperitivo, esto no hay quien lo aguante estando sobrio. Y luego vamos a pensar qué hacemos con el árbol. Así no podemos volver a casa. Vuestra madre se pondrá hecha una furia por los araÑazos de la pintura y yo aborrezco los árboles de Navidad.

«*Bora* con rachas máximas de 183 kilómetros por hora», rezaba el titular del periódico local. Los artículos y fotografías del *Piccolo* recogían, como de costumbre, los múltiples daños, pero no había ninguna noticia sensacional. Aquella era la ciudad de los vientos, y sin la *bora*, que soplabía del norte-nordeste, desde las frías alturas del Carso hasta el mar, Trieste no era ni la mitad de bonita. Cada vez que se anunciaba ese viento, la mayoría de habitantes de la ciudad lo sabían porque llevaban alterados un par de días. Proteo Laurenti podía contar mil historias de personas trastornadas por el viento. Los triestinos nunca eran buenos conductores, pero cuando soplabía la *bora*, hasta dos carriles eran estrechos para un *Cinquecento*. O los clientes de las tiendas se desquiciaban y se volvían tan impertinentes que los tenderos hasta inventaban chistes sobre ellos para no desesperarse. También había una historia de un jubilado que un buen día entró en el sumuoso vestíbulo neoclásico de la sucursal del banco del Corso Italia, muy bien vestido con su chaqueta y su corbata... y sin pantalones. Se los había olvidado en casa, no así un fajo de billetes enrollados que, con gesto resuelto, se sacó de los calzones ante los ojos, sorprendidos pero tampoco tanto, de las empleadas del banco. Ochenta mil euros... Las damas esperaban más.

La única noticia que Laurenti leyó entera trataba de un abeto de cinco metros de altura que había sido robado del jardín delantero de la villa de un nuevo rico de la Via Romagna. El dueño no se había dado cuenta hasta última hora de la tarde, al regresar a casa cargado de regalos de Navidad. ¡Un abeto tan cerca de la costa? ¡Qué confusión estética! Lo propio de allí eran los pinos torcidos por el viento; emular la Selva Negra a orillas del Mediterráneo era realmente innecesario. Casi era una alegría que alguien se hubiese hecho cargo de tan discordante elemento. El que luego hubiese aparecido en alta mar, frente al castillo Miramare, y sus ramas se hubieran enredado en la hélice de un barco de la guardia costera ya era un capítulo aparte. Había tenido que acudir otro barco más grande en auxilio de los socorristas y arrastrarlos a través de las olas enfurecidas y las ráfagas de espuma, luchando contra las corrientes. Y, si lo que el periodista decía era cierto, poco había faltado para que el bote accidentado se estrellase contra las rocas... lo cual iba en contra de toda lógica, pues la *bora* soplabía siempre del interior hacia el mar. Como feliz desenlace se concluía que los ladrones del árbol de Navidad finalmente habían dejado el árbol a merced de las olas del Adriático. ¡Qué historia!

Proteo Laurenti, muy divertido, arrancó la hoja y la dobló. Le encantaba su diario local... sobre todo la «Cronaca nera», la sección de sucesos. La noticia de la confesión de Calamizzi en relación con las peleas de perros ilegales junto a la sima de Trebiciano, la fuga de Sedem del aeropuerto de Ljubljana y, sobre todo, el éxito del comisario Laurenti

no saldrían hasta pasadas las fiestas, como pronto, suponiendo que en el intervalo no sucediera nada merecedor de mayor atención. Buscó una piedra plana y la lanzó de forma que botase sobre las olas.

Se había levantado con la primera luz del amanecer, antes de que las en exceso numerosas damas de la casa tomasen los dos cuartos de baño. Había subido con el coche hasta Santa Croce, se había tomado un *espresso* en el bar Blu y, de regreso, había atravesado su jardín hasta el mar para sentarse en una roca en la orilla y reflexionar sobre todo lo sucedido en los últimos días. Laurenti no quería olvidar ningún detalle. Era el caso más complejo de su carrera y le había mantenido en vilo durante toda una semana. Por más que el viejo Galvano se quejara de que ya sólo iban a la cárcel los ladrones de bicicletas o los ancianos que robaban un cubito de caldo en el supermercado, gracias a la colaboración con los compañeros del otro lado de la frontera habían logrado romper una cadena criminal muy especial. Hasta ese momento habían sido la economía y el crimen organizado los que operaban más allá de las fronteras. Sin embargo, Rožman, Pausin y Laurenti eran los primeros policías de la nueva Europa en dar ejemplo de perfecta cooperación, sin perder el tiempo en formalidades burocráticas como las que se urdían constantemente en las capitales.

Y si la mini-inspectora no hubiera tenido tan mal ojo para los hombres, tal vez no hubieran resuelto nada de nada. No obstante y al contrario que Pina Cardareto, Laurenti no estaba convencido de que la orden de asesinar a Goran Newman realmente fuera cosa de Sedem. El joven se parecía demasiado a su padre, carecía de escrúpulos y de sensibilidad, pero recurrió a medios más refinados para lograr sus objetivos. Pina, por otro lado, ahora suscribía la teoría de su jefe de que lo más peligroso del mundo es la familia. Y un simple vistazo a las estadísticas criminales les daba la razón.

La luz amarillenta del sol de invierno refractaba en el mar revuelto. El viento alborotaba el cabello de Laurenti y muchas gotitas de espuma le salpicaron la cara al tirar una segunda piedra al agua. Una llamada le trajo de vuelta a la realidad, reconoció el número entrante y atendió de muy buen humor.

—Espero que te fueran útiles mis informaciones —dijo Živa. La fiscal croata terminaba de recoger la mesa de su despacho. Junto a la pared se apilaban las cajas de documentos y la papelera estaba desbordada.

—No te imaginas cuánto, querida. Es que eres maravillosa —dijo Laurenti y su mirada vagó por el mar hasta perderse en el horizonte.

A cien kilómetros de distancia, detrás de la curva de la tierra, en Pula, la ciudad más meridional de la península de Istria, estaba su antigua amante, quien a primeros de año se convertiría en jefa del servicio de investigación contra el crimen organizado. Cuando se trasladara a Zagreb, sus caminos se separarían definitivamente. Por el momento, sin embargo, Laurenti le hizo un breve resumen de lo sucedido.

—Creo que te debo un favor —dijo Živa—. Algunos de esos hombres eran una verdadera fuente de gran intranquilidad en Croacia y ahora al menos se le ha puesto fin a eso. También me intriga saber a qué país van a extraditar los austriacos a Mervec: a los

eslovenos o a nosotros. En cualquier caso, será muy viejo cuando salga de la cárcel.

—Yo también tendré que esperar mucho hasta volver a verte —dijo Laurenti—. Como me debes un favor, sugiero que nos encontremos de año en año. En alguna parte de Istria.

—Ay, Proteo, eres incorregible. Hoy es mi último día en esta oficina y el veintisiete viene el camión de mundanzas.

Laurenti notó una mano calentita en el hombro y se dio media vuelta. Su hija Patrizia se sentó a su lado en la roca y levantó el osito que su padre iba a regalarle esa noche.

—*Tanti auguri, Živa* —dijo el comisario y terminó la conversación.

—No me lo habías dicho, papá —dijo Patricia—. ¡Y sí que te hace ilusión!

—¿Y desde cuándo se abren los regalos antes de Nochebuena?

—Sólo estaba curioseando —y entonces sacó ella un regalo que traía a la espalda—. Para ti, papá.

Otra llamada les interrumpió.

—*Tanti auguri* —dijo Biason. Sonaba muy relajado—. ¿Lo ve, Laurenti? También se pueden hacer las cosas sin mí.

—Mejor de lo que imagina —gruñó Proteo, farfulló una felicitación de Navidad y colgó enseguida. Luego rasgó el papel del regalo.

—Gracias, Patrizia —dijo felizmente sorprendido y le faltó tiempo para hojear la primera parte del *Quijote*.

—Siempre has dicho que tenías ganas de leerlo —dijo Patrizia—. Por cierto, todos están sentados a la mesa del desayuno. Hasta Marco ha madrugado hoy. Sólo faltas tú.

Llamaban a la puerta cuando padre e hija, del brazo, subían la escalera hasta la casa. Un servicio de mensajería traía un paquete bastante pesado. Laurenti firmó el acuse de recibo y miró para quién era. Era para él. Retiró el envoltorio y sacó una botella del champán más caro y del tamaño más grande que existe. En la tarjetita adjunta descubrió quién lo enviaba. El director del banco con el que trabajaba la casa de subastas de Laura les deseaba una blanca Navidad.

Auguri!

Argos, el pitbull-terrier de tres años, fue trasladado al crematorio de la facultad de Veterinaria de la Universidad de Ljubljana el 24 de diciembre. Todos los intentos por salvar la vida del perro fueron vanos.

Notas

¹ La cita procede de la «Palinodia al Marchese Gino Capponi» (canto xxxii, «El perpetuo suspirar no despierta atención»). (N. de la T.)

² Citado según la traducción castellana de Antonio Ruiz de Elvira, en: Ovidio, *Metamorfosis*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1994, pp. 188-189, versos 648-668. (N. de la T.)

³ Demasiado conectados para fallar. (N. de la T.)

⁴ Se trata de una cita del comienzo de la segunda estrofa de la «Oda a la alegría» de Friedrich Schiller, retomada por Beethoven en el coro del Finale de la *Novena Sinfonía*, adoptado a su vez como himno de la Comunidad Europea: «Seid umschlungen, Millionen, / dieser Kuss der ganzen Welt...» (Abrazados seáis, millones, / en este beso de toda la humanidad...). (N. de la T.)

⁵ De nuevo es una cita del «Himno a la Alegría», el primer verso: «Freude, schöner Gotterfunken / Tochter aus Elysium...» («Alegría, bellas chispas divinas / hijas del Elíseo...»). (N. de la T.)

⁶ La frase corresponde al último verso de la primera estrofa del «Himno a la Alegría»: «Alle Menschen werden Brüder, wo dein sanfter Flügel weilt» («Todos los hombres se hermanan donde tu dulce ala se posa»). (N. de la T.)

⁷ «Oh, sí, hemos acabado. Menos mal que hemos terminado, porque hemos trabajado mucho.» (N. de la T.)

⁸ «Cállate hasta que estemos solos. Pobre Edvard, era mucho más que un amigo.» (N. de la T.)

⁹ «No seré el primer presidente en perder una guerra.» (N. de la T.)

¹⁰ «¿A cuántos muchachos has matado hoy?» (N. de la T.)

¹¹ Estoy bajo tu hechizo como un hombre en trance. / Sabes muy bien que no soporto una oportunidad, así que / quítale las cadenas a mi corazón, déjame ir por mi camino, / quítale las cadenas a mi corazón, me preocupas día y noche. / ¿Por qué arrastrarme a una vida miserable cuando no te importo un comino? / Así que quítale las cadenas a mi corazón, por favor, por favor, déjame libre. (N. de la T.)

¹² Último verso de la segunda estrofa del «Himno a la Alegría», cuyo inicio da título al capítulo «Abrazados seáis, millones»: «Über'm großen Sternenzelt / muss ein lieber Vater wohnen» («Por encima del gran manto de estrellas / ha de morar un padre bueno»). (N. de la T.)

Créditos

Título original: *Die Ruhe des Starkeren*

Edición en formato digital: junio de 2013

En cubierta: *Zero longitude, Greenwich, England*, foto de © Bruce Dale/National Geographic/Getty Images

© Paul Zsolnay Verlag Wien, 2009

© De la traducción, Isabel García Adanez, 2010

© Ediciones Siruela, S. A., 2010, 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-89-8

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
LA CALMA DEL MÁS FUERTE	5
Citas	6
Pina presa del pánico	8
El deseo de Duke	15
Hacia el abismo	25
Caviar y tren	28
Ante el abismo	37
Ardillas disecadas	41
Derivados	64
Navidad, Navidad, dulce Navidad...	78
De camino hacia el abismo	88
Abrazados seáis, millones...	91
Junto al abismo de Trebiciano	106
En tierra de nadie	111
Alegría, bellas chispas divinas	117
Después del abismo	136
Todos los hombres se hermanan	138
Noche de paz	164
El séptimo día	165
Ha de morar un padre bueno	190
Notas	199
Créditos	200